UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00015049877

LIBRERIA ANTICUARIA
Jerez
C/. Madera, 20
Teléfono 666 15 36
28529 RIVAS-VACIAMADRID
(MADRID) ESPAÑA

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/santarogeliadela00pala

SANTA ROGELIA

OBRAS DE PALACIO VALDÉS

4 PESETAS TOMO

EL SEÑORITO OCTAVIO, un tomo.
MARTA Y MARÍA, un tomo. Traducida al francés, al inglés, al sueco, al ruso y al tcheque.
EL IDILIO DE UN ENFERMO, un tomo. Traducido al francés y al tcheque.
AGUAS FUERTES (novelas y cuadros, un tomo). Traducidas al francés, al inglés, al alemán, al holandés, al sueco y al tcheque. Edición española con notas y vocabulario en inglés.
JOSÉ, un tomo. Traducida al francés, al inglés, al alemán, al holandés, al sueco, al tcheque, al danés y al portugués. Edición española con notas en inglés para el estudio del español en Inglaterra y E. U. A.
RIVERITA, un tomo. Traducida al francés.
MAXIMINA (segunda parte de *Riverita*), un tomo. Traducida al inglés.
EL CUARTO PODER, un tomo. Traducida al francés, al inglés y al holandés.
LA HERMANA SAN SULPICIO, un tomo. Traducida al francés, al inglés, al holandés, al ruso, al sueco y al italiano.
LA ESPUMA, un tomo. Traducida al inglés.
LA FE, un tomo. Traducida al francés, al inglés y al alemán.
EL MAESTRANTE, un tomo. Traducida al francés y al inglés.
EL ORIGEN DEL PENSAMIENTO, un tomo. Traducida al francés y al inglés.
LOS MAJOS DE CÁDIZ, un tomo. Traducida al francés y al holandés.
LA ALEGRÍA DEL CAPITÁN RIBOT, un tomo. Traducida al francés, al inglés, al sueco, al holandés y al italiano. Edición española con notas y vocabulario en inglés.
LA ALDEA PERDIDA, un tomo.
TRISTÁN O EL PESIMISMO, un tomo. Traducida al inglés.
SEMBLANZAS LITERARIAS *(Los oradores del Ateneo, Los novelistas españoles, Nuevo viaje al Parnaso)*, un tomo.
PAPELES DEL DOCTOR ANGÉLICO, un tomo. Traducidos al alemán.
AÑOS DE JUVENTUD DEL DOCTOR ANGÉLICO, un tomo.
LA NOVELA DE UN NOVELISTA, un tomo.
LA HIJA DE NATALIA, un tomo.

ARMANDO PALACIO VALDÉS

SANTA ROGELIA

(DE LA LEYENDA DE ORO)

PQ6629
.A5
S35
1926

RAM
C

MADRID
IMPRENTA HELÉNICA
PASAJE DE LA ALHAMBRA, NÚM. 3.
1926

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Voy a contaros una historia de los tiempos modernos que parece de la Edad Media. No se me oculta que tales historias han pasado de moda. El público actualmente sólo recibe con aplauso aquellas en que chispea el vino generoso y perfumado de la voluptuosidad que inflama a los jóvenes, alegra a los viejos, da vida a los hombres y fuego a las hembras. Este mi libro al lado de tan brillantes producciones hará la figura de un viejo arcón empolvado y carcomido en medio de un lindo gabinete moderno coquetamente amueblado. Pero los viejos arcones suelen tener aficionados que los buscan con interés y los guardan con cariño. Para estos anticuarios escribo. Si en mi vetusto mueble descubren algún mérito artístico quedaré satisfecho. Más aún si hallan dentro algo que les aliente en el áspero camino del deber.

PRIMERA PARTE

I

El sol había traspuesto las colinas. El estrecho valle de Langreo se envolvía lentamente en las sombras del crepúsculo. Allá en el lavadero de las minas de la Fábrica, en la falda del monte, no lejos del río, las mujeres que en cestos sobre su cabeza llevaban el carbón cribado a las pilas, agotadas sus fuerzas por el trabajo del día, se movían con desmayada lentitud, limpiándose el sudor con el dorso de la mano. Los hombres del exterior habían dejado ya el trabajo. Algunos mineros de rostro embadurnado salían por la boca de la mina con su lámpara en la mano.

Sonó el toque de una campaneta y se oyó un grito: —¡A cobrar!—Las mujeres se apresuraron a soltar sus cestos y se dirigieron a la caseta de madera donde el capataz hacía los pagos. Eran pobres seres flacos y curtidos, consumidos por el trabajo, sin atractivo, sin deseo tampoco de agradar, verdaderos jumentos de carga, enseñando los huesos como los caballos de alquiler. Había, no obstante, algunas jóvenes de rostro agraciado destinadas por desgracia en plazo no muy largo a la ruina de sus gracias como las otras.

Una de éstas, después de haber arrojado su cesto al suelo se limpió el sudor del rostro con su delantal y quedó inmóvil en contemplación distraída del valle que se extendía a sus pies. Era una zagala gallarda, de gran-

des ojos negros, la tez morena, los cabellos ondeados que le caían sobre la frente y se pegaban a ella, alta, de carnes tersas y macizas. Recordaba el tipo de las mujeres italianas más que el de nuestras asturianas.

—¿No vienes, Rogelia?—le dijo una mujeruca al cruzar a su lado.

—Allá voy—respondió distraída, sin dejar de mirar al valle.

Éste se desarrollaba aprisionado entre colinas guarnecidas hasta la cumbre por bosques de castaños. Entre estos castañares asomaban aquí y allá como puntos blancos algunos caseríos. El valle surcado por el río sería hermoso si no le afeasen las escombreras del carbón que manchaban el verde tapiz de sus praderas y por las bocas de las minas que se abrían en sus flancos. El río, en otro tiempo de aguas cristalinas, marchaba ahora negro y fangoso. Los verdes canastillos de los avellanos, que en muchos parajes lo ceñían, no lograban volverle el inocente esplendor de otros días.

A la derecha la pequeña villa de Sama, oscura, irregular, de pobre y antiguo caserío; allá lejos a la izquierda la gran Fábrica de hierro de la Felguera con sus múltiples chimeneas que vomitaban densas columnas de humo. Cerca de la Fábrica un grupo de casas nuevas, que con el tiempo había de formar la villa de la Felguera rival de Sama.

Rogelia parecía interesada por el humo de la Fábrica que contemplaba con ojos extáticos, sin pestañear. Otra mujeruca al pasar le repitió la misma pregunta.

—¿No vienes, Rogelia?

—Allá voy—repitió también sin dejar de mirar al valle.

Pero la mujeruca, cuando hubo dado algunos pasos se volvió rápidamente, se acercó a ella y bajando la voz y con aparato de misterio le dijo:

—¿No sabes la noticia, Rogelia? Mañana debe llegar Máximo en el tren de la mañana, completamente libre. Su hermano Pepe me lo ha dicho cuando subía a la mina.

—Bueno ¿y qué?—profirió la joven en tono displicente.

—Que es un disgusto para ti. ¿No le tienes miedo?

—¿Yo miedo de ese mastín?—exclamó levantando con gesto fiero su hermosa cabeza.

—Pero si tú no lo tienes, otros lo tienen y te vas a ver bien solita, pobrecita.

La mujeruca sonreía malignamente.

—¡Pues que el diablo les lleve a unos y a otros! Yo no necesito de nadie.

Y volviendo la espalda se encaminó lentamente hacia la caseta del capataz.

Este Máximo, de quien se hablaba, era una plaga que había caído sobre aquella región. Bajo de estatura pero de fuerzas sorprendentes, antiguo minero, habilísimo como tal, ganando doble que los demás porque picaba en un día más carbón que los otros en tres, agresivo, pendenciero, presto a esgrimir el cuchillo en cualquier ocasión, licenciado de presidio según se decía, había logrado inspirar terror en la comarca. Sus compañeros le odiaban y le temían. Pasaba un poco de los treinta años y no hacía más de uno que había llegado con su hermano de Castilla donde ambos habían trabajado en otras minas. La belleza de Rogelia, que tenía muchos golosos, le sedujo: comenzó a acercarse a ella y requebrarla sin que la joven le hiciese caso alguno, pero consiguió alejar por el miedo a los muchos adoradores que tenía. Así que se supo que Máximo la pretendía, los galanes comenzaron a retraerse; la joven se vió poco menos que aislada. Mas no por esto dió oídos a las pala-

bras del feroz minero: al contrario, le mostró desde un principio tanto desdén, le acribilló con tales desaires que los medrosos rivales esperaron con alegría que les dejase el campo libre.

No fué así, sin embargo. Las humillaciones, los desprecios en vez de apagar la llama del minero la hicieron tomar más incremento. Estaba locamente enamorado; estaba perdido; parecía en verdad un demente. Sus ansias amorosas y los desdenes de Rogelia servían de sabrosa comidilla en la charla de las mujerucas del cesto.

Recientemente Máximo había reñido con su capataz, le había dado una punalada y estaba preso en la cárcel de Oviedo. Mas el capataz no había muerto, el abogado de Máximo era hábil, éste tenía dinero y fué absuelto «por falta de prueba». Uno de tantos escándalos como a diario manchaban la justicia del jurado.

Rogelia se acercó a la caseta. En medio de ella estaba el capataz pagador con una tosca mesa delante sobre la cual se amontonaban muchas pilas de duros y pesetas. A su lado en pie se hallaba un joven ingeniero que no hacía muchos días había venido destinado a la mina. Éste miró con sorpresa y admiración a Rogelia cuando ésta, llamada por el capataz, se aproximó a la mesa para recibir el miserable salario de la semana. El capataz adivinando su admiración y compartiéndola se volvió hacia él sonriente.

—¿Verdad, don Mario, que son quince años bien aprovechados?

—¿Cómo quince años?—exclamó el ingeniero en el colmo del estupor; y dirigiéndose a ella—. ¿Es verdad, chica, que tienes quince años?

—Los he cumplido en febrero—respondió ésta secamente sin mirarle a la cara.

El ingeniero la contempló todavía unos instantes con sorpresa.

—Pues que Dios bendiga esos quince años, niña, y que te dé más suerte de la que tienes.

—Muchas gracias—profirió la joven con la misma sequedad volviendo la espalda y alejándose.

Se adelantó con paso rápido hacia un arroyo que bajaba de la montaña, se lavó las manos, se lavó el rostro y secándolo a medias con un pañolito que sacó de la faltriquera tomó la vereda del valle, un sendero guarnecido de avellanos que bajaba hasta la calzada del llano. Había procurado retrasarse para que no la molestasen las mujerucas con sus preguntas impertinentes. En cuanto a los hombres, habían desaparecido ya. Era un sábado y tenían prisa por llegar a la taberna. Algún rezagado al cruzar cerca de ella la miraba con ojos insolentes, le escupía una frase brutal y se alejaba riendo. Ella impasible y fiera seguía su camino sin hacer el menor caso.

Cuando desembocó en la calzada en vez de tomar a la derecha como los demás se dirigió a la izquierda siguiendo el camino que conduce a Lada donde habitaba.

La parroquia de Lada dista poco de la de Sama. Está situada en el fondo de una cañada que viene a confluir al valle de Langreo, bastante más ancho. Surca la cañada un diminuto riachuelo, y entre éste y la montaña apenas hay sitio para el camino. Cuando en algún paraje se ensancha un poco brillan algunos lindos prados muy verdes.

Cerraba ya la noche. Se dejaba sentir el calor aún en aquella región del Norte, porque estábamos en agosto y las altas colinas que cerraban el valle no dejaban paso a la brisa. Antes de abandonar el camino del valle y penetrar en la oscura cañada Rogelia se detuvo y dirigiendo la vista a todas partes comenzó a escrutar los

senderos como si esperase la llegada de alguno. Así permaneció unos minutos; pero al fin cansada de estar en pie se sentó a la orilla del camino sobre una piedra llana de la paredilla que cerraba una de las fincas, y esperó sin mostrar impaciencia.

Rogelia habitaba dos kilómetros más lejos siguiendo la cañada, en una casucha cerca de la iglesia parroquial. Vivía con su abuela, que era el único pariente que tenía. A su padre le había matado hacía tres años una vagoneta que bajaba por el plano inclinado de la mina. Su madre había muerto el año anterior en el hospital de Oviedo después de haber sufrido una terrible operación. Quedó solita en el mundo con su abuela en la más completa miseria. La abuela, mediante el miserable estipendio que le daban algunos paisanos de la parroquia, vendía por las mañanas legumbres en Sama. La pobre vieja achacosa se arrastraba todos los días trabajosamente hasta el mercado. La chica comenzó a trabajar en la mina ganando primero dos reales, después una peseta. Apenas podían alimentarse y menos vestirse. Por las tardes la vieja iba a recoger alguna leña al monte, ayudaba también a los vecinos y recibía en cambio algún socorro en especie; un pan, un jarro de leche, un cesto de patatas. Con esto su humor, que nunca había sido apacible, se hizo insoportable. Las disputas y reyertas con su nieta eran constantes. Felizmente para ésta su carácter era igualmente colérico, indomable; tenía corpulencia, grandes fuerzas y logró imponer respeto a su abuela, que de otro modo la hubiera maltratado sin misericordia. En una de sus últimas disputas la nieta, exasperada por un insulto soez le echó las manos al cuello y estuvo a punto de ahogarla. La vieja cogió miedo y desde entonces la trató con más blandura.

Sentada en la paredilla Rogelia esperó todavía largo

rato. La noche había cerrado por completo. Al cabo sus ojos acostumbrados a la oscuridad percibieron un bulto allá entre los maizales. Se levantó vivamente y avanzó algunos pasos. Pero el hombre que hacia ella venía tardó todavía un poco en saltar al camino. Rogelia le recibió encolerizada.

—¿Por qué has tardado tanto, di?

El hombre dejó escapar un suspiro de rabia.

—¡Ese cerdo nos ha tenido plantados más de una hora!

—¿Quién es ese cerdo?

—¿Pues quién ha de ser? El pagador. Me ha dejado adrede para el último. Sin duda le han ido con el cuento de que te hablo a estas horas, y como te mira con buenos ojos...

—Nunca he reparado si tiene los ojos buenos o malos—interrumpió Rogelia malhumorada.

—Sí; quisiera decirte algo... Por supuesto, para divertirse solamente... ¡Menudos humos tiene el chaval! Desde que le han metido en la oficina no hay quien le resista.

—Pues si quiere divertirse que compre un mono... Y tú lo mismo—añadió ofendida.

—Chica, yo no te he dado mayormente motivos para que me digas eso... Me parece que desde que nos hablamos mayormente...—balbució él bajando la cabeza, apenado.

—Ni mayormente ni menormente—dijo ella riendo, calmada ya—. Perico, eres un burro. No sabes lo que dices. Hablemos de otra cosa. Mañana nos veremos en la romería, porque yo voy aunque mi abuela se empeñe en que ayudemos a doña Pepa el ama del señor cura a esparcir la yerba... ¡Ni que lo piense! Bastante he sudado toda la semana.

Hubo unos instantes de silencio. Habían penetrado

en la cañada donde los castaños y robles de las laderas amontonaban sobre el camino la sombra extinguiendo la tenue claridad de las estrellas. Al fin Rogelia lo rompió preguntándole:

—¿Te han subido el jornal, Perico?

—¡Nada, chica! En nuestro taller no le han subido mas que a Telesforo de Carbayín... A ese porque es hermano del criado de don Miguel el administrador...

Rogelia guardó de nuevo silencio. Al cabo dijo con acento amargo:

—Pues chico, si no te lo suben no cuentes conmigo. Para pasar hambre no necesito separarme de mi abuela.

Él guardó también silencio, afligido.

Este Perico era un guapo chico de veinte años, gordo, sonrosado, imberbe, con los ojos muy grandes, vistiendo chaqueta de dril azul y boina. Trabajaba en la Fábrica de la Felguera, en el taller del laminado. Ganaba poco porque no era obrero diestro ni duro.

—Pues si mi padre lo consintiese—manifestó él dando un suspiro—me pasaba a la mina. Allí se gana bien la plata.

—Sí; la ganan los que tienen hígados.

—¿Es que yo no los tengo, Rogelia?

—Yo no te los he visto, niño... pero sin duda debes tenerlos grandes, porque eres bien rollizo.

Al decir esto reía a carcajadas. Perico, mohino, bajaba la cabeza gruñendo.

—Mira, Perico—concluyó por decir ella—, puesto que ya tienes un oficio no debes dejarlo. No es bueno andar bailando de un sitio a otro. Además a mí me gusta más verte en la Fábrica que en la mina. Estos mineros son unos perdidos... y tienen una lengua tan sucia como su cara.

—¡Pues en la fábrica tenemos cada pez! Hay quien

pasa la noche en la taberna y cuando viene al trabajo se queda dormido dando con las narices sobre la máquina. Desde que saben que te hablo no cesa en el taller la guasa... ¡Me dicen unas cochinerías!...

—No les hagas caso, no contestes. Para esa canalla lo mejor es el desprecio.

—Pero saben agacharse cuando lo necesitan. Ahora me andan haciendo la rosca para que vaya en comisión con otros dos a ver al Director para pedirle que admita otra vez a tres operarios que han despedido la semana pasada. Y amenazan con ponerse en huelga si no lo consiguen.

Rogelia guardó silencio unos instantes.

—No te aconsejo que vayas a ver al Director—dijo al fin—. Esos zorros quieren sacar el ascua con mano ajena. Si el gerente se atufa con la amenaza el primero a quien pone en la calle es a ti. Además todo eso de la huelga es una música nueva que han inventado los holgazanes que quieren ganar mucho y trabajar poco. Son los viciosos, los gandules quienes arman esas bullas. De todo ello no resulta casi siempre mas que lágrimas para las pobres mujeres y hambre para los niños. Ya ves lo que ha salido de la última huelga: más de cuarenta operarios despedidos. Los unos se han marchado para Buenos Aires y otros andan por ahí muertos de hambre casi pidiendo limosna.

—Rogelia, tú no sabes lo que pasa en los talleres. Si uno no sigue a los compañeros está perdido... ¡Bueno!—añadió alzando los hombros con gesto de impaciencia—. Allá ellos. Yo no pienso meterme en nada... Cuanto más que esos puntos despedidos están muy bien fuera de la fábrica.

Caminaban por la pedregosa calzada en medio de una oscuridad casi completa. Pero conocían tan bien el

camino que marchaban sin tropezar, sin que tocasen jamás uno con otro. Volvieron a hablar de la romería. Rogelia charlaba con alegría anunciando que iba a estrenar unos zapatos y un collar de corales que le había regalado el ama del cura.

—¿Bailarás conmigo?—le preguntaba él.

—¿Cómo no?

—¿Nada más que conmigo?

—Eso ya es otro cantar.

Y disputaron unos momentos, él rendido, zalamero, tratando de persuadirla; ella riendo provocativa.

Cuando se hallaban ya cerca de la iglesia de Lada y se destacaba su campanil entre las sombras, Rogelia se detuvo un instante.

—¿Sabes una noticia, Perico?

—¿Qué hay?

—Que mañana llega Máximo.

El joven se estremeció. Tardó unos segundos en contestar cual si la noticia se le hubiese atascado en la garganta. Al cabo preguntó:

—¿Quién te ha dicho eso?

Su voz salió tan alterada que Rogelia volvió hacia él la cabeza tratando de registrarle el rostro.

—¿Es que tienes miedo?

—¿Yo miedo?—rugió él haciendo esfuerzos para que su voz saliese cavernosa y amenazadora—. Tengo cinco dedos en cada mano como el más guapo.

—Pues cualquiera diría... En fin, más vale así. Yo no tengo miedo alguno de ese gato montés y si fuese hombre ya hace tiempo que le habría ajustado la cuenta.

Perico se sintió avergonzado. No podía menos de admirar la intrepidez de su novia. Haciendo esfuerzos supremos por serenarse preguntó con aparente indiferencia:

—¿Quién te ha dado la noticia?

—La noticia viene de Pepe su hermano, pero me la ha dado una mujeruca de las que trabajan en la mina.

—Todos pensaban que le saldrían algunos años de presidio. Si salió libre es que habrá corrido el dinero.

—Habrá corrido el dinero y el miedo. Esos mastuerzos que van de jurados a Oviedo son más cobardes que las liebres.

Perico corroboró con un bufido; pero se hallaba tan agitado que no encontraba palabras.

Se acercaron en silencio a la casa. Era una miserable vivienda; una choza de piedras mal ajustadas y sin revoco, con una desvencijada puerta ennegrecida y un ventanillo guardado por dos barrotes de hierro.

Rogelia abrió la puerta levantando un pestillo, la dejó medio abierta y volviéndose a Perico le dijo con su acostumbrada brusquedad:

—Bueno, rapaz, hasta mañana. Mira bien el camino; no vayas a tropezar con Máximo.

—¡Qué mala eres, Rogelia! —exclamó él amostazado—. Demasiado sabes que yo no le tengo miedo a nadie.

—Y tú sabes también, rapazuco, que a mí me gusta provocarte—replicó ella riendo poniéndole cariñosamente la mano sobre el hombro—. Hasta mañana. Que vayas temprano.

—Hasta mañana, Rogelia. ¿No me das la mano?

—Ni la mano ni el pie, borrico. ¡Anda, corre pronto a la cama!

Y riendo a carcajadas le dió con la puerta en las narices.

II

No muchas horas antes, a las tres de la tarde, con un sol abrasador que apenas podía templar la frescura del follaje se acercaba a aquella misma choza un caballero montado en lindo y brioso corcel.

Echó pie a tierra, ató el caballo a uno de los barrotes del ventano y despojándose del gran sombrero de fieltro gris se sentó en el poyo de piedra que guarnecía la casucha por delante. Sacó del bolsillo de su chaqueta un pañuelo y se limpió el sudor de la frente mientras su mirada se derramaba investigadora por los aledaños de la vivienda.

Era hombre ya entrado en días aunque de aspecto vigoroso y ágil; moreno de rostro, las facciones regulares, el cabello entrecano, los bigotes tan negros que bien se advertía que estaban teñidos, los ojos grandes, las cejas espesas, el conjunto bastante agradable pero de una belleza vulgar y campesina. En la aldea pasaría seguramente por dechado de gentileza; en la ciudad se le encontraría un poco rústico. Vestía con afectada elegancia, un poco atrasado en la moda; pantalón blanco ceñido, botas charoladas de montar con grandes espuelas doradas, chalina de seda sujeta por anillo de oro, amplia cadena de reloj, muchos dijes pendientes, guantes finos de cabritilla y en la mano un diminuto látigo.

Sólo un instante estuvo sentado. Se alzó vivamente y

dió varios golpes a la puerta con el puño de su latiguillo. No tardó en abrir la vieja, la cual abrió los ojos con sorpresa y sonrió después humildemente.

—¿Usted por aquí, don Enrique?

—¿Qué es eso, tía Dorotea, dormía usted la siesta?

—Estaba cansada, don Enrique, muy cansada. Toda la mañana trabajando. Me había echado un poco sobre la cama.

Al decir esto dió un paso fuera y con la mano invitó al caballero para que se sentase en el poyo de piedra disponiéndose ella a hacer lo mismo. Mas aquél dirigiendo en torno una mirada recelosa respondió:

—Mejor será que entremos dentro, tía Dorotea. Necesito hablar con usted a solas.

Sin embargo por allí no se parecía nadie. Los vecinos estaban todos en las tierras; las casas cerradas. En el campo frontero a la iglesia sombreado de añosos robles, no había más que gallinas pastando.

La casucha se hallaba dividida en dos compartimientos separados por un tabique fabricado con varas de avellano entrelazadas. En el primero, más grande, estaba el fogón de la cocina sobre un lar de piedra; en el segundo, el dormitorio amueblado con una sola cama donde dormían la abuela y la nieta juntas, una cómoda, algunas sillas y un aguamanil de hierro. El suelo del primero era de tierra apisonada; el segundo estaba toscamente entarimado.

El caballero se sentó en una de las tajuelas de la cocina, pero la vieja por humildad o por comodidad no quiso hacerlo en otra y se acomodó en el suelo. Aquél la miró fija y prolongadamente en silencio con expresión de lástima, sacudió la cabeza y profirió con acento doloroso:

—¡Pobre tía Dorotea, a sus años trabajando aún para ganarse el sustento!

—¡Qué quiere usted, don Enrique! No tenemos un pedazo de tierra; murió el que me lo ganaba; no conseguí un poco de retiro como otras... Y gracias que hasta ahora no caí enferma como mi pobre Robustiana. Mientras no la llevaron al hospital tuve yo que mantenerla vendiendo hasta los últimos trapos.

El caballero guardó silencio como si reflexionase.

—Pues eso no puede ni debe seguir y no seguirá—dijo al cabo en tono afectadamente resuelto—. Precisamente para poner un poco de remedio a tanta miseria he venido yo hasta aquí. Mi madre (que en gloria esté) me tiene dicho algunas veces: «No abandones a Dorotea; es muy honrada, está mal casada y puede caer el día menos pensado en la miseria.»

—Pues usted, don Enrique—gimió la vieja con acento de reproche—, no ha cumplido bien el encargo de su madre. No se ha acordado hasta ahora ni del santo de mi nombre, y eso que cuando mi difunto se quedó seis meses sin trabajo le escribí por dos veces a Oviedo. Usted dió la callada por respuesta. Después estuve en Ciaño varias veces y siempre me lo han negado. Cuando usted se casó bien me hice cargo que todo había concluído para mí y no volví a pasar por su casa.

—Lo de Oviedo nada tiene de particular, tía Dorotea—manifestó el caballero vacilando un poco—. Ya sabrá usted... yo había gastado mucho... había jugado... estaba casi arruinado. Me hallaba tan aturdido que no contestaba a las cartas. En cuanto a lo otro puede usted creer que nadie me pasó recado. Si hubiera sabido que usted me visitaba con el mayor gusto la hubiera recibido y la habría socorrido en lo que pudiera.

La vieja guardó silencio. No creía una palabra de todo aquello, pero supo disimular.

—¡Ay Dios, y cuánto quería yo a su buena madre!

Entré a los quince años en su casa: usted, don Enrique, acababa de nacer; yo le fajaba, yo le cantaba para que se durmiese; yo le llevaba a la cama de su madre para que le diese el pecho... Seis años estuve con ustedes. Cuando me casé todavía no iba usted a la escuela.

—Lo sé todo, tía Dorotea, lo sé todo. Después oí en casa que no era usted feliz en su matrimonio, que su marido era un borracho, que la mataba de hambre, que la golpeaba...

—¡Eso es falso! Lo del hambre es verdad, las pasé bien grandes... pero no me puso la mano encima más que dos veces y no fué cosa mayor...

Y la vieja se embebeció narrando con enfadosa prolijidad la historia de su matrimonio, sus disgustos y trabajos.

Don Enrique la escuchaba con impaciencia aunque esforzándose para ocultarla. Daba golpecitos en las botas charoladas con su latiguillo, se limpiaba el sudor a menudo, tosía, respiraba fuerte.

—Bien, bien, tía Dorotea—concluyó por decir—, el caso es que ha pasado usted muchos trabajos y que no han cesado todavía. Yo vengo a darles el finiquito... Verá usted...

Calló un instante, volvió a mirar a la vieja fijamente con ojos sonrientes y maliciosos, se echó hacia atrás, se inclinó de nuevo y poniéndole una mano sobre el hombro le dijo bajando la voz y recalcando mucho las palabras:

—Usted, tía Dorotea, no debe pasar necesidades, porque tiene en su casa un tesoro.

—¿Un tesoro? ¿Dónde está ese tesoro?

—Ese tesoro come y duerme con usted.

—¿Rogelia?

—Sí, Rogelia.

—¡Ay Dios! Rogelia no gana mas que una peseta trabajando todo el día en la mina. No tenemos siquiera para comer y yo ando como usted me ve casi desnuda.

—Pero Rogelia, si usted quiere, puede ganar mucho dinero, puede sacarla a usted de apuros, vivir ella con toda comodidad y hasta con lujo, pasar usted los últimos años de su vida descansada...

La vieja comprendió y bajó la cabeza. Se levantó en silencio y fué a arrimar el pucherito de las sopas a la lumbre, atizó ésta soplando sobre ella y volvió de nuevo a sentarse en cuclillas. Don Enrique la miraba fijamente, pero ella no alzaba la vista del suelo.

—Cuando una mujer es tan hermosa como su nieta no tiene derecho a dejar que se seque su hermosura, ni menos reservarla para un sucio minero—manifestó afectando un tono jovial para ocultar su malestar—. No debe embadurnarse la cara, sino limpiarla y pulirla como alhaja preciosa, vestir con elegancia y vivir como señora.

—Vivir como señora una temporada y después pedir limosna, ¿verdad, don Enrique?—respondió la vieja sonriendo sarcásticamente.

—¡No diga usted esas cosas, tía Dorotea! Para hallar un minero que la mantenga siempre estará a tiempo.

Guardaron silencio ambos. La vieja dijo al fin levantando la cabeza con resolución:

—Vamos a ver, don Enrique, ¿qué es lo que usted viene a proponerme?

—Por de pronto nada más que tome usted estos cinco duros.

Sacó del bolsillo una moneda de oro y la presentó a la abuela. Los ojos de ésta brillaron con expresión de asombro, de anhelo y de alegría. Con mano temblorosa tomó la moneda y la apretó en el puño fuertemente.

—Después que dé usted de mi parte un recadito a Ro-

gelia, que le diga que me tiene chaladito como a otros muchos en Langreo, que le suplico no vaya al trabajo esta semana porque yo he de abonarle seis veces el jornal que gana en la mina...

—Se lo diré, don Enrique—replicó la vieja humildemente con voz alterada.

—Después, todavía, que es la moza más guapa de toda la ría del Nalón y que tengo grandes deseos de verla y echar con ella un parrafito. Cualquier tarde de la próxima semana daré por aquí una vuelta.

—Por aquí no, don Enrique—profirió la vieja asustada—. Muy cerca está la rectoral del señor cura. Cerca también la casa de Lin de la Rebollada. Si le ven entrar estando Rogelia en casa somos perdidos.

El caballero reflexionó un instante; después dijo:

—Bien, entonces dígale que tenga la amabilidad de ir el lunes por la tarde a Sama, que entre en la tienda de Regalado y hable con Carlota. Esta la subirá al piso donde yo estaré aguardándola.

La vieja hizo un signo de asentimiento sin despegar los labios. Don Enrique calló igualmente. Al fin alzándose de la tajuela con presteza, poniéndose el sombrero que tenía en la mano y acariciando con su latiguillo la cabeza de su antigua criada le dijo con acento cariñoso:

—Muchas gracias por todo, Dorotea... ¿Cree usted que Rogelia?...

Aquélla tardó en contestar como si tuviese un nudo en la garganta.

—No lo sé, don Enrique... Creo que sí... Es muy orgullosa, pero le gusta mucho la ropa bonita, los pendientes de oro, los collares, los pañolitos de seda...

—Entonces—dijo don Enrique riendo a carcajadas—, si le gusta todo eso no hay cuidado. Que no deje de ir

el lunes. Hasta otro día, querida Dorotea. Cuídese bien y cuente conmigo.

Salió de la choza, desató el caballo, montó de nuevo y se alejó con el rostro resplandeciente de alegría.

Este don Enrique Sanfrechoso de las Matas era un hidalgo sobrino de aquel famoso don César de las Matas de Arbin cuya historia se puntualiza en *La aldea perdida*. Tenía su casa solariega en Ciaño, un pueblecito próximo a Sama que en aquella época era cabeza de la parroquia y a su iglesia debían acudir los habitantes de Sama para oír misa los domingos y cumplir los demás deberes religiosos. Su padre le envió muy niño a Valdedios, un colegio de frailes no lejos de Villaviciosa, donde cursó la segunda enseñanza. Cuando la terminó fué a Oviedo para seguir la carrera de abogado, pero habiendo perdido el primer curso y hecho algunas calaveradas, el viejo Sanfrechoso le trajo a Ciaño; y allí le tuvo bien apretado de dinero aunque libre de su persona. Cuando aquél falleció tenía ya nuestro hidalgo treinta años. Dueño de su fortuna, que no era cuantiosa, como no lo es generalmente la de estos hidalgüelos asturianos, se marchó a Oviedo y comenzó a darse buena vida. Se alojó en una de las mejores pensiones, fué asiduo abonado del Casino, tertulio del Café Español, comensal de todas las meriendas, acompañante en el paseo de todas las señoritas, bailarín en todos los bailes; de tal modo que al verle tan contento lo mismo en los de etiqueta que en los de confianza haciendo girar a las niñas cuando ya se aproximaba a los cuarenta un chistoso le llamó *el eterno masculino* y este nombre le quedó.

Pero fué jugador también. En los primeros años le sopló bien la suerte: fuéle después adversa. Poco a poco, vendiendo hoy una finca, mañana otra se encontró a los cuarenta años completamente arruinado, sin profe-

sión alguna y sin medios de adquirir recursos. Entonces aterrado por la visión de la miseria que le aguardaba se acordó que tenía en Cangas de Onís una prima soltera, vieja, fea y rica. Allá se fué con propósitos matrimoniales y siendo todavía buen mozo no le costó trabajo obtener la mano de su parienta, que contaba diez años más que él de existencia.

Vinieron a habitar la casa de Ciaño, que era lo único que le quedaba de su hacienda. Y aquel sátrapa provisto de dinero comenzó a darse una vida tan regalada como pecaminosa. Solteras, casadas, viudas, todas las bellezas del país recibieron sus galantes obsequios. Unas los acogieron con favor, otras no. La pobre doña Rosa, su consorte, vivió asada en parrilla llorando a hilo noche y día las venturas de aquel infiel. Cuando vino a Lada para realizar la compra repugnante de la hermosa Rogelia pasaba ya de los cincuenta años.

Al cerrar ésta la puerta de su casa despidiendo a Perico dióle en la nariz el tufo de un apetitoso guisado. Abrió los ojos con asombro viendo en el fogón en vez del acostumbrado puchero de sopas una sartén colmada de lonjas de jamón. Sobre una tajuela descansaba un queso y en otra una botella de vino y dos libretas de pan blanco.

—¿Abuela, qué ha pasado aquí?

—Pues ha pasado la Providencia en figura de un guapo señor que tú conoces—respondió aquélla con acento exageradamente meloso.

—¿Que yo conozco?

—Sí; don Enrique, el señor de Sanfrechoso. Me ha metido en la faltriquera algún dinerillo y quiero que hoy cenemos tú y yo como señores.

Rogelia permaneció unos instantes silenciosa.

—¿Y por qué le ha dado a usted dinero ese don Enrique?

—Tonta, ¿no sabes que fuí su criada cuando era muy niño, que yo le tuve en brazos y le he cantado muchas veces para dormirle, que fuí su niñera hasta que tenía seis años?

—Pues nunca hasta ahora se ha acordado de que usted vivía en el mundo.

—Porque la gente de su casa no quiere que me socorra. Cuando fuí a verle me dijeron siempre que estaba de viaje, en Oviedo, en Gijón, en Laviana, aunque no era cierto.

Hubo un nuevo silencio.

La vieja titubeando y con voz levemente alterada comenzó a hacer el panegírico de don Enrique. ¡Qué señor tan caba! ¡qué buen mozo! ¡qué rico! ¡qué generoso!

Rogelia escuchaba grave y silenciosa.

Cuando se hubo hartado de cantar himnos en loor de su antiguo amo sin que la nieta la interrumpiese reinó un nuevo silencio. Al cabo la vieja en tono afectadamente indiferente pero temblándole la voz dijo:

—Don Enrique te conoce de vista aunque no te ha hablado nunca. ¡Santo Cristo qué cosas dice de tu hermosura! Para él no hay moza en todo Langreo que te llegue siquiera al tobillo... Me ha dicho que tiene grandes deseos de hablarte... Le da mucha pena que trabajes en la mina como una bestia...

Rogelia continuaba silenciosa.

—También me dijo—profirió con voz apagada como un murmullo—que si fueses el lunes día de mercado a Sama podría verte y hablarte en casa de Regalado.

Rogelia comprendió de golpe: sus ojos chispearon de furor.

—¿Qué está usted diciendo, abuela?

—Nada, hija... lo que él me mandó decirte.

—Pues hace usted muy mal en repetírmelo. Debiera darle vergüenza.

—¿Por qué te remontas tan de prisa, Rogelia?

—Porque ese señor de Sanfrechoso es un sucio, y estoy viendo que usted es tan sucia como él.

—¡Me estás insultando, Rogelia!—clamó la vieja irguiéndose irritada.

—Mayor insulto me ha hecho usted mandándome ir a ver a ese viejo sinvergüenza... Porque es un bribonazo; todo el mundo lo sabe.

—Bueno, pues si no quieres no vayas... pero no me insultes.

Rogelia guardó silencio. Transcurridos unos instantes se fué al dormitorio, se enjabonó la cara y las manos, se mudó de camisa, se aliñó un poco los cabellos y volvió de nuevo a sentarse delante del lar.

Mientras tanto la vieja, en el colmo de la confusión y de la cólera, gruñía, bufaba, murmuraba palabras malsonantes, Rogelia permanecía silenciosa y al parecer tranquila, pero sus manos y sus labios temblaban.

La tía Dorotea se fué calmando al fin. Sin duda reflexionaba que por las malas nada conseguiría de aquella fierecilla. Al cabo murmuró como si hablase consigo misma:

—En este mundo no tenemos mas que lo que merecemos. Cuando las ocasiones se nos vienen a las manos en vez de atraparlas las dejamos como tontos que se escapen... Vivir toda su vida con privaciones, pasando hambre, andar desnuda, andar descalza y trabajar como una vaca...

—¡Cállese usted, abuela!... Prefiero trabajar como una vaca a ser vendida como una vaca... ¿Lo oye usted, abuela? ¿Lo oye usted?

—Bueno... allá tú... pero don Enrique...

—¡Cállese usted, abuela!—gritó Rogelia poniéndose en pie—. ¡Cállese usted o no respondo de mí!

La vieja aterrada no despegó ya los labios. Ambas quedaron silenciosas largo tiempo.

En la sartén chisporroteaba la manteca mientras se freía el jamón. Cuando estuvo frito y en su punto, la tía Dorotea lo sacó con cuidado y lo repartió en dos platos. Después humildemente presentó uno de ellos con un bollo de pan a su nieta. Esta dejó escapar un bufido, se lo arrebató de las manos, se puso en pie y dirigiéndose a la puerta y abriéndola arrojó a la calle el plato y el bollo, hecho lo cual vino de nuevo a sentarse con calma amenazadora.

La vieja espantada no osó protestar. Rogelia se alzó al cabo, abrió la masera, sacó una borona, cortó un pedazo y sentándose otra vez se puso a comerla con afectado sosiego.

Con esta cena se fué a la cama aquella noche la hermosa Rogelia.

III

El prado donde se celebraba la romería llamada del Nalón estaba situado a orillas del mismo río, no lejos de Sama, más cerca aún de Ciaño. Bordábanlo algunas filas de avellanos por la parte del río; por el lado de la carretera cercábalo una paredilla de piedras mal encajadas: era regularmente llano y extenso.

A las cuatro de la tarde ya había allí mucha gente, aldeanos en su mayoría de los contornos, de Ciaño, de Santa Ana, del Entrego, de Sotrondio y de los caseríos que por lo alto los circundan. Los burgueses de Sama no habían llegado y tampoco muchos obreros de la Felguera. Veíanse algunos puestos de bebidas resguardados por toldos de lona bien sucia: sobre las mesas, improvisadas con tablas sobre palitroques, algunos pellejos henchidos de vino, jarros y vasos: en el suelo descansaban las barricas de sidra. Las cestas de fruta allá a lo lejos en un ángulo del prado y detrás de ellas las aldeanas voceando su mercancía. Las mesas atestadas de confites empedernidos ocupaban una faja cerca de la carretera.

El sol bañaba la pradera, que ya comenzaba a marchitarse con los calores. En medio de ella había un grupo numeroso de gente donde se bailaba. Sonaban la gaita y el tambor, y diez o doce parejas en fila bailaban esa jota adulterada que se usa en las aldeas asturianas, los

hombres con los brazos en alto brincando, las mujeres más reservadas con los codos pegados a la cintura, mirando al suelo: todas ellas cubrían su cabeza con pañuelos de seda de varios colores, y la mayoría se tapaba el pecho y la espalda con pañolones de percal anudados por detrás al estilo de la villa. Pero también había algunas aldeanas de los altos vistiendo el clásico dengue, la falda corta de estameña, la camisa de gordo lienzo y el mandilito de raso. Los mozos ya no vestían en aquella época la chaquetilla verde con botones de plata, el calzón corto y la montera de los tiempos antiguos: la fábrica y las minas lo habían transformado todo en pocos años: gastaban pantalón largo, chaqueta de dril azul y boina.

Perico acompañado de dos amigos daba vueltas al prado buscando a Rogelia, que no parecía aún.

—¡Mírala, mírala!—exclamó uno de ellos.

—¿Dónde?—preguntó con ansiedad el enamorado mancebo.

—Allí, debajo de aquellos avellanos. Está con Dolores la de la panadería de Sama y con otra moza de la Felguera.

Hallábanse tan ocultas por el follaje de los árboles y por las vendedoras de fruta que fué milagro haberlas encontrado. A toda prisa los mozos se dirigieron hacia ellas. Antes de llegar Perico les detuvo rogándoles que le esperasen un momento pues iba a comprar avellanas para regalarlas. Con la boina colmada vino hacia ellas sonriente y orgulloso. Las mozas agradecidas comenzaron a cascarlas entre los dientes. Hubo un cambio de risas y bromas. ¿Cómo diablo se habían escondido de aquel modo? Perico había dado cuatro veces la vuelta a la romería sin verlas.

—Y si no es por Amalio tú no darías conmigo. Eres

un bobalicón que no ves más que las tajadas en el plato—decía Rogelia a su novio.

Este se defendía alegando que ella se escondía a drede detrás de alguna mujeruca cuendo él pasaba.

—Y para que veas que tengo más arte de lo que presumes—concluyó por decir—vente conmigo a mover un poco las piernas en el baile.

—¡Andando!—exclamó la joven alzándose del suelo con presteza.

Las amigas hicieron lo mismo. Todos juntos fueron a unirse a los bailadores, se pusieron en fila y comenzaron a brincar como ellos al compás del tambor y la gaita.

Después de largo tiempo se retiraron sudorosos y fatigados; pero otras nuevas parejas los sustituyeron: ni el tambor ni la gaita cesaron de repiquetear en toda la tarde.

Perico las llevó hasta las mesas de dulces y en vena de esplendidez las convidó con tabletas de mazapán y rosquillas bañadas. Además les hizo beber vasos de agua con azucarillos y aguardiente. Rogelia encontraba esto un verdadero despilfarro y se lo decía por lo bajo; Perico no hacía caso: atacado del delirio de grandeza sacaba del bolsillo puñados de calderilla y alguna moneda de plata.

Allá en un puesto de vino, debajo del toldo y sentado a una de aquellas mesas provisionales estaba Máximo, el feroz minero que por la mañana había llegado de la cárcel de Oviedo. Era un mozo bajo de estatura, ancho de espaldas, las facciones regulares, los ojos negros de mirar agresivo y provocativo. No era desgraciado su rostro, pero le afeaba una cicatriz prolongada que le partía de la boca. Sentados a su lado se hallaban tres amigos con los cuales departía jaraneando. De vez en cuando llevaba la mano al jarro que tenía delante y es-

canciaba en los vasos el famoso vino de Toro, negro como la tinta.

Perico y sus amigos acompañando a las mozas después de regalarse con los dulces dieron una vuelta a la romería y acertaron a pasar por delante y no muy lejos del puesto donde se hallaba Máximo. Perico le divisó prontamente y más pronto aún apartó la vista y se echó a un lado tratando de alejarse con sus amigos y las chicas; pero Máximo también le había divisado y poniéndose en pie le llamó a gritos:

—¡Perico, Perico!

Perico se hizo el sordo y se esforzó en alejarse arrastrando a sus compañeros.

—¡Perico, Perico!—volvió a gritar Máximo.

El mozo siguió haciéndose el sordo, pero una de las muchachas le tocó con el codo.

—Te están llamando, Perico.

—¿A mí?—preguntó sorprendido.

—Sí, a ti. ¿No lo has oido? Creo que es Máximo, ese minero que quiso matar al capataz.

No hubo más remedio. Perico se volvió y apartándose del grupo se puso a caminar lentamente hacia el puesto de vinos con la inquietud y la tristeza pintadas en los ojos.

—¡Buenas tardes, Perico! ¡Buenas tardes, hombre! Tú no conoces ya a los amigos. Pues no he estado de viaje mas que cinco meses—le dijo Máximo así que se puso con él al habla.

—No te había visto, Máximo. Me alegro mucho de hallarte por aquí.

—No lo dudo, Perico, ya sé que me estimas. Yo a ti te tengo por el mozo más guapo, más listo y más valiente de todo Langreo... Toma, bebe un trago y que siempre seamos amigos.

Le presentó un vaso lleno de vino. Los elogios exagerados y aquel tono afectadamente cordial ocultaban mofa y desprecio. Perico bien lo percibía; también lo percibían los amigotes que rodeaban a Máximo, los cuales le miraban fijamente con sonrisa burlona.

Aquellos amigotes eran los cortesanos habituales del terrible minero. Donde aparece una fuerza hay siempre aduladores, aunque esta fuerza se ponga al servicio de la maldad y del crimen.

Perico bebió y para disimular su inquietud le dijo igualmente con afectada cordialidad:

—Has llegado esta mañana; ya lo sabía desde ayer.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo he oído en la Fábrica.

—Estarían todos alegres, ¿verdad? Yo creo que todo el mundo en Langreo está encantado de verme por aquí.

Al decir esto soltó una grosera y sarcástica carcajada que los amigotes secundaron con otra no menos grosera.

—Pero siéntate, Perico. Tú ya eres buen mozo; no necesitas crecer más.

El turbado mozo se sentó. Máximo no volvió a hacer caso de él; se puso a charlar con sus amigos contándoles lo que le había ocurrido en la cárcel de Oviedo. Al fin Perico después de mucho vacilar se decidió a irse y se puso en pie. Máximo volvió su rostro hacia él con expresión muy seria.

—¿Te vas, Perico? Supongo que irás a despedirte de la morenita.

—¿A despedirme?

—Sí, a despedirte, porque ya no la hablarás más que hoy.

Al decir esto, su mirada se clavaba tan negra y amenazadora en el muchacho que éste se puso pálido, luego encarnado.

—Bueno... hasta la vista—acertó a balbucir separándose.

Cuando hubo dado algunos pasos Máximo le gritó:

—Pierde cuidado, volverás a verla en el cielo si allí reciben a los mozos fachendosos y pintureros.

Los amigotes prorrumpieron todos en una ruidosa carcajada. Perico se alejó con las orejas coloradas y el corazón henchido de rabia.

La romería había llegado a su apogeo. El grupo del baile había engrosado; la fila de parejas era extensa y se bailaba con verdadera furia al redoble del tambor.

Mas en el extremo del prado un ciego tocaba el violín acompañado de otro ciego guitarrista. Las burguesas de Sama y Ciaño que fueron llegando se aproximaron a ellos y comenzaron a bailar por lo fino polcas y habaneras. Eran señoritas de pueblo emperejiladas con sus mejores trapitos, adornadas con joyas falsas, que no tocaban su cabeza con pañuelo como las menestralas ni con sombrero como las damas, luciendo sus cabellos esmeradamente peinados para la solemnidad. Algunas de estas cabecitas eran verdaderamente lindas. Los jóvenes, empleadillos de la Fábrica, dependientes de tienda o hijos de hidalgüelos vestían ternos de color, camisa aplanchada y corbata chillona, todo flamante como preparado para aquella ocasión.

En torno del grupo aristocrático se había reunido mucha gente, en su mayoría jóvenes obreras y aldeanas que contemplaban con admiración y envidia aquel bailoteo tan fino y elegante.

A este grupo se acercaron Rogelia y sus amigas acompañadas de los amigos de Perico. Cuando éste llamado por Máximo se había separado siguieron andando, esperando que no tardaría en juntarse a ellos de nuevo.

Rogelia no sentía por aquel baile la admiración que

mostraban sus compañeras. Su mirada altiva seguía con marcada indiferencia los movimientos de los señoritos y señoritas. De vez en cuando sacaba de la faltriquera una avellana y distraídamente la cascaba con sus blancos y menudos dientes. Estaba hermosa la zagala aquel día. Su cabeza aprisionada por un pañolito encarnado de seda dejaba libres sobre las sienes algunos rizos de sus cabellos negrísimos; el pañuelo floreado de percal anudado por detrás a la cintura permitía ver el nacimiento de su pecho virginal adornado con un collar de rojos corales; la falda de merino por el tobillo, la media blanca, el zapato de cuero de color; todo modestito, casi pobre pero elegantísimo si se comparaba a lo que diariamente usaba. Poco necesitaba su belleza singular para cautivar la atención. Aquel rostro suavemente ovalado de facciones delicadas, fresco, levemente sonrosado, aquellos ojos negros, claros y serenos, serían siempre admirables cualquiera que fuese su marco.

Pero en una de sus distraídas ojeadas por la romería acertó a ver allá a lo lejos a don Enrique Sanfrechoso que venía rodeado por varios amigos. Su frentecita se arrugó y una leve mueca de desprecio agitó sus labios.

El señor Sanfrechoso de las Matas había reunido a comer aquel día en su casa solariega de Ciaño a una docena o más de amigos. Era su costumbre desde hacía algunos años convidar el día de la romería del Nalón que se celebraba en las cercanías de su pueblo a los amigos de Sama, de Laviana y alguno también de Oviedo. Se fijaba la mesa del banquete en un viejo y espacioso salón de la viejísima casa. Todo era viejo allí y polvoriento, porque doña Rosa la vieja consorte de Sanfrechoso se había criado y vivido siempre en la aldea y no se preocupaba mucho del mobiliario ni del polvo como las señoras de Oviedo y Gijón. El entarimado de

anchas tablas de castaño estaba carcomido por varios sitios, los cristales sucios, el sofá y los sillones de damasco verde de seda dejaban ver por algunas desgarraduras el forro blanco. Había un gran reloj de pesas encerrado en caja de nogal, una mesa escritorio también de nogal, una consola de caoba y sobre ella adosado a la pared un gran espejo de marco dorado, escandalosamente manchado por las moscas. Don Enrique, aunque más refinado por sus años de estancia en Oviedo, no se ocupaba tampoco del aseo y ornamentación del palacio. Le bastaba tener su dormitorio amueblado a la moderna con relativa elegancia, cama y armario de palisandro, transparente de seda, bañera de hierro esmaltado, etcétera.

Pero la mesa estaba servida con verdadera esplendidez. Los manteles y servilletas adamascados con encajes, la cristalería fina, la vajilla antigua y de valor lo mismo que los cubiertos. Aquí echaban el resto los amos de la casa y mostraban su alcurnia. Y los platos que se servían en este festín eran incalculables. Decían los convidados que se podía comer y beber para todo el año.

No había mas que hombres: dos hidalgos de Laviana, uno de San Martín del Rey Aurelio, el registrador de la propiedad de Laviana, el notario don Telesforo, algunos altos empleados de la fábrica de la Felguera, ingenieros de las minas y tres o cuatro amigos de Oviedo que desde allí venían directamente a caballo por la mañana para restituirse a la capital antes de cerrar la noche.

Doña Rosa, después de dictar las últimas disposiciones y echar una mirada a la mesa, se despedía de aquéllos y se retiraba al comedor, donde también tenía cuatro o cinco amigas íntimas convidadas.

Casi todos los comensales de don Enrique, salvo los

dos ingenieros, eran poco más o menos de su misma edad. Algunos habían sido compañeros de escuela en Sama, otros compañeros de juego en Oviedo. Se tuteaban, se embromaban alegremente unos a otros y algunas veces arrastrados por la confianza se dirigían frases nada delicadas.

—Oye, Enrique—decía don Benito, el hidalgo de San Martín—, debieras reunir a todos tus hijos un día siquiera al año y darles un banquete como este.

—No cabrían en el salón—apuntó don Telesforo, el notario de Laviana, quien al proferir estas palabras se sintió acometido de una risa bárbara que sacudió su vientre descomunal.

—¿Pero tiene hijos el señor de Sanfrechoso? Me habían dicho...—preguntó el joven ingeniero Mario Oliva, que sólo un mes llevaba en Sama.

—Y no le han engañado—dijo en voz baja y muy inquieto don Enrique dirigiendo una mirada recelosa a la puerta, donde temía que pudiera estar doña Rosa escuchando.

—¡Anda! —exclamó don Benito—. ¿Que si tiene hijos? ¿Ve usted todos esos caseríos que hay esparcidos por las laderas del valle? Pues en cada uno de ellos hay un Enriquito... o una Enriqueta.

—Que se llamen como él no quiere decir que sean sus hijos—dijo riendo el joven ingeniero.

—Sí tal—replicó el hidalgo de San Martín—, porque don Pedro, el cura de la parroquia, cuando le traen a bautizar una criatura que sospecha pertenece a nuestro amigo, le pone siempre por nombre, quieran o no quieran los padrinos, Enrique o Enriqueta.

—¡Vaya una broma pesada!... ¡Pero eso es una crueldad!—exclamó Oliva soltando una carcajada.

Sanfrechoso se había puesto repentinamente enfosca-

do, sus ojos expresaban la indignación y la ira. Aquella broma del cura le exasperaba, le ponía fuera de sí.

—El día menos pensado—manifestó gravemente Castañón el registrador de la propiedad—, don Enrique de Trastamara hunde un puñal en el pecho de don Pedro el Cruel.

En verdad que no le faltaban ganas a Sanfrechoso de hacerlo; pero aquel cura le imponía respeto y hasta miedo. Era un viejo socarrón, malicioso, sarcástico, que cuando se lo proponía hacía reír, que mataba con una frase aguda y chistosa al personaje más encopetado.

—De modo que a este don Enrique no le quedará en la historia el sobrenombre de don Enrique el Impotente —manifestó el joven ingeniero.

Los comensales rieron. Uno de ellos dijo:

—Nuestro amigo Sanfrechoso hace lo que puede por la patria. Es un valiente.

—Como que el Gobierno debiera otorgarle la medalla de la constancia—dijo otro.

—Más justo sería la de la inconstancia—apuntó el ingeniero.

—¿Pero hay Gobierno en España?—preguntó con énfasis don Juan de la Rosa, hidalgo de Laviana, carlista airado y colérico que dos veces había estado preso por conspirador.

La conversación desvió hacia la política. Los comensales, que ya estaban un poco alegres, comenzaron como siempre a embromar al hidalgo, a tirarle de la lengua y verle furioso.

—El Gobierno de ahora es malo, pero el de los *carcas* si vinieran sería mucho peor—dijo uno.

—Don Carlos es un badulaque; todo el mundo lo dice —apuntó otro.

—¡El badulaque lo eres tú!—gritó don Juan—. Su Ma-

jestad don Carlos de Borbón y de Este es el hombre destinado por la Divina Providencia para regenerar esta nación corrompida y limpiarla de canallas.

—Y su esposa doña Margarita, una mujer casquivana que se muere de gusto poniéndose el manto real y la corona para recibir en corte a cuatro vizcaínos desarrapados.

—¡Doña Margarita es una santa!—clamó con más furia el hidalgo—. Debieras enjuagarte la boca para hablar de esta reina virtuosa.

—No hay inconveniente—replicó el detractor tomando la copa que tenía delante y enjuagándose con un sorbo de vino.

Los comensales celebraron la ocurrencia con grandes carcajadas. Después prosiguieron saetando al pobre señor, insultando a don Carlos, insultando a sus generales y hablando con desprecio de su ejército.

Don Juan se revolvía iracundo, frenético, devolviéndoles con creces los insultos dirigidos a su rey, hartándose de llamarles burros, indecentes, herejes.

El ingeniero Oliva estaba aterrado; decía por lo bajo al comensal que tenía cerca que por mucho menos que esto en su país saldrían los revólvers o los cuchillos a relucir. En cambio, ellos reían con sonoras carcajadas y se mostraban alegrísimos cada vez que recibían una nueva injuria.

—Además—manifestó un empleado de la Fábrica republicano—está probado que don Carlos es un hombre de costumbres depravadas. He oído decir que, como el sultán de Turquía, tira el pañuelo a cualquier muchacha que le gusta allá en Guipúzcoa, y aquella noche duerme con ella.

—¡Esas son indecencias propaladas por los canallas! —aulló el señor de la Rosa.

—Parece que va dejando semilla por todas las villas y aldeas que recorre en Navarra y Guipúzcoa—apuntó otro.

—Eso no es tacha—dijo Castañón el registrador—porque nuestro amigo Sanfrechoso también la esparce pródigamente, y no por eso dejamos de quererle y estimarle.

—¡Es verdad! ¡es verdad!—gritaron muchos a un tiempo.

Y se aplaudió y se dieron vivas a don Enrique.

—¿Sabes, Enrique, a quién he encontrado el jueves pasado en el mercado de Laviana?—le gritó don Benito desde la punta de la mesa—. A Falina, aquella mocita tan salada por quien anduviste chiflado hace lo menos veinte años. ¡Cómo está la pobre! Es un horror. No parece ella misma. Es una vieja imposible. Además tan mal trajeada que daba lástima. Me han dicho que se encuentra en la miseria, que le han embargado la poca hacienda que tenía.

—Cierto—manifestó Sanfrechoso—. Parece que su marido, que era un borracho perdido, al morir no le ha dejado mas que deudas. Habrá poco más de un mes vino a Ciaño y me pidió treinta duros para comprar una vaca... Yo, naturalmente, le dije que no mantenía clases pasivas.

Algunos celebraron con risa aquel chiste feroz, pero otros bajaron la cabeza molestos.

—Las mujeres de su tierra, don Mario—dijo el empleado republicano que había estado algún tiempo en Andalucía—son más apetitosas que las de aquí. ¡Qué malagueñas! ¡qué gaditanas! Si me pierdo que me busquen por allá.

—No exageremos, amigo. Aquí hay mujeres también de *primo cartello*—replicó el joven ingeniero—. Precisa-

mente ayer he visto en el lavadero de la mina una chica que llamaría la atención en cualquier parte del mundo. ¡Hermosa mujer! Y parece que es una niña, que no tiene más de quince años.

—¿Es una morena que se llama Rogelia?—preguntó el empleado.

—Creo que sí, que se llama Rogelia.

—¡Vaya si es guapa! No hay en todo Langreo una moza que le ponga el pie delante.

—¡Bocado de cardenal!—exclamó el ingeniero.

—Bocado para este cura—dijo en voz baja Sanfrechoso apuntándose al pecho.

El registrador, que estaba a su lado, le oyó.

—¿Ya le has tirado el arpón, viejo sátiro? Eres la mayor plaga de Langreo, eres un lobo exterminador.

El banquete había terminado. Detrás del café bebieron algunas copitas de cognac. Y todos alegrísimos se levantaron de la mesa para ir a dar una vuelta a la romería como tenían por costumbre de otros años. Lentamente, chupando los aromáticos cigarros habanos, con las mejillas arreboladas por el alcohol se encaminaron por la carretera y llegaron al prado de la romería cuando ésta ya fenecía.

El sol hacía ya rato que había traspuesto las colinas. En aquel estrecho valle el sol se oculta pronto aunque su luz alumbra todavía largo tiempo. Sin embargo el tambor y la gaita redoblaban furiosamente y las aldeanas vendedoras gritaban aún con más furia. Se bailaba también al son del violín y la guitarra. Pero los romeros que vivían lejos comenzaban a desfilar. Don Enrique y sus amigos se aproximaron al grupo donde bailaban las señoritas.

—¡Vean ustedes!—exclamó el ingeniero Oliva—. Ahí está la hermosa chica de quien les he hablado.

—Sí; esa es—replicó el empleado de la Fábrica.

Don Enrique Sanfrechoso, con paso mesurado, con los ojos chispeantes de malicia, sonriente y acaramelado se aproximó a Rogelia.

—Buenas tardes, Rogelia, buenas tardes, hermosa.

La zagala le miró un instante. Después miró con curiosidad a los amigos y murmuró dirigiéndose a sus compañeras:

—¡Qué asco! Todos están borrachos.

Sanfrechoso oyó estas palabras.

—¿Quién no ha de sentirse borracho cuando te ve, niña mía? Tú eres capaz de trastornar la cabeza a todo el conclave romano. Pero a mí, salada, me tienes trastornado hace ya mucho tiempo. Pronto seremos amigos, ¿verdad, preciosa?

La chica seguía contemplándole en silencio, como si viese algo raro.

—¿No es verdad que hemos de ser muy amigos? Mañana quedará sellada nuestra amistad para siempre... Pero yo quisiera esta tarde en que te veo tan hermosa un pequeño anticipo... Déjame probar un poquito la miel con el borde de los labios...

Y acercando con viveza su rostro al de la joven osó darle un beso en la mejilla...

Rogelia se echó atrás y alzando la mano le aplicó un sonoro bofetón. Don Enrique se tambaleó y estuvo a punto de caer, pero los amigos le sostuvieron.

Rieron los hombres discretamente; aplaudieron las mujeres furiosamente; hubo un revuelo en el grupo del baile; los amigos al cabo se alejaron llevando a Sanfrechoso en el medio.

Caminaban todos en silencio, sonriendo y dirigiendo de soslayo miradas burlonas al rostro del viejo seductor, que estaba más enfoscado que una noche de truenos.

El socarrón del registrador lo rompió al cabo con estas graves palabras:

—¿Sabes lo que te digo, Enrique? Pues que en mi humilde opinión esta conquista te ha salido un poco desigual.

El hidalgo, cada vez más sombrío, murmuró:

—¡Qué le vamos a hacer! Donde las dan las toman.

—Eso no es completamente exacto, porque tú le has dado un beso a la chica pero ella no ha hecho lo mismo contigo.

Rogelia, a quien molestaba la atención que había despertado, se alejó también hacia otro lado arrastrando a sus amigas. Estas no cesaban de comentar el lance y de reírlo más de lo que merecía. Rogelia permanecía seria y callada.

Se acercaron al grupo del baile aldeano que ya había menguado. Rogelia paseaba su mirada por el grupo, luego la volvía a un lado y a otro con cierto disimulo. Le sorprendía no ver a Perico por ninguna parte. Uno de los mozos que las acompañaban propuso entrar de nuevo en el baile, pero Rogelia se opuso resueltamente alegando que estaba cansada y las amigas siguieron su ejemplo.

Desde allí a paso lento volvieron a dar la vuelta a la romería. Junto a las mesas de los confites Rogelia manifestó que tenía sed y uno de los mozos se apresuró a pedir un vaso de agua con azucarillo y ofrecérselo. Cuando acababa de beberlo una señora de pelo casi blanco acompañada de una amiga igualmente anciana se acercó a ellas.

—¿Eres tú la chica que ha dado una bofetada a mi marido?—preguntó dirigiéndose a Rogelia con sonrisa halagüeña.

Esta no respondió, mirando a la vieja con gran curio-

sidad y como si no entendiese. Pero las amigas rieron indicando que no se engañaba.

—Has hecho muy bien, hija mía, has hecho muy bien. Toma este cartucho de dulces que bien los mereces.

Y quiso ponérselo en la mano. Pero la zagala la miró en silencio de arriba abajo con supremo desdén y dijo al cabo volviéndole la espalda:

—No soy golosa. Déselos a su marido para quitarle el amargor.

Doña Rosa, la desgraciada esposa del infiel Sanfrechoso, confusa por la risa que las palabras de Rogelia produjeron se apartó del grupo con violento ademán declarando en alta voz que aquella gente de la aldea eran todos verdaderos cafres. ¡Como si ella habitase en París!

Ya era hora de retirarse. Comenzaba el crepúsculo y Rogelia estaba más lejos de su casa que las amigas. Necesitaba volver a Sama y de allí caminar hasta Lada. Seguía mirando a uno y otro lado para ver si divisaba a Perico; éste no parecía por ninguna parte. Los acompañantes, lo mismo mozos que mozas, bien advirtieron su inquietud: estaban al tanto de lo que ocurría aunque no decían palabra; se contentaban con sonreír y hacerse guiños por detrás de la joven. Ésta también sospechaba la verdad, pero no daba su brazo a torcer. Siguieron el camino hablando de otras cosas, particularmente de las aventuras escandalosas de don Enrique Sanfrechoso, y cuando llegaron a Sama se despidieron sin que el nombre de Perico saliese en la conversación: se le había olvidado por completo.

No lo olvidaba, no, la briosa zagala. Estaba casi segura de lo que había pasado. Máximo le había metido miedo como había hecho ya con otros. Sin embargo aun abrigaba una vaga esperanza de encontrarle en la

confluencia de la calzada de Lada como los días anteriores. A lo menos allí nada tendría que temer puesto que el minero no le vería. Pero llegó a la entrada del camino cuando ya cerraba la noche y no le vió. Aguardó todavía unos minutos como solía hacer, pero fué en vano.

Persuadida al fin de que sus sospechas eran realidades una ola de indignación comenzó a formarse en su pecho y subió a sus ojos, que chispearon de furor en la oscuridad y pronto también a su boca que sin temor de ser oída arrojó sobre el mancebo las palabras más injuriosas.

—¡Cobarde, cobarde!—casi gritaba mientras con vivo paso caminaba la vuelta de su casa—. ¡Burro de carga! ¡miserable falderillo! ¡liebre! ¡gallina!

Y a este tenor le iba comparando con los animales más pacíficos de la creación, por ella conocidos. Y lágrimas de rabia y despecho brotaban de sus hermosos ojos.

IV

La tarde había sido calurosa. El valle de Langreo cerrado todo él por altas colinas, con los fuegos de la gran Fábrica, las minas y los hornos parecía él mismo un alto horno donde se tostaban obreros y labradores. Los burgueses de Sama se guardaban en sus casas o en los dos humildes cafés que allí existían, donde se jugaban largas partidas de billar y de dominó. Allí se había comentado con risa y algazara la bofetada recibida la tarde anterior por Sanfrechoso. En cambio Rogelia ya no se acordaba de tal sujeto. Lo único que le preocupó aquel día mientras trabajaba fué la ruindad de su mozo, su escandalosa cobardía: ansiaba tropezarse con él para escupirle a la cara los insultos que murmurando a solas no le escatimaba.

Cuando dejó el trabajo y se hubo lavado como siempre en el arroyo emprendió la vuelta de su casa a la hora del crepúsculo. Al llegar a la confluencia de los dos caminos, antes de entrar en el de Lada se detuvo distraída por la costumbre y permaneció unos instantes inmóvil, pero recobrándose pronto hizo una mueca de desprecio y penetró en la estrecha cañada donde había ya poca luz. Para persuadirse a sí misma de que la decepción de Perico no le afligía se puso a cantar en alta voz una alegre tonada campesina que por aquellos días

estaba en boga entre la juventud trabajadora. Y así iba cantando enteramente enajenada, desprendida de toda preocupación, cuando acertó a ver delante de sí el bulto de un hombre. Se detuvo asombrada pero sin miedo: nunca lo había sentido de nada ni de nadie.

—¡Eh! ¿Quién eres?—preguntó con valerosa resolución.

El hombre avanzó un paso.

—Soy Máximo. No te asustes, Rogelia.

—Yo no me asusto—respondió con orgullosa entereza la zagala—. ¿Pero qué quieres tú, Máximo? ¿A qué vienes aquí?

—Ya debes presumirlo, Rogelia... Quiero verte, quiero hablarte. Me has echado muchas veces de tu lado, pero vuelvo siempre hacia ti como un perro leal a quien dan un puntapié y viene otra vez a lamer la mano del que se lo ha dado.

La joven nada respondió a estas fervorosas palabras. Como si él no estuviese allí siguió tranquilamente su camino. Máximo se emparejó con ella.

—Tú no sabes, Rogelia, lo que yo he soñado contigo en estos cinco meses. Encerrado en la prisión lo mismo durmiendo que despierto te tenía siempre delante de los ojos como si realmente te estuviera viendo. Y temblaba de rabia y de tristeza pensando que otro hombre te pudiera cortejar y que tú le quisieras.

Tampoco abrió sus labios la zagala. Caminaron algunos momentos en silencio. Máximo volvió a decir:

—Si tú me quisieras, Rogelia, un poquito... un poquito nada más estoy seguro de que con el tiempo me querrías mucho más... Porque mi solo deseo es hacerte feliz. Tendrías a tu lado un criado para servirte y no volverías a trabajar como una bestia en la mina ensuciando esas manos de clavel y esa carita de rosa. Yo gano bastante

para mantenerte holgando, para vestirte como las mozas más fachendosas de Sama...

El mismo silencio por parte de Rogelia, que caminaba a paso un poco más vivo. Así siguieron unos minutos. Máximo volvió a las súplicas.

—Ya sé que me quieren mal por ahí, que te habrán dicho de mí muchas perrerías... Sí; tengo el genio vivo, con facilidad se me sube la sangre a la cabeza, pero es porque soy libre, porque bebo algunas copas demás y no sé ya lo que hago. El día en que me case todas las jaranas habrán concluído. Si tú me quisieras, Rogelia, no pondría más los pies en la taberna, sería el hombre más formal de todo Langreo...

Rogelia tampoco se dignó responder. El minero marchaba desconsolado y así continuaron largo rato. Cuando acertaron a vislumbrar entre las sombras el campanario de la iglesia y el tejado de la casucha de la tía Dorotea Rogelia detuvo el paso, quedó un instante inmóvil mirando al minero cara a cara en silencio y al fin dijo gravemente:

—Está bien. No eres bueno, pero a lo menos no eres un cobarde como los demás. Los cobardes me dan asco.

El minero vió el cielo abierto. Con voz suplicante, alterada por la emoción preguntó:

—¿Me permitirás que venga a hablarte a estas horas después del trabajo?

—Sí; puedes venir—respondió secamente.

Y apartándose con presteza echó una carrerita hacia su casa, abrió la puerta, entró y la cerró bruscamente tras sí.

Máximo quedó inundado de placer, entró en un baño tibio de agua de rosas. Era exacto que su pasión le tenía fuera de quicio: hablaba con sinceridad. El deseo de poseer aquella hermosa zagala le tenía requemado.

Pero igualmente posible y aun probable que si Rogelia persistiese en su negativa, dado el carácter feroz y el arrojo del minero habría que lamentar un nuevo crimen en Langreo. Así lo temían las amigas que la niña tenía lo mismo en la Felguera que en Sama. Mas ella no se daba cuenta del peligro y aunque se lo diera era demasiado orgullosa y arriscada para cambiar de actitud. Si la cambió ahora fué por despecho, por el deseo punzante de dar una bofetada al cobardón de su mozo.

Máximo quedó inmóvil mirando con ávida expresión la puerta por donde Rogelia acababa de desaparecer. Así estuvo largo rato rumiando pensamientos voluptuosos. Y cuando se decidió a volverse dió algunos pasos vacilantes cual si estuviera ebrio. Marchaba por la calzada sin sentirse caminar, enteramente enajenado, volando por el aire entre el sexto y el séptimo cielo. La oscuridad era ya completa y el silencio absoluto; no se oía mas que el leve murmullo del riachuelo que lamía las orillas del camino. De pronto llegó a sus oídos el ruido de los cascos de un caballo que se aproximaba. No eran los cascos de un burro ni los de una mula, bien lo distinguía su oído experimentado, sino los de un caballo de regalo. Permaneció un instante inmóvil y como el caballo se acercase se echó a un lado guardándose detrás de un árbol. Sus ojos acostumbrados ya a las tinieblas escrutaron el fondo del camino por donde tenían que aparecer el caballo y la persona que lo montaba. Aparecieron, en efecto, pocos segundos después. Era don Enrique Sanfrechoso cabalgando en su magnífico corcel andaluz.

Sanfrechoso había quedado tan corrido como furioso después del bofetón recibido la tarde anterior. La vaya de sus amigos había contribuído no poco a alterarle la bilis, y en el paroxismo de la cólera maldecía de la hora

en que se le ocurrió seducir a aquella palurda necia y desvergonzada a la cual cubría *in mente* con los dictados más soeces. Mas cuando se hubo serenado, cuando llegó a su casa y se metió en la cama la imagen de Rogelia se le apareció al cabo más atractiva y apetitosa que nunca. El mismo bofetón que había enardecido su mejilla logró enardecer sin saber cómo su corazón. Y mientras el sueño no cerró sus párpados la hermosa doncella de Lada estuvo siempre delante de sus ojos gallarda, altiva, infinitamente seductora.

Al abrirlos a la luz del día otra vez tornó a verla, y tan subyugado se sintió por aquella imagen encantadora que toda su cólera se disipó como la niebla, quedando sólo en su pecho el sol de un amor humilde y fervoroso. Iría a verla de nuevo aunque tuviera que sufrir de su mano mil bofetones.

Como hombre experimentado trazó su plan de campaña. Por el día y en domingo como lo había hecho en la tarde anterior era ineficaz y peligroso acercarse a ella, pero de noche en su casa, protegido como se sabía por la abuela quizá lograse ir domando a la exquisita fierecilla. Para mejor conseguir esta anhelada domadura, en cuanto se hubo vestido y acicalado se fué a Sama y compró algunas baratijas, unos pendientes de metal dorado, un broche para el pañuelo, un alfiletero, una cinta de seda, todo baratito porque Sanfrechoso jamás se había corrido extremadamente con las bellas, fiando orgullosamente más que en los regalos en su labia y gallardía. Tenía en su cómoda una colección de sortijas de latón dorado con piedras de vidrio que él llamaba riendo con sus amigos *sortijas de seducción:* muy pocas beldades campesinas se habían resistido a ellas. Después se fué a la confitería y compró una cajita de cartón con un cromo sobre la tapa y la hizo llenar de carame-

los. Y así bien pertrechado de tales armas mortíferas cuando cerró la noche hizo enjaezar al brioso potro presenciando él mismo tan grave operación, montó en él y se fué al paso hacia Sama y de allí a Lada.

Máximo dió un salto, agarró las riendas del caballo y le retuvo fuertemente. Éste quiso encabritarse, pero la mano férrea del minero le dominó al instante.

—Buenas noches, don Enrique.

—¡Eh! ¿Quién vive?—gritó aquél asustado.

—Soy yo, don Enrique, no se asuste usted, soy Máximo, el minero castellano que trabaja en las minas de la Fábrica.

Toda la sangre del señor de Sanfrechoso fluyó al corazón. Conocía a Máximo de nombre y aun de vista, como le conocía toda la comarca; sabía además (porque de todo se hablaba en la tienda de Regalado de Sama) que el terrible minero perseguía hacía tiempo con sus obsequios a Rogelia. Y percibiendo en la oscuridad el brillo de un cuchillo se dió por muerto. El miedo le dejó paralizado sin poder articular una palabra.

—Pues he detenido a usted, don Enrique, para avisarle de un peligro. Ahí un poco más arriba argayó el camino y como usted nada sabe está usted expuesto a rodar con el caballo hasta el río. Yo creo que debe usted volverse.

—Me volveré, Máximo, me volveré—articuló precipitadamente el hidalgo viendo conjurado el peligro de muerte—. Muchas gracias, muchas gracias.

—No hay de qué darlas, don Enrique. Usted es un caballero muy principal y estimado: sería un dolor que le sucediese una desgracia.

—Bueno, Máximo, muchas gracias por el aviso. Buenas noches.

—Hasta la vista, don Enrique.

Al tirar de las riendas para revolver el caballo, éste dió un fuerte bote hacia atrás. Máximo soltó una carcajada.

—El jaco tiene aún más ganas que usted de volverse, don Enrique. Sin duda ha olido el peligro.

—Adiós, Máximo, muchas gracias—volvió a repetir el hidalgo en tono meloso alejándose.

Aunque no hubiese realizado su propósito marchaba satisfecho diciendo para sí: «De buena he escapado. Ese bandido me habría asesinado sin remisión. Y lo hubiera hecho impunemente porque no hay un solo testigo a estas horas.»

El primer trozo del camino lo salvó velozmente; pero el caballo, sin saber por qué, comenzó a flojear. Sanfrechoso, que deseaba verse cada vez más lejos del minero, le espoleó sin lograr ponerlo al trote, lo cual le sorprendió altamente porque el jaco era vivo y de mucha sangre. Mas al llegar cerca de Sama he aquí que el caballo se desploma arrastrando al jinete, que rodó por el suelo. Se alzó prontamente sin haberse hecho daño, pero muy sorprendido. ¿Qué había pasado? ¿Habría tropezado el potro con algún obstáculo? ¿Sería un hoyo profundo en el camino? Mas el caballo no se movía y esto aumentó todavía su sorpresa. Entonces encendió un fósforo y vió con horror que el suelo estaba lleno de sangre y que esta sangre fluía de una gran herida que el caballo tenía en el vientre. No se movía el bruto respirando con trabajo, dejando escapar un leve quejido lastimero. Sanfrechoso no comprendió al pronto lo que aquello significaba, pero haciéndose al instante la luz en su cerebro, rugió con espantosa rabia:

—¡Ah miserable! ¡Ah ladrón! ¡Maldita sea, gran perro, la leche que has mamado!

Máximo había hundido su navaja en el vientre del

animal al tiempo de separarse. Por eso había dado aquel extraño bote y el minero había soltado una brutal carcajada.

El estupor le tuvo clavado al suelo unos segundos. Aquel hermoso animal que le había costado tanto dinero, que era su ilusión y la envidia de todos los señores del valle de Langreo, yacía moribundo a manos de un canalla asesino. Un deseo rabioso de venganza atenaceó el pecho del hidalgo de Ciaño. Pensó rápidamente en ir a dar parte a la guardia civil, cuya casa-cuartel no estaba lejos; pero ¿cómo probar el hecho? Nadie lo había visto. Además todo el mundo se enteraría en Sama y la Felguera y hasta en Ciaño del motivo por que marchaba a aquella hora hacia Lada. La gente se reiría, el juez dejaría libre al bandido y éste tomaría de él venganza en cuanto se le presentase ocasión. Pensó también en ir a su casa, tomar la escopeta de caza, esperar al minero y meterle una bala en la cabeza. Mas al instante comprendió que esto tendría para él consecuencias funestas. Siendo tan malo aquel bandido se lo harían pagar por bueno. Quizá el presidio para toda la vida. Entonces un poco más sosegado corrió a Sama, cuyas casas no distaban ya muchos pasos, y llamó a la puerta de Graciano, un capataz de mina que había sido su criado de joven, y le enteró rápidamente del hecho. Salió aquél con un farolillo y reconocieron el jaco y se cercioraron de que era imposible salvarlo pues estaba ya casi exánime. Le quitaron la silla y los arreos transportándolos a casa del capataz.

—No piense usted más en ello, don Enrique—le dijo aquél al despedirse—. Mientras ese bandido esté en Langreo habrá desgracias.

El hidalgo se fué a pie a su casa, gruñendo atroces injurias y maldiciones y se acostó en la cama mucho

más afligido que la noche anterior después del bofetón de Rogelia. Esta segunda aventura le había salido también un poco desigual como diría el registrador de Laviana. Pero más desigual todavía para el pobre caballo andaluz.

V

Al despertarse al día siguiente Rogelia pensó que había cometido una gran necedad. No le gustaba el minero, al contrario, seguía profesándole verdadera aversión. ¿Entonces por qué había aceptado sus relaciones? No tenía más remedio que confesarse que sólo la cólera la había arrastrado a dar este paso.

Pero estaba dado. Volverse atrás le parecía indigno: su innata rectitud y su orgullo se lo impedían. Consintió, pues, en que Máximo la acompañase después del trabajo hasta Lada y escuchó sus rendidos obsequios al principio con desdén, luego con indiferencia y por fin con cierto agrado. No hay corazón humano que no se ablande al golpe de la lisonja. Además el amor del minero era tan sincero y ardoroso que algunas veces hacía fluir de sus labios palabras elocuentes.

Desde el principio Máximo habló de matrimonio, pero ella esquivó este punto manifestando que era todavía demasiado joven. Mejor sería continuar hablándose hasta que bien se conociesen y ella cumpliese los diez y seis años. No hubo más remedio que resignarse. El minero comprendió que sus escándalos y continuas reyertas impondrían temor en la zagala y se esforzó en disiparlo cambiando por completo de conducta. Desde que se puso en amorosas relaciones con ella no volvió a pisar la taberna, dejó sus constantes provocaciones, pro-

curó oscurecerse, hacerse el muerto. Esto llamó la atención de la gente de las minas que se dieron la enhorabuena y se la dieron a Rogelia. Sobre todo las mujeres no se hartaban de felicitarla.

—Querida, has conseguido un gran triunfo. Libraste a Langreo de un animal dañino. Todo te lo mereces tú, Dios te lo pague.

Con estas tan continuadas lisonjas y con el cambio radical que todos advertían en Máximo, Rogelia le fué cobrando si no afecto a lo menos simpatía: ya le escuchaba con placer, ya le sonreía, ya le permitía detenerse un rato a la puerta de su casa antes de entrar en ella.

Trascurrieron tres meses más y ocurrió el fallecimiento de la tía Dorotea. Se fué una mañana al monte en busca de leña y no volvió. Cuando a la noche Rogelia llegó del trabajo halló la casa sola y con señales de no haber estado allí nadie en todo el día: el lar estaba limpio como solían dejarlo por la noche, la cama deshecha todavía, las escudillas y los platos sin fregar. Sobresaltada la joven, abrió de nuevo la puerta y llamó a gritos a Máximo, que aún no se había alejado gran trecho. Sorprendido también como ella y abrigando el mismo temor de una desgracia, llamaron a la puerta del vecino Lin de la Rebollada y de otro que vivía un poco más lejos, luego en casa del señor cura: ninguno había visto a la vieja. Provistos de un farolillo que proporcionó el cura se fueron Máximo, Rogelia y los dos vecinos hacia el sitio donde la tía Dorotea solía hacer acopio de pequeñas ramas secas y raíces para atizar su fuego. Subieron por la ladera del monte algún trecho, escrutaron los senderos sin resultado. Mas al bajar ya desesperanzados como volviesen por el camino más ancho que conducía desde la iglesia a un caserío situado más arriba casi sobre la cima de la colina, la encontraron tendida, muerta en

medio de la calzada. Rogelia la alzó entre sus brazos y con gritos de dolor y hecha un mar de lágrimas comenzó a besarla frenéticamente. Entonces habló la sangre; era la madre de su madre, la que huérfana la había recogido y cuidado: no se acordó de su constante mal humor y aspereza, sino por el contrario de las malas contestaciones que le había dado, y mientras la besaba la pedía perdón.

Los vecinos y Máximo lograron al cabo separarla de ella. Máximo cogió el cadáver entre sus brazos y así la bajó sin mostrar fatiga alguna hasta la casa. Avisaron al cura al pasar por delante de la rectoral y éste vino con ellos, se arrodillaron todos en torno de la muerta, que colocaron sobre un paño en medio de la cocina, y el señor cura rezó las oraciones de la iglesia coreado por los hombres y algunas mujeres que llegaron advertidas de la desgracia. Máximo con los hombres se partieron al fin. Rogelia con las mujeres quedaron velando el cadáver.

Aquel infausto suceso cambió las disposiciones de Rogelia. Se encontró sola en el mundo: sintió la necesidad de amparo y compañía. La conducta caritativa y valerosa de Máximo bajando en sus brazos el cadáver de la abuela terminó de decidirla.

Un mes después de este suceso se casaron en la pequeña iglesia de Lada. El anciano párroco después de bendecir su unión les dirigió una corta plática dándoles oportunos consejos, felicitando a Máximo por haber elegido una joven, casi una niña, inocente y buena y también a Rogelia por haber hallado un protector fuerte y trabajador que sabría defenderla, guiarla y sostenerla.

Los primeros tiempos fueron dichosos. Máximo se mostraba cariñoso y rendido hasta un punto indecible. Con algún dinero que tenía y con otro que pidió a prés-

tamo reformó y mejoró notablemente la casucha de la tía Dorotea: entarimó su cocina y la dejó como sala, construyó un anejo adosado a la casa para el lar y el horno, enjalbegó, pintó, compró algunos muebles: dejó en fin su hogar limpio y casi elegante. A Rogelia la hizo señora de él sin otro trabajo que el de cuidarlo y preparar la comida. Cumplió también lo que orgullosamente le había prometido al comienzo de sus relaciones, la vistió dentro de su esfera con todo el lujo posible, camisas y enaguas finas de hilo, mantón alfombrado, pañuelos y delantales de seda, peinecillos de carey para el pelo, zapatos de tafilete los domingos. Cuando salía a misa tan primorosamente acicalada y con su devocionario de cantos dorados en la mano como la señora Josefa, ama del cura, era Rogelia objeto de atención y de envidia por parte de sus convecinas.

¡Ay! Esta hermosa vida idílica duró poco tiempo. Así que satisfizo su brutal pasión, el minero comenzó a mostrarse tal cual era, insolente, provocativo, despótico. Reñía, gritaba por leves motivos y blasfemaba asquerosamente. Rogelia, sorprendida y apenada empezaba a comprender que había dado un paso terriblemente falso. Pero con la entereza que la caracterizaba se decidió a afrontar con firmeza aquella triste situación. A las provocaciones y a las blasfemias de su marido oponía una actitud fría y altiva encerrándose en un silencio desdeñoso. Esta actitud, que al principio impuso un poco de respeto al minero, no tardó en irritarle y un día buscando pretexto para ello después de gritar y blasfemar le puso la mano encima dándola una fuerte bofetada. No contó con el temperamento arriscado y la energía física de su esposa, quien al sentirse abofeteada se arrojó sobre él como una leona. Lucharon largo tiempo golpeándose furiosamente, rodaron por el suelo: la mujer

llevó la peor parte como era natural, pero el hombre no salió por eso indemne. Alzándose al cabo la joven con el rostro ensangrentado, los ojos llameantes, trémulos los labios le gritó con rabioso acento:

—¡Acuérdate de lo que voy a decirte, puerco! Si otra vez vuelves a levantarme la mano, cuando estés dormido te clavo un cuchillo en la garganta.

Máximo era valiente, más feroz aún que valiente, pero no le hacía gracia morir degollado como un cerdo. Y como estaba seguro después de lo que había pasado que Rogelia cumpliría fielmente su palabra se abstuvo en lo sucesivo de golpearla. Pero no le escaseó las palabras sarcásticas y los insultos soeces. La joven esposa los escuchaba con la impasibilidad de una estatua y le miraba con arrogante altanería, segura de que sólo una vez ya podía sufrir sus golpes.

Cansado de su obligada y mal prendida formalidad volvió el minero a la vida de antes, frecuentó las tabernas, fué el matón provocativo que inspiraba miedo y aversión a todo el mundo. Allá en Sama en la taberna de Fructuoso, donde solía asistir por la noche después de salir de la mina, tronaba y relampagueaba entre sus cobardes amigotes que le bailaban el agua porque les servía de escudo cuando les placía insultar a cualquier compañero que envidiaban.

Una noche acertó a entrar en la taberna Perico, el antiguo galán de Rogelia acompañado de dos amigos. Entró descuidadamente sin darse cuenta de que estaba allí Máximo; se hubiera vuelto de la puerta de buen grado, pero mostrar su miedo delante de los amigos era demasiado duro. Se sentó con ellos a una de las mugrientas mesas y pidió unos vasos de vino. Máximo, que a nadie profesaba cariño, sentía hacia Perico tanto aborrecimiento como desprecio. Por el hecho de haber sido no-

vio de su esposa le reservaba un sitio aparte y privilegiado en la abundante colección de sus odios. Desde su mesa le estuvo contemplando por la espalda unos instantes; luego se levantó, vino hacia él y le puso familiarmente una mano sobre el hombro.

—Buenos ojos te vean, Perico. ¡Cómo te haces desear, gachó! Aquí siempre preguntando por Perico. ¿Dónde está Perico, dónde está el buen mozo? ¿Cuántas mujeres has derretido desde que no nos hemos visto?

—Yo no derrito a nadie—murmuró Perico sin volver la cabeza y muy enfurruñado.

– Sí tal. Todo el mundo sabe que las rapazas se desmayan de gusto cuando tú les dices cositas al oído. Vas adquiriendo una fama casi tan grande como la de don Enrique Sanfrechoso.

—Oye, Máximo—le gritó uno de sus amigos—, ¿no sabes que el señor de Sanfrechoso ha comprado un caballo muy majo en la feria de León?

—A ver si se le muere como el de marras de un ataque al corazón—dijo otro compadre.

Todos prorrumpieron en carcajadas, porque sabían, como sabía todo Langreo, que Máximo le había matado. Este negaba el hecho; pero lo negaba riendo.

El minero se acercó de nuevo al grupo de sus amigos pidiendo noticias de aquel caballo que había venido a sustituir al malogrado andaluz. Después comenzaron a burlarse del viejo seductor narrando de él anécdotas grotescas, unas verdaderas, otras inventadas. Una moza le había hecho creer que estaba encinta poniéndose encima de la tripa un montón de trapos y sacándole con ello lindamente el dinero. Otra moza casada, de acuerdo con su marido, se hizo sorprender una noche por éste en flagrante adulterio. El marido fingiendo un terrible furor con una hoz en la mano amenazó de muerte al hi-

dalgo, quien aterrado para salvar la piel había dejado en su poder cuanto dinero llevaba, el reloj de oro, la cadena, las sortijas de brillantes y el alfiler de la corbata.

Pero Máximo volvió al instante donde Perico se hallaba: le pedía el cuerpo humillar aún más al pobre muchacho. Otra vez le puso la mano sobre el hombro.

—Oye, Perico, ¿sabes lo que dicen ahí esos amigos? Que una noche oscura hablando con una moza a la puerta de su casa se te cayó el cacho de borona que llevabas en el bolso de la chaqueta y que lo cogiste a toda prisa del suelo diciendo a la moza que se te había caído el revólver.

—Será verdad cuando lo dicen—masculló el mancebo sin volverse tampoco y cada vez más enfoscado—, pero no me he criado con borona ni la como nunca.

—Pues es raro que no la comas, porque todo el mundo dice que eres un boroñón.

Empezaban los insultos. Perico no respondió. Los amigos igualmente molestos tampoco despegaban sus labios.

—Máximo—le gritó desde el mostrador Asunción la hija del tabernero—, son cinco los vasos que has bebido, ¿verdad?

—No son mas que cuatro, prenda—respondió el minero acercándose a ella.

Los amigos de Perico aprovechando aquel momento se alzaron de las sillas.

—Vámonos, Perico, vámonos, porque ese canalla quiere como siempre bulla.

Perico se apresuró a levantarse y se dirigió a la puerta con uno de ellos mientras el otro hacía su cuenta en el mostrador.

Máximo volvió la cabeza y advirtió que su víctima se le escapaba.

—Escucha, Perico. ¿Es verdad que tu madre te unta todas las mañanas con manteca para que reluzcas?

—A ti te untaría yo de buena gana con m... por cochino—profirió el mozo ya exasperado.

Los ojos del minero brillaron con resplandor siniestro. Echó mano al bolsillo, sacó la navaja y avanzó hacia el chico con terrible calma diciendo:

—¿Tú no sabes lo que es correr, Perico? Pues vas a aprenderlo ahora.

En efecto, el muchacho dió un salto y quedó fuera de la puerta emprendiendo después una carrera loca. Máximo le persiguió un corto trecho; luego volvió a la taberna donde sus amigos le aguardaban riendo. Los de Perico habían desaparecido.

VI

Quedó solo éste en la oscuridad y se detuvo advirtiendo que su enemigo ya no le perseguía. Una ola de furor le subía a la garganta y se la apretaba. Aquel bandido después de haberle robado la mujer que adoraba se complacía aún siempre que se le presentaba ocasión en burlarse de él y humillarle.

Brilló en su mente como una chispa la idea del asesinato.

Era necesario matar a aquel malvado. ¡Sí, matarle, matarle aunque fuese a presidio por toda la vida!

Un deseo rabioso de venganza se apoderó de todo su ser. Era una nube de sangre que le envolvía, que le cegaba, que le impedía pensar.

Había salido corriendo fuera de Sama. Automáticamente tomó el camino que conduce a Lada y lo siguió a paso largo sin saber otra cosa que iba a matar. Cuando estuvo ya lejos del pueblo y pudo coordinar sus ideas, salió fuera del camino y se tumbó sobre el prado aguardando. Máximo no tardaría en pasar por allí de vuelta para su casa. Pero al cabo de algunos minutos el furor dejó paso al miedo. Antes que pudiese realizar su intento, Máximo podría advertir su presencia y entonces sería probablemente él quien muriese. Se levantó y siguió caminando en busca de sitio más a propósito.

Estaba ya cerca de Lada. Viendo un árbol muy cor-

pulento a la vera del camino pensó en ocultarse detrás de él y cuando el minero pasase cerca, pues no tenía más remedio que hacerlo, dada la disposición del camino, herirle por la espalda; todavía sintió miedo hallándose en esta situación ventajosa. Entonces se le ocurrió una idea feliz. Traía en el bolso un ovillo de bramante que había comprado aquella tarde por encargo de su madre. Siguió caminando hasta encontrar un paso estrecho donde hubiese dos árboles uno frente a otro. Cuando lo halló ató el bramante en doble a uno y otro árbol algunos centímetros por encima del suelo y guareciéndose lo mejor que pudo esperó. Esperó cerca de media hora con la navaja abierta saltándole el corazón dentro del pecho, pero enteramente resuelto a concluir con aquel miserable.

Oyó al fin unos pasos y no tardó desde su escondite en percibir la silueta del minero que regresaba a paso largo. Entonces se sintió perfectamente tranquilo y gozoso. El odio que tenía comprimido en el corazón iba a encontrar salida y poder saciarse.

Máximo tropezó en la cuerda y cayó de bruces. Perico saltó sobre él y le dió una, dos, tres puñaladas en la espalda con vertiginosa precipitación. Pero en aquel instante sonaron próximos unos pasos. Máximo gritó: «¡Que me matan!» Perico levantó la cabeza, vió el bulto de un hombre delante de sí y alzándose de un salto emprendió la carrera desapareciendo. El que se acercaba era el tío Pacho de la Riega, sacristán de la parroquia y labrador.

—¿Qué pasa ahí? —exclamó al oír el grito de Máximo acercándose a éste precipitadamente.

—¡Que me han matado, tío Pacho, que me han matado!

El viejo sacristán lo incorporó trabajosamente.

—¿Quién te ha matado?

—No lo sé.

—Yo sí lo sé.

—¡Pues cállese usted por su vida, cállese usted!... Vea usted si puede levantarme.

—¿Quieres que vaya a tu casa que está cerca y avise a Rogelia?

—No; creo que podré llegar hasta allí.

El sacristán logró ponerle en pie y acertando a ver la cuerda en que el minero había tropezado exclamó:

—¡No estaba mal preparado el golpe! Mucho miedo te tienen, chico. ¿Puedes andar?

—Creo que sí.

—Pues apóyate sobre mi hombro.

Poco a poco, casi llevándole suspendido se encaminaron hacia las primeras casas, que no estaban lejos. Mas cuando ya se percibía entre las sombras la del minero se le doblaron a éste las piernas y se dejó caer desvanecido, sin que el tío Pacho pudiera impedirlo. Entonces el viejo gritó con todas sus fuerzas:

—¡Rogelia! ¡Rogelia!

Nadie contestó.

—¡Rogelia, Rogelia!—volvió a gritar.

No apareció Rogelia, pero sí un hijo de Lin de la Rebollada su vecino, un chico de quince o diez y seis años.

—Corre a avisar a Rogelia. Han matado a su Máximo.

Rogelia llegó al fin y aterrada, creyendo a su marido muerto, trémula y acongojada le alzó del suelo con sus robustos brazos. Ayudada del sacristán lo transportó hasta su casa y lo depositó sobre la cama. Máximo no había recobrado el conocimiento. El chico de Lin corrió a dar la noticia a su casa y pronto la de Rogelia se vió invadida por un grupo de vecinos que comentaban el suceso, pero en realidad sin deplorarlo muy vivamente. Vino también el señor cura y vino su ama de gobierno

la señá Josefa. Merced al vinagre con que le rociaron las sienes y la nariz el minero recobró pronto el conocimiento y se quejó de fuertes dolores en el pecho. Rogelia así que le oyó quejarse salió rápidamente a la calle y dijo a uno de los vecinos que estaban a la puerta:

—Tío Rafael, venga usted conmigo. Vamos a llamar el médico y a dar parte al señor juez.

El vecino la siguió y a paso muy vivo emprendieron el camino de Sama sin hablarse.

—¿Sabes quién le ha apuñalado, Rogelia?—preguntó al cabo el tío Rafael.

—No—respondió secamente la joven.

—Pues Pacho el sacristán debe de saberlo, porque según parece le vió caer.

—Pues si lo sabe ya lo dirá al señor juez—repuso ella con la misma sequedad.

Cuando desembocaron en el valle Rogelia se detuvo.

—Bueno, ahora tío Rafael usted se va a Sama y avisa en casa de don Florencio. Si no está allí vaya usted al café. Yo voy a la Felguera a buscar al médico de la Fábrica.

Tomó el camino traviesa de la Felguera sin vacilar, metiéndose entre los maizales y surcándolos con todo desembarazo como bien acostumbrada a pisar aquellos senderos.

Llegó frente a la tienda de Daniel, casi el único comercio que en aquella época existía en la naciente villa. Estaba iluminada por un quinqué de petróleo colgado del techo. Era bien pequeña, pero había de todo, comestibles, vajilla, telas, calzado y estanco de tabacos. Detrás del mostrador, en pie y limpiando unas tazas estaba Marciala, una joven obesa, de grandes mofletes y ojos pequeños. Sentados en un banco cerca de la puerta dos sujetos que no eran obreros sino burgueses a uzgar por

su traje. Rogelia los reconoció como empleados en la oficina de la Fábrica.

Penetró en el comercio y dirigiéndose a la tendera la dijo con visible agitación:

—Buenas noches, señora Marciala. ¿Don Fernando el médico está en casa?

La tendera la miró un instante en silencio y con su calma habitual de mujer linfática respondió:

—Buenas noches, Rogelia. ¿Hay algún enfermo en tu casa?

A pesar de ser joven y hacía poco tiempo artesana como ella, Marciala la tuteaba estableciendo su categoría de comercianta.

—Sí, han dado de puñaladas a Máximo.

La tendera bajó la vista y una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—¡Vaya por Dios! ¿Conque le han dado puñaladas a tu hombre? ¿Y fueron muchas?

Aquella sonrisa y el tono indiferente con dejillo burlón de la pregunta hirieron profundamente a Rogelia.

—No lo sé—repuso bruscamente—. ¿Está don Fernando en casa?

—¿Qué ha sucedido?—preguntó uno de los tertulios.

—Nada—respondió Marciala—. Que han apuñalado a Máximo, el marido de esta chica.

—¿Máximo el minero castellano que trabaja en las pertenencias de la Fábrica?

—El mismo.

Aquel sujeto sonrió también y dijo unas palabras al oido de su compañero, que sonrió igualmente.

Rogelia estaba indignada. Sabía bien que a su marido no se le estimaba, pero burlarse ante ella más que una falta de caridad era una verdadera maldad.

—Dígame, pues, ¿está o no está en casa?—preguntó de nuevo con acritud.

—Me parece que está arriba—respondió la tendera con impertinente calma.

—Pues hágame el favor de avisarle.

—¡Daniel, Daniel!—gritó aquélla volviendo un poco la cabeza.

Su marido, que se hallaba en la trastienda, acudió al llamamiento.

—Sube y dile a don Fernando que hay aquí una mujer que desea hablarle.

—¡Ah! ¿eres tú, Rogelia?—le preguntó el tendero, que desde niña la conocía. —¿Qué te ocurre?

—¿Parece que a Máximo le han dado de puñaladas?—respondió por ella su esposa.

—¿Cómo de puñaladas? Sería Máximo el que las haya dado.

—¡No, no!—repuso Marciala sonriendo—, fué Máximo quien las recibió.

—¡Ave María Purísima!—exclamó Daniel santiguándose y con acento tan cómico que los dos tertulios del banco soltaron la carcajada.

Rogelia estaba a punto de estallar no pudiendo soportar aquella grosera burla. Daniel lo advirtió en sus ojos y poniéndose serio la dijo amablemente:

—Aguarda un instante, querida; voy a avisar a don Fernando.

Subió la escalera y estuvo allá algunos minutos. Mientras tanto los sujetos del banco y la tendera se pusieton a hablar de otro asunto, como si nada les importase la desgracia de aquella chica.

—Sube, Rogelia, sube—dijo Daniel asomándose a la puerta que comunicaba con el portal.

La joven salió a éste y subió la escalera precedida

por el tendero, que al llegar a la puerta del despacho la empujó diciendo:

—Don Fernando, ahí tiene usted a la mujer que desea hablarle.

El doctor Vilches, médico de la Fábrica, estaba ya en pie como dispuesto a recibir la visita. Era un joven alto, delgado, rubio, los ojos azules, el rostro pálido, de correctas facciones adornadas con leve y sedoso bigote. Aspecto delicado y enfermizo. La estancia, una salita cuadrada con dos balcones ya cerrados, estaba amueblada con relativa elegancia; una mesa escritorio de nogal, un armario tallado de la misma madera para los libros, otro para los instrumentos y frascos con puerta de cristal, un sofá forrado de terciopelo rojo, algunas butacas y sillas. Sobre la mesa ardía un lindo caprichoso quinqué. El médico y el ingeniero Oliva, que ocupaba otra salita con alcoba en la parte trasera de la casa, eran los únicos huéspedes que se alojaban en la de Daniel. No podía albergar más dada su brevedad. Don Fernando había amueblado la sala y el dormitorio por su cuenta y estaba allí desde que había venido a Langreo hacía dos años aproximadamente.

Miró hacia la puerta por donde iba a entrar Rogelia muy serio, con el entrecejo fruncido. Sin duda estaba prevenido por su huésped Daniel. Aquel Máximo, para quien le llamaban era el mal sujeto que había herido casi mortalmente hacía un año al capataz que él había curado.

Mas al penetrar Rogelia en la estancia cambió repentinamente la expresión de su rostro. La gallarda figura y la extremada belleza de la joven le sorprendieron altamente. La contempló un instante con cierta curiosidad mezclada de admiración y la preguntó familiar y amablemente:

—¿Para quién vienes a buscarme, chica?

—Para mi marido.

—¿Quién es tu marido?

—Un minero que se llama Máximo.

—¡Ah! sí, ¿un minero que no es asturiano, que ha venido de Castilla?—dijo hipócritamente como si en aquel momento cayese en la cuenta de quién era Máximo.

—Sí, señor.

—¿Y qué le ha ocurrido?

—Pues que le han dado de puñaladas.

—¿Dónde vivís?

—En Lada.

—¡Ah!, pues entonces no puedo ir, porque he enviado ayer mi caballo a Oviedo para que le viese el veterinario y no me lo traen hasta mañana.

Rogelia quedó consternada. Guardó silencio unos instantes y al cabo dijo con anhelante humildad:

—¿Quiere usted que vaya a buscarle un caballo a Sama?

El médico quedó también un instante suspenso, la miró a la cara y viéndola tan afligida concluyó por decir:

—Bueno, yo no tengo inconveniente en ir a pie, pero es de noche y los caminos son malos.

—Pierda usted cuidado, señor, yo los conozco muy bien y yendo conmigo no ha de tropezar.

El médico sonrió, mirándola otra vez a la cara que hallaba muy de su gusto.

—Está bien, chica. Déjame buscar lo necesario para estos casos. Soy contigo al instante.

Fué al armario, sacó de él los instrumentos que necesitaba, algodón, vendas y algunos frascos, lo encerró todo en un saquito de piel y lo entregó a Rogelia.

—Toma, tú llevarás esto ¿verdad?

Se entró después en su dormitorio y salió al cabo de

unos minutos con una gran capa de paño espeso, un sombrerote de fieltro y un formidable bastón de madera de boj.

—Vamos andando, niña.

Bajaron la escalera y en la tienda todos quedaron sorprendidos de que el doctor se aviniera a salir a pie a tal hora y con incierto tiempo. Nada dijeron, no obstante, contentándose con mirarles fija y seriamente.

El médico entendió su sorpresa, se encogió de hombros y sonriendo a Marciala dijo:

—Mal tiempo, ¿pero qué remedio? Algo hay que hacer por la humanidad.

La tendera sólo respondió gravemente:

—Hasta luego, don Fernando.

Los demás dieron las buenas noches.

Cuando el doctor y la joven pusieron el pie en la calle, Rogelia oyó decir a Marciala en voz bastante alta:

—¡Lástima es molestarse tanto por un pillo!

La noche era oscura y fría: no llovía pero amenazaba llover. Atravesaron la vía del ferrocarril minero, salvaron el puente de la empresa y por callejuelas, prados y tierras llegaron hasta el camino de Lada. Iban emparejados unas veces; otras marchaba Rogelia delante: ninguno de los dos hablaba. Mas al entrar en la calzada pedregosa el médico dió un tropezón, estuvo a punto de caer y dejó escapar un juramento ahogado.

Rogelia asustada y avergonzada a la vez por ser ella la causa de aquellas molestias le preguntó con solicitud:

—¿Se ha hecho usted daño, señor? ¿Quiere usted cogerse a mí? Yo conozco todas las piedras del camino y estoy segura de que no volverá a tropezar.

—Muchas gracias, hija mía. Me cogeré a ti porque si no me parece que me rompo esta noche los sesos.

En efecto se colgó a su brazo y así marcharon un rato.

El médico sonreía a la oscuridad pensando que no dejaba de ser curioso el que un hombre joven y con todos los miembros sanos marchase apoyándose en una mujer.

Y se apoyaba de todas veras, porque el camino era áspero y también ¿por qué no decirlo? porque hallaba muy dulce la presión de aquel brazo robusto que algunas veces casi le suspendía del suelo.

—Oye, chica, tú debes conocer bien estos pedruscos ¿verdad?—expresó al fin por decir algo.

—¿Cómo no, si los he pisado toda mi vida..., no pocas veces de noche como ahora?

—¿De noche?

—Ya lo creo.

—¿Y no tienes miedo?

—Ninguno... Es decir, miento, porque tengo bastante miedo a los muertos.

—Pues hija, yo a los muertos ni poco ni mucho. Los vivos son los que me dan cuidado.

—¡Oh! señor, pienso que me moriría del susto si se me apareciese la *Huestia* como al tío Rafael se le apareció una noche yendo a Sama a buscar una medicina.

—¿Y qué es la *Huestia?*—preguntó el médico sorprendido.

Rogelia no supo decir lo que era la *Huestia;* se perdió en una serie de explicaciones difusas sin que el doctor pudiera en conclusión sacar nada en limpio. La *Huestia* era una cosa muy fea, que daba gritos horrorosos, tan pronto muy grande como muy pequeña, que se colgaba a los árboles, que saltaba las paredes...

—Bueno, pues ¿sabes lo que te digo, chica? Que a mí si se me apareciese la señora *Huestia* me quedaría tan fresco, pero si se me apareciese un ladrón con la navaja abierta me produciría calentura... ¿Y nunca te ha pasado nada malo, viniendo de noche?

—¿Qué me había de pasar?... Sólo una vez viniendo de la romería de San Lorenzo, me esperaba por aquí un mozaco de Riaño que había bailado conmigo por la tarde. Quiso hacer burla de mí y abrazarme pero yo le di tan gran encontronazo que cayó hacia atrás y se descalabró la cabeza contra una piedra. Soltaba más sangre que un cerdo, hablando con perdón... Yo misma tuve que bajarle al río y lavarle.

—¡Anda!—exclamó el doctor, riendo—. ¡Cualquiera se mete contigo, niña!... Supongo que a mí no me darás un empellón semejante por el pecado de agarrarme a ti.

Rogelia rió también. Se habían olvidado por completo del motivo triste que les hacía caminar juntos.

Rogelia sólo conocía de vista al doctor Vilches como lo conocía toda la región. Aquel caballero alto, guapo, de fino bigote rubio, de tez blanca, nacarada le había llamado varias veces la atención, al verle por las calles de Sama o la Felguera. Con el fino instinto de percepción para la belleza que tienen todas las mujeres hasta las más rústicas había observado que este caballero era distinto de los otros que habitaban en Langreo. Porque en efecto, Vilches nacido y criado en Madrid vestía siempre con esmerada pulcritud, siguiendo de cerca la moda, no de lejos como los hidalgos de Langreo, cuidaba sus manos, sus pies, sus cabellos, sus dientes, se perfumaba como una dama, cambiaba a menudo de corbata y de guantes. No hay mujer a quien no cause impresión la elegancia. Rogelia la sentía fuertemente.

Así iban caminando y charlaban cada vez con más animación. Rogelia perdía el temor respetuoso que el médico la inspiraba.

De pronto comenzó a caer una lluvia fina que rápidamente se fué espesando. Vilches expresó su inquietud por Rogelia, que no llevaba nada para cubrirse.

—Aunque la lluvia no es fuerte por ahora te vas a ca lar antes de llegar a tu casa.

—No piense en ello, señor. Estoy acostumbrada a mojarme.

—Con las mojaduras no hay costumbre, niña. Tarde o temprano nos matan... Espera un poco, voy a taparte con mi capa.

Y diciendo y haciendo extendió su capa y cubrió con ella la espalda de la joven de modo que ambos quedaron bien tapados y más juntos.

—¡Oh, señor!—exclamó Rogelia, tan avergonzada como reconocida—, no se moleste.

—No es molestia, niña, ni siquiera galantería; es un deber de humanidad. ¿Vas bien?

—¡Oh!, sí, muy bien.

Jamás se había encontrado tan bien. Sintió un bienestar inefable, una sensación de deleite, algo extraño que hizo palpitar su corazón. El caballero, que acostumbraba a perfumarse los cabellos y el pañuelo exhalaba delicioso aroma. Rogelia tocaba su ropa fina, sentía la presión de su mano suave en el brazo, sentía el calor de su cuerpo junto al suyo y esto le producía un dulce adormecimiento que semejaba embriaguez. Tan extasiada se hallaba que apenas podía hablar.

—¿Vas bien de veras?—preguntó otra vez el médico observando que callaba.

—¡Oh, sí, muy bien, muy bien!—repitió la joven con voz apagada.

—Me alegro. No me perdonaría el crimen de haberte hecho atrapar un reumatismo. Sería buena lástima que una jovencita tan gallarda quedase lisiada para toda la vida... Porque debes ser muy joven, ¿verdad? ¿Cuántos años tienes?

—He cumplido ya diez y seis.

Rogelia sintió el estremecimiento del brazo del doctor producido por la sorpresa.

—¡Diez y seis años! ¡Qué atrocidad! ¡Y casada ya...

Iba a decir: ¡con un bárbaro!, pero se contuvo.

—¿Pero cómo han consentido tus padres casarte a los quince años?—añadió al momento.

—No tengo padre ni madre.

—¡Oh, pobrecita, pobrecita! Si tus padres viviesen no te hubieran casado tan niña. ¡Pobrecita, pobrecita!

Había tanta sincera piedad y tanta emoción en las exclamaciones del doctor que Rogelia se sintió conmovida y las lágrimas se agolparon a sus ojos.

Hubo un largo silencio. La lluvia seguía cayendo menuda y persistente. Sólo se escuchaba su leve rumor en las hojas de los árboles y el ruido de los pies sobre las piedras. El doctor Vilches pensaba en la horrible situación de aquella niña inocente y hermosa unida a aquel bandido y no podía menos de preguntarse cómo había sido esto, por qué se había celebrado tal matrimonio.

Rogelia no pensaba: embargados sus sentidos por aquella extraña y dulce situación se dejaba arrastrar a una deliciosa soñolencia de la cual hubiera querido no despertar. Sin embargo, al cabo nació repentinamente en su espíritu un temor.

—Don Fernando—dijo con sobresalto—, la capa al fin se va a calar y cuando usted vuelva la va a llevar mojada.

—La capa no se puede calar, hija mía, porque antes de hacerla se ha impermeabilizado el paño.

Rogelia no entendió aquel vocablo tan enrevesado, pero no preguntó el significado. Le bastaba saber que el doctor no se mojaría.

Entre las sombras comenzaron al fin a dibujarse esfumados los techos de las casas. Se acercaron a la de Ro-

gelia. Esta con un gesto de tristeza echó hacia atrás la capa del médico y se apartó de él. Le parecía salir de un baño de agua tibia perfumada con una languidez de miembros deliciosa, despertar de un sueño feliz para entrar en la inmunda realidad.

Dentro de la casa había un grupo de gente alumbrada por un velón que descansaba sobre la tosca mesa de castaño. Estaban ya allí el juez municipal de Sama, con el secretario, el cabo de la guardia civil y un guardia, ambos con sus fusiles, capas y tricornios. Estaban también el señor cura, el tío Rafael, el tío Pacho de la Riega. Lo demás mujerucas de la vecindad.

Habían acostado al herido, lo habían desnudado y la señora Josefa ama del cura que presumía de curandera había puesto sobre las heridas compresas de agua y vinagre para detener la hemorragia.

—Buenas noches, señores—dijo el médico con desembarazo cortés entregando su capa a Rogelia—. ¿Qué novedad hay por aquí?

Todos se apresuraron a dejarle paso saludándole respetuosamente. El doctor Vilches infundía por su habilidad y sus conocimientos acreditados, por el lujo que desplegaba, por su vida orgullosamente retraída y tal vez más que por todo esto, por decirse que era muy rico, general respeto en la comarca.

Acercóse al herido, que estaba tendido boca abajo mostrando la espalda y pidió una bujía. No la había en la casa y corrieron a buscarla a la del señor cura. Cuando la hubieron traído reconoció minuciosamente las tres heridas, hizo varias preguntas al enfermo que respondía solamente con monosílabos y de mal talante, y al fin levantando la cabeza manifestó en voz alta que no se hallaba interesado ningún órgano importante y por lo tanto que no existía peligro inmediato. Después se lavó

las manos, empapó algunos trozos de algodón en un líquido que traía y vendó al enfermo. Al pasar la venda por debajo del pecho, el minero dejó escapar gemidos y entre ellos algunas blasfemias que pusieron serias a las mujeres y al cura. El cabo y el guardia rieron.

El médico se juntó al cura, al juez y al secretario, y en voz baja manifestó que en su opinión las puñaladas habían sido dadas con precipitación y con una navaja de cortas dimensiones, por lo cual la hoja no había penetrado hasta las vísceras. Lo único que podía inspirar algún temor era la fiebre. En aquel tiempo no se conocían aún los poderosos antisépticos que hoy existen.

—¿De modo, señor médico, que usted cree que no hay peligro?—preguntó el juez.

—Me parece que no existe por el momento.

—¿Y qué, podré tomarle declaración ahora mismo?

—Desde luego.

—Entonces no habrá necesidad de molestar al señor juez de Primera Instancia de Laviana y voy a instruir las debidas diligencias.—Y dirigiéndose al secretario ordenó en tono autoritario: —Secretario, saque usted la pluma y el papel y siéntese a la mesa. Vamos a tomar declaración al herido.

Este juez municipal llamado don Florencio Solís era un sujeto que pasaba de los treinta y no había llegado a los cuarenta. Terminó la carrera de abogado a trompicones en Oviedo con más suspensos que aprobados y cuando se licenció vino a Sama, su pueblo natal, donde viviendo a expensas de su padre, honrado comerciante en granos y avellanas, se dedicó con plausible ahinco a jugar al tute y beber sidra en los lagares. Por no haber en la población otro abogado en aquella época y sobre todo porque su padre era un elector influyente se le había nombrado hacía poco tiempo juez municipal. Re-

vestido de autoridad aquel zángano se daba un tono furioso; imponía multas y amenazaba con la cárcel. Nadie le estimaba y contra él se habían elevado ya varias quejas a la superioridad calificándole de borracho y de inepto.

—Bueno, amigo Máximo—profirió con acento protector acercándose a la cama—, va usted a declarar ante la autoridad competente y sin faltar a la verdad, quién le ha herido a usted.

El minero, que estaba tumbado ya de un lado con los ojos cerrados los abrió y sin responder cosa alguna le dirigió una mirada tan fiera y despreciativa que don Florencio se turbó.

—Vamos, amigo Máximo—repitió con acento ya dulzón—, necesito saber quién ha sido el agresor para proceder inmediatamente contra él y quede satisfecha la *vindicta pública* (una palabreja que había aprendido en Oviedo en sus tiempos de estudiante). Vamos a ver, ¿quién ha sido?

—No lo sé—murmuró el herido volviendo a cerrar los ojos.

—Pues es raro. Parece que debiera usted saberlo. Diga usted entonces si sospecha de alguno.

El minero no respondió. El juez volvió a repetir en vano sus preguntas dándolas a cada momento nueva forma. Máximo se encerró en un silencio desdeñoso sin abrir siquiera otra vez los ojos.

El juez, despechado, hizo ademán de marcharse.

—Venga usted, secretario... Venga usted también, cabo. Aquí no tenemos ya nada que hacer. Empezaremos por otros conductos las pesquisas necesarias para averiguar quién ha herido a este hombre.

Se dirigieron a la puerta. El cabo Martínez dijo:

—Señor juez, él sabe perfectamente quién le ha heri-

do, pero no lo declara porque espera tomarse la venganza por su mano.

—En ese caso—manifestó don Florencio en alta voz—será él y no el otro quien caiga bajo el peso de la ley.

El cura, el médico, los pocos hombres que allí había y algunas de las mujeres salieron con ellos a la calle. La lluvia había arreciado. El párroco les propuso entrar en la rectoral para esperar que aflojase un poco. Su ama de gobierno, la señá Josefa, que era tía del cabo Martínez y le amaba como si fuese su madre, insistió con mucho calor sobre esta invitación.

Entraron efectivamente en la rectoral, que estaba muy próxima, y la señá Josefa sacó unas botellas de sidra que su sobrino el cabo descorchó con gran pericia militar. Bebieron y charlaron alegremente sin acordarse para nada del suceso que había motivado aquella reunión. Nadie sentía interés alguno por el herido, a quien en el fondo todos temían y aborrecían.

El doctor Vilches, que no bebía sidra y a quien aquella tertulia charlatana molestaba, salió al corredor, extendió fuera la mano y dijo:

—Ya no llueve, señores. Podemos irnos.

Con gran trabajo logró arrastrarlos. Todos se hallaban perfectamente allí. Cuando iban a salir el tío Pacho de la Riega, que hacía rato se había puesto serio y meditabundo, se acercó a don Florencio y después de mucho vacilar, con voz apagada le dijo:

—Señor juez, tengo que decir a usted unas palabras.

—Las que quieras, Pacho.

—El caso es... el caso es... que yo sé quién ha herido a Máximo.

—¡Secretario!—gritó don Florencio—, escuche usted y tome nota de lo que va a decir este sujeto.

Al grito del juez todos volvieron la cabeza y se aproximaron a él.

—Hable usted—ordenó con imperio.

El pobre sacristán, aturrullado por aquel tono y por la expectación que había despertado, comenzó a balbucir:

—El caso es... sí, señor juez... el caso es que yo vi al que dió las puñaladas a Máximo.

—Pues diga usted inmediatamente quién es—ordenó don Florencio hinchándose todavía más y abandonando el tuteo para dar mayor solemnidad al caso.

—Pues es un hijo del tío Juan de Villa, que se llama Perico y trabaja en la Fábrica.

—¿No se equivoca usted?

—Me parece que no señor, porque le conozco bien.

—¡Sí será, sí será!—manifestó el tío Rafael con acento de convicción—. Ese es el mozo que hablaba con Rogelia antes de casarse con Máximo.

—¡Vaya por Dios! ¡Vaya por Dios!—exclamaron el cura, la señá Josefa y su sobrino el cabo, que conocian a Perico y lo estimaban.

—Martínez—ordenó el juez dirigiéndose al cabo—. Inmediatamente procederá usted a la captura de ese joven.

El cabo alzó los hombros con gesto de forzada resignación, tomó su fusil y su tricornio, invitó a su compañero a hacer lo mismo y antes de salir se volvió a don Florencio diciendo:

—Señor juez, lo siento de veras, porque conozco a Perico, el hijo de Juan de Villa, y es un buen rapaz. En cambio ese Máximo es un mal bicho que si vive nos dará todavía que hacer.

—Comprendido, cabo; pero la ley es la ley.

VII

El doctor Vilches era hijo de un famoso sastre de Madrid que tenía su vivienda y taller en un entresuelo de la Carrera de San Jerónimo. Vilches vestía a los elegantes y se hacía pagar mucho más de lo que valían sus trajes. Un joven que se vestía con Vilches tenía adquirido entre sus émulos diploma de elegante; si el cliente era maduro se le respetaba en las tertulias donde asistía como un caballero refinado y opulento.

Nunca tuvo mas que un hijo, Fernando, a quien en sus primeros años dió una educación de colegio aristocrático y después hizo seguir el bachillerato en San Isidro, trayéndole al mismo tiempo a casa un profesor de francés y otro de música. El chico era despierto y precoz, pero de naturaleza endeble; sobre todo cuando a los quince años dió un terrible estirón que le hizo más alto que su padre comenzó su salud a resentirse, perdió el apetito y sólo a fuerza de cuidados que le prodigaba su tierna y enamorada madre pudo salvar la crisis. Esta madre fué siempre su ángel tutelar, la que le hizo salir indemne de todos los escollos de la vida y le consoló en sus reveses. Fernando era un adolescente sentimental y aun pudiéramos decir romántico, que leía con avidez novelas de aventuras, gustaba de la música y los perfumes y se enamoraba sin consecuencias de las jóvenes costu-

reras que tenía su padre en el taller. Al llegar a los diez y siete años y graduarse de bachiller, su padre, que estaba labrando una bonita fortuna, pensó que se iba haciendo viejo, que pronto quedaría inútil para el trabajo y que ya envejecido aquella brillante clientela con que contaba le volvería la espalda. Para conjurar este peligro, que mucho le impresionaba, se le ocurrió remozar su sastrería poniendo al frente de ella a su hijo, enseñándole el corte primero, enviándole después un año a París en casa de uno de los más reputados sastres y poniéndole al fin en condiciones de sostener la casa con mayor esplendor aún que antes.

Fernando quedó aterrado cuando el viejo Vilches le hizo sabedor de este proyecto. ¡Él, que había tenido por condiscípulos los hijos de duques y marqueses, que trataba de igual a igual con los jóvenes más elegantes de Madrid, porque él lo era quizá más que ninguno, músico, lector infatigable de versos y novelas, avezado a todos los refinamientos de la vida opulenta, convertido en sastre! Pensó caer desmayado. Su madre le salvó en esta ocasión como en todas las demás. Esta madre le proveía abundantemente de dinero, gozaba con verle lujosamente vestido, le compraba sortijas, corbatas, alfileres, cadenas de reloj, ropa interior de seda, le preparaba todos los días el baño, le había convertido en fin en uno de los señoritos más vistosos que se paseaban por Recoletos y los jardinillos del Retiro. Hubo voces, imprecaciones, frases groseras; después silencio y mal humor durante muchos días; pero el sastre Vilches no se salió con la suya. Capituló al cabo consintiendo que Fernando siguiese una carrera liberal, pero le impuso la que él se dignó elegir. Sería médico: fué la que consideró más socorrida y lucrativa. Fernando hubiera querido ser abogado o doctor en Filosofía y Letras, pero su padre abo-

minaba de estas carreras. ¡Qué! ¿Un abogado paseante en cortes como el hijo del marqués de C*** y del banquero F***? ¿Un profesor con tres mil quinientas pesetas de sueldo? ¡No en sus días! El viejo sastre no veía en la existencia otro objetivo que el hacer dinero y no respetaba sino al que lo poseía.

Fernando empezó la carrera con lucimiento: se aficionó a las ciencias naturales, a la física, a la química, a la fisiología. Desgraciadamente en el tercer año fué atacado de una grave afección nerviosa que le impidió continuar. Fué enviado a la sierra por prescripción de los médicos y allí se estuvo más de un año. Su padre poseía cerca de Villalba una finca con bastante tierra y una mezquina casa. Fernando logró reponerse y al cabo pudo seguir la carrera. Jamás se curó por completo. Fué siempre nerviosillo, caprichoso, tristón, algo de lo que ahora se dice neurasténico. Cuando terminó la carrera cursó el año del doctorado a despecho de su padre, que deseaba verle pronto ganar dinero. Su propósito firme era el de ser catedrático y no practicar la medicina. Se aficionó a la ginecología quizá porque el profesor de esta asignatura le había distinguido mucho, le había hecho su ayudante y su amigo, le estimaba y le quería. A este profesor comunicó su propósito de hacer oposición a una cátedra, y excusado parece decir que el catedrático aprobó y alentó con todas sus fuerzas tal pensamiento.

Muy desastrosamente para él, poco después de graduarse de doctor falleció su buena madre, a quien adoraba. Fué un terrible golpe para el joven médico, que cayó enfermo y se vió necesitado a pasar un mes en el campo. Transcurrido algún tiempo, su padre, a quien molestaba y hasta indignaba la inacción de su hijo, le llamó un día a capítulo, encerrándose con él en su gabi-

nete, y le preguntó secamente qué es lo que pensaba hacer, cuándo iba a aprovechar sus estudios y ganarse la vida. Fernando le descubrió su proyecto de hacer oposición a una cátedra. El padre le preguntó cuánto tiempo se pasaría antes de obtener este resultado. El hijo respondió que la preparación exigiría lo menos dos años y que tampoco podía asegurar el logro de la cátedra en la primera oposición. Con esto el viejo Vilches se irritó, habló con el mayor desprecio del profesorado: su hijo le contestó orgullosamente; disputaron con acritud y por fin el sastre, exasperado, llegó a decir en tono resuelto que podía hacer lo que quisiera, pero que él, Vilches, «no estaba dispuesto a mantener más tiempo zánganos en su casa».

Aquella palabra hirió profundamente al joven doctor. El mismo día comenzó a hacer gestiones para colocarse dondequiera que fuese. Supo por un amigo que en la Felguera se necesitaba un médico para la Fábrica y las minas. Envió allá su brillante hoja de estudios y casi a vuelta de correo le vino su nombramiento.

Haría dos años aproximadamente que estaba en Langreo. Se aburrió mucho al principio: al cabo se fué acostumbrando a la soledad y monotonía de la vida burguesa. El trabajo le distrajo; el aire del campo y el ejercicio fortificaron notablemente su organismo: pesaba algunos kilos más y había cambiado el color de su rostro.

No perdió por vivir entre mineros y aldeanos su inclinación a la elegancia y al cuidado prolijo de su persona. Su padre, arrepentido de la brutalidad con que le había tratado, le ofreció dinero que él no quiso aceptar; pero sí aceptó trajes, camisas, sombreros, corbatas, etc., todo superior y de última novedad. La villa de Sama y la Felguera estaban asombradas de tanto lujo: los hombres se

encogían de hombros riendo, pero las mujeres se sentían fascinadas: sobre todo cuando se averiguó que mudaba de camisa todos los días y que las hacía aplanchar en Oviedo produjo esto un alboroto entre las señoritas lugareñas.

Todas hubieran querido atraparle. Por su juventud, por su elegancia, por su figura distinguida y más que por todo esto tal vez por la noticia de que era rico, fué el blanco durante el primer año de todas las flechas con que el dios Cupido había provisto el carcaj de las bellezas indígenas del valle de Langreo. Mas la actitud fría, reservada y aun pudiera decirse desdeñosa con que el joven médico recibía sus apasionados tiros las fué paralizando y al cabo, sin renunciar en absoluto a hacerle prisionero le fueron considerando como el número de una lotería que sólo por gran casualidad pudiera salir premiado. «Es un orgulloso» —decían unas. «Es un extravagante»—decían otras. Y una más desvergonzada llegó a insinuar que no le gustaban las mujeres «porque nada podía ofrecerles».

Sí; le habían gustado en otro tiempo. Pero el doctor Vilches no tuvo mas que una novia. Antes de ella había corrido las aventuras callejeras de casi todos los jóvenes madrileños; horas de placer y no de amor. Una noche en cierta tertulia donde solía asistir conoció a la famosa pianista Julia Pastor. Era una joven rubia como él, delgadísima, espiritual, con ojos azules rodeados de leve círculo morado, cutis transparente, manos de cera. Aquella interesante joven, un poco pariente de la dueña de la casa, había consentido en dar en ésta un concierto sólo para los íntimos. Tenía ya recorrida media España tocando en los teatros y de eso vivían ella, su madre y dos hermanas. Vilches, apasionadísimo de la música, abonado constante al Teatro Real, la escuchó con verda-

dero deleite y la felicitó calurosamente. Julia Pastor poseía una ejecución maravillosa, aunque los críticos musicales insinuaban que carecía de delicadeza y sentimiento esta ejecución. Lo único extremadamente delicado en ella era su organismo. Parecía que iba a quebrarse en cada uno de los conciertos; tanto movimiento, tanta epiléptica agitación, cubrían de sudor su rostro y lo alteraban de tal manera que semejaba un cadáver. Casi siempre después de una de sus sesiones necesitaba pasar un día en la cama para sosegar los nervios.

Esta noche pasando al comedor para beber una copita de Jerez con los demás invitados se sintió indispuesta y cayó desvanecida. Se la transportó al dormitorio de la señora y se la tendió en su cama. El único médico que había en la reunión era Vilches y éste fué quien la prodigó los primeros cuidados, la desabrochó, la hizo aspirar en el frasco del éter y realizó un ligero masaje en el pecho por la parte del corazón. Julia se recobró pronto y estuvo después alegre y ocurrente bromeando acerca de su facilidad para desmayarse y dando muchas veces repetidas gracias al doctor Vilches que tan caritativamente la había asistido.

Al día siguiente éste, impresionado por la figura interesante de la pianista y por su talento se creyó en el caso de dar una vuelta por la casa y preguntar por su salud. Vivía modestamente en un pequeño cuarto tercero de la calle del Pez. Los conciertos que por provincias ejecutaba no rendían lo suficiente para elevar esta familia a un grado superior de comodidad. Se le recibió con extremada cortesía. Vilches pasó en aquella casa una hora deliciosa hablando de varias cosas pero sobre todo de música: se le invitó a repetir la visita prometiéndole Julia hacerle oír un concierto maravilloso de Weber que el joven médico no conocía. En poco tiempo frecuentó

la casa como íntimo y en poco tiempo igualmente anudó relaciones amorosas con la pálida e interesante pianista. No es difícil suponer que ésta había averiguado por medio de sus parientes que Vilches, hijo único de un sastre famoso, estaba destinado a heredar una bonita fortuna. Se le agasajó, se le mimó de tal suerte que el joven médico quedó preso en estrecho lazo «como la codorniz sencilla». Duraron aquellas relaciones apasionadas, ardientes, algunos meses. Se habló ya en sus comienzos de matrimonio; pero éste no se presentaba fácil por el momento. Vilches nada ganaba aún con su profesión y estaba bien persuadido de que su padre no proveería a los gastos de la nueva familia. Se convino pues, entre los novios, que Vilches haría oposiciones en cuanto se presentase oportunidad a una cátedra y obtenida ésta se irían a fabricar su nido a la provincia donde radicase la Universidad. Si el sueldo de profesor no fuera suficiente Julia prometía ayudarle dando lecciones y conciertos.

Así las cosas acaeció la disputa de que se ha hablado entre padre e hijo y la decisión de éste de aceptar cualquier colocación que se le presentase. Cuando obtuvo la de la Fábrica de la Felguera propuso a Julia el matrimonio y marcharse juntos a Asturias. La joven pianista sin rehusarlo lo aplazó esperando que el médico se acomodase allá y estudiase el clima, las circunstancias y los medios de que podrían disponer para sostenerse no sólo ellos sino la madre y las hermanas, pues ella no podía abandonarlas.

El primer mes las cartas fueron diarias, largas, apasionadas. El segundo más cortas y espaciadas. Al tercero Julia dejó de escribir y Vilches recibió por un amigo la noticia de que se la veía en todas partes acompañada de Rodell, un barítono conocido de zarzuela y que

nadie dudaba ya de que se hallaba con él en relaciones amorosas.

Fué rudo el golpe para el enamorado joven dotado de excesiva y un poco enfermiza sensibilidad. Pero al cabo la reflexión le fué calmando, el trabajo le distrajo y el ejercicio físico logró fortificarle. El filósofo se consoló pensando: ¿Quién puede fiar en un ser caprichoso, frívolo, sin persistencia en los sentimientos ni respeto a sus compromisos? Más vale que haya sido ahora y no después. El fisiólogo se consoló aún mejor. Ella neurópata, yo neurópata también: nuestros hijos serían unos desgraciados. He aquí por qué el joven doctor se tornó un poco escéptico y esquivo hacia el sexo femenino. Añadamos asimismo, que éste en Langreo no le había ofrecido hasta ahora atractivos bastantes para hacerle variar de actitud.

Al día siguiente del suceso narrado en el anterior capítulo, como su caballo no hubiese llegado aún de Oviedo, Vilches tuvo el arranque caritativo de presentarse a pie en Lada para visitar al herido. El viaje nocturno bajo la capa protectora con la esposa le había dejado recuerdo agradable. Cuando vió a Rogelia a la puerta de casa le tendió la mano afable y sonriente. Ella, un tanto confusa, le devolvió el saludo sin osar mirarle a la cara.

—¿Cómo está el herido? ¿Se ha quejado mucho esta noche?

Máximo había pasado la noche bastante agitado, dejando escapar leves gemidos. El médico se acercó a la cama, le puso la mano sobre la frente, le tomó el pulso y declaró con satisfacción que la fiebre era insignificante. No quiso aquel día levantar el apósito contentándose con recetar una poción y ordenando que no se le diera alimento alguno. Al salir Rogelia le acompañó hasta

la puerta y allí el doctor le dió las instrucciones necesarias para el cuidado del enfermo. Cuando se despidieron volvió a estrecharle la mano. Vilches sabía bien que no era esta la costumbre en la aldea, sobre todo entre personas de diferente categoría, pero se sentía atraído por la belleza y la modestia de aquella joven que él consideraba casi como una niña.

Al llegar a la Felguera le esperaba en la tienda de Daniel el tío Juan de Villa, padre del agresor de Máximo, y un hijo suyo llamado Ecequiel, de más edad que Perico, quienes se levantaron del asiento presurosos y se despojaron de la boina. El viejo con el mayor respeto le pidió que le escuchase dos palabras.

—Las que usted quiera.

El viejo explicó que su hijo estaba ya en la cárcel de Laviana, y que había confesado de plano. Deseaba saber la importancia de las heridas, pues de ello dependía el que sufriese solamente unos meses de arresto o tener que ir a presidio.

—Nada le puedo afirmar seguramente—respondió el doctor—, pero si no se presenta complicación alguna yo pienso que la curación será cosa de poco tiempo. Las heridas no son profundas.

—¡No lo serán, no!—murmuró con rabioso acento el hijo mayor, cuyos ojos fulguraron siniestros—, porque mi hermano es un zampabollos... Si yo le hubiera dado ¡rayo de Dios! le hubieran salido todas las tripas al sol a ese cerdo.

Vilches le miró con curiosidad un instante y sonriendo le respondió:

—Al sol no, porque era de noche.

—¡Pues a la luna!

—Tampoco... Mire usted, amigo—le dijo poniéndole una mano sobre el hombro—, más vale que haya suce-

dido así. Si su hermano le hubiera matado iría al patíbulo o al presidio por toda la vida. ¡Ya ve usted qué perspectiva para sus viejos padres!

—Tiene usted mucha razón, don Fernando—dijo con voz temblorosa el padre mientras dos gruesas lágrimas surcaban sus mejillas—. La Virgen del Carmen ha protegido como siempre a su pobre madre, que hubiera muerto de disgusto... ¿Y usted piensa que la curación no pasará de los treinta días? Ya sabe usted, señor médico, lo que esto quiere decir.

—Sí, sí; lo sé perfectamente. No sólo imagino que no pasará de los treinta días, sino que presumo que dentro de quince se hallará curado y que a los veinte podrá volver al trabajo.

—¡Bien seguro!—exclamó la tendera Marciala que escuchaba la conversación —. Ese ladrón debe tener carne de perro.

—¡De perro rabioso! rugió el hermano de Perico.

—Tienes razón, querido—replico Marciala—. No sé cómo Fidel el alguacil no le ha dado ya la morcilla.

—Muchas gracias, don Fernando—dijo el padre quitándose de nuevo la boina—. Dios le pague el bien que me hace... y más que a mí a la pobre madre, que moriría, sí, moriría...

Volvieron a rasársele los ojos de lágrimas.

—No tiene usted por qué darme las gracias—replicó vivamente el doctor—. Si las heridas no pudieran curarse en los treinta días, aun deplorándolo mucho por ustedes, no daría al enfermo de alta.

—De todos modos, muchas gracias, don Fernando, que Dios le dé salud y mucha suerte.

Salieron de la tienda el padre y el hijo. Dentro de ella había como casi siempre alguna gente, tres hombres sentados en el banco y algunas mujerucas en pie delan-

te del mostrador hablando con Marciala. El doctor se disponía a subir a su habitación cuando la obesa Marciala repitió el concepto de la noche anterior.

—Lástima, don Fernando, que usted se moleste en curar a ese pillo que anduvo cerca de asesinar al pobre Raimundo el capataz, un buen hombre con cinco criaturas que caben todas debajo de una cesta.

—Si yo fuera médico—exclamó uno de los hombres del banco—y tuviese que asistir a un bribón semejante, mal rayo me parta si no le daba veneno para que reventase cuanto antes.

Todos rieron aprobando la especie. El doctor, que había dado algunos pasos hacia la puerta, se volvió.

—Los médicos, amigo, nada tenemos que ver con la bondad o la maldad de las personas. Cuando nos acercamos a la cama de un enfermo nuestro deber es curarlo. Seguro estoy de que usted en mi caso haría lo mismo que yo.

—Tiene razón don Fernando—profirió uno—. Son los curas y no los médicos los que deben confesarnos.

El caballo del doctor llegó de Oviedo aquella noche. Vilches montó en él por la mañana y fué a Lada. Al llegar delante de la casa se apeó y ató el jaco a uno de los barrotes de la ventana. Rogelia, que oyó ruido, salió a la puerta y le saludó sonriente y ruborizada:

—Muchas gracias, don Fernando, por venir tan temprano. No contaba con usted hasta la tarde.

Vilches se plantó delante de ella y la contempló con admiración. ¡Era linda la esposa del minero! Con un pañuelo de percal sobre los hombros anudado a la espalda, el cuello y parte del pecho descubiertos, la camisa remangada dejando ver unos brazos exquisitos, el rostro un poco tostado por el aire libre, pero fresco y jugoso como una flor que se abre, los negros cabellos cayendo

en rizos sobre su frente de estatua griega, los hermosos ojos brillantes y risueños, la boca entreabierta por una dulce sonrisa mostrando una fila de menudos y blancos dientes, su gallarda y noble figura que revelaba la energía de un cuerpo joven y vigoroso. ¡Era linda en verdad la esposa del minero!

El médico levantó el apósito y reconoció las heridas, que presentaban buen aspecto. Máximo con su acostumbrado humor se mantuvo silencioso y ceñudo durante la visita, respondiendo tarde y mal a las preguntas que amablemente le dirigía el doctor. Cuando éste se fué, Rogelia le acompañó hasta la puerta y salió con él a la calle. Allí se detuvieron unos instantes y cuchichearon informándose ella del estado verdadero del herido, pidiendo instrucciones acerca de los medicamentos y la alimentación. Se detuvieron en realidad más del tiempo necesario: el doctor no tenía prisa: se hallaba muy bien en presencia de aquel rostro hechicero cuyos ojos le sonreian con infinita dulzura... Tampoco ella tenía prisa; repetía las preguntas, aparentaba no comprender bien las respuestas, tenía miedo olvidar las prescripciones. Al fin no hubo más remedio que separarse. Rogelia le tuvo el estribo para montar. El doctor muy agradecido le apretó la mano y se despidió hasta el día siguiente.

¡Qué lástima de criatura!—iba murmurando mientras su caballo al paso caminaba la vuelta de Sama—. ¡Qué hermosa y qué simpática!

Volvió al día siguiente aunque no era absolutamente necesario, y al otro, y al otro. Después de la visita Rogelia le acompañaba y salía con él a la calle. Aquellos instantes de conversación eran deliciosos. Pero temía que Máximo los hallase demasiado largos y entonces imaginó acompañar al doctor hasta la salida de la aldea. Él muy complacido de este acompañamiento llevaba el

caballo del diestro, marchando ambos emparejados y todo lo lentamente que les era posible. Hablaban del herido: no tenían otro tema: hablaban sin fin perdiéndose en preguntas y pormenores, sabiendo ambos que aquello no era mas que un pretexto. En el fondo ni a uno ni a otro les interesaba el asunto.

Máximo mejoraba rápidamente. Comía ya y pasaba gran parte del día incorporado en la cama. Al fin el doctor le previno que podía levantarse; aquella visita sería la última que le hiciese. Una nube de tristeza pasó por los ojos de Rogelia cuando Vilches sonriendo les comunicó la noticia. Salió con él como de costumbre y aunque marcharon más lentamente que otros días hablaron poco. Cuando llegaron al sitio donde solían despedirse Rogelia se detuvo.

—De modo, don Fernando, que usted cree que podrá levantarse mañana.

—Sí, sí, que esté unas horas fuera de la cama y se acueste temprano.

Hubo un silencio prolongado.

—¿Y podrá salir a la calle?

—No; por ahora no.

Otro largo silencio.

—Y, ¿qué es lo que podrá comer?

—Ya te lo he dicho, que siga por ahora con la leche, con la sopa y con los huevos pasados por agua.

De nuevo quedaron silenciosos. El doctor se decidió al fin a montar a caballo. Rogelia le tuvo como siempre el estribo y él le apretó la mano reteniéndola más que otras veces.

—Hasta la vista, Rogelia—pronunció gravemente.

—Hasta cuando Dios quiera, don Fernando—respondió ella con sonrisa triste.

El doctor espoleó su caballo y se alejó rápidamente.

Ella quedó inmóvil siguiéndole con la vista. Allá lejos él volvió la cabeza y, al verla, alzó el brazo diciéndole adiós con la mano.

Transcurrieron después bastantes días. Vilches supo que Máximo trabajaba ya en la mina. El recuerdo de Rogelia flotaba en su mente, mas poco a poco se fué desvaneciendo, perdiéndose en la bruma como un hermoso sueño. Al fin dejó de pensar en ella.

Una mañana, cerca del mediodía, le avisaron que debía ir a visitar un operario que acababa de lastimarse gravemente. Vivía del otro lado del río en un pequeño caserío no lejos del camino de Lada. Como el trayecto no era largo, sobre todo tomando los senderos de atajo y el tiempo aparecía espléndido, el joven doctor se decidió a ir a pie. El ejercicio al aire libre le sentaba muy bien: cada día se hallaba más fuerte y animoso. Salvó el puente, y siguiendo la orilla del río por senderos pintorescos bajo la sombra de los avellanos, marchaba en una feliz disposición de espíritu y de cuerpo cuando repentinamente surgió delante de él la gallarda figura de Rogelia.

—¡Rogelia! —exclamó con un grito de alegría tendiéndole ambas manos—. ¡Cuántos deseos tenía de verte!

Ella le tendió las suyas.

—Y yo lo mismo a usted, don Fernando.

Al pronunciar estas palabras se puso roja como una cereza. Quedaron inmóviles con las manos enlazadas, mirándose a la cara sonrientes con ojos relampagueantes de alegría:

—¿Dónde vas?—preguntó al fin el doctor.

—A la Felguera a comprar pan.

—No sé por qué, pero el corazón me decía hoy que iba a tener un encuentro feliz—pronunció él, sin soltarle las manos.

Ella, sin darse por enterada del requiebro, pero siempre ruborizada, le explicó con afectada indiferencia que debía venir todos los días a la Felguera para comprar el pan tierno de la tahona, pues a Máximo no le gustaba el que se amasaba dos veces por semana en Lada.

—Yo pensé que a estas horas irías a llevarle la comida a la mina.

—Lo hacía antes, pero como sale temprano del trabajo, prefiere la comida caliente desde que estuvo enfermo. A las tres ya está en casa.

—¿Y no vuelve a salir?

Rogelia rió a carcajadas.

—¡Ya, ya! Con el último bocado se va a la taberna.

—Mal gusto tiene, querida. ¡Preferir el vino peleón de Fructuoso a este pedacito de gloria!

Rogelia se soltó bruscamente.

—Adiós, don Fernando.

—Adiós, Rogelia. Quisiera comer ese pan que tú vas a comprar, aunque tuviese que trabajar en la mina.

—¡Oh!, es muy duro el trabajo de la mina.

—Pero es muy dulce la recompensa.

—Adiós, don Fernando.

—Adiós, Rogelia.

Un poco apartados ya, pero vueltos el uno hacia el otro, se dijeron adiós varias veces, pero no con tristeza como antes. Uno y otro estaban seguros ahora de que no tardarían en verse.

VIII

Como era de esperar, al día siguiente se encontraron de nuevo en el mismo sitio. El médico iba a visitar al herido: la joven iba a comprar el pan. ¿Quién de los dos aguardó al otro?

Volvieron a estrecharse las manos, quedando ambos en éxtasis mirándose profundamente a los ojos.

—¡Qué casualidad, Rogelia! ¡Qué feliz casualidad!

Rogelia soltó una franca carcajada.

—¡Ya, ya! ¿Ha visto usted, don Fernando?

—Me decía el corazón que iba a encontrarte.

—Ese corazón es un sabio.

Los dos rieron de la bromita. La joven dejó las manos del doctor y se dispuso a seguir su camino.

—Oye, Rogelia... ¿Si nos sentásemos allí un poquito debajo de aquel árbol a la orilla del río? Unos minutos nada más. Estoy cansado y tú también lo estarás.

—No; yo no—se apresuró a decir ella con sonrisa maliciosa.

—Pero yo lo estoy, y unos minutos de descanso pienso que me vendrían admirablemente.

—Bueno..., un poquito nada más porque tengo prisa.

Se apartaron algunos pasos del sendero y fueron a sentarse a la sombra de un tupido avellano, uno de esos hermosos avellanos que en forma de ramillete de flores bordan en aquella comarca las orillas del río.

Corría el mes de mayo. No todos los mayos son dulces en aquella región, pero el de ahora era espléndido. El sol bañaba la campiña, que a pesar de las minas, los lavaderos y escombreras todavía era bella. El maíz naciente de las vegas y el césped de los prados brillaban a la luz del sol como un terciopelo luminoso. Los castañares de las colinas ostentaban ya un espeso follaje y las hojas bruñidas despedían vivos reflejos metálicos.

El avellano bajo el cual se sentaron los jóvenes no dejaba paso mas que a algunos delgadísimos rayos de sol, donde flotaba un tenue polvo dorado. Un pajarito de pecho amarillo saltaba piando de rama en rama.

Después de sentados estuvieron unos momentos silenciosos. No sabían por dónde empezar.

—¿No se aburre usted mucho en estos feos lugares, don Fernando?—preguntó al fin la joven.

—En este momento ni poco ni mucho.

—Porque está usted cansado y es gusto reposarse—repuso ella sin querer recoger el sentido de aquellas palabras.

—Porque tengo además frente a mí cosas muy lindas que me distraen y me alegran.

—El valle es hermoso, según dicen los forasteros, pero las minas lo han echado a perder. ¿No ve usted qué negro corre ahora el río?

—Yo no miro el valle ni el río. En este momento no veo mas que a ti.

—¡Valiente cosa ve usted! Una pobre aldeana, una rústica después de las hermosas señoritas que usted habrá visto allá en Madrid. ¿Cuántas novias tuvo usted, don Fernando?

—No he tenido mas que una.

—Sería muy bonita.

—Sí que lo era... Tú también lo eres..., aunque muy distintas.

Vilches no pudo menos de sonreír comparando en su mente aquellas dos mujeres, Julia Pastor, la frágil caña que un soplo de viento derribaría, y esta soberbia amazona capaz de derribar a un hombre de un puñetazo.

Rogelia se había puesto los zapatos nuevos domingueros, el collar de perlas falsas; traía como siempre la cabeza descubierta pero esmeradamente peinada; las manos, unas manos que por su extrema juventud aún no estaban deformadas, brillaban de limpieza con las uñas perfectamente recortadas. Todos estos detalles los observó el doctor con malicioso placer.

Hablaron de Madrid. Rogelia le hacía preguntas sobre preguntas; quería enterarse de lo que era la capital, de sus espectáculos, de sus paseos, de los toros, de los comercios. Vilches respondía con amabilidad a sus preguntas ensalzando demasiadamente los placeres de la corte.

—Además allí no llueve casi nunca. El cielo está puro todo el invierno como aquí en este momento.

Al fin ella le preguntó:

—¿Y por qué se ha venido usted a estas tierras tan húmedas y tristes? Por ahí dicen que es usted muy rico.

El doctor se puso serio.

—No sé si soy rico. Aún vive mi padre... De todos modos—añadió en tono orgulloso—, no me importa mucho porque yo siempre ganaré lo suficiente para vivir.

Quedó triste repentinamente y silencioso. Rogelia, arrepentida de haber tocado aquel resorte también guardó silencio. Al cabo, Vilches atacado de una necesidad de expansión lo rompió diciendo:

—Por mi gusto nunca hubiera salido de Madrid. Allí he nacido, allí me he criado, allí tengo todos mis recuer-

dos, todos mis amigos... Y si hubiera vivido mi pobre madre es bien seguro que no hubiera salido...

La voz le tembló al pronunciar estas palabras. Quedó un instante suspenso. Al fin mirando al cielo por encima de la cabeza de Rogelia profirió sordamente:

—¡Ella me hubiera defendido; sí, ella me hubiera defendido!

Una lágrima saltó a sus ojos.

Rogelia, conmovida también, le miraba con afectuosa compasión. Se atrevió a preguntar:

—¿No se lleva usted bien con su padre?

—Mi padre es muy bueno—se apresuró a decir temiendo que la joven interpretase en mal sentido sus palabras—. Es un gran trabajador, un hombre muy honrado que saliendo de la nada ha logrado una situación ventajosa, que ha podido hacernos vivir con toda comodidad y darme a mí una carrera... Pero entregado completamente a su negocio no comprende las necesidades unas veces legítimas otras ficticias que sentimos los jóvenes... Yo quería ser profesor... A él le pareció esto muy largo y eventual... Quizá tenga razón. Por lo pronto yo aquí aburriéndome mucho me he aficionado al trabajo y he ganado salud, lo que tal vez no hubiera conseguido siguiendo en Madrid.

—Sí; está usted mucho mejor. Cuando usted llegó a Langreo oí decir a la señora Pepa, el ama del cura, que estaba usted tísico.

—No faltó mucho, en verdad... Por consiguiente ya ves, querida, que en este mundo lo que nos disgusta suele ser lo más higiénico. Así pasa con los medicamentos que recetamos los médicos... ¿Y tú?—añadió tornándose alegre en tono afectuosamente familiar—. Cuéntame algo de tu vida.

—¡Oh! la mía, don Fernando, no ha sido tan florida

como la suya. Desde bien pequeñita comencé a pasar tristezas. Apenas sabía andar ya me enviaban al monte a buscar ramitas secas para el fuego, a llevar la comida al cerdo, a fregar la cocina. Mi padre golpeaba a mi madre; mi madre me golpeaba a mí. No es extraño que tenga el pecho más duro que una piedra.

—¡No lo creo!—dijo él sonriendo maliciosamente, mirando al seno de la joven.

Ella ruborizada con rápido movimiento llevó la mano al pañuelo y lo subió cubriéndose hasta la garganta.

—Créalo usted, don Fernando. ¿Cómo es posible ser buena recibiendo golpes y no oyendo mas que blasfemias?

—Pues tú lo eres; estoy seguro de ello. ¿No has tenido novios?

La joven vaciló un instante y al fin dijo titubeando:

—Me parece que no.

—¿Cómo no? ¿Y ese muchacho que está ahora preso no ha sido tu novio?

—Bueno, sí, ha sido un poco novio mío.

—¿Y le has querido?

Rogelia sonrió, se encogió de hombros, estuvo unos instantes silenciosa mirando al suelo.

—Perico es un buen rapaz... Nadie puede decir otra cosa... pero, ¿sabe usted?, es un zampabollos.

Vilches no pudo menos de reír recordando que con el mismo adjetivo le había regalado su hermano no hacía muchos días cuando vino a visitarle en compañía del padre.

—Tienes razón, hija, las mujeres no se enamoran jamás de los zampabollos.

Guardaron ambos silencio prolongado. Él la miraba con viva curiosidad, ardía en deseos de hacerle una pregunta, pero no se atrevía. Varias veces había levan-

tado la cabeza y despegado los labios pero una y otra vez la había bajado sin articular ninguna palabra. Ella con la mirada perdida en el vacío parecía soñar despierta, meditando, sin duda, recordando tal vez, viendo pasar por delante de sus ojos la triste, la miserable vida que hasta entonces había llevado.

Vilches se decidió.

—Dime, Rogelia, ¿te has casado enamorada de Máximo?

Una profunda arruga apareció en la frente de la joven; sus ojos negros se tornaron más negros aún, de una negrura fatídica. Alzó la mano y pronunció con voz alterada:

—Dejemos eso, don Fernando. Lo que no tiene remedio no debe traerse a la memoria.

Luego alzándose del suelo con la rapidez y la fuerza de un resorte de acero, dijo dulcificándose:

—Me voy; hemos hablado más tiempo de lo convenido.

En efecto, el momento se había convertido en media hora. Vilches le apretó la mano y reteniéndola algún tiempo:

—Adiós, Rogelia, hasta mañana. ¿Verdad?

Ella vaciló un poco: al fin respondió:

—Bueno, hasta mañana.

Al día siguiente volvieron a encontrarse y se sentaron en el mismo sitio y charlaron otra media hora. Si les preguntasen después ni uno ni otro acertarían a decir de qué habían hablado, pero la conversación había sido placentera.

Repitiéronse estas dulces conferencias durante varios días. Vilches iba encontrando a aquella joven no sólo hermosa sino muy inteligente. Y su carácter franco y resuelto era para él extremadamente atractivo por lo

mismo que contrastaba con el suyo irresoluto y débil. En cuanto a ella, vivía aquellos días en delicioso éxtasis, cual si repentinamente la hubieran trasladado a un mundo superior y celestial. El trato de aquel hombre tan fino, tan suave, tan respetuoso, suscitaba en su corazón una ternura que jamás hasta entonces había sentido. A él le seducía tanta fuerza y salud unidas a tanta belleza; a ella la dulzura, la elegancia, las palabras afectuosas. No se hablaban de amor y sin embargo toda su charla estaba impregnada en amor. Lo que sus labios no osaban expresar, atrevidamente lo delataban sus ojos. La frescura de aquellas mañanas primaverales, la luz radiosa, el aroma del heno, el canto de los pájaros, el murmullo del río, todo iba llamando dulcemente en el corazón de la joven, en aquel pobre corazón solitario, invitándola a amar y a ser amada.

Por aquellos sitios transitaba poca gente, pero alguna transitaba. Los que por allí cruzaban miraban con sorpresa y curiosidad a la amartelada pareja. Ellos embebecidos en su charla sabrosa no se daban cuenta de esta curiosidad que podía serles fatal. Sin embargo, uno de los días acertó a pasar por allí una joven bastante amiga de Rogelia. Se plantó delante de ellos descaradamente y dijo:

—Buenos días, Rogelia.

Esta levantó la cabeza sorprendida.

—Buenos días, Nemesia.

No se turbó poco ni mucho, como tal vez la amiga había imaginado y hubiera querido.

—Se está bien aquí, ¿verdad? Es un sitio muy hermoso.

—No se está mal—respondió con leve acento desdeñoso.

La que se turbó fué la amiguita por la mirada nada afectuosa que ambos clavaron sobre ella.

—Pues iba aquí cerca, a casa de la tía Rosa del Mesón, a ver si quería venir esta tarde a ayudarme a arrojar el pan... Porque mi madre está ya la pobre tan achacosa...

Se perdió en un mar de explicaciones sin que Rogelia la interrumpiese. Después habló de una fiesta que se preparaba en Ciaño para celebrar la llegada de un rico americano. Ella estaba invitada. Habría comida y baile. El indiano había contratado la música de Sama.

Lo mismo el doctor que Rogelia la dejaban hablar sin pronunciar una palabra esperando que al fin se iría.

Pero no se iba. Plantada delante de ellos como si allí hubiera echado raíces, hablaba a borbotones, riendo ella misma de lo que decía, con una charla insustancial y ridícula que les estaba causando molestia.

—Vaya, me voy—dijo al cabo.

Pero no se fué. Tornó a la cansada charla repitiendo las mismas simplezas. Otra vez se despidió y otra vez volvió a anudar la hebra. Pensaba quizá que Rogelia iba a levantarse y acompañarla. No estaba de ese humor aquélla. Cuando al fin volvió la espalda le hizo una mueca furiosa enviándola a paseo.

—¡Vaya una niñita posma!—dijo el doctor.

—Es una mosca... Por supuesto, esta tarde se sabrá en todo Sama que yo estaba aquí a estas horas charlando mano a mano con usted.

—Lo siento mucho.

—No lo sienta usted, porque a mí no se me da nada—repuso ella con un soberbio gesto de desdén.

Era lunes aquel día: había mercado en Sama. Rogelia tuvo que ir allá para comprar varias cosas y no tardó en ver confirmada la sospecha que había comunicado al doctor. Al cruzar por delante de un grupo de chicas en la plaza sorprendió miradas y risas maliciosas. Una de

las jóvenes cuando hubo pasado entonó una famosa y antiquísima canción popular en el valle de Langreo:

Eso no, señor médico, no,
que no es esa la vena,
la que a mí me da pena, señor doctor;
más abajito tengo el dolor,
que es aquí al lado del corazón.

Rogelia no pudo menos de sonreír comprendiendo la alusión y se alejó sin experimentar disgusto alguno.

Al día siguiente al encontrarse con el médico en el sitio habitual le dijo sin saludarle:

—Don Fernando, una pobre vieja que vive en un hórreo cerca de mi casa se ha caído hace un instante y se ha lastimado mucho en la cabeza... Si usted quisiera venir a verla...

El doctor aceptó inmediatamente. Ambos siguieron el camino de Lada y no tardaron mucho en aproximarse al miserable hórreo donde había hecho su vivienda la tía Ruperta, que este era el nombre de la vieja. Para entrar en el hórreo era menester subir unas desiguales escaleras de piedra, luego encaramarse a la tabla llamada *tenobia* que lo circunda. A Vilches le costó trabajo esta operación: fué necesario que Rogelia le ayudase.

—¿Y esa mujer tiene que subir y bajar de su casa en esta forma todos los días?

—Sí, señor.

—¿Qué años tiene?

—Cerca de ochenta.

—¡Pues yo que tengo veintiséis me hubiera caído ya ochenta veces!—exclamó riendo.

La vieja se había hecho una regular brecha en la cabeza. Vilches la curó con esmero y solicitud. Para ello fué necesario que Rogelia fuese a su casa y trajese el al-

godón y el agua fenicada que aún había quedado de las curas de Máximo.

Al otro día ambos vinieron de nuevo juntos a visitarla. La vieja estaba mucho mejor y les recibió sonriente sentada en su camastro. Después que se hubieron saludado, mirándoles con ojos maliciosos les dijo:

—¡Qué buena pareja hacéis, queridos! Tú eres buena moza, Rogelia, pero el señor médico todavía te gana. Un hombre así era el que tú merecías y no ese mico peludo que te has echado por marido.

Rogelia se turbó muchísimo y enfadada replicó:

—Vaya, vaya, tía Ruperta, déjese de bromas... A usted no le importa...

—Ya sé que no me importa; pero es una lástima. Estoy segura de que tú le gustas a este señor y que este señor te gusta a ti.

Con esto Rogelia se turbó todavía mucho más: no acertaba a hablar. En cambio Vilches reía de buena gana, escontrando la bromita agradable.

En Lada también habían observado aquella repentina intimidad de Rogelia y el médico. Llegaron voces de Sama. La señora Josefa se lo hizo saber al cura.

Una mañana se hallaba Rogelia sentada en el banco de piedra delante de su casa cosiendo un delantal. Era un día de sol que ya empezaba a quemar. La joven se había sentado a la sombra y entonaba dulcemente una canción aldeana, la misma que había oído hacía pocos días en Sama con burlona intención. Pero a ella esta canción le producía ahora cosquillas en el alma, la encontraba un sabor exquisito.

El señor cura de Lada cruzó por delante de ella apoyado en su bastón-muleta como siempre. Era un ancianito de cabellos blancos, rostro moreno, arrugado, ojos vivos y penetrantes. Llevaba cuarenta años sirviendo

aquella parroquia: hombre de pocas letras pero buen cristiano, con sentido común y experiencia.

—Buenos días, Rogelia—le dijo plantándose delante de ella—. Tú siempre trabajadora y contenta al parecer, porque el que canta es que no tiene penas.

—Buenos días, señor cura—respondió ella levantando la cabeza—. Si las tengo procuro echarlas a la espalda.

—Haces bien. Es conveniente cuando se tienen penas pensar poco en ellas, pero aún es mejor no buscarse penas...

La joven le miró un poco inquieta por el tono severo que el párroco había dado a sus palabras y guardó silencio.

—Déjame sentarme a tu lado un momento y déjame decirte unas palabritas muy necesarias, pues a eso he venido.

Diciendo y haciendo se sentó en el banco de piedra cerca de Rogelia. Estuvo algunos instantes suspenso mirando con ojos distraídos a los árboles mientras Rogelia clavaba en él una mirada fija y anhelante.

—Pues he venido a interrumpirte, querida—empezó a decir con lentitud bajando mucho la voz—, porque ha llegado a mis oídos algo que me ha producido serio disgusto.—Hizo una larga pausa, y continuó: —Se murmura de ti en Sama y también en la Felguera. Se dice que de poco a esta parte has contraído una amistad demasiado estrecha que para ti puede ser peligrosa..., peligrosa para el alma y también para el cuerpo.

—¡No hablemos del cuerpo, señor cura!—interrumpió la joven alzando la cabeza con fiera arrogancia—. Yo no tengo miedo a nada ni a nadie.

—Lo sé, hija mía, lo sé. Siempre has sido muy valerosa. Hablemos sólo del alma, puesto que así lo quieres.

El valor no es para los cristianos la virtud más excelsa, porque los malos también son valientes. Pero en ti ha habido siempre algo de más precio que el valor, y es la caridad. Te conozco desde que has nacido y sé que eres buena y caritativa. Todavía recuerdo que un día te he visto al salir de casa con un pedazo de borona y una sardina, que era tu almuerzo, entregárselo a un viejo mendigo que se acercaba a tu puerta. Aquel acto de caridad en una niña de ocho años me hizo saltar las lágrimas a los ojos. Después he sabido por Josefa que hurtabas el pan y la borona de la masera para dárselo a los pobres, y que esto te ha costado algunas palizas...

—¡Ya, ya!—exclamó la joven riendo—. Buenos lapos me ha costado la manía.

—Esos golpes, hija mía, algún día puede que te sirvan delante del tribunal de Dios. Por eso mismo, porque te estimo de veras me duele más que andes en lengua de la gente.

—¿Quién es el que se libra de las malas lenguas, señor cura?

—Estoy en ello. Sin embargo, cuando damos motivo para que se ceben en nosotros no tenemos derecho a quejarnos... Quiero recordarte, hija mía, que la mujer casada es un cristal que se empaña fácilmente, que está obligada a mirar con el mayor cuidado por la honra de su marido...

—¿Es que mi marido tiene honra?— exclamó la joven bruscamente.

—¿Qué estás diciendo? Tu marido tiene la honra que tú le des.

—Pues yo no quiero darle ninguna... porque es un malvado... ¡porque le aborrezco!

El cura quedó estupefacto y consternado. Guardó silencio unos instantes, y al fin dulcemente preguntó:

—¿Es que te maltrata?

—No me maltrata de obra, porque aunque a usted le parezca raro, me tiene miedo, pero me insulta todos los días con las palabras más sucias, más asquerosas...

—No es bastante eso para quitarle la honra; pero aunque lo fuese, jamás ni bajo ningún pretexto una mujer casada tiene derecho a faltar a sus deberes, porque estos deberes los ha impuesto la voluntad divina y a Dios tiene que dar cuenta de su conducta, aunque al marido no quiera dársela. Nuestro Señor Jesucristo ha hecho indisoluble el vínculo conyugal. Ante el altar y recibiendo su sagrado cuerpo has jurado fidelidad a tu esposo. Si faltas a ella caes en pecado mortal y mereces el infierno. No sólo la religión cristiana condena como uno de los pecados más graves el adulterio sino que la misma sociedad civil lo considera como un delito y está castigado por el Código. Que tu marido sea malo no es razón para que tú lo seas. Él dará cuenta a Dios de sus pecados cuando le llegue la hora, pero tú también tendrás que dársela de los tuyos...

—Todo eso está muy bien, señor cura, pero yo no le digo mas que una cosa, y es que le aborrezco..., ¡sí, le aborrezco!

El párroco quedó un momento pensativo. Al fin, volviendo hacia ella el rostro y mirándola fijamente a los ojos le preguntó con marcada decisión:

—¿Es que le aborreces porque te parece aborrecible, o porque ya quieres a otro?

Una ola de rubor subió a las mejillas de la joven. Quedó turbada y balbució:

—No lo sé. Lo único que sé con certeza es que le aborrezco.

—A ti, Rogelia, nada ni nadie te ha forzado a contraer matrimonio. Cuando lo hiciste eras perfectamente libre.

Conocías de largo tiempo al que es hoy tu marido, sabías bien lo que era y lo has aceptado como era: por lo tanto no puedes llamarte a engaño. Debes saber además que así como los buenos se vuelven malos, también los malos pueden hacerse buenos. Con dulzura, con resignación, con buenas palabras, acaso logres cambiar la conducta de tu marido. Muchos casos se han visto. De este modo no sólo salvarás tu alma sino también la de él. ¡Qué mayor alegría, hija de mi corazón, que presentarte ante el Supremo Juez con la conciencia pura y llevando contigo otra alma a quien has arrancado del infierno!

—No tengo fuerzas para ello, señor cura. Y no tengo fuerzas porque le odio, ¿sabe usted?, le odio.

—¡Horrible palabra! Es la única que pronuncian los diablos en el infierno.

Una cólera loca pasó por la faz enrojecida de Rogelia. Hizo un gesto terrible y gritó más que dijo:

—Pues aunque vaya al infierno, digo y seguiré diciendo que le odio, ¡que le odio más que a los mismos diablos!

El pobre cura se marchó aterrado.

IX

El doctor Vilches y Rogelia caminaban al borde de un abismo. El doctor no lo sabía: Rogelia lo sabía, pero no le importaba. La noticia de sus relaciones había corrido como una chispa, tanto por Sama como por la Felguera: se daba por hecho y consumado lo que aún no lo era, aunque llevaba buen camino de llegar pronto. Los hombres lo hallaban natural, sabroso y hasta legítimo. Las mujeres, salvo aquellas doncellas remilgadas que se empeñaban aún en atrapar al joven médico, aunque no tan resueltamente, disculpaban a Rogelia. ¡Aquel marido era tan bruto y tan malo!

El día siguiente de la conversación entre el viejo párroco y Rogelia era domingo, y aquél, en la corta y mal pergeñada plática que solía decir en el ofertorio de la misa, habló del sacramento del matrimonio, de los sagrados deberes que contraen los cónyuges y de las penas eternas con que están amenazados si faltan a ellos. Rogelia se hizo cargo de la alusión y salió de la iglesia muy desabrida.

En la tarde de aquel domingo la taberna de Fructuoso hervía de gente. Como siempre la mayoría estaba compuesta de mineros que de pie casi todos se apretaban para alcanzar los vasos que les alargaba Asunción, la hija del tabernero, situada detrás del mostrador. Las pocas y mugrientas mesas que había se hallaban ocu-

padas por operarios y algunos contramaestres de la Fábrica. En una de ellas estaba Ecequiel, el hermano del infeliz Perico, preso en Laviana, con dos amigos. Cerca del mostrador, de pie y rodeado como siempre de sus cobardes aduladores, estaba Máximo gritando, braveando, blasfemando según su costumbre. Sin embargo, se abstenía de mirar hacia la mesa donde se hallaba Ecequiel, mientras éste no separaba de él los ojos. Con el fino instinto que suelen tener los bravucones para saber inmediatamente con quién tienen que habérselas, había comprendido que la partida sería decisiva si se empeñaba con este muchacho. Era preciso morir o matar. Por eso no le miraba jamás a la cara: aparentaba no conocerle.

En este momento se ocupaba en dar vaya a la hija del tabernero, que la estaba recibiendo de malísimo talante. No podía prescindir el feroz minero, dondequiera que se hallase, o de buscar quimera o de burlarse de alguien: necesitaba siempre una víctima. Pero Asunción no tenía vocación para ello: era una chica viva, arriscada, que con el trato continuo de aquella gente ruda se había vuelto también ruda y grosera. No le asustaban las blasfemias ni las palabras obscenas: sabía responder en el mismo tono que se le hablaba.

Máximo le daba broma con don Enrique Sanfrechoso. Porque según corría la voz, en otro tiempo el hidalgo seductor había puesto los ojos en las formas opulentas de la joven tabernera y había tratado de apropiárselas. ¿Se las apropió? Existían opiniones diversas en Sama. De todos modos la hija del tabernero quedó marcada con el sello que aquel sátiro dejaba sobre la frente de sus ninfas. Por esta o por otras razones Asunción había llegado a los treinta años sin contraer el sagrado vínculo matrimonial. Ahora se decía que un contramaestre de

la Fábrica, viudo con tres hijos, pretendía casarse con ella. Puede considerarse si la broma de Máximo trayendo al recuerdo sus antiguos amoríos la molestaría.

—Ayer he visto al señor de Sanfrechoso cuando salía del Ayuntamiento. Está guapote el hombre todavía a pesar de sus años... Pero más hermoso estaría seguramente hace unos cuantos, ¿verdad, Asunción?

Esta, que fregaba un vaso en el barreño de cinc, alzó la frente y le clavó una fiera mirada que el minero resistió sonriendo.

—¿Te parece guapo, sí o no?

—¿Te callas tú, sí o no? Tengo pocas ganas de divertirme.

—Si ahora no te divierte alguna vez te habrá divertido.

—¡Que te calles, Máximo!

—A pesar de todo yo creo que si te metiese otra vez su bigote teñido por la oreja te gustarían las cosquillas, ¿verdad?

—¡Repito que te calles! Eres un sinvergüenza, pero si me buscas la lengua la vas a encontrar muy pronto.

—¡Anda! Más pronto te la habrá encontrado el señor de Sanfrechoso en otro tiempo.

—¡Más pronto encontrará ahora la de tu mujer el médico de la Fábrica! —profirió exasperada la tabernera.

Máximo quedó repentinamente serio.

—¿Mi mujer?

—¡Sí, tu mujer, que hace muy requetebién en ponerte los cuernos, tío asqueroso!

Una intensa palidez cubrió el rostro del minero, pero haciendo un esfuerzo sobre sí mismo volvió a sonreír.

—Gracias, salerosa, por la noticia, si es cierta.

—¡Y tan cierta!

En aquel instante una hermana más joven de Asun-

ción que estaba a su lado, asustada por la palidez del minero la pellizcó invitándola a callarse.

—¿Por qué me he de callar?—dijo volviéndose hacia ella encolerizada—. Donde las dan las toman.

Máximo, para ocultar su turbación se unió de nuevo al grupo de sus amigos, los cuales habían escuchado la disputa y se guiñaban el ojo maliciosamente. Al acercarse Máximo se pusieron serios, huyendo su mirada y dando señales de embarazo.

Máximo se plantó en medio de ellos y preguntó en tono resuelto y fanfarrón:

—Vamos a ver, compadres, ¿es cierto que me ponen los cuernos?

Hubo un silencio.

—¿Pero es que tú no lo sabías?—se aventuró al fin a decir uno de ellos.

—Ni poco, ni mucho.

—Pues amigo, nadie hay en Sama y la Felguera que no lo sepa.

Entonces todos quisieron hablar a un tiempo. Ellos creían que estaba perfectamente enterado. Era cosa tan pública, que su mujer y el médico ni se ocultaban siquiera. Todo el mundo suponía que él estaba enterado, que lo consentía y no le importaba.

Máximo soltó una estridente carcajada.

—El marido es siempre el último que sabe esas cosas... Echame otro vaso, Asunción. Que haya un cornudo más en el mundo no es cosa para espantarse, ¿verdad, prenda?

Y con el mayor cinismo se puso a bromear sobre su infortunio. Los cuernos con pan son menos. Había notado que de poco tiempo a esta parte su mujer le daba muy bien de comer. Para llevar vida regalada no hay cosa mejor que tener una mujer guapa y dadivosa. Si las cosas marchaban bien como él suponía sería asunto de

dejar la mina, jugar al tute con los señores en el café, tomar chocolate con tortas de manteca y lavarse con vino blanco.

Los compadres reían a carcajadas. Estaba gracioso de verdad Máximo; encontraban su actitud airosa y gallarda. En cambio Asunción y su hermana, serias y ceñudas, la hallaban indecente y cuando él no las veía hacían muecas de desprecio.

Ecequiel y sus amigos desde la mesa donde bebían le escuchaban con sorpresa bromear de aquel modo escandaloso. No podían menos, como Asunción y su hermana, de murmurar frases de desprecio.

En aquel momento entró en la taberna el doctor Vilches. Todo el mundo se calló y le dejaron paso con muestras de respeto para que se acercase al mostrador.

—Buenas tardes, señores—dijo inclinando la cabeza a un lado y a otro cortésmente, pero con manifiesta superioridad. Y dirigiéndose a Asunción: —¿Qué es lo que tiene tu madre?

—No lo sé, don Fernando. Pasó la noche muy mal, quejándose de fuertes dolores en los riñones. Había devuelto la cena. No la dejamos levantarse aunque quería ir a misa. A mí se me figura que tiene calentura.

—Vamos a ver—dijo el médico, disponiéndose a subir.

Pero antes de que lo hiciese Máximo le puso familiarmente la mano sobre el hombro.

—Buenas tardes, don Fernando. Antes de subir quiero que usted beba un traguito. Cuando el médico lleva un vasito en el cuerpo los enfermos se curan más pronto.

Y le presentó riendo el vaso rebosante de vino.

—Muchas gracias, Máximo; pudiera no acertar a escribir la receta—respondió el doctor aceptando la broma.

—Pues entonces lo beberé yo a la salud de la enferma—replicó llevando el vaso a los labios y vaciándolo

todo en el estómago. Y después limpiándose los labios con el dorso de la mano profirió en voz alta: —Yo no puedo olvidar, don Fernando, lo que usted ha hecho por mí. Le debo a usted la vida.

El doctor hizo un gesto de molestia levantando la mano.

—Sí señor, la vida... Vosotros no sabéis—añadió enfáticamente dirigiéndose a los compadres que se agrupaban curiosos en torno de ambos—, vosotros no sabéis cómo me ha cuidado este señor. Un padre no hubiera hecho más por un hijo. Gracias a él a los veinte días ya estaba trabajando en la mina. Si hubiera caído en manos de don Remigio ni en dos meses me levanto de la cama.

—Vamos, hombre, no digas tonterías—dijo Vilches visiblemente contrariado por aquellos exagerados elogios—. Has sanado pronto porque Dios ha querido.

—Y porque usted quiso también... Y porque es usted el mejor médico que hay en toda la ría del Nalón. Ni en Oviedo ni en Gijón hay un gachó que le ponga el pie delante.

—¡Vamos, calla, calla!—exclamó Vilches cada vez más avergonzado—. Queda con Dios. Hasta luego, señores.

Y zafándose del grupo que le tenía cercado se dirigió con rápido paso a la escalera.

—Lo que vos digo es la pura verdad—siguió diciendo en voz alta Máximo luego que el doctor hubo desaparecido—. Todos estos médicos de por acá son unos pelagatos. Pero este señor se conoce que se ha pegado a los libros. Aquí hay ciencia, aquí hay vista, aquí hay manos. Vos digo, muchachos, que ahora los que trabajamos en la mina y en la Fábrica cuando nos rompamos la carne o los huesos podemos estar tranquilos.

Los compadres aprobaban con la cabeza. El doctor

Vilches cada día gozaba de mayor reputación en la comarca. Además seguían encontrando gallarda la actitud de Máximo que despreciaba a su mujer y perdonaba de tan buen grado al doctor.

Pero Ecequiel desde su mesa no quitándole los ojos de encima observaba que seguía pálido. Uno de sus amigos también lo observó y dijo:

—Máximo está ya borracho. Mirad qué pálido se ha puesto.

Ecequiel se encogió de hombros con gesto displicente y continuó fijando en el minero una mirada penetrante cual si quisiera beberle el alma.

Pocos minutos después bajó el doctor. Antes de salir de la taberna se detuvo delante del mostrador, donde sólo se hallaba la hermana menor de Asunción, pues ésta había subido con él a ver a su madre.

—Tu madre no tiene mas que un enfriamiento—le dijo—. Se empeña en lavar en el río y a sus años no se puede ni se debe hacer. He dejado una receta a tu hermana. Tened cuidado para que no se destape. Mañana volveré.

Y dirigiéndose a los obreros:

—Buenas tardes, amigos. Me voy a ver a vuestro compañero Colás del Molino, que no anda bien según parece.

Este Colás era el operario que visitaba diariamente el doctor cuando se encontraba en el camino con Rogelia.

—¿Pero Colás no estaba ya curado, don Fernando?—preguntó uno.

—Sí lo estaba, pero me han avisado que ha empeorado de repente.

Salió de la taberna. Máximo con disimulo, fingiendo que iba a satisfacer una necesidad urgente, salió detrás de él.

Ecequiel apretó con mano crispada la muñeca de compañero que tenía cerca.

—¡Máximo va detrás del médico!—dijo rechinando los dientes—. Ese canalla va a hacer una de las suyas. Venid conmigo.

Y se alzó con presteza. Los dos amigos, muy asombrados de estas palabras, le siguieron.

Al salir de la taberna vieron en efecto que Máximo marchaba detrás del médico aunque a larga distancia y procurando ocultarse detrás de los árboles. Ellos hicieron lo mismo caminando uno detrás de otro a cierta distancia para no llamar la atención. Por el camino de Lada, que fué el que tomó el médico, no transitaba gente. En el paraje más solitario Máximo cerró a paso vivo, casi a la carrera, la distancia que le separaba de Vilches. Ecequiel y sus amigos corrieron también manteniendo la misma distancia con el minero. Este se acercó al doctor y cuando ya estaba bastante próximo sonó un tiro de revólver. El médico cayó de bruces y Máximo emprendió una vertiginosa carrera. Los amigos de Ecequiel se precipitaron corriendo a socorrer al doctor, pero aquél, ciego de ira, corrió detrás de Máximo gritando furiosamente:

—¡A ese! ¡a ese! ¡al asesino!

Este al oír las voces se detuvo y viendo a Ecequiel mostró intención de esperarle con el revólver en la mano; pero cambiando súbito de idea guardó el revólver en el bolsillo y volvió a correr con prodigiosa ligereza.

—¡A ese! ¡a ese! ¡al asesino!—siguió gritando Ecequiel sin dejar de correr detrás de él.

En aquel instante venía tranquilamente y a corto paso de Lada, Martínez, el cabo de la guardia civil. Venía de visitar a su tía y jugar una brisca con el señor cura, como paseante, sin fusil, aunque de uniforme. Al oír los

gritos de Ecequiel levantó la cabeza y escrutó el camino. No tardó en ver a Máximo y reconocerle. Se plantó en medio, desenvainó el sable y gritó:

—¡Quieto, Máximo, no te muevas!

El minero se detuvo y alzó los brazos para indicar que no traía armas y se entregaba. El cabo avanzó confiado con el sable en la mano. Cuando se hallaba a pocos pasos Máximo sacó rápidamente del bolsillo el revólver y le descerrajó en el pecho casi a boca de jarro un tiro. El guardia cayó de espaldas mortalmente herido. Ecequiel cesó de gritar y corrió a socorrerle. Mientras tanto Máximo pudo desaparecer.

Ecequiel comprobó inmediatamente con horror que el cabo estaba muerto. Llamó a gritos a sus amigos, los cuales dejaron por un instante al médico y quedaron consternados al ver muerto al guardia. El doctor vivía. Uno de ellos corrió a pedir auxilio y avisar en la casa-cuartel. Pocos minutos después estaban aquellos lugares llenos de gente que comentaba con indignación los crímenes.

Se fabricaron en la casa más próxima unas parihuelas, se las cubrió con mantas y sobre ellas transportaron al doctor a su domicilio. En cuanto al cadáver del guardia no se le levantó hasta la llegada del juez. Pero antes llegaron los guardias del puesto, que al ver a su jefe y compañero muerto derramaron lágrimas, a las cuales sucedió un furor loco voceando terribles amenazas. Aunque se ocultase en el centro de la tierra aquel malvado asesino le irían a buscar para llevarlo al palo.

La herida del médico era de gran consideración. La bala le había entrado por el hombro y había salido por el pecho, cerca de la clavícula. Acudió inmediatamente don Remigio, el médico de Sama, el cual diagnosticó que si la bala no había tocado en el pulmón no había

peligro de muerte. Se telegrafió, no obstante, al doctor Roel, de Oviedo, que era muy amigo de Vilches. Este, pasado el desmayo, hablaba y él mismo dictaba algunas disposiciones ordenando que se telegrafiase a su padre con prudencia. La casa se había llenado de gente, pues el doctor se había hecho popular y tenía muchos agradecidos. Vilches sufrió un nuevo desvanecimiento y estuvo algún tiempo sin sentido. Don Remigio no se atrevió a hacer un reconocimiento escrupuloso de la herida dejándolo para el día siguiente cuando viniese el doctor Roel: le hizo una cura provisional y le suministró algunos cordiales para entonarle.

Cerca de la noche, cuando ya la gente se había ido, llegó a la puerta de la tienda de Daniel una mujer deshecha en lágrimas.

—¿Se puede ver al doctor?—preguntó tímidamente a Marciala, que hacía calceta detrás del mostrador.

—No; no se le puede ver—respondió ésta con agresiva sequedad.

Rogelia se dejó caer en el banco cerca de la puerta, metió la cabeza entre las manos y comenzó a sollozar perdidamente. Marciala la estuvo contemplando algún tiempo en silencio. Algo hizo cosquillas en su corazón, al fin era mujer, porque levantándose salió de la tienda, subió la escalera y entrando en el dormitorio del médico le preguntó en voz baja:

—Don Fernando, está ahí abajo Rogelia, que pide verle. ¿Quiere usted que suba?

—Sí, sí, que suba—respondió el enfermo.

Marciala bajó de nuevo y dirigiéndose a la joven:

—Rogelia, puedes subir.

—¡Oh, gracias, gracias, señora Marciala!—exclamó levantándose embargada por la emoción—. Es usted muy buena.

Y cogiéndole una mano se la besó. La tendera, enternecida, la condujo ella misma por la escalera pasándole una mano por la espalda, hasta el cuarto del doctor.

Rogelia, plantada delante de la cama, no pudo decir palabra, ahogada por los sollozos.

—No llores, hija—pronunció Vilches con voz apagada, esforzándose por sonreír—. Ya verás cómo sano pronto.

Al fin la joven, volviendo su rostro hacia Marciala, pudo articular con trabajo:

—No pido más que una cosa, señora Marciala; que me dejen estar aquí cuidándole.

—Eso, querida, no está en mi poder... Don Fernando dirá.

Este aprobó con la cabeza.

Rogelia se constituyó en enfermera. Se sentó al pie del lecho y de allí no se movió. Marciala le trajo un colchón y lo echó en medio del despacho contiguo a la alcoba para que allí durmiese. Rogelia no quiso desnudarse, durmió vestida, levantándose a cada instante para acercarse al lecho del herido y ver si algo necesitaba.

Por la mañana llegó el doctor Roel, Vilches estaba peor, con una fiebre muy alta. Roel declaró que se había iniciado una pulmonía traumática porque sin duda la bala había rozado la pleura. Dictó algunas disposiciones y se marchó prometiendo volver a los dos días. Se recibió también por la mañana contestación al telegrama que se había puesto al padre del doctor. Era el primer dependiente del sastre Vilches quien contestaba, porque éste se hallaba enfermo en cama desde hacía algunos días. Le prevenía de su parte que no se omitiese recurso alguno y que si lo juzgaban conveniente enviaría uno de los cirujanos más reputados de Madrid: en cuanto se pusiera bueno vendría a ver a su hijo.

Vilches perdió el conocimiento aquella tarde y sin él estuvo tres días temiéndose mucho por su vida. Su amigo Roel, que vino como había prometido no volvió a Oviedo hasta que recobró el sentido y la fiebre comenzó a remitir. Eran muchas las personas de toda la región que acudieron a informarse de su estado, aunque ninguna subió hasta el dormitorio porque los médicos no lo consintieron. Se sabía, no obstante, que la mujer del agresor estaba a su lado cuidándole, y esto, como era natural, produjo algún escándalo y sin duda hubiera servido de paliativo ante los tribunales para el crimen del minero si no existiese además el asesinato del cabo, asunto de mucha mayor gravedad. Máximo, que había desaparecido del país, fué detenido a los pocos días por la guardia civil en un pueblo de la provincia de León y conducido a Oviedo.

Al sexto día la pulmonía hizo crisis y se declaró francamente la mejoría. Su juventud y los asiduos, acertadísimos cuidados del doctor ovetense hicieron que pronto quedase fuera de peligro. En pocos días llegó a la convalecencia. Rogelia no se había apartado de él mas que para ir a mudarse de ropa una que otra vez. Convaleciente ya, el doctor comenzó a bajar a la tienda; allí pasaba algunos ratos y como el tiempo era delicioso, pues corría el mes de junio, se sentaba a la puerta y se mostraba alegre y locuaz con los tertulios. Rogelia, avergonzada, permanecía arriba arreglando las habitaciones.

Cuando ya se hallaba casi por completo restablecido, el propietario de la Fábrica, don Pedro Duro, que con vivo interés enviaba a preguntar siempre por el estado del médico, recibió un telegrama de Madrid noticiándole que el padre de Vilches se hallaba gravísimo y que lo hiciese saber a su hijo con las debidas precauciones. Don Pedro comprendió en seguida que había fallecido y es-

peró otro telegrama. En efecto, pocas horas después llegó anunciándole la muerte.

El respetable anciano, acompañado de su yerno, se personó en casa del médico para informarse si se hallaba en estado de recibir la fatal noticia. Le hallaron bastante fuerte y después de cambiar saludos y enterarse prolijamente del curso que había seguido la enfermedad, don Pedro le preguntó con afectada indiferencia:

—¿Qué noticias tiene usted de su padre, Vilches?

El médico se puso serio y pálido adivinando algo triste.

—No puedo decirle. Se hallaba enfermo y por eso no ha hecho el viaje hasta aquí; pero hace días que no recibo carta.

—Pues un sobrino mío que ha llegado ayer de Madrid y le conoce me ha dicho que ha sabido casualmente que su enfermedad era de cuidado.

—¡No me diga usted más, don Pedro!—exclamó el doctor extremadamente pálido—. Mi padre ha muerto.

Don Pedro y su yerno bajaron la cabeza sin responder.

Vilches se llevó las manos al rostro y comenzó a sollozar. Aquellos señores le prodigaron cariñosamente los consuelos y reflexiones que se hacen siempre en estos casos, y cuando le hubieron visto un poco más sosegado se fueron. Cerca de la noche volvieron. Estaba ya sereno. Vilches sintió a su padre, pero ciertamente menos que a su madre. Les anunció que pensaba irse a Madrid.

—¿Volverá usted pronto?

—No lo creo, don Pedro. Le ruego que disponga de mi plaza, porque es mi propósito quedarme en Madrid. Estoy de ustedes profundamente agradecido. Jamás podré olvidar el cariñoso interés que me han demostrado en esta ocasión...

Lo mismo el fabricante que su yerno deploraron la decisión aunque bien la comprendían.

Rogelia, a quien había afectado también aquella desgracia, tanto más cuanto que adivinaba lo que en pos de ella vendría, se marchó llorando a Lada. Desde que el doctor había dejado el lecho allí se iba por la noche. Al día siguiente volvió a la Felguera. El doctor se hallaba arriba en sus habitaciones. Cuando entró en el despacho, Vilches estaba ocupado empaquetando sus libros en un cajón. La joven, pálida pero sonriente, le dijo:

—Ya me han dicho abajo que se marcha usted, don Fernando.

Este levantó la cabeza y sonrió tristemente a su enfermera, teniendo un libro en la mano.

—Así es, Rogelia. Me voy mañana por la mañana a Oviedo y por la noche montaré en la diligencia de León. Allí tomaré el tren.

Hubo un silencio. La joven preguntó al fin con voz temblorosa:

—Probablemente no volverá usted, ¿verdad?

Vilches tardó un poco en responder.

—Probablemente.

Hubo otro silencio. Vilches dejó el libro sobre la mesa y acercándose a Rogelia le dijo:

—Ven aquí, Rogelia, siéntate; tenemos que hablar.

Le cogió las dos manos y la obligó a sentarse en el sofá a su lado.

—Vamos a ver, Rogelia—le dijo sin soltarle las manos—. Me interesa mucho tu suerte, como debes suponer. Lo que por mí has hecho me obliga a ti para toda la vida. Una hermana no hubiera hecho más ni mejor. Por lo cual deseo saber cuál es tu pensamiento ahora.

—Pues mi pensamiento, don Fernando—respondió con la misma triste sonrisa—, es marcharme de Langreo.

No tengo ánimos ya para trabajar en la mina y, además, después de lo que ha pasado estaría muy expuesta a la burla y al desprecio de la gente. Me iré a Oviedo o a Gijón y me pondré a servir como doncella o cocinera en cualquier casa.

El rostro del médico se contrajo dolorosamente.

—¡Es triste, es triste! - pronunció sordamente—, pero tal vez sea el mejor partido que puedas tomar.

Permaneció callado unos instantes y al fin levantándose y dirigiéndose a su mesa de escribir abrió un cajón y sacó de allí un paquetito.

—Yo sé, Rogelia—dijo acercándose de nuevo a ella—, que en estas circunstancias vas a tener necesidad de algunos recursos. Hazme el favor de aceptar de un amigo como pequeño regalo estos cien duros.

El pálido rostro de la joven se encendió de pronto. Sus ojos chispearon de cólera.

—Muchas gracias, don Fernando—pronunció con voz alterada—. Yo no he sido una enfermera.

—Lo sé, hija mía, lo sé—replicó él avergonzado—. Sería un miserable si pretendiese pagar con dinero el afectuoso interés con que me has cuidado. Solamente quería, si me fuera posible, evitarte alguna dificultad de las muchas que este fatal suceso te va a producir.

La joven se aplacó.

—Muchas gracias, le repito, don Fernando. No necesito gran cosa para marcharme. La casa en que vivo es mía y sobre ella cualquier vecino de Lada o de Sama me ha de proporcionar algún dinero.

Pocas más palabras hablaron. Al fin la joven se levantó de pronto con extraña resolución.

—Bueno, me voy. Adiós, don Fernando.

—¿Pero te vas ya?—preguntó éste sorprendido y apenado.

—Sí, me voy—respondió ella con firmeza.

El doctor se levantó también.

—Está bien, Rogelia. Quisiera que la despedida fuese un poco más larga... Te repito que no podré olvidar mientras viva lo que por mí has hecho y que quisiera mostrarte de cualquier modo mi agradecimiento. Si alguna vez puedo servirte de algo no dudes en dirigirte a mí, pues con el alma y la vida estaré dispuesto a ayudarte.

—Muchas gracias, don Fernando, que Dios le dé buena suerte; que le haga muy feliz.

Al pronunciar estas palabras se había puesto densamente pálida. Al terminar de pronunciarlas se dejó caer repentinamente de bruces sobre el sofá estallando en sollozos convulsivos. Era un modo de llorar frenético, cual si fuera víctima de un ataque epiléptico.

El doctor la contempló un instante pálido también y estupefacto. Después se acercó a ella y tocándole suavemente en el hombro:

—Escucha, Rogelia, ¿quieres venirte conmigo a Madrid?

Rogelia dió un salto y quedó de pie frente a él con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ha dicho usted?

—Que estoy dispuesto a llevarte conmigo a Madrid, si tú quieres.

—¿Pero es cierto?

Y juntando las manos en actitud suplicante exclamó bañada en lágrimas:

—¡Por la memoria bendita de su madre no me engañe usted!

SEGUNDA PARTE

I

Llegaron juntos a Madrid el doctor Vilches y Rogelia. Esta iba desde Oviedo en traje de burguesa, si bien con excesiva modestia vestida, pues no consintió en ponerse uno elegante, como Vilches deseaba.

Después de dejarla instalada en una fonda, el doctor acudió a evacuar sus asuntos. Su padre hacía ya días que estaba enterrado. Se hizo cargo del establecimiento, que traspasó en buenas condiciones al primer dependiente, y realizó los requisitos exigidos por la ley para recoger una herencia. Esta, aunque no tan cuantiosa como se suponía, era bastante considerable, un capital suficiente para vivir holgadamente y con toda comodidad en cualquier parte. Fué su pensamiento alquilar un bonito piso y habitar en él maritalmente con la bella asturiana. Lo pensó mejor más tarde; esta resolución podía traer para él serios inconvenientes: Rogelia sería reconocida por las personas de Langreo que viniesen a Madrid, y después de lo sucedido le perseguiría el escándalo. Entonces determinó, ya que disponía de medios para ello, trasladarse al extranjero. Siempre lo había apetecido sin poder lograrlo de su padre.

Poco más de un mes transcurrido de su llegada a Madrid, tomaron el tren de Francia y se trasladaron a París. Allí recibió Vilches una carta de su amigo el doctor Roel en que le noticiaba que Máximo estuvo a punto

de ser condenado a muerte. El fiscal había pedido para él la última pena. Por fin se le condenó a cadena perpetua y fué enviado al presidio de Ceuta.

Vivieron en un hotel los primeros meses: después alquilaron un cuarto, lo amueblaron y tomaron a su servicio dos criaditas francesas. Vilches emprendió con ardor la educación de su amante. Quiso instruirla y ciertamente lo consiguió con mucha mayor facilidad de lo que esperaba. Rogelia demostró una inteligencia sorprendente. Aunque apenas sabía leer y escribir, en pocos meses llegó a hablar el francés y escribir el español con bastante corrección. Después quiso aprender el inglés. Vilches le procuró un profesor, quien le manifestó no mucho después que jamás había tenido una discípula más inteligente.

Con esto Vilches se hallaba tan sorprendido como orgulloso. Porque Rogelia no se limitaba a estudiar los idiomas, sino que acometida de un vivo afán de instruirse leía sin cesar. Al principio fueron novelas, pero más tarde le sedujo la Historia y también las Ciencias Naturales. Pidió y obtuvo de Vilches que la dejase seguir en la Sorbona los cursos de Física y Geografía, y se hizo notar pronto entre los alumnos por su aplicación y claro entendimiento. Tampoco olvidaba las bellas letras: leía a los poetas, a Víctor Hugo, a Lamartine, a Corneille y Racine. Cuando salía de casa para dar un paseo por las calles casi siempre venía cargada de libros.

El amor de Vilches aumentaba por días. Ya no era amor sino adoración la que sentía por aquella criatura excepcional que por lo tierna era una esposa y por el ascendiente que sobre él consiguió sustituía a su madre. Vilches seguía siempre excesivamente nervioso, unas veces activo en demasía, otras perezoso y abatido. En sus crisis o accesos de desmayo Rogelia le consolaba y

le sostenía con tal dulzura y firmeza a la vez que el doctor le decía agradecido:

—¿Te acuerdas, Rogelia, de la noche en que nos conocimos? Tú me ibas sosteniendo por el pedregoso camino de Lada para que no tropezase y cayese. Pues ese fué el símbolo profético de nuestra vida. Tú eres, alma mía, mi salvación.

Por su parte él trabajaba también en aquel tratado de la Medicina de la cual había querido hacer su especialidad, la ginecología. Asistió a las cátedras y a las clínicas y empezó a relacionarse con los más eminentes profesores. Merced quizá a esto pudo lograr que el obstáculo orgánico que impedía la fecundidad en Rogelia se disipase, y a los dos años de su estancia en París les nació un niño. Grande fué la alegría de ambos. El niño era rubio como su padre, y tenía los ojos negros como su madre. Los cuidados de la maternidad algo entibiaron el ardor científico de Rogelia, pero no lo extinguieron. Siguió leyendo y estudiando, aunque ya no asistía a las cátedras. Llegó a hablar el francés casi sin acento español. Hacían ambos frecuentes viajes a Londres, y allí permanecían algunos días, con lo cual también logró Rogelia hablar el inglés con relativa facilidad. No contenta con esto se puso a estudiar el alemán. Los grandes poetas de Alemania traducidos al francés le habían fascinado. Sin embargo, sus preferencias fueron siempre para Shakespeare y Corneille. La moderna literatura francesa le repugnaba. Su alma era completamente refractaria al humorismo: el llamado *esprit* francés le dejaba fría: los juegos de palabras tan frecuentes en Francia le molestaban. Vilches le decía riendo:

—Rogelia, tú tienes el alma trágica.

—No—respondía—, lo único que hago es preferir lo grande a lo ingenioso.

Arrastrada por esta inclinación a lo grande se dedicó con asidua afición al estudio de la Astronomía. Valiéndose de las altas relaciones que Vilches había logrado adquirir en el mundo científico se hizo presentar en el Observatorio Astronómico, y allí acudió por las noches durante algunos meses y conoció y trabó amistad con un joven astrónomo, más tarde muy célebre, llamado Camilo Flammarión, que acababa de publicar su famoso libro titulado *La pluralidad de los mundos habitados*. Por aquella época hacían mucho ruido también las lecciones de Ernesto Renán, el cual aún no había sido despojado de la cátedra por la publicación de su *Historia de Jesucristo*. Rogelia, picada de curiosidad por lo que de él había oído, fué un día a escucharle. Estudió en aquella conferencia el famoso profesor un punto de la historia de Israel, el referente al establecimiento de la monarquía: habló de Saúl y de David, primeros reyes, y lo hizo de un modo que sorprendió a Rogelia. Aquellos personajes bíblicos desfilaron delante de ella completamente disfrazados. El profeta Samuel era un viejo marrullero que, viéndose pérdido, pues el pueblo deseaba un rey, se apresuró a poner de su parte al que según sus cálculos podría mejor manejar; Saúl, un bruto epiléptico, fanático sometido a Samuel. Pero sobre todo el santo rey David salió de los labios del catedrático como un verdadero dechado de fría y astuta perversidad, un bandido semejante a los *condottieri* italianos, cruel, de un refinado egoísmo, apercibido para todos los crímenes y aprovechándose hábilmente de los de los demás; especialmente un hipócrita que logró embaucar lo mismo al pueblo que a los profetas. Las grandes figuras del pueblo de Dios resultaban unos muñecos absolutamente despreciables. El profesor declaraba de golpe falsa toda la narración bíblica.

Rogelia, después de escucharle con intensa atención y sorpresa, no pudo menos de recordar al sacristán de su pueblo, aquel tío Pacho de la Riega de quien se hizo mención en la primera parte de la presente historia. Había dado este sacristán en la más graciosa manía que puede imaginarse. Cuando le compraban algún producto de su huerta o le pagaban cualquier servicio, así que le ponían en la mano una moneda declaraba inmediatamente que era falsa de toda falsedad. Esta manía le había valido algunos sopapos, pero nunca pudo curarse de ella. «Renán—se dijo Rogelia—es el tío Pacho de la Historia.»

Al llegar a casa Vilches quiso conocer su impresión. Rogelia le dijo:

—Renán es un profesor admirable, su erudición inmensa, su imaginación pintoresca, su palabra sugestiva; pero a mí se me figura que en el teatro de la Historia mira con los gemelos del revés. Naturalmente los actores tienen que parecerle bien pequeños.

No consintió en ello Vilches, que era un admirador fervoroso del gran historiador. Hubo una ligera discusión. Rogelia la cortó diciendo:

—No disputemos, Fernando. Tú sabes más que yo y tienes más talento.

Vilches, que la admiraba frenéticamente, replicó con viveza:

—Nada de eso. Yo no soy mas que un hombre de estudio. Aquí no hay más talento que el tuyo.

—¡Calla, calla! —exclamó la joven riendo y tapándole la boca con la mano—, que si alguno te oyera en este momento pensaría que te habías vuelto loco.

Su admiración llegó al punto de preguntarle un día:

—¿Por qué no escribes, Rogelia? Estoy seguro de que saldría de tu pluma algo notable.

La joven, aunque halagada por tales muestras de cariñosa admiración, rió como siempre.

—Porque no debe escribir mas que el que tiene ideas propias. Yo no tengo mas que las que me suministran los libros—respondió modestamente.

Vilches, estimulado por la aplicación de su amante, alcanzó también notable competencia en la especialidad de su profesión que había elegido: escribió artículos, folletos, que publicó simultáneamente en francés y en español: por fin un libro titulado *Higiene de las madres*, que logró llamar la atención en los círculos facultativos de París y le dió renombre en España.

Así transcurrieron algunos años. El niño había alcanzado ya tres. Se le había puesto el nombre de José, en recuerdo del padre de Vilches: en casa se le llamaba Joselín. Era una criatura angelical, un verdadero querubín. Cuando Rogelia salía con él arrastrándole en su cochecito por las calles, los transeuntes se detenían mirándole sonrientes y murmuraban frases de admiración. Estas frases sonaban más dulces en los oídos de Rogelia que los elogios que le tributaban sus profesores.

Aquellos dos sabios seguían amándose apasionadamente. La pasión de Vilches era más viva; la de Rogelia más firme. La inquieta condición de aquél, su temperamento nervioso, hacían pasar de vez en cuando alguna nube por el cielo de su dicha. Tenía fuertes accesos de mal humor y durante ellos atacaba la vida en general y en particular la vida de París. Se sentía fatigado del ruido y la frivolidad de la gran metrópoli; sus ojos se volvían hacia Madrid, ciudad más tranquila, casi patriarcal, donde no había peligro de ser atropellado por un ómnibus ni molestado por tanto charlatán. En estos momentos, Rogelia, temblando por su dicha, hacía esfuerzos desesperados por volverle el equilibrio, y

al fin lo conseguía. Una vez pasado el acceso Vilches se burlaba de sí mismo y proclamaba que París era el cerebro del mundo y que no se podía vivir intelectualmente mas que allí.

Sin embargo, en los últimos tiempos le asaltaba con más frecuencia el recuerdo de la patria. Alguna vez, de sobremesa, hablaba con alegría del Retiro y la Castellana, de los bailes de máscaras del Teatro Real, recordaba la Semana Santa de Sevilla, evocaba los jardines de Valencia donde había pasado días bien felices, describía sus cacerías en Villalba. Rogelia le dejaba explayarse silenciosa, sin atreverse a poner reparo alguno, pero bien entristecida pensando con temor en la vuelta a España.

Y sucedió que en la inauguración de una casa de maternidad tuvo Vilches ocasión de ver y hablar un instante con la emperatriz Eugenia, nuestra compatriota. Era fundador y director de este establecimiento un eminente ginecólogo a quien había servido de ayudante y que le había dispensado siempre mucha estimación. Cuando la emperatriz recorría las diversas salas acompañada del director y seguida por un grupo numeroso de dignatarios palaciegos y de médicos, aquél le dijo que había entre ellos un joven doctor español de relevante mérito.

—¿Un doctor español?

La emperatriz se detuvo. El director entendió con esto que deseaba conocerle y llamó a Vilches. Este se acercó, sorprendido, a la soberana, que le dirigió la palabra en nuestro idioma.

—Celebro, doctor, tener un compatriota que honra a su patria, como acaba de manifestarme el señor director.

—Señora, el eminente director me ha mostrado siem-

pre, sin motivo, exagerada predilección—pudo balbucir Vilches.

—Me ha dicho que ha escrito usted un libro notable sobre la higiene de las madres.

—Tendré el honor de ofrecérselo a Vuestra Majestad si me lo permite.

—Con el mayor gusto.

Y ofreciéndole su mano, que Vilches besó con gran reverencia, siguió su camino mientras aquél se unía de nuevo al grupo, donde se le recibió con miradas de curiosidad y de envidia.

Aquel mismo día Vilches llevó su libro al más famoso encuadernador de París, que le vistió lujosamente con las armas imperiales. Escribió en la primera página una pomposa dedicatoria y hecho esto envió al jefe de Palacio una petición de audiencia, que se le otorgó para dos días después.

A la hora fijada entró en las Tullerías. Se le hizo atravesar varios salones poblados de altos dignatarios y servidores con gran librea, acompañado por uno y otro chambelán de servicio. Por fin llegó a la antecámara imperial. Allí aguardaban las personas que tenían audiencia concedida, varias señoras y un caballero. El chambelán que le acompañaba le invitó a sentarse y penetró en la pieza contigua. No muchos minutos después salió nombrándole en alta voz. Vilches penetró en otro salón donde le aguardaba la dama de honor, una vieja muy retocada que le hizo una reverencia y en silencio le condujo hasta la puerta del gabinete imperial, levantó la cortina y le hizo pasar.

La emperatriz se hallaba sentada con un libro en la mano. Vestía como siempre con rara y estudiada sencillez; en el cuello el famoso cintillo de terciopelo tan característico. Su belleza singular no necesitaba de muchos

atavíos para conquistar la admiración. Le recibió con encantadora amabilidad y le obligó a sentarse.

—Pocos minutos le puedo dedicar, doctor, porque es hoy día de muchas audiencias—le dijo en español.

Vilches, que llevaba su libro en la mano se lo ofreció pronunciando frases modestas encareciendo la insignificancia de su producción. La emperatriz lo tomó y lo abrió mostrando curiosidad, lo hojeó unos instantes y al fin lo dejó sobre la mesa que tenía a su lado. Le dió las gracias y prometió leerlo. Después, en poco tiempo le hizo muchas preguntas. Cuando supo que había nacido y vivido siempre en Madrid le habló con no fingida emoción de esta ciudad.

—¿Cuánto tiempo hace que se halla usted en París?

—Cinco años, señora.

—¿Piensa usted volver pronto?

—No lo creo. Me encuentro perfectamente en Francia.

—Pues a mí... aunque sea una expatriada—dijo sonriendo—no me gustan los expatriados.

Quedó unos instantes pensativa; y mirándole fija y seriamente añadió:

—Puesto que ha adquirido usted ya grandes conocimientos debe usted aprovecharlos. España está necesitada de hombres de ciencia y merece que los que lo son como usted se esfuercen en darle brillo... Además, ¿por qué no decírselo?, aquí sería usted siempre uno de tantos, pues le han cogido la delantera muchos doctores eminentes, pero en Madrid acaso será usted, si no el primero, uno de los primeros.

Pocas más palabras hablaron. La emperatriz dió por terminada la audiencia y Vilches salió de la cámara imperial fascinado, con el corazón rebosando de gratitud como todos los compatriotas que se acercaban a la hermosa dama española sentada en el trono de Francia. Al

llegar a casa agitado por la placentera emoción que aquella audiencia le había proporcionado, dió cuenta de ella a Rogelia con palabras de vivo entusiasmo. Su orgullosa satisfacción le impidió advertir la nube de tristeza que pasó por los ojos de su amante.

Aunque sin declararlo, en el pensamiento de Vilches quedó resuelta su traslación a España. Pero no tardó muchos días en comunicárselo a Rogelia, quien bajó la cabeza silenciosa y resignada. Tenía el presentimiento de que su felicidad, que había durado cinco años, estaba terminada. Vilches advirtió su tristeza y trató de disiparla. Le hizo ver con vehemencia la imperiosa necesidad que sentía de aprovechar sus estudios llevándolos a la práctica y los resultados felices que de esto podría ocurrir. Montaría en Madrid un gabinete clínico, y con el nombre que allí había adquirido ya merced a sus publicaciones estaba seguro de obtener pronto numerosa clientela. La joven permanecía silenciosa. Una vez se atrevió a decirle:

—Pero si tienes bastante dinero para vivir cómodamente ¿por qué afanarte en buscar más?

—No es el dinero solamente, Rogelia, es la reputación, es la gloria, es el deseo también de hacer algo por mi país llevando a él los últimos adelantos de la especialidad a que me he dedicado.

Pocos días después de la audiencia de la emperatriz, un correo de gabinete de las Tullerías llegó a casa de Vilches portador de un pliego lacrado. Era su nombramiento de Oficial de la Legión de Honor. Venía acompañado de un billetito autógrafo con palabras muy lisonjeras de la emperatriz. El doctor se sintió tan halagado que llegó a decir a Rogelia enfáticamente:

—Aunque no tuviese deseo alguno de ir a España bastaría la indicación de la emperatriz para decidirme.

No se habló más. Comenzaron los preparativos del viaje. Vilches hizo uno corto de algunos días a Alemania para adquirir el instrumental quirúrgico que necesitaba. Empaquetó sus libros, que ya eran muchos, y los envió a Madrid por delante. Se fijó el día de la partida. La víspera dió un banquete en el Hotel Continental a sus amigos celebrando a la vez su promoción a la Legión de Honor.

II

Ya están en Madrid el doctor Vilches y Rogelia con su niño. Les acompañaba Etiennete, una criadita francesa, la más antigua que habían tenido. Aunque fea y malhumorada, Joselín la adoraba.

Instalados provisionalmente en una fonda de la Puerta del Sol, Vilches se apresuró a buscar casa adecuada para su gabinete de consultas. La quería en sitio céntrico, cómoda y de suntuosa apariencia. Uno de sus colegas y antiguo condiscípulo le habló del palacio del duque de Monterraigoso, que constaba de un solo piso, pero tenía un cuarto bajo que alquilaba y había quedado libre, según sus noticias, hacía algunos días. Pasó por allí y le agradó mucho su aspecto. Era una gran casa antigua, bien conservada, con un soberbio portal donde un portero soberbio lucía unas patillas negras más soberbias aún. A este portero le preguntó si era cierto que el cuarto bajo se alquilaba. El portero le respondió, después de atusarse larga y pausadamente las patillas, «que creía que sí». ¿De cuántas habitaciones constaba? El portero «creía que eran doce». ¿Se las podría ver? El portero «creía que sí». Le dió la llave y Vilches encontró el cuarto muy de su gusto, amplio, lujosamente decorado y con bastante luz, pues el patio central era de extraordinarias dimensiones. Tomó las señas del administrador del duque y se fué desde allí a su casa.

Este administrador era un muchacho hijo de un señor emparentado con la aristocracia, que había muerto hacía poco tiempo completamente arruinado, dejándole a él y a una hermanita con muchas deudas y ningún recurso. El duque de Monterraigoso, que había sido su amigo y camarada de la juventud protegió a los huérfanos haciendo a Pepito uno de sus administradores, pues eran varios los que tenía en diversas provincias de España.

La casa en que habitaba Pepito Guevara en la calle de San Pedro Mártir, propiedad del duque, era vieja, oscura y de ruin apariencia. Por la estrecha y lóbrega escalera subió Vilches hasta el cuarto segundo y tiró del cordón de la campanilla. Con cierta sorpresa suya salió a abrirle una doméstica elegantemente vestida, con rizada cofia en la cabeza. En la antesala, que era exigua, había unos muebles disformes y sus paredes adornadas con panoplias y arneses de caballos. El suelo tapizado con rica alfombra vieja y usada, enseñando las cuerdas del tejido. Preguntó por el señor Guevara y la doméstica, después de pedirle su tarjeta, le hizo esperar un buen rato en la antesala. Después le condujo por un oscuro pasillo hasta el santuario del joven administrador. Observó Vilches que en el pasillo colgaban de las paredes como en la antesala arneses completos, silla, estribos, freno, látigo. La pieza donde le introdujo la criada era una sala no muy grande, profusamente adornada con lujosas colgaduras de seda, grandes muebles dorados, tapizada con suntuosa alfombra de terciopelo, pero todo tan gastado, tan marchito y hacinado a la vez que semejaba una tienda de antigüedades. Eran sin duda los restos del naufragio. En el porte de la criada y en el ceremonial que se usaba sintió que allí existía una pobreza luchando desesperadamente por disfrazarse.

También colgaban de las paredes de aquella sala

adornándola dos ricos arneses guarnecidos de plata con su latiguillo de puño de oro, dando testimonio lo mismo de la afición que de la opulencia del viejo Guevara fallecido. Su cuadra fué, en efecto, una de las más suntuosas de Madrid, y había contribuído más que ninguna otra cosa a arruinarle. Pepito logró arrancar de las garras de los acreedores estos ricos arneses, y gracias a ellos en las horas de amargura podía evocar las sombras venerables de aquellos caballos que tanta honra habían dado a la familia.

Esperó todavía algún tiempo en la sala. Al fin salió el noble administrador, que era un muchacho desmedrado, pudiéramos decir raquítico, vestido con un elegante traje de casa muy usado. Todo estaba en aquella casa marchito, todo hablaba de tiempos pretéritos pomposos y magníficos.

Le hizo gravemente una seña para que se sentase en uno de aquellos regios sillones dorados, y acomodándose a su lado en otro le preguntó, arrastrando las sílabas una a una como quien desgrana un collar de perlas:

—¿Puedo saber, caballero, a qué debo el honor de su visita?

El viejo Guevara había dejado a su hijo como herencia, además de los viejos sillones, de las viejas colgaduras y de los viejos arneses, otra cosa mucho más preciosa, la languidez, una languidez displicente, completamente aristocrática.

—Tengo entendido que el duque de Monterraigoso alquila el cuarto bajo de su casa y que ha quedado libre hace unos días. Me dirijo a usted, como su administrador, para que me haga saber las condiciones en que yo podría habitarlo.

El joven administrador le miró lánguidamente, y apar-

tando después los ojos y fijándolos en uno de los plateados arneses, quizá para pedirle inspiración en aquellos momentos difíciles, después de una larga pausa desgranó estas notables palabras:

—En efecto, no le han informado a usted mal. El duque alquila el cuarto bajo de su palacio no porque tenga de ello necesidad, sino porque viviendo solo le agrada tener un vecino.

No era completamente exacto. El duque de Monterraigoso, que poseía cuantiosas rentas, las necesitaba todas y algunas más para subvenir a los enormes gastos de su vida disipada.

Después de otra larga pausa el joven administrador continuó:

—Lo que sin duda no le han advertido a usted es que el duque no está dispuesto a alquilar su casa sino a personas de categoría.

El joven lánguido comprendió en los ojos de Vilches que había pisado un terreno falso.

—Quiero decir, caballero, que siendo el duque de Monterraigoso una de las primeras figuras de la nobleza española prefiere que en su palacio habite una persona que de un modo más o menos directo pertenezca a ella... Precisamente el inquilino que acaba de dejar el cuarto es don José María Terán, hermano del conde de la Madriguera...

A Vilches le acometieron vivos deseos de romper las narices a este joven elegante y usado.

—Está bien—dijo levantándose—. Pensaba que para alquilar un cuarto sólo era necesario ser persona decente y tener dinero para pagarlo.

—Perdone usted, caballero. No ha sido mi ánimo molestarle. Por su tarjeta he visto que es usted médico... La medicina es una profesión muy honrosa... pero usted

comprenderá que la aristocracia es cosa distinta... La sangre azul...

—No siga usted. Quisiera con toda mi alma conocer esa sangre. Hasta ahora mi bisturí sólo ha tropezado con la impura de color rojo y siento en verdad perder la ocasión de descubrirla. Quede usted con Dios.

Cuando Vilches dió cuenta de esta escena al compañero que le había indicado la casa del duque rieron ambos con gana.

—¿Sabes lo que yo haría en tu caso? Pues me iría derecho a ver al hombre de la sangre azul. Si le enseñas la cartita de la emperatriz Eugenia ten por seguro que te alquila el cuarto.

Volvieron a reír ambos, pero a Vilches no le pareció del todo mal el proyecto. Al punto mismo se encaminó al palacio ducal y se encaró con el soberbio portero de las luengas, sedosas patillas.

—¿Podría usted decirme cuál sería la hora mejor para ver al señor duque?

—Creo que la mejor hora sería la del peluquero.

—Oiga usted, amigo. Yo no soy peluquero ni consiento que nadie me tome el pelo.

El portero le miró sorprendido.

—Yo no le he llamado a usted peluquero. Lo que he dicho es que creo que la mejor hora para ver al señor duque es cuando sale el peluquero de arreglarle la cabeza.

—¿Y cuál es la hora del peluquero?

—Pues creo que no tardará en salir, pues hace ya mucho rato que ha subido.

Vilches dió una vuelta entre calles para hacer tiempo. Cuando volvió, el peluquero acababa de salir. En su consecuencia subió por la amplia, magnífica y tapizada escalera. A la puerta del piso se encontró con un criado

de gran librea, chaleco rojo y corbata blanca, a quien preguntó si era posible ver al señor duque. El chaleco rojo se dirigió a otro chaleco rojo, el cual después de examinarle unos instantes con impertinente curiosidad le pidió su tarjeta y desapareció con ella en la mano.

La casa ducal era verdaderamente suntuosa, alto techo artesonado, rica alfombra y cortinajes, grandes cuadros. Allí existía positiva opulencia.

No tardó mucho tiempo en aparecer el chaleco rojo para indicarle que podía pasar. Le llevó hasta una puerta, la abrió y Vilches se encontró en un precioso gabinete amueblado con exquisita coquetería. El duque de Monterraigoso, que se hallaba sentado en un silloncito, se levantó cortésmente.

Era un hombre que aparentaba poco más de cuarenta años aunque realmente se acercaba a los sesenta. Obraba este milagro el peluquero, que pasaba aproximadamente dos horas todos los días tiñéndole, engomándole, rizándole, barnizándole. ¡Dios sabe las misteriosas operaciones que aquel hombre ejecutaba!

Don Cristóbal de Rojas y Díaz de Segura, duque de Monterraigoso, marqués tres veces más y conde otras dos, hacía a los cincuenta y ocho años lo mismo que había hecho a los diez y ocho y lo que haría probablemente a los ochenta y ocho, si Dios le permitía llegar a esta edad. Dormía hasta las doce del día, se acicalaba hasta las dos, almorzaba, pedía un coche o un caballo, se paseaba, visitaba a sus amigos, volvía a casa a ponerse el frac que ostentaba bordada la cruz roja de Santiago, se marchaba a comer a casa de otro duque o marqués, después al teatro, a penúltima hora al Club, y a última Dios sabe dónde. Gracias a esta vida concentrada y metódica había llegado a adquirir profundos conocimientos en la esfera de los placeres mundanos. Se decía

que era un erudito en voluptuosidad, un refinado; sus amigos contaban de él en voz baja y riendo extravagantes abominaciones. A pesar de esto, por su claro nombre, por su fortuna y por su orgullo era un hombre muy respetado en los círculos aristocráticos de Madrid.

Se había casado tarde, tuvo un hijo, fallecido no hacía mucho tiempo, al terminar la carrera de artillería, luego una hija a quien cedió uno de sus títulos. Su esposa había muerto cuando esta niña contaba solamente nueve años. Lo mismo soltero que casado que viudo su vida se deslizó siempre con igual constancia y serenidad; dormir hasta las doce, acicalarse hasta las dos, etcétera. Envió a su niña a educarse al Sagrado Corazón. Cuando alcanzó los diez y siete años, vióse necesitado a traerla a casa, mas poco después esta joven, bella, rica, marquesa de Santa Clotilde, abandonó el mundo donde estaba llamada a brillar y tomó en Salamanca el hábito de carmelita descalza. Fué un acontecimiento que impresionó a la sociedad aristocrática y llamó la atención del público. Los revisteros de salones le dedicaron largos y efusivos comentarios. Sólo hacía algunos meses del suceso cuando el doctor Vilches tuvo la ocurrencia de visitar a su padre para pedirle en arriendo el cuarto bajo de su casa.

Sentóse Vilches frente al duque en otra butaquita y le expresó brevemente el objeto de su visita. El duque le escuchó cortésmente, pero con los ojos cerrados.

—Es usted médico, ¿verdad?

—Sí señor, soy médico.

—Mucho... mucho... mucho.

El duque, que había abierto los ojos para formular su pregunta volvió a cerrarlos. Al cabo de un momento le preguntó de nuevo:

—Médico, ¿verdad?

—Sí señor, médico—repitió Vilches un poco desconcertado.

—Mucho... mucho... mucho.

Y siguió con los ojos cerrados. Vilches pensó que se había dormido. Pero no tardó en preguntarle:

—¿Ejerce usted la medicina en Madrid?

—Pienso ejercerla. He llegado de París hace unos días.

—¡Ah! de París.

El duque abrió los ojos.

—Estudié la carrera en Madrid, pero me fuí a París, donde he permanecido cinco años.

—¡Ah, París! Hermosa ciudad. He pasado allí largas temporadas. No hay población en el mundo más agradable, pero de gran corrupción en las costumbres... Muy corrompida... muy corrompida...

El duque volvió a cerrar los ojos.

Vilches no pudo menos de sonreir recordando lo que había oído de las austeridades del duque. Al mismo tiempo observó con asombro que su modo de hablar desgranando las palabras una a una era muy parecido al de su administrador Guevara, por donde vino a entender que éste le imitaba escandalosamente. Pero la aristocrática languidez del duque era auténtica y de buena ley: la de Pepito Guevara falsificada.

Vilches quiso dar el golpe de gracia que le había aconsejado su amigo.

—Pues yo me encontraba admirablemente en París, y si he venido a Madrid ha sido obedeciendo al deseo de la emperatriz.

El duque abrió los ojos.

—¿Cómo de la emperatriz? ¿De la emperatriz Eugenia?

—Sí señor.

—¿Ha hablado usted con ella?

—He tenido ese honor. Hace pocos días me ha escrito también de su puño y letra una carta para enviarme el título de Oficial de la Legión de Honor. Aun debo tenerla en la cartera.

La sacó y se la tendió al duque, que la tomó y la examinó con atención.

—Sí, sí..., es su letra..., la recuerdo. ¡Ah! Eugenia Montijo... ¡Qué recuerdos! La conocí siendo niña y cuando joven bailé con ella no pocas veces... Es una mujer superior; una noble y gallarda figura. En una de aquellas inolvidables reuniones que tenía su madre en el palacio de la plaza del Angel se me ocurrió decirle en broma: «Eugenia, tú mereces ser reina.» Ha sido una verdadera profecía, ¿verdad?

El duque quedó tan satisfecho de sus dotes proféticas, que no volvió a cerrar los ojos. Vilches pensó con alegría que pronto tendría la llave del cuarto bajo en el bolsillo.

—¿Es usted casado?

Vilches, tomado de improviso, respondió con vacilación que el duque no advirtió:

—Sí señor.

—¿Con familia?

—Un niño solamente que tiene poco más de tres años.

El duque reflexionó unos instantes.

—Está bien. Yo no pensaba alquilar ese cuarto mas que a un amigo, pero siéndolo usted de la emperatriz Eugenia, a quien tanto quiero, no tengo inconveniente en cedérselo.

El duque, menos grosero que su administrador, no habló de categorías. Después continuó:

—Vivo solo, y aunque mi servidumbre es bastante numerosa, no me pesa de tener un vecino, particular-

mente si es un caballero tan agradable como usted... Además—añadió sonriendo—, al médico y al cura es bueno tenerlos cerca.

—Quedo muy reconocido, duque. Ya sabía que era usted solo, pues su única hija ha tomado el velo de religiosa hace unos meses.

—Sí, sí, mi hija Cristobalina es carmelita descalza en Salamanca. No he podido torcer su vocación. Es una criatura angelical que desde muy niña mostró su inclinación al Cielo. Cuando salió del Sagrado Corazón, donde se ha educado, pasó una temporada en esta casa: procuré que se divirtiese, la llevé a los teatros, la presenté en sociedad, la propuse el matrimonio; mas a pesar de los buenos partidos que se le ofrecieron, no fué posible hacerle cambiar de pensamiento. Era una voz de lo alto la que la llamaba... Cuando al fin cedí a sus deseos, creyó ver el cielo abierto. ¡Oh! No hay duda que la religión obra milagros en nuestra alma. La vida sería bien triste si no estuviese endulzada por la religión. ¡Ah la religión, la religión!...

El duque puso los ojos en blanco: luego los cerró. Vilches pensó que se había dormido dulcemente en brazos de la religión. Fué preciso, sin embargo, turbar su éxtasis.

—No quiero molestarle más tiempo—dijo levantándose—. Le ruego me diga cuándo puedo firmar el contrato.

El duque se puso también en pie.

—Guevara vendrá hoy como todos los días. Le hablaré y mañana puede usted presentarse en su casa para dejar arreglado el asunto.

Tiró del cordón de la campanilla. Se presentó el criado; se dieron la mano. Vilches salió bien satisfecho.

Al dar cuenta a su amigo de la escena y de las pala-

bras vertidas por el duque al hablar de la vocación de su hija, el joven médico exclamó riendo:

—Sin duda; marchándose al convento la niña vió el cielo abierto... ¡pero puedes creer que también él lo ha visto!

III

Al día siguiente dirigió sus pasos a la calle de San Pedro Mártir, y pudo darse de nuevo el placer de acercarse a aquellos preciosos arneses que tanto le habían interesado. La decoración material era idéntica, pero la espiritual había cambiado por completo. Pepito Guevara, sin perder mucho de su distinguida languidez, le recibió con exquisita amabilidad, le trató como si en la noche anterior por arte mágico la sangre roja del doctor se hubiese tornado azul en pocas horas.

El contrato estaba redactado y se firmó inmediatamente. El nuevo inquilino quedó autorizado para ocupar el cuarto así que se hiciesen algunas pequeñas reparaciones.

—Ha hablado usted con el duque, ¿verdad?—le preguntó con verdadera unción religiosa.

—Sí señor, he tenido ese gusto.

—¡Hombre admirable!

—Sin duda alguna.

—¡Qué elegancia!

—Mucha.

—¡Qué distinción!

—Estupenda.

—Es en Madrid el prototipo y el modelo de la elegancia. Su capricho hace la moda. Si empieza a gastar som-

breros de alas anchas y reviradas, todos los elegantes de Madrid hacen lo mismo. Es el que ha impuesto la moda de los calcetines encarnados y los pantalones bombachos. Un día se le antojó arrollarse al cuello un pañuelo blanco de seda, en vez de corbata, con un alfiler de zafiro. Al poco tiempo no se vieron mas que pañuelos blancos sujetos con zafiros. Otro día se presentó en la Castellana montado a caballo con un gran sombrero de fieltro, sin corbata y con pechera de camisa rizada como los toreros. ¡Ya puede usted figurarse la sorpresa del mundo elegante!... Su guardarropa es un enorme salón. Acaso algún día lo vea usted. Tiene los pantalones y las levitas por docenas. El calzado y los sombreros llenan uno de los lienzos del salón: imagino que tiene unas botas y un sombrero para cada día del año. No hace muchos días me dijo su ayuda de cámara que para ir al baile de Fernán Núñez se había puesto y se había quitado treinta y seis camisas, porque no le parecían bien planchadas. ¡Ya puede usted figurarse qué cantidad de ellas tendrá!

Pepito Guevara había pronunciado este discurso con increíble fogosidad, perdiendo una buena parte de su languidez. Al llegar al detalle de las camisas le tembló la voz y puso los ojos en blanco lo mismo que el duque el día anterior al hablar de la religión.

No se pasó mucho tiempo sin que el doctor Vilches quedase instalado en su nuevo domicilio. Lo amuebló y alhajó con inusitado lujo. En los años que había vivido en París pudo economizar de su renta bastante dinero, que ahora le sirvió para montarse regiamente. Los dormitorios, el comedor, su gabinete de consulta, el salón de espera, todo era verdaderamente suntuoso. A buen seguro que en Madrid no existía en aquel tiempo un médico tan bien establecido. Se hizo anunciar en los

periódicos, visitó a sus colegas, asistió a las clínicas, empezó a dar conferencias, publicó artículos. Rápidamente comenzó a afluir la clientela. Una operación afortunada que hizo a una condesa parienta del duque su casero llamó sobre él la atención del mundo aristocrático.

¿Y Rogelia? ¿Quién podría reconocer en aquella gran señora tan elegante y culta, de porte tan majestuoso, a la humilde obrera de las minas de Langreo? Pues bien, Rogelia temía ser reconocida. Salía poco de casa y no se mostraba nunca en los sitios muy concurridos. Al teatro no consiguió Vilches llevarla. Tomaba un coche por la mañana y se iba con Joselín y Etiennete a las afueras de la villa, a la Moncloa, al Retiro, y sentada en cualquier paraje solitario con un libro en la mano pasaba largos ratos leyendo, mientras su hijo y la niñera jugaban.

Desde que había pisado tierra española no podía desechar de su alma la inquietud. En París había casi llegado a olvidar la falsedad de su situación; se creía realmente la esposa de Vilches. Pero al entrar en España vió claramente el abismo que los separaba, no pudo menos de recordar con horror que era la esposa de un presidiario. Este pensamiento amargaba su vida, la humillaba, la hacía tan desgraciada que lloraba no pocas veces en secreto. ¡Cómo recordaba aquellos cinco años de ventura! ¡Cómo recordaba sus clases de la Sorbona, los plácemes del profesor, los abrazos de sus condiscípulas, el respeto que inspiraba su aplicación y su ingenio! ¡Cómo recordaba los domingos en Montmorency almorzando en el restaurant y comiendo cerezas en el bosque, los paseos en lancha por el diminuto lago de Enghien, las mañanas en el parque elegante de Monceau donde su pequeño dormía en un primoroso cochecillo que ella

misma arrastraba, mientras sentada en una de las sillas de hierro se recreaba mirando el mundo clamoroso de niños que jugaban sobre la arena!

Madrid le inspiraba miedo: los rostros de los transeuntes le parecían todos hostiles y amenazadores. El valle húmedo y sombrío de Langreo, su vida miserable, los sucesos desgraciados que allí se desarrollaron hacía poco más de cinco años, todo esto que casi había olvidado volvió a ofrecerse con terrible persistencia a su memoria. Bebía sus lágrimas en secreto y hacía esfuerzos desesperados para que Vilches no advirtiese su tristeza. Conocía el temperamento impresionable de Fernando, estaba segura de su amor y temía hacerle desgraciado si le confesaba sus penas.

En cambio Vilches era por completo feliz. Madrid fué para él un paraíso: halló recuerdos placenteros, viejos amigos, respeto y consideración en todo el mundo; volvió a frecuentar los cafés de su juventud y a gustar los manjares clásicos de nuestra tierra, el cocido, el gazpacho, la paella, etc. Y no sólo elogiaba todo lo español con exaltada ilusión sino que se puso a denigrar lo extranjero. Rogelia le escuchaba estupefacta y dolorida sin atreverse a contradecirle.

Una noche, no mucho después de su instalación en el nuevo domicilio, se hallaba nuestro doctor leyendo en su despacho cuando Etiennete le anunció que el ayuda de cámara del duque deseaba hablar con él. Ordenó que le hiciese pasar. Este ayuda de cámara, llamado Juan, pero a quien todo el mundo, principiando por su amo, llamaba Juanillo, era un hombre inmenso por lo alto, por lo gordo, por lo tieso. Cuando hubo entrado en el despacho paseó una mirada recelosa por todos los rincones, guardó silencio prolongado, fué a la puerta y examinó cuidadosamente si se hallaba bien cerrada,

después se acercó cautelosamente y en puntillas al sillón donde el doctor le seguía, sorprendido, con la vista.

—Señor doctor, arriba acaba de suceder un chascarrillo—le dijo misteriosamente en voz baja.

—¿Qué dice usted?—preguntó Vilches sin entender lo que aquello significaba.

—Que Lulú le ha roto la cabeza al señor duque.

—¿El perro ha mordido en la cabeza al duque?

—No ha sido el perro: ha sido Lulú.

—¿Pero quién es Lulú?

—La señorita Lulú... la amiga del señor duque... una bailarina del Teatro Real.

—¡Ah!... ¿Y le ha hecho mucho daño?

—Le ha dado con el tenedor, pero la herida no me parece cosa grave aunque ha soltado bastante sangre... Hasta ahora Lulú no le había tropezado de un modo tan torpe.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Es que su querida le pega? — preguntó Vilches lleno de curiosidad y de asombro.

—¿Que si le pega? ¡Anda! Cada bofetada le larga capaz de volverle loco.

—¿Y el duque no se las devuelve?—preguntó riendo el doctor.

—Nada de eso. Al contrario. Después le pide perdón y le besa las manos—y bajando más la voz y sonriendo, añadió: —Concha, la doncella que arregla su dormitorio y le hace la cama, me ha dicho que no sólo le pega con la mano sino que le azota también con unas correas... pero eso yo no lo sé.

—Al parecer esa señorita no tiene buen genio.

—¡Es un diablo!... La otra, la señorita Tití, a quien despidió hace un año, era mucho más suave. Pero la pobrecita tuvo la desgracia de engordar demasiado y, naturalmente, el señor duque la despidió.

—¿Cómo naturalmente?

—Sí; el señor duque no las quiere gordas. Las toma flacas, pero si engordan las deja plantadas. Yo me atreví un día a decirle: «—Pero señor duque, ¿cómo quiere vuecencia que no engorden si las ceba como cochinillos?...» No vaya usted a creer que las despide con las manos vacías. A Tití, que ha sido la última, le ha dado nada menos que veinte mil pesetas. Es una exageración. Yo creo que con veinte mil reales estaría bien pagada, ¿no le parece a usted?

—Desde luego, sobre todo si había engordado como usted dice.

—Era un rollo de manteca.

—Por lo visto, el duque no es aficionado a la mantequilla. Prefiere las chuletas con hueso.

—Tiene usted razón—dijo Juanillo sonriendo discretamente—. Esta Lulú no hay peligro de que engorde. Cada día está más flaca. Yo creo que el genio la consume. ¡Qué geniecillo! Por eso el señor duque la retiene. Nunca le ha durado tanto una amiga como esta.

—Supongo que después de lo que ha sucedido la habrá despedido.

—Sí señor; yo fuí el encargado de ponerla en la calle: por cierto que la niña juraba y blasfemaba que daba miedo. ¡Me río yo de los carreteros y mayorales!

—Vamos allá—dijo Vilches levantándose—. Porque supongo que vendrá usted a buscarme.

—Sí señor. Como el doctor Velasco, médico del señor duque, vive lejos, me mandó que rogase a usted que subiese si tenía la bondad... No le hable usted una palabra de Lulú ni del tenedor. Le dirá que le ha caído una lámpara de bronce sobre la cabeza y usted lo creerá.

—Vamos allá.

Subió el doctor a las habitaciones del duque, a quien

halló tendido en su cama con la cabeza vendada. El prócer, haciendo esfuerzos por sonreír le dijo con voz alterada:

—Muchas gracias, doctor. Tenga la amabilidad de examinar mi herida.

—¿Qué ha sido eso?

—Pues que se ha desprendido del techo una de las arañas de bronce. Afortunadamente que no estaba a gran altura. Un criado torpe sin duda la ha dejado mal colgada después de limpiarla... Aquí, Juanillo me ha lavado la herida con árnica y agua. ¿Ha hecho bien?

Hablaba muy agitado, atropelladamente, habiendo perdido por completo su discurso aquella forma solemne y majestuosa que lo caracterizaba. Es evidente que no hay nada que nos haga perder más pronto la solemnidad que un buen porrazo en la cabeza.

El doctor Vilches examinó la herida, fingió creer lo de la araña y después de lavarle con un líquido que hizo subir de su casa, aplicarle una compresa y vendarle de nuevo se despidió, no sin ordenar también una poción calmante, pues el duque se hallaba asaz nervioso y alterado.

Al día siguiente se creyó en el caso de subir otra vez. El noble duque seguía en la cama, pero se hallaba ya tranquilo y hasta risueño, habiendo recobrado su voz lenta, grave, sonora y heráldica. Viéndole en tan felices disposiciones Vilches se autorizó una bromita.

—¿Sabe usted, duque, que me ha hecho usted sufrir una decepción?

—¿Pues?

—Porque su administrador me había asegurado muy formalmente que tenía usted la sangre azul y he visto que era roja.

El duque hizo un gesto de contrariedad.

—¡Pepito es un asno!

—Pues si es un asno no le falta guardarropa, porque tiene toda la casa colgada de albardas.

—¡Cierto, cierto!

El duque encontró aquello muy gracioso y rió de buena gana.

Al salir Vilches, en una de las habitaciones contiguas acertó a ver una linda señorita, casi una niña, rubia como el oro, de perfil virginal, ojos azules y cutis nacarado.

—¿Cuándo ha llegado la marquesita? No sabíamos nada—preguntó a Juanillo en el borde de la escalera.

—¿Qué marquesita?

—La hija del duque, la que estaba en el convento.

Juanillo soltó una discreta carcajada.

—¡Buena marquesita te dé Dios! ¡Es Lulú!

—¿Lulú?

—Sí señor. En cuanto Dios amaneció esta mañana me mandó ir a buscarla.

—¡Quién lo diría!—exclamó el doctor en el colmo de la sorpresa—. ¡Una figurita tan delicada, tan vaporosa, que parece un angelito de retablo!

—Pues el angelito—murmuró Juanillo rechinando los dientes—tiene más hígados que un sargento de la guardia civil... ¡Oh! la marquesita es cosa muy distinta. ¡Esa sí que es un ángel! Pero hay malas noticias de ella. Debía hacer los votos el mes que viene y al parecer no es posible porque se halla bastante mal de salud. Yo creo, señor doctor, que está picada del pecho. No sería extraño que nos la enviaran uno de estos días.

IV

Los vaticinios del inmenso Juanillo se verificaron no muchos días después. Los inquilinos del cuarto bajo advirtieron una mañana de madrugada mucho ruido y agitación en el piso del duque. Etiennete entró en el dormitorio de su señora, que aún se hallaba en la cama, y le dijo bajando la voz para no despertar a Joselín:

—La señorita de arriba ha llegado del convento. Juanillo, a quien he visto en la escalera, me ha dicho que llega bien malita.

—Entre usted en el despacho del doctor (así le llamaba siempre) y dígaselo.

Pero antes que pudiera hacerlo se oyó un fuerte campanillazo en la puerta de entrada y otra doncella entró al punto sin anunciarse.

—Señorita, un criado del señor duque viene a avisar al doctor para que suba inmediatamente. La señorita que acaba de llegar del convento se ha puesto mala.

—Etiennete, corra usted a avisarle.

Mientras tanto ella se apresuró a levantarse y vestirse. Desde que habían llegado a Madrid Vilches se levantaba siempre primero que ella, porque su trabajo continuo y absorbente le agitaba en demasía y dormía poco. En París sucedía lo contrario; ella era quien, estimulada por sus afanes científicos, abandonaba más pronto el lecho.

Subió el doctor y se tardó un buen cuarto de hora antes que bajase. Rogelia le preguntó anhelante:

—¿Qué ha sucedido?

—Nada, un desvanecimiento producido por el cansancio del viaje. La pobrecita no está para mucho ajetreo.

—¿Está tan mala?

—Bastante. ¡Si vieses qué interesante es! Parece hecha de marfil, y con una sonrisa tan dulce y tan triste que se siente uno apenado.

—¿Tú crees que no tiene remedio?

—No la he auscultado, pero sospecho que es una tuberculosis avanzada.

—¿Su padre estaba ya levantado?

—Su padre no se había acostado todavía. Acababa de llegar de la calle—respondió Vilches sonriendo.

Rogelia hizo un gesto de cólera.

—¿Quién la ha acompañado en el viaje?

—Dos religiosas que al parecer se marchan hoy mismo.

Subió el doctor de nuevo por la tarde, pero habiendo sido avisado el doctor Velasco, médico de la familia, se abstuvo ya de visitarla. Sin embargo el duque le hizo llamar y le dijo:

—Mi hija se empeña en que usted la asista. ¿Tiene usted inconveniente?

—Ninguno, con tal de que el doctor Velasco sea el médico de cabecera. Ya sabe usted que mi especialidad es otra.

—Lo sé, pero a mi hija le ha inspirado usted mucha confianza... y a mí también—añadió amablemente.

—Eso no significa mas que les he caído en gracia—repuso modestamente sonriendo.

La siguió visitando y a los tres o cuatro días, bajando de hacerlo, le dijo a Rogelia:

—¿Sabes lo que me acaba de pedir la marquesita? Que vayas tú a verla: tiene muchos deseos de conocerte.

Rogelia quedó turbada y su rostro expresó viva contrariedad. Vilches lo advirtió y poniéndose serio igualmente murmuró:

—Sí; comprendo, comprendo.

No se habló otra palabra entre los dos. Pero dos días después volvió a decirle:

—La enfermita insiste. Parece un verdadero capricho... No sé qué decirle.

Rogelia guardó silencio unos instantes y al cabo respondió gravemente:

—Está bien. Iré.

—Los criados por lo visto le han dicho de ti lindezas.

—¿Cuándo quieres que vayamos?

—Esta misma tarde si te parece.

Aquella visita no podía menos de producir en Rogelia fuerte malestar. Su espíritu recto y orgulloso a la vez se sublevaba ante la superchería. Si al fin se descubría pensaba morirse de vergüenza.

Subió, no obstante, con Vilches. La impresión que le produjo la hija del duque fué gratísima y melancólica al mismo tiempo. Tenía razón Fernando; era bien interesante. Una figurita menuda, casi el tamaño de una niña, un rostro de correctas facciones muy pálido, unos grandes ojos negros y tristes con expresión infantil, una cabellera negra que asomaba por debajo de un blanco gorro de encaje, unas manos primorosas que parecían hechas de cera. Vestía traje negro sin adorno alguno, de una sencillez y austeridad conventuales.

—¡Los criados no me han engañado, doctor!—exclamó dirigiéndose a él cuando ambos se presentaron en su gabinete.

Era tan dulce y tan humilde su sonrisa que Rogelia se sintió cautivada desde el primer momento.

La entrevista fué breve y deliciosa; Cristobalina tuvo tantas frases amables para Rogelia que ésta no sabía cómo mostrarle su agradecimiento.

—Que no sea usted mala; que venga usted a verme; que tenga usted caridad con una pobrecita enferma—le dijo al despedirse.

Sin embargo no subió hasta que la misma Cristobalina la envió a llamar. No podía arrojar de su alma el temor y la vergüenza.

En poco tiempo fueron íntimas amigas. Cristobalina se complacía en la conversación tan grave, tan sensata, tan culta y nutrida de ingeniosas observaciones de Rogelia.

—¡Oh! sabe usted más que mis profesoras del Sagrado Corazón—le decía algunas veces asombrada.

Poco a poco se había ido negando a recibir las visitas del mundo aristocrático, que en un principio acudió a cerciorarse de su enfermedad, a comentarla, a distraerla frívolamente y a vaticinar su muerte así que bajaban la escalera. Aquellas amiguitas y parientas, lo mismo las jóvenes que las viejas, no sabían y acaso no podían hablar mas que del Teatro Real, de los bailes, de las modistas, de las relaciones amorosas y de las bodas en perspectiva. Todo esto molestaba y hasta hería a Cristobalina, que salía de las austeridades de un convento y tenía su espíritu enderezado a regiones más altas. Por eso cuando Rogelia demoraba su visita la enviaba a llamar y se quejaba de ella con acento mimoso de niña y de enferma.

Por ser una niña inocente, por su ternura, por su humildad y por hallarse marcada ya para la muerte, Rogelia se apasionó de ella y gozó extremadamente acompa-

ñándola largas horas. No obstante reprimía las expresiones de su afecto, porque le inspiraba respeto su alta jerarquía y su heroico sacrificio, pero sobre todo por la inquietud que le producía la falsa situación en que se hallaba.

Pocos días después de conocerla dirigiéndose a ella la llamó marquesa. El rostro pálido de Cristobalina se tiñó de carmín.

—¡Oh! no me llame usted marquesa; se lo suplico en caridad. Yo no soy mas que una humilde religiosa carmelita que por la voluntad de Dios, o por sus pecados—añadió temblándole la voz—no ha podido pronunciar sus votos.

No mucho tiempo después, la misma Cristobalina le propuso que se tuteasen. Entonces le tocó a Rogelia ponerse encarnada.

—Muchas gracias: me hace usted demasiado honor.

—¿Cómo honor?—exclamó riendo la joven—. En todo caso será usted quien me lo hace a mí. Yo no soy mas que una chicuela y usted es una señora casada.

Puede calcularse la impresión dolorosa y la confusión que estas y otras palabras semejantes producían en Rogelia. Vivía la infeliz sobre brasas. Era una mezcla de tristeza y alegría que alternativamente se sucedían en su alma y que la mantenían en constante agitación y temor.

Se tutearon por fin y se trataron con la confianza y familiaridad de dos hermanas. Tenían poco más o menos la misma edad, Rogelia veintidós años, Cristobalina diez y nueve. Pasaban casi todas las tardes reunidas. Una de ellas Cristobalina le dijo:

—¿Quieres ayudarme a rezar el rosario?

Rogelía se turbó visiblemente. Aquella invitación la cogió desprevenida. Desde que había salido de Langreo

no había vuelto a rezar ni había entrado en una iglesia. No era precisamente que hubiese perdido la fe, sino que su situación misma la incitaba a olvidarla. En París, viviendo en un ambiente puramente científico, sin relacionarse con personas que pudieran recordarle los deberes religiosos, unida al doctor Vilches, que afectaba por las cosas espirituales una indiferencia vecina del materialismo, se habían deslizado aquellos años para ella en completo y absoluto olvido de Dios y del mundo invisible. Sin embargo, como recordaba perfectamente las oraciones de la infancia, ocultando su turbación aceptó con naturalidad.

—¿Quieres llevarlo tú?—le preguntó Cristobalina.

—No; debes ser tú, que estás más cerca de Dios—respondió ella sonriendo.

—¡Oh! ¡Quién sabe la que estará más cerca!

Cristobalina abrió las puertas de un reclinatorio de nogal donde se guardaba en hornacina una preciosa imagen tallada de la Virgen, sacó del cajón del mismo reclinatorio el hábito del Carmen que había vestido en el convento y con él en los brazos se dejó caer de rodillas y comenzó el rosario. Oraba con tal unción y fervor que Rogelia no podía apartar de ella la vista. Y con sorpresa y admiración observó que abundantes lágrimas corrían por su bello rostro marchito. Cuando terminaron y se hubieron sentado en dos butaquitas la una frente a la otra, Rogelia, embargada aún por la admiración y la curiosidad, le tomó cariñosamente la mano y le preguntó:

—Echas mucho de menos el convento, ¿verdad?

—¡Oh, sí, mucho, mucho!

—¿Eras allí feliz?

—Completamente feliz.

Guardó silencio prolongado, fijos los ojos en el vacío en actitud soñadora. Al fin dijo, bajando la voz:

—Tú acaso no sepas, Rogelia, la dicha que es vivir siempre, en todos los momentos de la vida, bajo la mirada del Altísimo, recibir diariamente su sagrado cuerpo en el nuestro, no dar un paso, no mover las manos, no pronunciar una palabra sin sentirse en la presencia de Dios. ¿Qué importa que el alimento sea grosero, que tengamos por cama una dura tarima, que el hábito nos pese y nos haga daño en la carne, que pasemos frío, que pasemos hambre? Todo esto es para nosotras delicioso, porque lo hacemos y lo pasamos por nuestro divino Jesús y Él lo ve y lo agradece y derrama sobre nosotras los tesoros de su amor y nos espera en el Cielo.

—¿Nunca recordabas en el convento los regalos de tu casa y los placeres de Madrid?

—¡Nunca, nunca!... Es decir, sí los recordaba, como recuerda el náufrago, seguro ya en la ribera, la tormenta de que ha salvado.

Aquella noche Rogelia apenas pudo dormir. Un tropel de pensamientos se agitó, bulló en su cerebro, teniéndola despierta, turbándola, sorprendiéndola, asustándola. Zumbaban en sus oídos y concluían por adquirir forma de voces misteriosas. Sentía una ansiedad inexplicable, como si algo le oprimiese el pecho. Era una angustia mortal, irresistible. Mas por una de esas sacudidas de su temperamento enérgico concluyó al fin por arrojarla lejos de sí, fijó su atención en otras ideas y logró dormirse.

Al día siguiente a la misma hora, Cristobalina, contenta de tener quien la acompañase en el rosario, se lo propuso de nuevo. Luego hablaron de la vida del convento. Rogelia, picada de curiosidad, le hacía preguntas sobre preguntas, se enteraba con afán de los pormenores de aquella vida para ella tan misteriosa. A qué hora se levantaban y se acostaban, cómo era su lecho, cómo

su alimento, cuántas horas tenían de oración, si se hablaban entre sí las religiosas, de qué hablaban, qué clase de trabajos hacían, si podían escribir a sus familias, etcétera. Cristobalina le habló también con entusiasmo del sacerdote que las confesaba, un verdadero santo, un sabio además que había compuesto un libro de devoción admirable.

—Aquí lo tengo—concluyó por decirle tomando un librito primorosamente encuadernado de su mesa de noche—. Puedes llevártelo y retenerlo el tiempo que quieras.

Se lo llevó Rogelia y experimentó el disgusto de no participar de la opinión de su amiguita. Era uno de tantos devocionarios vulgares, insulsos, plagados de ridículos y empalagosos superlativos, amantísimos, dulcísimos, amorosísimos, etc. A ella, lectora apasionada y asidua de los grandes escritores, no podía menos de producirle tan pobre libro una impresión deplorable. Cuando se lo devolvió a los tres o cuatro días, Cristobalina le preguntó:

—¿Lo has leído? ¿Qué te ha parecido?

—Me repugna—contestó con su habitual y un poco ruda franqueza.

Cristobalina quedó consternada.

—¿Te repugna?

—Sí, me repugna. Tiene demasiado azúcar para mí. Prefiero los platos salados y picantes.

La marquesita la miró sorprendida y al fin soltó una carcajada.

—¡Eres deliciosa, Rogelia! Me encanta tu franqueza.

—No tengo otra virtud.

—Pues ahora me encanta tu humildad.

A medida que intimaba con la hija del duque, Rogelia se sentía más inquieta. No podría explicar ella mis-

ma si era el temor de verse descubierta, o si otro picor extraño le hacía cosquillas en el alma.

Una mañana que salió de compras, entró en la librería de Durán, en la Carrera de San Jerónimo, y adquirió un volumen en francés que contenía los Evangelios de Jesús, los hechos de los Apóstoles y las Epístolas de San Pablo. La lectura de aquel libro la impresionó profundamente, removió el sedimento de sus creencias, despertó sus recuerdos y dió forma a los vagos anhelos de su espíritu. El alma femenina, por disipada y aturdida que se halle o por baja que haya caído, guarda siempre en lo más hondo un ideal de pureza preparado a salir al primer llamamiento. La voz del Evangelio era fuerte y dulce a la vez. ¿Qué te importa ganar el mundo si pierdes tu alma? ¿Para qué sirve lo que has aprendido si no te da la paz del alma?

Se sintió avergonzada, pero consolada al mismo tiempo. Jesús no había venido al mundo para salvar a los santos, sino a los pecadores. «Yo quiero la misericordia y no el sacrificio; porque yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.» «Yo no he sido enviado mas que para las ovejas perdidas.» «Si alguno tiene cien ovejas y una de ellas se ha extraviado, ¿no deja las noventa y nueve en la montaña y no va a buscar aquella que se ha extraviado?» Estas dulces palabras saltaban a sus ojos y penetraban en su corazón. Recordaba a la vez las del viejo párroco de Lada, cuando le advirtió severamente del peligro que corría. Y no pudo menos de pensar que ella era la oveja perdida y extraviada de que habla el Evangelio.

Las epístolas de San Pablo, el más sublime comentario y la interpretación más luminosa del Evangelio, consiguieron apasionarla. Aquella razón sólida y poderosa unida a tan ardiente caridad, expresada con acentos viri-

les respondía a su temperamento fuerte y reflexivo, a su corazón firme y justo.

Al subir una tarde, como de costumbre, a hacer compañía a Cristobalina, encontró en el gabinete de ésta a un sacerdote. Cristobalina se lo presentó llamándole el doctor don Benito Sanz y Forés. Era un hombre de mediana edad y estatura, grueso y bien proporcionado, cara redonda adornada con gafas tras las cuales lucían unos ojos severos e inteligentes. Este doctor Sanz y Forés no era entonces mas que auditor del Tribunal de la Rota. Más adelante llegó a ser obispo de Oviedo y arzobispo de Sevilla, pero lo mismo entonces que después, simple clérigo o príncipe de la Iglesia, siempre fué el mismo sacerdote humilde, fervoroso y austero, cuya elocuencia fogosa hacía pensar en la del beato Juan de Avila, llamado el apóstol de Andalucía, tal cual nos la describen sus biógrafos. Se despidió prontamente, pero en las pocas palabras que le oyó Rogelia comprendió que se las había con otro hombre diferente del autor del famoso devocionario que Cristobalina tanto le había elogiado.

—¿Quién es este señor?—preguntó a su amiga cuando hubo salido.

—Mi antiguo confesor, y que ahora debe serlo también. Lo ha sido igualmente de mi madre y es quien la ha auxiliado en la hora de la muerte.

Quedó un instante silenciosa y pensativa. Luego murmuró con acento doloroso:

—¡La muerte, la muerte!... ¡Pobre mamá!... ¡Qué horrible noche!

Rogelia, como otras veces, le tomó las manos, aquellas finas manos de porcelana, y le dijo suave y cariñosamente:

—Cuéntame algo de tu vida, Cristobalina. Nada sé de cómo eras antes de entrar en el convento.

La joven le devolvió su mirada afectuosa y su efusivo apretón de manos y sonriendo tristemente respondió:

—Yo no tengo historia: yo he sido siempre una tonta.

—¿Cómo una tonta?

—Sí, una tonta. Nadie mas que mi madre me ha hecho caso jamás. Todas las atenciones, todos los mimos y cuidados eran para mi hermano, que me llevaba seis años de edad. Cierto que lo merecía. Era un chico admirable de fuerza, de hermosura, y según decían de talento también. Yo siempre fuí un comino, un ser insignificante. Me dejaban en manos de las doncellas y luego de una institutriz francesa. Los amigos de la casa casi ignoraban mi existencia. Sólo mi madre de vez en cuando me hacía traer a sus habitaciones y me acariciaba tiernamente; pero no lo hacía a menudo porque estaba de lleno entregada a la vida de sociedad, donde se celebraba mucho su hermosura y su elegancia. Era bellísima mi madre, y cuando se vestía para ir a un baile o un teatro producía impresión en todo el mundo. Era alta, esbelta, distinguida y levantaba la cabeza con orgullo como si fuese una reina. En un baile de trajes que dió la duquesa Angela de Medinaceli se disfrazó de zarina tomando por modelo un traje de gala de Catalina II. Mi institutriz me dijo al día siguiente que había sido muy festejada y que la reina Isabel, que asistió al baile, la había felicitado diciéndole: «Estás preciosa, duquesa. Si la emperatriz Catalina resucitase quedaría muy contenta de verse tan bien representada...» ¡Pobre mamá! Ya estaba entonces herida del mal que la llevó al sepulcro tan joven todavía, pues no había cumplido treinta y cuatro años, cuando el mundo le brindaba aplausos y placeres de los cuales era tan apasionada. Yo la encontraba cada día más delgada y más pálida, pero no me daba cuenta del peligro que corría. Sólo una vez oí

a un criado decir a mi institutriz: «Me parece que la señora duquesa no hará los huesos muy duros.» La institutriz le hizo una muda advertencia señalándome con los ojos y bajaron la voz. Yo comprendí bien lo que aquello significaba y quedé muy contristada, pero se me olvidó pronto. Era una niña de nueve años y en esa edad las impresiones son fugaces. Sin embargo, mi madre, que descaecía por momentos, dejó de asistir a teatros y reuniones y por fin hubo de quedarse en casa sin poner el pie en la calle. Estaba la pobrecita sentada siempre en una butaca... como yo ahora.

—No; tú no estás tan mala como ella—le dijo Rogelia besándola.

Cristobalina se encogió de hombros sonriendo.

—Es igual. Yo, por la misericordia de Dios, estoy libre de temores y el mundo no me parece tan seductor como a ella. Casi todos los días me llevaban a su habitación. Mi hermano Jaime estaba entonces en Segovia, en el colegio de Artillería. Me sonreía dulcemente, me decía palabras muy cariñosas, pero no me besaba; solamente me entregaba su mano, que yo besaba con pasión porque adoraba a mi madre. Por fin dejaron de llevarme a su gabinete y supe que estaba en la cama. Un día me llevaron. Estaba horriblemente pálida, pero hermosa aún. En la cara compungida de cuantos la rodeaban adiviné que algo terrible iba a pasar. Me hizo seña de que me acercase y me dijo con voz apagada: «—No te beso, hija mía de mi alma, porque mis labios dan la muerte.» Al decir esto gruesas lágrimas se escaparon de sus ojos. Yo me precipité sobre ella y cubrí de besos sus mejillas y sus labios. Costó gran trabajo arrancarme de sus brazos... Aquella misma noche una doncella, la más antigua de la casa y la que más me quería, me tomó llorando de la mano y me condujo al oratorio de

la casa, donde hay una hermosa imagen de la Virgen del Carmen, y me dijo: «—Cristobalina, ya no tienes otra madre mas que ésa. Besa sus pies.» Yo besé los pies de la Virgen. «—Besa los pies del Niño.» Yo besé los pies del Niño. En mi cabeza infantil se operó un cambio, un verdadero trastorno: vi de repente toda la miseria, todo el dolor de este mundo y sentí deseos de dejarlo y de marcharme al Cielo con mi madre. Fué una luz que la Virgen Santísima alumbró en mi alma y que por su divina intercesión no se apagó jamás... Pocos días después mi padre me envió al colegio del Sagrado Corazón, en Chamartín. Allí permanecí nada menos que ocho años. Allí concebí la idea y formé el propósito de consagrarme a Dios y de ser hija por completo de la Santísima Virgen del Carmen, a la cual había tomado por madre. Lo tuve callado algunos años, pero al cabo lo declaré, y como tú puedes presumir, las religiosas del Sagrado Corazón lo aprobaron y lo aplaudieron. Papá fué también sabedor de él y no hizo oposición.

—¿Cómo? ¿Tu padre estaba conforme con que te hicieses monja?

—Mi padre, Rogelia, con esa apariencia de hombre mundano y distraído es piadosísimo y de una virtud ejemplar. Por nada falta él a sus deberes religiosos. En la iglesia está siempre con un fervor que edifica. Cuando viene de madrugada a casa, porque es senador, hombre político y muchas veces el ministro le retiene trabajando en su despacho hasta el amanecer, nunca deja de entrar en las Calatravas o San José a oír una de las primeras misas... Además—añadió bajando la voz y acercando sus labios al oído de Rogelia—, yo sé que hace penitencias en secreto. Ahora estoy segura de que se flagela en memoria de la pasión de Nuestro Señor, porque hace pocos días, curioseando en su dormitorio,

hallé escondidas en un cajón del bargueño unas disciplinas.

A Rogelia le acometieron a un tiempo ganas de reír y de llorar. Hizo un esfuerzo, tosió, volvió la cabeza a otro lado y preguntó después afectando naturalidad:

—Bueno, ¿y por qué no se ha realizado ese propósito desde luego y has venido a casa como me has dicho y has entrado en la vida de sociedad?

—Porque sucedió la muerte de mi hermano Jaime, que era ya teniente de Artillería. Entonces toda la parentela y los amigos de mi padre cargaron sobre él representándole que yo era la única heredera de su nombre y de sus títulos y que por lo tanto debía renunciar al convento para hacer honor a una casa tan ilustre... Yo me río de estas cosas, ¿sabes?, pero el mundo las toma muy en serio. Total, que las mismas monjas, seducidas por las señoras que llaman del gran mundo, cambiaron de opinión; hallaron razonable que desistiese de mi idea y me allanara a ser otra señora del gran mundo. Salí de Chamartín y vine a esta casa y mi padre me presentó en sociedad y fuí a los teatros y a los bailes. Por lo que en seguida advertí, formó el proyecto de casarme. Dos pretendientes se presentaron y los dos aceptables: uno de ellos fué el vizconde de la Presilla, primo mío y que debía ser el heredero de los títulos de mi padre en el caso de que yo me hiciese religiosa; otro fué mi tío el marqués de los Tastos, hermano menor de mi madre.

—¿Cuál de los dos te gustaba más?

—Ninguno me inspiraba gran interés. Sin embargo, creo que mi tío Felipe me agradaba más. Era capitán de Caballería, tenía treinta y seis años, buen mozo, aunque de figura un poco ordinaria. Martinito, mi primo, era un chicuelo de veinte años, muy elegante, muy vivo, muy remilgado y muy hablador. Pero mi tío aparentaba ser

un hombre frívolo y le juzgué apartado de la religión por las bromas que se permitía. Se burlaba de mi vocación y decía riendo a carcajadas que él se encargaría de *desmonjarme*. Esta fea palabreja cada vez que la pronunciaba me hacía daño, me escandalizaba. Además era un poco rudo en su trato. «¡Al fin de caballería!», decía papá riendo. Yo le consideré disipado y hasta incrédulo, aunque no estaba en lo cierto, como luego te diré. En cambio Martinito afectaba por todo lo tocante a la religión un respeto edificante. Iba a misa con el devocionario en la mano, asistía a las novenas y sermones, hacía de vez en cuando retiros espirituales; por nada en el mundo dejaría él de ayunar los días de abstinencia. Me regaló la *Vida devota* de San Francisco de Sales, primorosamente encuadernada, me trajo de Lourdes un frasquito de agua milagrosa y consintió en cederme un crucifijo que tenía en gran estima por estar tocado en el Santo Sepulcro. Por estas razones me decidí al cabo por mi primito, aunque vuelvo a decirte que no me hacía gracia ni su figura ni su trato. Así se lo comuniqué a mi padre, que no puso obstáculo alguno, aunque yo estaba segura de que le era más simpático su cuñado. La mamá del vizconde, mi tía Berenguela, vino a pedir mi mano con toda solemnidad, me regalaron una magnífica pulsera de brillantes y rubís y se fijó para seis meses después la fecha de la boda. Martín desde entonces entró con más asiduidad en casa, muchos días comía con nosotros, me acompañaba en el paseo y apenas salía de nuestro palco en los teatros... Mas hete aquí, querida Rogelia, que una mañana en que por rara casualidad fuí al cuarto de la plancha a inspeccionar el plisado de una de mis enaguas, escucho antes de llegar a allá la voz de mi primo; avanzo después con cautela y me acerco a la puerta del cuarto, que

sólo estaba llegada, miro por la rendija y veo al primito retozando con la doncella, abrazándola y besándola. Me escapé corriendo y no puedo decirte lo que entonces sentí...

—Te lo diré yo: lo que sentiste fué asco.

Cristobalina la miró un instante con ojos de asombro.

—¡Eso es! Aquel mismo día me postré ante la imagen de la Virgen del Carmen, le pedí perdón por haber faltado cobardemente a mi promesa y resolví, costase lo que costase, hacerme religiosa carmelita. No costó nada, porque mi padre, a quien participé lo que había ocurrido, no se atrevió a contrariarme. Pocos meses después tomé el hábito en Salamanca. Esta es mi historia, Rogelia. Ahora sabrás que no mucho después de la toma de hábito tuve noticia del fallecimiento de mi tío Felipe acaecido en Pamplona. Murió de una tifoidea y me dieron de su fin detalles verdaderamente admirables que me sorprendieron profundamente. Murió como un santo. Me dijeron que pidió perdón en voz alta a todos los que hubiese ofendido, que repetía con fervor la letanía de la Virgen y que cuando le llevaron el Viático se arrojó de la cama como hizo el rey San Fernando y besó el suelo... ¡Ya ves qué contraste con el primito!

—Se representa muchas veces en esta vida, Cristobalina, la parábola del Evanglio que esta misma mañana he leído. Un padre tenía dos hijos y mandó al primero a trabajar en la viña y respondió: «No quiero»; pero arrepentido luego fué a trabajar. Llamó después al otro para darle el mismo encargo y le respondió en seguida: «Voy, señor...»; pero no fué.

V

Rogelia leía y releía los Evangelios. Cada vez más se sorprendía de que aquella voz no hubiera llegado antes a sus oídos. En su infancia había aprendido el catecismo, pero el buen párroco de Lada sólo se preocupaba de que lo supiese de memoria, y ella lo repetía como un loro. Faltaba el sentido íntimo y profundo de las palabras, faltaba la luz que alumbrase las tinieblas de su inteligencia.

Cuando se hizo la luz quedó horrorizada. En un principio se sentía tan avergonzada en presencia de Cristobalina que le temblaba la voz cuando hablaba con ella y huía su mirada. Le subían los colores al rostro cuando entraba en su cuarto, y por más esfuerzos que hacía las rojas chapetas no querían desaparecer. Pero lo que la turbaba y cohibía era un respeto humano. Temía ser descubierta y que aquellos ojos que tan dulcemente le sonreían se clavasen en ella con desprecio.

Poco a poco aquel miedo fué dejando paso a un sentimiento más noble. Y no se avergonzó tanto de ser descubierta como de sí misma, de su pecado, del abismo de perdición en que había caído. Le acometió una tristeza profunda que en vano procuraba disimular. Vilches se dió cuenta de ella, pero, como fisiólogo, lo achacó inmediatamente a causas materiales. La vida sedentaria que hacía en Madrid, sobre todo desde que había traba-

do amistad con la hija del duque, no le convenía: era necesario volver a las costumbres de París, salir, asistir al teatro, hacer excursiones; sobre todo ocuparse en trabajos científicos que tanto bien le habían hecho lo mismo para su inteligencia que para su organismo. Ella no quería contradecirle, asentía con la cabeza, reservándose su opinión bien contraria.

Aquella honda tristeza la hizo descaecer en pocos días. Vilches, alarmado, temió el contagio de la tuberculosis y trató de prohibirle que volviese a visitar a la enferma. No pudo conseguirlo. Por el contrario, Rogelia menudeó cada vez más y alargó las visitas. Felizmente su organismo sano de aldeana y su mente, más sana aún, no tardaron en reaccionar. Al sentimiento de desprecio de sí misma que últimamente le había acometido sucedió al cabo otro más valeroso. «Vivo en el pecado—se dijo—pero no estoy definitivamente perdida. Mientras no se acabe mi vida todo puede enmendarse. Está en mi poder el hacerlo.» Y con este pensamiento quedó fortalecida aunque nada concreto y preciso se formulase en su mente. Había tocado en el fondo, pero había dado con el pie y subió a la superficie. Sin embargo, como el náufrago que luchando con la muerte va perdiendo las fuerzas para nadar, otra vez volvió a sumergirse. Y otra vez volvió a dar con el pie y salió a respirar el aire puro de la libertad. Estas alternativas la fatigaban, la irritaban; aquel trabajo incesante de su espíritu le hacía vivir en continuo sobresalto. La Gracia golpeaba ya sordamente en su corazón como la crisálida dentro del tronco antes de salir.

Mientras tanto la terrible enfermedad de Cristobalina caminaba con velocidad y hacía estragos en su débil naturaleza. En los primeros tiempos salía por las mañanas en coche y Rogelia solía acompañarla. Iban hasta el Re-

tiro y allí Rogelia la animaba a apearse y la conducía paseando a un banco, donde ambas se sentaban y charlaban largo rato recibiendo la suave caricia de la brisa de otoño. La marquesita se mostraba siempre risueña y despreocupada como si no se diese cuenta de su estado y no imaginase que se hallaba próxima a la muerte. Rogelia, lo mismo que todas las personas que la rodeaban procuraba con todas sus fuerzas mantenerla en esta inconsciencia, le hablaba de su curación como cosa descontada y le prometía ir a Salamanca cuando pronunciase los votos, porque observaba que éste era el pensamiento fijo y el único anhelo de su espíritu. Sin embargo una mañana, sentadas ambas en una de las avenidas más frondosas del parque, Cristobalina quedó largo rato silenciosa y pensativa. Miraba con insistencia al árbol que tenía enfrente, del cual se desprendían a impulso de la brisa algunas hojas secas. Rogelia, un poco inquieta por su silencio, le preguntó:

—¿En qué piensas, Cristobalina?

—Pienso—respondió sin apartar la vista del árbol—que antes de que caiga la última hoja de ese árbol yo también habré caído.

—¡Qué idea!—exclamó Rogelia estremecida—. Tu enfermedad no es tan grave. Estás decaída, estás anémica, pero eso tiene remedio; Fernando me ha dicho que te encontraba ayer mejor y que el tónico que te ha recetado el doctor Velasco te llegará a fortalecer por completo.

Cristobalina la miró fija y largamente mientras una dulce sonrisa se dibujaba en sus labios. Luego le tomó las manos y le dijo:

—Me crees demasiado inocente, Rogelia. Lo soy, pero no tanto. Aunque he pasado mi vida entre cuatro paredes, de la vida y de la muerte sé más que muchos que

han vivido siempre en el mundo. Lo mismo tú que mi padre, que los médicos y cuantas personas me visitan, pensáis que vivo engañada y os esforzáis en mantenerme en el engaño. Sin embargo, aunque no lo creáis, en vuestros ojos he leído mi sentencia. No lo necesitaba, porque antes de salir del convento sabía ya que estaba destinada a morir como mi madre... ¡Morir!... ¿Y qué es morir? A ese árbol le caerán todas las hojas y en poco tiempo quedará desnudo, pero no morirá. Dentro de su tronco como dentro de mi cuerpo está la vida, y así como él surgirá de nuevo en la primavera fresco y pomposo, igualmente mi cuerpo resucitará puro y glorioso, sin achaques como ahora, sin dolores, para nunca más morir. Jesucristo nos lo ha prometido y San Pablo explica y confirma esta promesa con palabras bien elocuentes.

Rogelia no supo qué contestar. Dominando al cabo la emoción que la embargaba replicó jocosamente:

—Bien; pero yo quiero y todos queremos que esa resurrección sea lo más tarde posible.

—Que sea cuando Dios quiera.

Después de esta conversación, Rogelia quedó aún más inquieta. Admiraba la virtud y la piedad de aquella singular criatura, y ligada a ella cada día más por el afecto, se sentía, no obstante, cada vez más lejos.

Por su parte Cristobalina había concebido por Rogelia un afecto tan tierno y vehemente que maravillaba a cuantos la rodeaban: era una pasión de enferma y de niña a la vez, era un capricho febril que hacía sonreír al mismo Vilches y le ponía celoso. Tomando al pequeño Joselín sobre sus rodillas le decía sonriendo picarescamente:

—Joselín, a ti y a mí la marquesita nos ha desbancado.

— ¡Pobrecita! — exclamaba Rogelia—. Vosotros no estáis enfermos. Si lo estuviereis (lo que Dios no permita) os mimaría más que a ella.

Cristobalina sentía remordimientos por este cariño. Un día le dijo:

—Rogelia, estoy pecando por tu causa. Te quiero demasiado.

—Calla, tonta—replicó aquélla riendo—. Dios te lo perdona porque estás enferma. Ya te pondrás buena y dejarás de quererme.

—¡Oh, qué pícara eres!—exclamó llevando la mano de su amiga, que tenía cogida, a los labios y besándola tiernamente—. Demasiado sabes que mientras esté en este mundo no dejaré de quererte... Y en el otro, Dios me lo permitirá también. Nuestro cariño entonces será más puro y más grande.

Con esta y otras expresiones semejantes no es maravilla que Rogelia estuviese embelesada. Aquella dulce criatura la fascinaba de tal modo que hubiera dado su vida por ella.

Al fin la marquesita dejó de salir. Permanecía sentada en una butaca y se negó en absoluto a recibir visitas. En cambio, aunque no lo expresase francamente sino con timidez y suma delicadeza, con gestos más que con palabras, dejaba sentir su deseo de que Rogelia la acompañase. Y ésta respondía a su tierno deseo pasando a su lado casi todas las horas del día, dejando abandonada su casa, a Vilches y a su hijo.

Llegó un día en que Cristobalina no pudo levantarse de la cama. Se sentía tan débil, tan deshecha que cualquier movimiento la dejaba aniquilada. Entonces con más ardor aún su mirada suplicante pedía a Rogelia que no se apartase de su lado. Nadie más que Rogelia podía moverla. Todos le hacían daño. Las manos de Rogelia,

como si fuesen las de una hada, tenían el privilegio de manejarla sin causarle la menor molestia.

Cierto día, después de una de estas faenas en que hubo necesidad de incorporarla repetidas veces porque se ahogaba, Cristobalina le dijo tristemente:

—Ten un poco de paciencia. Muy pronto dejaré de molestarte.

—¿Cómo molestarme? Por darte a ti algún alivio, angel del cielo, sufriría los mayores dolores de este mundo—exclamó arrebatada Rogelia con lágrimas en los ojos.

La marquesita igualmente enternecida replicó:

—Dios te lo pague, Rogelia... Te digo lo que me decía mi madre: no te beso porque mis labios dan la muerte.

—Y yo te respondo como tú has respondido a tu madre.

Y abrazándola la besó con efusión repetidas veces.

Vilches se mostraba muy disgustado. Era una temeridad lo que hacía.

—Estás jugando con fuego, Rogelia—le dijo en una ocasión—. Debes guardar tu vida por mi y por tu hijo.

Rogelia respondio:

—Tú y mi hijo quedaríais mejor si yo me muriese.

Y sofocada por la emoción, a punto de romper a llorar se escapó del despacho del doctor, donde se hallaba.

Este quedó consternado. No se daba cuenta de lo que aquello significaba. Observó que el corazón de Rogelia había cambiado bastante desde hacía poco tiempo, que no le interesaban como antes los asuntos científicos, que no le refería sus lecturas y no las comentaba, que estaba casi siempre triste y silenciosa, y aun la había sorprendido con señales de haber llorado. Todo esto le hizo sospechar que la monjita del piso de arriba la estaba *fanatizando*. Tal fué la palabrilla que al cabo de sus

reflexiones acudió a su cerebro y murmuraron sus labios. Afortunadamente—se dijo cruelmente—esto concluirá pronto. La marquesita tiene vida para pocos días.

Así fué, como el doctor lo predijo. Pocos después, una noche a primera hora Rogelia hizo irrupción en su despacho muy pálida:

—Fernando, creo que Cristobalina se muere. Sube inmediatamente.

Sin sobresalto el doctor se alzó del sillón haciendo un gesto de resignación que indicaba que aquello lo tenía bien previsto.

En casa del duque había gran movimiento. Los criados iban y venían; se había avisado al doctor Velasco que no tardó en acudir; también se dió aviso a algunos parientes y amigos íntimos del duque. Acudieron la tía Berenguela y su hijo el vizconde de la Presilla, casado recientemente con la hija de un rico banquero y trayendo consigo a su joven esposa, el duque del Real Saludo, la condesa de Entrambasaguas con su hija; Perico Bendaño, un primo lejano y cercano camarada de crápula del duque. Este, que se hallaba en el Teatro Real oyendo a Tamberlick, había acudido de los primeros bien teñido y engomado, con su frac y su cruz de Santiago.

La marquesita se moría, en efecto. Uno tras otro le habían dado varios ataques de disnea: se temía que no saliese de uno de ellos. Cuando entraron en el dormitorio Rogelia y Vilches abría los ojos. Al ver tantas cabezas inclinadas sobre ella paseó una mirada extraviada y volvió a cerrarlos como si le repugnase la visión. Llamó después con voz débil a su padre.

—Papá, que vayan a buscar al padre Benito.

El duque dió la orden. El día anterior habían administrado el Viático a su hija; pero como ésta comulgaba

a menudo no pensó que su fin estuviese tan cercano y para distraer su dolor se había ido un rato a la Opera.

No tardó en llegar el doctor Sanz y Forés. La gente se retiró al salón contiguo. Entró el sacerdote: no mucho después salió llamando a Rogelia. Cristobalina quería que entrase ella sola. El duque también entró. Cristobalina le dijo con voz apagada:

—Papá, márchate... Te estás haciendo daño.

El duque obedeció. Al quedar solos en la estancia el padre Benito y Rogelia los ojos de la enferma sonrieron.

—No llores, Rogelia—pronunció con acento tan apagado que parecía un soplo—. Me voy a un mundo infinitamente mejor, me voy con Jesús y la Santísima Virgen, con los ángeles y los santos... El padre Benito me asegura que todos mis pecados están perdonados, ¿verdad, padre?

—Sí, hija mía, sí—respondió conmovido el sacerdote—. Tus leves pecados ya no existen. El cuerpo sagrado de nuestro Divino Redentor que ayer te ha visitado los ha barrido de tu alma como el polvo que nadie en el mundo, hasta los elegidos de Dios, dejan de llevar sobre sí al fin de la jornada.

Hubo una pausa. Cristobalina tenía cogida la mano de Rogelia. Dijo al cabo sonriendo:

—¿Cree usted, padre, que en el Cielo recibirán con gusto a una tontita como yo?

—Hija mía, en el Cielo se recibe siempre con alegría a los sencillos de corazón. La más grande sabiduría que podemos alcanzar los humanos en este mundo, la única que nos sirve de algo en el otro es el abandono de nosotros mismos en la Providencia Divina siguiendo las huellas de Jesucristo.

Hubo otra pausa. Cristobalina tenía cerrados los ojos. Los abrió al fin como sobresaltada.

—¡Mirad, mirad!... Allí está el Cielo... Veo a los ángeles... ¡Qué hermoso, qué hermoso! Veo a la Madre de Dios en medio de ellos. Lleva un manto bordado de estrellas... Oigo una música divina... La Santísima Virgen tiene un escapulario en la mano... Con la otra me hace seña de que me acerque... ¿Qué mujer está detrás de ella?... ¡Ah!, es mi madre... ¡Mamá, mamá! Ahí va tu hija... ¡Pronto, pronto llevadme con ella!

Cerró de nuevo los ojos. Al abrirlos los fijó con amorosa expresión en Rogelia.

—Rogelia, hermana mía, en el Cielo te espero... Pide por mí.

A Rogelia se le escapó un grito de dolor y de vergüenza.

—¡Pide tú por mí, ángel del Cielo! ¡Ah, si supieses!...

Y llevándose las manos al rostro sollozó con desesperación.

—No llores, Rogelia... No se debe llorar por los que dejan este mundo.

Pocas más palabras habló. Cerró los ojos y abrió la boca tratando de aspirar el aire con ansia. Después dobló la cabeza.

Rogelia salió corriendo a llamar a Fernando y al doctor Velasco. Estos, después de las pruebas necesarias en estos casos, comprobaron que había fallecido. El doctor Sanz y Forés les preguntó:

—¿Ha concluído todo?

—Sí, todo ha concluído.

Entonces, asomándose a la puerta del salón donde se hallaba la gente reunida, profirió con acento grave y solemne:

—Señores, el alma pura, virginal y santa de la marquesa de Santa Clotilde ha subido al Cielo. Pidamos por

su intercesión a Dios que nos conceda una muerte parecida.

Se dejó caer de rodillas. Todos le imitaron, incluso los médicos. Se oró en silencio durante unos minutos. El duque quiso entrar en el dormitorio, pero se lo impidieron. Tampoco hizo demasiados esfuerzos por conseguirlo. En cambio le atracaron de tila y azahar, éter y pastillas de bromuro, y a impulso de estos productos farmacéuticos le acometió un pesimismo desolador. La vida no era mas que una cadena de sinsabores. No valía la pena de haber nacido. El lote de todos los humanos, un constante sufrir, etc., etc.

Al fin le llevaron casi en brazos a su dormitorio. Mientras hacia allí marchaba no cesaba de repetir: «¡Qué triste es la vida! ¡qué triste! ¡qué triste!»

Se dieron las órdenes oportunas y se formó la capilla ardiente. Cristobalina fué amortajada por Rogelia y la tía Berenguela. La vistieron el hábito del Carmen que había usado en el convento y le pusieron sobre el pecho un hermoso Crucifijo de oro, juntaron sus manos y cerraron sus ojos. Como aún no había profesado cubrieron de flores su lecho.

Terminados estos piadosos actos todos se salieron al salón. Algunos se despidieron para sus casas; otros decidieron quedarse velando el cadáver. Ninguno, sin embargo, manifestó deseos de permanecer a su lado. Sólo Rogelia pidió autorización para sentarse cerca de la que fué su amiga.

Quedó sola. Durante algún tiempo escuchó el rumor de las conversaciones en el salón contiguo. Poco a poco este rumor se fué apagando. Comprendió que la gente bien acomodada en divanes y butacas se iba adormeciendo o hablaba cuchicheando.

No se oía en la estancia funeraria mas que el chispo-

rroteo de los grandes cirios. Rogelia no podía apartar los ojos de aquella criatura a quien tanto había amado. Parecía dormida con dulce y profundo sueño. ¡Qué contraste entre este sosiego y la agitación y alboroto que reinaba en su alma! Golpeaba con furia el pensamiento en su cerebro amenazando romperlo. Su rostro se hallaba dolorosamente contraído.

¿Qué soy yo? ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué extrañas circunstancias me han traído a ser la amiga íntima de esta angelical criatura tan altamente colocada sobre mí en el mundo? ¿Con qué derecho obtengo un respeto que no merezco? Un golpe del azar y la fortuna me ha levantado en poco tiempo desde lo más bajo a lo más alto. He logrado la riqueza, casi la opulencia, he conseguido instruirme como pocas mujeres, se me considera, hasta se me admira. Mas ¡ay! el alcázar de mi grandeza está fabricado sobre un estercolero. Respiro el perfume de todos los bienes de la tierra, del amor, del lujo, de la lisonja, del arte y la ciencia, pero a este perfume viene mezclado siempre el hedor del cieno. Jamás podré purificarlo... ¿Jamás? ¡Quién sabe! Si la podredumbre está abajo, el Cielo está arriba. Y del Cielo nadie está excluído, ni los ladrones, ni las mujeres perdidas. Por secretos senderos, que yo juzgaba ofrecidos por la casualidad, pero sin duda señalados por el dedo de Dios, ha llegado hasta mí el filtro mágico capaz de extraer lo que hay de maloliente en mi existencia. ¿Cómo dudar que el ángel que aquí reposa ha sido enviado por Dios para salvar mi alma?...

Se alzó de la silla, acercó su rostro al del cadáver de su amiga y como si le hablase al oído le dijo:

—Cristobalina, mi niña querida, ya estás en el Cielo, ya lo sabes *todo*. Perdóname y pide al divino Jesús que me perdone. Pide a la Santísima Virgen que me ilumine, que me diga lo que debo hacer.

Después, arrodillada, oró largo rato. Al fin rendida por el cansancio se dejó caer en una butaca y quedó dormida. Cuando despertó apuntaba ya la aurora. Al entrar la luz en sus ojos entró también en su espíritu.

Supo lo que debía hacer.

Bajó a su casa, donde todo el mundo reposaba aún, se puso la mantilla y se encaminó a la iglesia de San Sebastián, que no estaba lejos.

—¿A qué hora dice la misa el padre Sanz y Forés?

—En este momento sube al altar—le respondió el monaguillo señalando al sacerdote que en uno de los altares se disponía a celebrar el Santo Sacrificio.

—Cuando termine hazme el favor de decirle que una señora le espera para confesarse. ¿Dónde está su confesionario?—le preguntó poniéndole una moneda en la mano.

El chico, agradecido, la llevó hasta él. Rogelia se arrodilló y esperó largo rato. Al fin llegó el padre Benito, que se sentó en el confesionario dirigiéndole una mirada, sin reconocerla.

La confesión duró largo tiempo. Al ponerse en pie Rogelia tenía las mejillas inflamadas. En sus ojos enrojecidos y secos llameaba una firme decisión.

TERCERA PARTE

I

Al salir de la iglesia montó en un coche de punto y se hizo conducir a la calle de Toledo. Entró en varias tiendas que acababan de abrir, y compró todo un ajuar de menestrala, camisas ordinarias, un vestido de percal, medias, enaguas, un mantón burdo de lana, pañolones de seda para la cabeza, zapatos, alpargatas. Lo encerró todo en una caja de cartón, la metió en el coche y se restituyó a su casa. Guardó la caja en un armario y fué al dormitorio donde aún reposaba su hijo.

Le estuvo contemplando largo rato. Sus ojos permanecían secos; su pálida frente estaba surcada por una arruga profunda; sus manos temblaban. Vilches la sorprendió en aquella actitud.

—Estás muy pálida, Rogelia. Ha sido locura permanecer toda una noche al lado del cadáver. Estas impresiones alteran el organismo y pueden ser funestas. Toma una taza de tila con azahar y métete en la cama. Salgo a hacer mis visitas.

Rogelia fingió obedecer; tomó la tila, pero no se acostó. Lo que hizo fué encerrarse en su gabinete y orar largo tiempo de rodillas. Luego se sentó delante de su *bureau* y escribió la siguiente carta:

«Fernando mío, voy a causarte un terrible disgusto...

o por lo menos me forjo esa ilusión. Me separo de ti quizá para siempre. No puedo seguir viviendo contigo una vida que ofende a Dios y escandaliza a los hombres. Los lazos que a ti me unen son bien dulces, pero vergonzosos. El pecado había oscurecido mi alma, pero Dios misericordioso hizo brillar en ella una luz que de golpe disipó las tinieblas. Déjame expiar mi pecado mucho mayor que el tuyo, porque yo no era libre. Los afectos terrestres, Fernando mío, si no existe el mundo invisible no tienen valor alguno; son lazos puramente animales. Y si este mundo existe, como yo creo, entonces adquieren valor efectivo pero sólo a condición de que Dios los bendiga. No quiero que los buenos me miren con horror y yo misma me desprecie.

»—¿Y tu hijo?—me dirás—. Mi hijo poco pierde perdiéndome. Yo, pobre mujer, nunca podría servirle mas que con mi amor. Tú le servirás con tu amor y con los medios poderosos que Dios ha puesto en tus manos. Hoy mi hijo me ama: mañana seré para él un estorbo y una vergüenza.

»Adiós, Fernando. No intentes buscarme ni seguirme. Necesitaría recordarte que nuestra unión es falsa y que pesa sobre mí un vínculo sagrado y legítimo; mas sí puedo asegurarte que, si Dios me concede la libertad, aunque no fuese mas que un día, aunque no fuese mas que un minuto, ese minuto lo emplearía en estrecharte contra mi pecho. Porque, escúchalo, Fernando, por última vez, te adoro, te quiero con toda mi alma, has sido el único amor, la única ilusión de mi existencia. La sola esperanza que me anima en este instante es que mi sacrificio, aceptado por Dios, me valga la dicha de unirme a ti en el Cielo. Adiós otra vez, Fernando.»

Pasó el día entrando y saliendo en casa del duque

hasta que se efectuó el entierro de la marquesita, que, depositada en una magnífica carroza estufa y arrastrada por seis caballos blancos, fué sepultada en el panteón de familia en una de las Sacramentales de Madrid.

El doctor tenía por costumbre, después de la consulta, que era de tres a seis, permanecer un rato estudiando. Luego se iba al café Suizo, donde se reunía en torno de una mesa con varios amigos, casi todos médicos, y pasaba allí una hora de charla; venía a cenar a las ocho y generalmente no volvía a salir. Rogelia aprovechó la hora del café para sus disposiciones de marcha. Envió a Joselín con Etiennete a casa del doctor Fuentes, famoso oculista, amigo íntimo de Vilches, que tenía un hijo de la misma edad que el suyo. Antes se encerró con él en su gabinete y se hartó de besarle y acariciarle; pero como al hacerlo lloraba, Joselín, apenado le preguntó:

—¿Tienes pupa, mamá? Di a papá que te cure.

Al fin, con el corazón deshecho, le vió partir. Cerrada y lacrada la carta que había escrito a Vilches, la colocó sobre la carpeta de la mesa de su despacho de modo visible; luego pasó a su dormitorio, se disfrazó rápidamente, hizo un lío con la ropa restante y con él en la mano, hurtando la vuelta a los criados, salió de casa, montó en un coche de punto y se trasladó a la estación del Mediodía.

El tren de Andalucía salía a las ocho. Tomó un billete de tercera clase y subió al departamento. Estaba lleno de gente, pobres mujeres como ella ataviadas con mantón y pañuelo a la cabeza, obreros con alpargatas y boina, pero gente alegre y divertida, más feliz al parecer que los ricos con quienes había viajado en primera clase. Durante la noche se cantó, se gritó, se tocó el acordeón y se dijeron infinitas barbaridades en aquel

largo coche con asientos de madera. Rogelia no podía dormir. Aunque hubiera silencio tampoco dormiría.

—Oye, chica, ¿por qué estás tan seria?

Rogelia sonreía, desarmando con su sonrisa a los hombres que enfadados la interpelaban.

—¿Se te ha muerto el novio? Aunque feo, aquí tienes otro.

Llegó al día siguiente, cerca de la noche, a Algeciras. Allí pernoctó en una mezquina casa de huéspedes, durmiendo en un mal catre, teniendo que lavarse en una pequeña jofaina de hierro. Por la mañana fué al muelle y tomó pasaje en el llamado *vapor correo de España,* un barco viejo y sucio, que hacía el servicio de Ceuta, y que mejor que para atravesar el Estrecho con pasajeros serviría para transportar carbón en un río. Cuando llegó la hora se acomodó sobre cubierta en un banco al lado de los menestrales como ella: los burgueses se hallaban reunidos en la otra punta del buque.

Levó anclas el viejo navío, zarpó perezosamente y puso proa a la costa africana. De esta costa venía un hálito encendido y sofocante. El sol derramaba sus rayos sobre las verdes ondas de la bahía y alumbraba las bocas de bronce de los cañones de Gibraltar, que parecían amenazar nuestra pobre tierra indefensa. Pronto se dejó atrás el Peñón, que de lejos semeja, dibujado por las ondulaciones del terreno, un enorme cadáver yacente. Rogelia, ensimismada, paseaba una mirada distraída por el mar, sin darse apenas cuenta de los bruscos movimientos que la corriente del Estrecho imprimía al barco y que agitaban y ponían de mal humor a los pasajeros. Antes de una hora divisaron el Acho, promontorio que domina a Ceuta y sobre el cual hay un fuerte; después el grupo de casitas blancas que debajo de él se esparcen: allá a lo lejos las crestas de Sierra Bullones envueltas en una

neblina azulada. Poco a poco aquel grupo de casas blancas se fué dilatando a la vista de los viajeros, y en torno de ellas se descubrieron amenos huertecitos con árboles minúsculos, los campanarios de algunas iglesias y varios grandes y oscuros edificios.

Ceuta no es una población africana, sino andaluza; es una prolongación de la Andalucía. Asentada en una lengua de tierra que desde el continente africano avanza sobre el mar, la baña éste por todas partes menos por el pequeño trozo donde queda engastada a la tierra en Occidente.

La amplia bahía del Norte por donde arribaban estaba casi desierta; ningún barco de apreciable porte; solamente algunas lanchas pesqueras que llevan su mercancía a Algeciras, a Tarifa y a Málaga y unas cuantas gabarras que perezosamente se deslizaban transportando arena y materiales para los fuertes en construcción. Pronto divisaron sobre la punta del muelle, rodeado de pedruscos, las siluetas de los carabineros.

El buque echó el ancla en medio de la bahía; una lancha grande se acercó a él para llevar a tierra a los pocos pasajeros y en ella pudo Rogelia codearse con los próceres que en el barco habían desdeñado su compañía. Al aproximarse al muelle vió el grupo de curiosos que esperan siempre con ansia la llegada del vapor correo Era una muchedumbre abigarrada, compuesta de militares, pescadores, tenderos judíos y moros desarrapados. Mezclada a sus compañeros ascendió por la empinada escalera que da acceso al muelle, y al poner el pie sobre éste fué examinada como todos los demás por los ojos escrutadores de los curiosos. Su belleza llamó la atención, pero no sorprendió, porque su tipo era el mismo de las mujeres ceutíes, que son altas, esbeltas, con ojos negros, grandes y soñadores: en ellas termina la

Andalucía y comienza el Africa. Naturalmente, hubo de escuchar algunos requiebros de mal gusto por parte de los soldados, pero seria y erguida atravesó con su lío de ropa colgado del brazo, dejó el muelle y penetró en la población.

Entró en una bonita plaza, la de San Sebastián, con su jardín a la inglesa, adornada de estatuas y provista de bancos. Sobre uno de ellos se sentó un instante frente al mar. A la agitación que la había turbado bastante durante la travesía sucedió un extraño sosiego, el sosiego que debió sentir Hernán Cortés después de haber quemado sus naves. Su suerte estaba echada. Volvía a ser lo que había sido: una humilde obrera. Y le sorprendió el no sentir ni dolor punzante ni congoja al dejar su nido amado y los pedazos de su corazón. «¡Es Dios, es Dios!—se dijo con emoción—. Llevo a Dios dentro de mi alma y nadie me podrá ya jamás separar.» Su mirada se clavaba en el azul del cielo y sus labios murmuraban oraciones y bendiciones.

Se levantó, dejó aquella plaza que orilla la mar y se internó en la ciudad. En una de las primeras calles tropezó con un grupo de hombres que tiraban de un pesadísimo cañón. Aunque no vestían uniforme alguno, por sus caras tristes y macilentas sospechó que serían presidiarios. Sin embargo, se dirigió preguntando a una joven que cruzaba en aquel momento a su lado:

—¿Quiénes son estos hombres?

La joven la miró sorprendida, la examinó un instante con curiosidad y respondió:

—¿Qué han de ser?..., penados.

Entonces se fijó más en ellos y les siguió algunos pasos pensando que pudiera estar entre ellos Máximo. Pero se cercioró pronto de que ninguno era su marido. Siguió caminando a la ventura, entró en una nueva plaza

donde vió un gran caserón antiguo que guardaban centinelas. Preguntó y le dijeron que era la Comandancia General. Fuera de dos o tres, las calles que recorrió eran angostas y pendientes, mal empedradas y sin aceras; las casas en su gran mayoría bajas, de modesta apariencia, con ventanas enrejadas como en los pueblos andaluces y también como ellas adornadas de flores.

Fatigada de dar vueltas y sintiendo necesidad de restaurar el estómago entró en una taberna situada no lejos de otra plaza llamada de los Reyes, la más concurrida de las que hasta entonces había visto. La llevaba también allí el deseo de adquirir noticias. Era un amplio pero ruin y sucio establecimiento aquel en que entró aunque sobre la puerta había un pomposo letrero que decía: *A la Gloria de Ceuta*. Pidió café. Una mujer fea, bizca, mal encarada, se lo sirvió con displicencia agresiva, como si se lo diese de limosna. Y en verdad que no merecía ser pagado aquel café; era una pócima repugnante. Rogelia lo sorbió con trabajo, comiéndose un bollo que le había quedado del viaje. Pero con gran sorpresa suya acertó a ver detrás del mostrador a un señor anciano, vestido de levita y de apariencia muy respetable. Sus cabellos eran blancos, su faz rasurada expresaba una dulce y candorosa placidez. Se ocupaba en lavar los vasos, y después de secarlos los iba colocando con tranquilidad solemne en la anaquelería de pino que detrás de él tenía. Como en aquel instante no había en la taberna otra persona que Rogelia, sus ojos se clavaban en ella con insistencia mientras ejecutaba pausadamente su delicada operación. Había tal gravedad en estas miradas y tan majestuosos eran sus movimientos que Rogelia se sintió penetrada de respeto y de curiosidad al mismo tiempo. No podía comprender cómo un caballero tan venerable se hallase en aquel instante ejecutando

tan vil tarea. Si el anciano la miraba con insistencia, con no menos curiosidad le examinaba ella, aunque disimulándolo mejor por respeto. ¿Qué significaba aquello? Hasta le vino a la imaginación la idea de que, como ella, el anciano caballero estuviese haciendo penitencia.

—Don Heliodoro—profirió con acento áspero la mujer mal encarada—, lleve usted el cubo al patio.

El anciano tomó el cubo donde se acumulaban las barreduras y desapareció con él. Cuando vino, de nuevo la mujer volvió a interpelarle con la misma dureza.

—¿Ha limpiado usted las mesas?

—Sí, las he limpiado, querida.

—¿Pero las ha limpiado usted bien?

—Creo que sí—respondió con alguna vacilación el caballero.

La mujer se dirigió a las mesas, incluso a la de Rogelia, y las examinó con sumo detenimiento.

—¡Como siempre! Es usted el gorrino mayor que he conocido. A limpiarlas otra vez mientras voy a buscar el pan.

Y colgando del brazo un cesto que había sobre el mostrador se salió por la puerta. El anciano hizo un gesto de resignación, tomó un estropajo, jabón y un cacharro con agua y se puso a limpiar las mesas con la misma gravedad solemne que había hecho con los vasos.

Rogelia, sorprendida, encontraba cada vez más verosímil la idea de la penitencia. Y como ella venía a hacer lo mismo, sintió por aquel anciano simpatía y admiración. Cuando llegó el turno a su mesa hizo ademán de levantarse.

—No te muevas, hija; no hay necesidad... Eres nueva aquí, ¿verdad, muchacha? No te he visto hasta ahora.

—Acabo de llegar de España.

—¡Ah!... ¿Y vienes por pocos días?

—Vengo a trabajar. Tengo a mi marido en el presidio.

—¡Ah! Muy bien, hija mía, muy bien. ¿Qué oficio tienes?

—No tengo oficio. Quiero ponerme a servir.

—A servir... Muy bien, muy bien. ¿Hace mucho tiempo que está tu marido en el penal?

—Seis años.

Don Heliodoro no interrumpía su tarea mientras hacía estas preguntas; impregnaba el estropajo en agua y lo pasaba suavemente por las mesas.

—¿Le faltan muchos para cumplir?

—Está para siempre.

El anciano hizo un gesto de tristeza, quedó un instante suspenso y murmuró con infinita compasión:

—¡Vaya por Dios! ¡vaya por Dios!... Bueno, ¿y tú qué quieres ser, cocinera o doncella?

—Lo mismo me da uno que otro. Todo lo sé hacer.

—Muy bien, muy bien.

Enderezó el cuerpo que tenía doblado sobre la mesa, quedó unos segundos pensativo con el estropajo en la mano y al cabo dijo:

—Pues yo puedo proporcionarte una casa excelente. Justamente la señora del comandante Manso acaba de despedir a su doncella y me ha encargado que le busque otra. Viven aquí cerca. Una gran familia, de lo principal de Ceuta. Estarás allí como una reina.

Había tanta dulzura en la actitud y las palabras de aquel anciano que Rogelia se sintió conmovida. Su gravedad afable, la placidez de su rostro pálido, coronado por una mata enrarecida de cabellos blancos, su voz pastosa que sonaba gratamente en el oído, la suavidad majestuosa de sus ademanes, todo era adecuado para infundir respeto y veneración. Aquel anciano respiraba

benignidad y mansedumbre por todos los poros de su cuerpo.

—Muchas gracias, muchas gracias, Dios se lo pague—murmuró Rogelia.

Realmente aquel encuentro fué providencial. El anciano quiso enterarse de los pormenores de su viaje y su vida, del delito de su marido y de las circunstancias que lo habían motivado. Rogelia, prudentemente, sólo le comunicó aquello que podia manifestarse.

—¿Y dices que hace mucho tiempo que no tienes noticias de él?

—Hace una larga temporada.

Don Heliodoro quedó pensativo.

—Entonces pudiera muy bien haberse muerto.

El corazón de Rogelia dió un vuelco.

—Sí—continuó—, los trabajos aquí del penado son duros, el alimento malo, el clima extenuante. Son muchos los que no pueden resistirlo. Lo que debes hacer es ir a enterarte a la Dirección.

—Bueno, iré—respondió Rogelia con voz apagada y temblorosa, que don Heliodoro interpretó de un modo bien falso.

—No te apures, mujer. Lo mejor que puedes hacer ahora, porque en la Dirección te van a tener mucho tiempo plantada, es darte una vuelta por las fortificaciones. Si tu marido era, como me has dicho, minero y está vivo, seguramente lo tendrás trabajando en el primer recinto, donde hay obra en este momento.

—¿Dónde está eso?

—Pues mira, te vuelves ahora al sitio por donde has entrado en Ceuta, sigues la orilla del mar y llegarás en seguida a la Plaza de Africa, donde está la Catedral y el cuartel de Artillería: allí preguntas por los almacenes militares, y detrás de ellos está el primer recinto.

Rogelia se puso en pie. En aquel instante entraba la fea y antipática mujer que le había servido el café. Con el mismo imperio y aspereza se dirigió al bondadoso anciano.

—Don Heliodoro, se va usted ahora mismito a casa de Macario y le dice que sin falta me envíe hoy las cincuenta botellas de cerveza que le pedí ayer... Lo mejor es que por lo pronto me traiga usted una docena. Ahí tiene usted el cesto.

Y desocupando el que traía con el pan se lo entregó al viejo, que lo tomó sin replicar y se dispuso a salir para evacuar el encargo. Pero antes se acercó a Rogelia y con acento suave y paternal le dijo:

—No te apures, hija mía. Cuenta conmigo que yo te proporcionaré trabajo para que puedas valerte. Ven esta tarde por aquí y te llevaré a casa del comandante Manso. Creo que todo lo hemos de arreglar.

La mujer les dirigió a ambos una mirada de desprecio y quiso dibujarse en sus labios el amago de una sonrisa irónica.

II

Salió Rogelia de la taberna y siguiendo las indicaciones del bondadoso anciano volvió sobre sus pasos a la plaza donde había descansado, salvó después el puente de la Almina y por la calle que bordea la mar llegó pronto a la Plaza de Africa, donde vió la Catedral y la fachada del Parque de Artillería. Allí tropezó con otro grupo de penados que conducían, rodeándolo, un enorme carro cargado de henchidos sacos. Con la misma ansia escrutó aquel grupo buscando a su marido. Entró en la Catedral y permaneció algún tiempo en oración. Se hallaba perfectamente tranquila, sin miedo, sin tristeza, asombrándose ella misma de la resignación y el dulce sosiego que reinaban en su alma. «¡Es Dios, es Dios!—volvía a decirse con íntimo gozo—. ¿Cómo es posible de otro modo que yo tuviese fuerzas para hacer lo que he hecho?»

Al pasar por delante de la puerta del cuartel había allí algunos soldados que con gran alegría la piropearon:

—¿Adónde va esta fragata?... Niña, echa aquí el ancla. ¿Quieres venirte conmigo, barbiana? Por ti me hago desertor.

Rogelia cruzó tranquila, abstraída, sin ver ni oír, pensando únicamente que tal vez pudiera hallar a Máximo en el primer recinto. Preguntó a una mujer por los almacenes militares. Los salvó prontamente, se encontró en

el primer recinto, vió la gran muralla y las baterías. En aquel ancho espacio sólo se descubrían algunas viviendas rústicas y la ermita de San Antonio, las murallas ingentes, las formidables defensas. El sol, un sol de Africa cruel, abrasador, bañaba aquel espacio y la brisa del mar no lograba templar sus rigores.

Rogelia, que había dejado su lío de ropa en *La Gloria de Ceuta,* infierno del mártir don Heliodoro, avanzó por el escampado y vió a lo lejos un grupo de hombres trabajando que supuso, después de lo que aquél le había dicho, sería una brigada de penados. Hacia ellos enderezó los pasos sofocada por el calor asfixiante. Antes de llegar tropezó con una pequeña carreta de un caballo guiada por un muchacho. A él se dirigió:

—¿Puedes decirme, chico, si entre los trabajadores hay uno que se llama Máximo?

—Yo no sé nada, porque vengo hoy por primera vez a traer cal—le contestó—. Pregunte usted al tío Zenón.

—¿Quién es el tío Zenón?

—El cabo de vara, aquel que está sentado a la sombra del barracón.

Rogelia se dirigió al sitio que le designaba y vió en efecto un hombre ya bien maduro, con el pelo gris, sentado sobre una piedra delante de la barraca con un sombrerote de fieltro en la mano y limpiándose el sudor de la frente con el pañuelo, que en tiempos remotos habría estado limpio. Con la vista fija en aquel hombre siguió avanzando, mientras con la vista fija en ella aquel hombre la veía venir.

El cabo de vara tenía el pelo gris, como hemos dicho, un pelo crespo, duro y ensortijado como la pasa de los negros. Y no se diferenciaba de ellos enormemente, pues su rostro enteramente rasurado era tan oscuro que algunos mulatos no lo tendrían más; los hombros an-

chos, la contextura recia, los ojos negrísimos y hundidos.

Rogelia quedó sobrecogida al sentir sobre sí la mirada de aquellos ojos fieros y con voz temblorosa preguntó:

—¿Tendría usted la bondad de decirme si entre esos penados que ahí trabajan hay uno que se llama Máximo García?

El cabo la miró fijamente sin responder; la estuvo examinando de los pies a la cabeza unos instantes y dijo al fin con voz bronca y cavernosa sin dejar de mirarla:

—Naturalmente.

Rogelia no comprendió. Volvió la cabeza hacia el grupo de los penados, que a su vez habían suspendido el trabajo y la estaban contemplando de hito en hito. Unos tenían un pico en la mano, otros suspendían entre las suyas una carretilla, otros se apoyaban en una barra de hierro. Era un enjambre de hombres sucios, astrosos, de caras macilentas, con ojos traidores y huídos, como los de los animales salvajes. Nada de uniforme; su indumentaria era estrafalaria y ridícula. Unos iban casi desnudos, otros abrigados con zamarrones como si estuvieran en la Siberia. Todos revelaban en sus fisonomías el dolor; mas en unos este dolor se presentaba bajo el aspecto de la resignación, en otros de la ira, de la cobardía o del vicio.

Cuando la hubo contemplado a su sabor el cabo le preguntó:

—¿Buscas a Máximo García?

—Sí señor.

—¡Pues aquí está! Naturalmente, querrás hablarle.

—A eso vengo, porque soy su esposa.

El cabo, más sorprendido que antes, volvió a contem-

plarla en silencio; esta vez con una curiosidad penetrante que turbó a Rogelia.

—Bueno—dijo al fin—; no está permitido a las horas del trabajo, pero unas cuantas palabras no hay inconveniente.

Se levantó de la piedra donde se hallaba sentado, se dirigió al grupo de los trabajadores, se mezcló entre ellos y volvió con uno. A Rogelia le daba saltos el corazón.

Apenas pudo reconocerle. Aquel hombre que el cabo traía consigo era efectivamente su marido, pero tan desfigurado, tan viejo, tan acabado que Rogelia sintió un estremecimiento de horror. Nunca había sido hermoso, pero los años de presidio habían hecho de él un ser feo y repugnante por encima de toda ponderación.

Rogelia debió quedar pálida como un cadáver. Los dos hombres se acercaron a ella.

—Máximo, aquí tienes una chica que dice que es tu mujer.

—Buenos días, Máximo. ¿Cómo te va? ¿No es cierto que soy tu esposa?

El minero, estupefacto delante de aquella preciosa mujer, la contempló un instante con ojos atónitos. Al fin su innoble fisonomía se contrajo con una sonrisa perversa que más parecía una mueca, y dijo:

—¿Vienes porque te ha despedido tu chulo?

Después de escupir esta frase soez, satisfecho sin duda de ella, soltó una carcajada.

—No; no me han despedido—respondió ella dulcemente—. Vengo porque soy tu esposa ante Dios y ante los hombres y estoy arrepentida de haber faltado al juramento que un día te hice en el altar.

El presidiario no comprendió o no quiso comprender.

—Pues si vienes a que te mantenga te has llevado

chasco. Con los treinta y cuatro maravedises que me dan los dos espicharíamos pronto.

—No vengo a que me mantengas, sino a trabajar y a ayudarte en lo que pueda.

—Me parece que ya te habrás olvidado de trabajar. No tienes cara de haber sudado mucho.

—Volveré a recordarlo y Dios me dará fuerzas para ello.

El grupo de los penados se había acercado y los contemplaba con curiosidad y asombro. Algunos de ellos habían recibido las confidencias de Máximo, sabían que estaba casado con una mujer hermosa y que la infidelidad de ésta había sido la causa del crimen que le trajo al presidio. A todos les parecía Rogelia una visión celeste y no se hartaban de mirarla.

—Lo mismo tú que yo—siguió Rogelia—hemos faltado a nuestros deberes. Pero nunca es tarde para el arrepentimiento. En el Cielo se alegran más de la conversión de un pecador que de la constancia de un justo. Nuestro divino Jesús ha venido a este mundo y ha sufrido pasión y muerte para salvar a todos los que hemos pecado, y si somos fieles a su palabra nos ofrece el perdón, y después de la muerte una felicidad eterna. No temamos seguirle, amigo mío. El sacrificio que nos pide lo mismo a ti que a mí no es abrumador; los trabajos y las penas más grandes de este mundo se endulzan mucho con la resignación y la esperanza. El ha dicho con verdad: «Mi yugo es suave.» Confiemos en sus promesas y sigámosle valerosamente en esta corta peregrinación sobre la tierra. Llevemos nuestra cruz con alegría pensando siempre que detrás de este mundo miserable nos espera la gloria del Cielo. Pongámonos bajo la protección de la Santísima Virgen para que nos ayude cuando exhalemos el último suspiro...

Máximo la escuchaba con los ojos muy abiertos mostrando una atención intensa. De pronto soltó una carcajada tan bárbara, tan brutal y espontánea que Rogelia quedó sorprendida y confusa: sus mejillas se tiñeron fuertemente de carmín. Los penados secundaron con risa también la de su camarada. Sólo el cabo permaneció serio.

—Bueno—murmuró Rogelia encogiéndose de hombros con gesto de resignación—. Todavía no te ha tocado Dios en el corazón. Si escucha mis pobres oraciones no tardará en hacerlo.

Máximo, sin decir una palabra volvió la espalda con desprecio y se dirigió al sitio donde trabajaba; pero antes de llegar se volvió para gritarle:

—Oye, Rogelia. ¿Ese sermón se lo has echado a tu chulo entre sábanas?

Los penados acogieron con algazara aquel insulto. El cabo se contentó con sonreír.

Rogelia le miró alejarse. Permaneció un instante inmóvil y al fin se decidió a seguirle. Se acercó a él y le dijo tendiéndole la mano:

—Seamos amigos, Máximo. Olvidemos lo que ha pasado y empecemos una vida más noble, conformándonos con la voluntad de Dios.

Máximo sin contestar le dirigió una mirada de odio y desprecio.

Rogelia siguió con la mano tendida y le dijo bajando la voz:

—Toma esa mano, Máximo, que encontrarás en ella algo que te agrade.

El presidiario miró y vió brillar un duro. Se apresuró a cogerlo y lo sepultó rápidamente entre la camisa y la carne. Después echó una mirada recelosa en torno y se puso de nuevo a trabajar sin ocuparse para nada de su

esposa. Esta le estuvo contemplando unos instantes con tristeza y se volvió al fin dirigiéndose al sitio donde el cabo de vara se había sentado de nuevo. Se acercó a él y le dijo:

—Muchas gracias y quede con Dios. ¿Me permitirá usted venir de vez en cuando y hablar algunas palabras con mi marido?

—Lo mejor que puedes hacer es presentarte al jefe y si es tu marido se te concederá permiso para hablarle... y para todo lo demás.

Quedó mirándola después con ojos escrutadores, él sentado, ella en pie frente a él.

—¿Pero es tu marido de verdad?

—Sí señor, lo es. Nos hemos casado un año poco más o menos antes de venir a presidio.

—Pues hija, siento decírtelo, pero tu marido es un cafre. Es de lo peorcito que aquí se ha presentado. Buen trabajador, eso sí, y por eso se le perdona más de una falta, pero como bruto no hay otro. Pocos días después de llegar, hace unos años, riñó con un compañero y le dió con la barra de hierro en la cabeza. Le dejó medio muerto. Claro que pagó bien la fechoría; le tuvieron *amarrado en blanca* más de un mes...

—¿Qué es eso?

—¡Pues casi na!—profirió sonriendo irónicamente el cabo—. Se tiene al gachó sujeto por una cadena fijada en la pared que no le permite mas que doblar un poco el cuerpo durante la noche.

Rogelia se estremeció.

—¡Qué horror!

—Después pasó a *los solitarios*.

—¿Y eso?

—Son unos pozos abiertos a la altura de la persona. Estuvo allí otro poco y por fin se chupó cerca de un

año en el calabozo con grillos. Pero no ha mejorado por eso. Aquí se le tiene miedo. El día menos pensado vuelve a hacer otra barbaridad por el estilo.

Calló y volvió a contemplar fijamente a la joven.

—Pero vamos a ver, chica—dijo al fin con acento compasivo—, ¿tú por qué has venido a este agujero? Por mal que te haya ido en otra parte estoy seguro de que peor te ha de ir aquí... Cuanto más que tú no tienes traza de haberlo pasado muy mal. Estás bien saludable y frescachona.

—Vengo porque esa es mi obligación. Mi marido no es bueno, pero yo tampoco lo he sido. Ya ha oído usted cómo me ha insultado. Tiene razón. Yo le he faltado, pero no le faltaré más. Espero que Dios misericordioso me ha de perdonar y mi marido también.

—En cuanto a Dios—dijo el cabo sonriendo—no lo dudo, pero en cuanto a tu marido te aseguro que ha de darte más de un disgusto... porque es un cafre, ¿sabes?, es un mulo de artillería.

—¡Quién sabe si al fin Dios le tocará en el corazón!

—Más seguro es que si te descuidas te toque él a ti con el cuchillo. Porque ya le hemos quitado tres en el espacio de un año. No sé cómo se las arregla ese bruto para apañarlos... ¿Y tú cuándo has llegado, chica?

—Esta mañana. No hace siquiera dos horas.

—¿Y quién te ha guiado hasta aquí?

—Pues entré en una taberna que me parece que se llama *La Gloria de Ceuta* y había allí un señor muy respetable...

—¿Un señor con levita?

—Sí, con levita.

El cabo soltó una carcajada.

—Es la taberna de don Heliodoro. Has entrado, niña, en la boca del lobo.

—Pues me ha parecido un señor muy bondadoso y me ha dado todas las noticias que necesitaba.

—Oye, Marcelo —gritó el cabo dirigiéndose a uno de los penados que pasaba cerca con una carretilla de mano—, esta muchacha viene de la taberna del escribano, que es un señor muy bondadoso.

El penado dejó reposar un instante la carretilla y soltó otra carcajada.

El cabo, poniéndose serio, se dirigió de nuevo a Rogelia:

—Entre todos los penados es el pillo más redomado que ha venido a Ceuta. Todos estos son ángeles a su lado.

—¿Cómo penado? ¿Pero es un penado?

—¡Naturalmente! Como yo y como los demás. Ha hecho un montón de estafas y de testamentos falsos. Viene aquí nada menos que por diez años y sólo dos tiene cumplidos.

—¿Y cómo es que se encuentra libre al frente de un establecimiento?

—¡Ahí verás tú!—respondió bajando la voz y haciendo un signo al penado para que siguiera su camino—. Ese tunante, poco después de estar aquí, logró meter la cabeza en casa del General Comandante, para ayudarle a escribir cartas y ponerle en limpio los documentos, porque eso sí, tiene una letra redondilla mejor que las planas de la escuela. En casa del General servía una cocinera vieja y fea llamada Restituta. El escribano abrió el ojo, vió que por ese camino iba derecho a su avío y se puso a hacerle la rosca. Naturalmente, como era un señor de levita ella le hizo caso... ¡Ese bribón no se ha quitado la levita ni la temporada que ha trabajado en las fortificaciones!... Consiguió engatusarla, se casó con ella y el General los protege, le ha permitido poner esa taberna y le deja en libertad.

—¿De modo que una mujer fea que estaba en la taberna?...

—¿Con un ojo al Levante y otro al Poniente?

—Sí, me parece que es bizca.

—La misma.

—Pues no pude sospecharlo, porque le trata de usted y le llama don Heliodoro.

—Le llama don Heliodoro, pero le trata a latigazos. Te lo digo en verdad, chica, yo preferiría estar horadando la roca como tu marido a tener siempre a un lado ese cuero viejo, ese limón podrido.

Rogelia, viendo al cabo humanizado y locuaz, quiso adquirir noticias y le hizo algunas preguntas: ¿Dónde comía la brigada? ¿dónde dormía? ¿qué horas tenía de trabajo? ¿qué clase de alimentos les daban?

El cabo la satisfizo con más amabilidad de lo que podía esperarse de su rostro oscuro y enfoscado.

—Hija mía, estamos peor alimentados que los cerdos y dormimos también casi peor. Esta brigada que aquí ves, compuesta de cincuenta hombres, ha estado mucho tiempo en el Acho, ese monte donde hay una fortaleza. Había allí dormitorios escasamente para trescientos hombres y éramos setecientos. Ya puedes figurarte lo bien que lo pasaríamos. Nos bajaron hace poco al Principal, que es ese cuartel que está al pie del Acho, y no nos encontramos mucho mejor. Ahí somos más de mil los que dormimos. No te aconsejo que vayas a ver dónde dormimos porque perderías el estómago. Los sucios camastros donde nos echamos están adosados a lo largo del muro y los espacios que quedan entre uno y otro se cubren por la noche con otros nuevos. Nos tapamos con una delgada manta llena de agujeros, pero frío no lo pasamos ni aun en el invierno, porque el aire que allí se respira puede cortarse con un cuchillo. ¡Y qué

olores, Madre de Guadalupe! Figúrate que hay allí una gran cubeta donde todos depositan sus basuras. ¡Qué pebetero! ¿verdad, hija?

Rogelia estaba horrorizada. Bajó la cabeza y murmuró:

—No necesitan ustedes otro purgatorio, y si consiguen llevarlo con paciencia tienen ganado el Cielo.

—En el presidio no hay paciencia, querida. Se oye en la cuadra de noche cada blasfemia que el demonio mayor no podría inventarla más bárbara... ¡Y si sólo fuesen palabras!

—Entonces—dijo Rogelia estremecida—les ha tocado a ustedes dos infiernos, uno aquí y otro allá.

El cabo la miró un instante con curiosidad mezclada de admiración.

—¡Tienes razón, hija, tienes razón! Eres muy lista. Dos infiernos, uno aquí y otro allá.

Celebró la frase cual si fuese superiormente ingeniosa.

Pero Rogelia se sentía turbada y triste, y aunque observaba que el cabo tenía gana de conversación, se despidió dando de nuevo las gracias.

Cuando se hubo alejado un trecho volvió la cabeza y quedó inmóvil. Allá a lo lejos estaban los penados bullendo y trabajando como hormigas. Logró distinguir entre ellos a su marido, y un fuerte temblor se apoderó de su cuerpo. Había llegado hasta allí henchida de energía y decisión; todo le parecía hacedero bajo el soplo de la celeste inspiración que refrescaba su alma. Y he aquí que de pronto toda aquella fuerza se huía, se sentía desmayada y triste hasta la muerte, llena de tedio y amargura. La idea de pertenecer de nuevo a su marido le causaba un pavoroso estremecimiento de horror, las piernas se le doblaban y un sudor frío bañaba su frente. ¡Entregar su cuerpo a aquel monstruo! ¡Oh no, no, no! ¡Mil veces no!

Al cruzar de nuevo por delante del grupo de soldados, que estaban a la puerta del Parque, sorprendidos al ver su rostro pálido dolorosamente contraído, la dejaron pasar en silencio, sin chicoleos. Sólo cuando se alejó uno de ellos exclamó en alta voz:

—¡Camaradas, a esa niña le duele el estómago!

No era el estómago sino el corazón el que le hacía daño en aquel instante, ¡mucho daño!, tanto que le obligó a detenerse llevándose la mano al pecho. Pensó que iba a caer. Tomó aliento respirando el aire con fuerza y siguió su camino.

Al pasar cerca de la Catedral vió la puerta abierta y entró. El hálito frío del templo refrescó su cuerpo y su espíritu a la vez. Estaba desierta en aquella hora, pero se oían los sones del órgano que se esparcían unas veces dulces otras estridentes por las naves dormidas. Sin duda el organista se ensayaba aprovechando la ausencia de los fieles. Rogelia avanzó lentamente bañándose con deleite en aquel ambiente frío y sintió amortiguados los latidos de su corazón. Llegó hasta el altar mayor y se postró delante del Sagrario. Y llamó con el pensamiento a su puerta y pidió al Dios allí encerrado favor y consuelo. Largo tiempo estuvo en oración. Oró como Jesús la noche memorable en el huerto de Gethsemaní rebosando de amargura ante la terrible prueba que para ella se preparaba y repitió como Él diferentes veces: «Padre mío, que pase de mí este cáliz... pero si no puede ser hágase tu voluntad y no la mía.»

El cáliz pasó.

Después de orar se sentó en un banco y escuchó el canto del órgano. Enternecida, las lágrimas bañaron sus mejillas. Aquel llanto la devolvió el sosiego. Salió del templo con el corazón sumiso, resuelta al sacrificio, preparada a todos los martirios.

Preguntando a unos y a otros llegó hasta el Penal, edificio lóbrego y sucio como casi todos los de Ceuta. En una antesala polvorienta y sórdida donde había unos cuantos hombres suciamente vestidos y mal encarados se informó si podía hablar con el Director. Con displicente ademán la invitaron a sentarse en uno de los bancos y prosiguieron su interrumpida conversación sin más ocuparse de ella. Hablaban de un contratista que suministraba los víveres para el presidio y le ponían de bribón y bandido que no cabía más. Estaba dando a los presos el bacalao podrido, los garbanzos con gusanos, el pan con arena. No sería extraño que muy pronto se produjera en las cuadras un *plante*.

—Es un ladrón con toda la barba, es un salteador de caminos—resumió uno de ellos—. ¡No se harta de robar ese tío!

—¡Bah!—profirió otro alzando los hombros—. Yo si fuese contratista también robaría.

Los compadres rieron con señales de hallar muy razonable la especie.

Al cabo se fijaron en Rogelia. Le echaron rápidas y escrutadoras miradas. ¿Quién será esta projima? Alguna perdida de Málaga que vendrá detrás de un oficial.

Rogelia se levantó y les dijo:

—Si el señor Director no puede recibirme ahora vendré más tarde o mañana.

—Oye tú, Manuel—dijo uno de ellos a otro—, entra a ver si el jefe quiere recibir a esta chica.

Obedeció el interpelado, y al instante volvió a salir invitando a Rogelia a que pasase al despacho del jefe.

No era tampoco muy elegante el aposento en que penetró Rogelia. Un modesto despacho con viejos muebles no bien cuidados; un armario con libros iguales

que parecían colección encuadernada de la *Gaceta,* unas sillas de rejilla, una mesa escritorio deslucida, atestada de papeles, detrás de la cual se hallaba el jefe sentado escribiendo.

Era un hombre que aparentaba cincuenta años, calvo, con grandes bigotes entrecanos, largos y caídos, la nariz aguileña, los ojos grandes y negros, sombreados de espesas cejas que casi se le unían en la frente, vestido enteramente de negro, corbata negra también, cuello alto y pechera almidonada.

Levantó la cabeza y clavó una mirada dura en Rogelia. Ésta se sintió profundamente intimidada. La mirada de aquel hombre era verdaderamente singular, fiera, extraña y magnética como la de los domadores de fieras. Y eso era en realidad don Eulogio Ballester, Director de la colonia penitenciaria de Ceuta desde hacía muchos años. Se contaban de él actos increíbles de arrojo temerario, hazañas estupendas. Cuando hacía falta jugarse la vida lo hacía sin la menor vacilación. En varios de aquellos temerosos *plantes* del presidio, cuando los reclusos, exasperados por los abusos y la crueldad de los empleados y cabos de vara, por la escasa y detestable alimentación que la codicia de los contratistas les proporcionaba, se alzaban iracundos resueltos a morir matando, Ballester penetraba en la cuadra como un domador en la jaula de las bestias feroces y sin proferir una palabra, paseando su mirada por aquellos leones embravecidos, había logrado intimidarlos y reducirlos a la obediencia. Pero en el fondo era hombre recto y justificado; se narraban de él actos de terrible severidad, pero al mismo tiempo de perfecta justicia; por eso aunque se le temía no se le odiaba en el presidio. La justicia es una planta que aun creciendo entre abrojos siempre despide buen aroma.

—¿Qué deseaba usted?—preguntó después de contemplarla un momento en silencio.

—Soy la esposa de uno de los penados, vengo de la Península y me han dicho que se permite aquí vivir a los penados con sus mujeres.

—¿En qué cuartel está el recluso?

—Me parece que en el Principal.

—¿Cómo se llama?

—Máximo García.

—No le conozco. Alguna vez se permite eso que usted dice, pero es únicamente a los reclusos que lo merecen.

Dió un golpecito a un timbre de metal que tenía sobre la mesa y por una puerta que detrás de él se abría apareció un muchacho delgado y pálido que se cuadró delante del jefe esperando sus órdenes.

—Manolo, tráete el libro de los reclusos del Principal. Necesito los antecedentes de uno llamado Máximo García.

El muchacho se inclinó y dijo sonriendo unas palabras al oído del jefe.

—¿Cómo?—exclamó éste frunciendo el entrecejo—. ¿Es aquel bruto que poco después de llegar quiso matar a un compañero dándole con la barra?

Y volviéndose a Rogelia y tuteándola ya:

—No, chica, no: tu marido es de lo peorcito que aquí tenemos, es un preso peligroso, y vivir en familia sólo se les consiente a los que han dado pruebas de arrepentimiento y observan una conducta ejemplar. Anda con Dios.

Cuando se disponía a salir, el Director la llamó otra vez.

—Oye, chica, tú traerás los documentos que acrediten que eres la esposa legítima de ese penado.

—No traigo nada.

—¡Bah, bah!—profirió irritado alzando el brazo y despidiéndola con un gesto despreciativo.

Aquel gesto de desprecio lo recibió Rogelia como una bendición.

III

Salió del Penal y con pie ligero enderezó sus pasos a la taberna de don Heliodoro, donde había dejado el lío de su ropa. Habían recobrado el color, y desaparecieron las arrugas dolorosas que el miedo había fijado en sus mejillas. El Cielo no quiso someterla a aquella prueba que juzgaba superior a sus fuerzas. Sintióse tranquila y hasta alegre cual si hubiera escapado a un peligro de muerte, como el convaleciente que sale por vez primera a tomar el sol después de una grave enfermedad. Ella también respiraba la brisa del mar con deleite y se dejaba acariciar por aquel encendido sol africano; se encontraba animosa y fuerte, pareciéndole cualquier otro sacrificio un juguete al lado del que le había amenazado. Dios—se dijo con la fe profunda que alumbraba su alma—no nos envía más carga que la que podemos soportar.

Cuando puso el pie en *La Gloria de Ceuta*, el respetable don Heliodoro, que seguía fregando y secando vasos, dejó un momento su tarea y vino hasta ella resplandeciente de bondad y dulzura. Pero como Rogelia sabía ya a qué atenerse acerca de aquellos brillantes dones especiales de que se hallaba revestido, le saludó con una mirada más compasiva que respetuosa.

—Chica, ¿quieres comer algo? Ya es hora de almorzar.

Sentía, en efecto, necesidad de restaurar el estómago

y comió con apetito lo que el propio don Heliodoro le trajo de la cocina, un mal guisado de bacalao y patatas. Antes que hubiese terminado, el respetable don Heliodoro vino a sentarse a su lado.

—¿Cómo te llamas, hija mía?—le preguntó envolviéndola con una mirada paternal.

—Rogelia.

—Pues bien, Rogelia, tengo la gran satisfacción de anunciarte que hace un momento he hablado con la señora del comandante Manso, que aquí cerquita vive, y le dije que cumpliendo su encargo había encontrado para ella una doncellita joven, de buena presencia, que seguramente la agradaría... Pero es el caso que no tienes informes. No conoces a nadie en Ceuta, ¿verdad?

—No señor.

—¡Diablo, diablo!—murmuró llevándose la mano a la cabeza con señales de gran contrariedad—. Es un grave inconveniente. Preveo que he dado un paso en falso y lo siento con toda mi alma, porque tengo verdadero interés en servirte.

—¡Qué se va a hacer!—respondió Rogelia con indiferencia—. Ya buscaré por ahí trabajo en cualquier parte.

—Es difícil que lo encuentres. En ninguna casa te tomarán sin informes.

—Pues me iré al muelle a descargar arena.

—¡Oh, sería una lástima!—exclamó don Heliodoro con infinita compasión—. ¡Con esa figurita tan mona! No puede ser, no puede ser.

Quedó un instante pensativo.

—¿Has visto al jefe del Penal?

—Sí señor.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que no puedo reunirme con mi marido.

—Yo lo sabía, pero no he querido decírtelo. Cuando

se ha abierto la mano ha habido aquí grandes abusos. Los reclusos engañaban a las autoridades presentando a sus concubinas como mujeres legítimas. Llegaron a Ceuta muchas perdidas que infestaban la ciudad y la convertían en un lupanar. Ya ves, hija, no era posible consentir tal inmoralidad, y los jefes la cortaron con aplauso de todas las personas decentes. Porque sin moral ¿qué hay en el mundo, Rogelia? Nada; porquería, basura, indecencia...

Don Heliodoro hinchaba los carrillos y abría los ojos con severa expresión de escándalo.

—Bueno—siguió después de haberse escandalizado lo bastante—. Yo no creo que tú pretendas engañarnos. Estoy seguro de que eres una buena chica y por eso estoy dispuesto a hacer en tu favor cuanto me sea posible.

—Muchas gracias.

Don Heliodoro volvió a quedar pensativo.

—Yo puedo salvarte—dijo al fin—. Puedo decir a la señora del comandante que te he conocido en Madrid sirviendo en una casa respetable.

—¡Oh, muchas gracias!

—Pero... como comprenderás, este es un servicio importante, es un sacrificio que me impongo y que merece de tu parte otro pequeño sacrificio. Los tiempos, querida, están malos. En Ceuta hay gran competencia para los establecimientos de bebidas; las contribuciones que nos echan son cada día más crecidas; los transportes de la Península difíciles y costosos; apenas podemos ir tirando para mal comer. Quisiera hacerte este favor sin que nada te costase, pero no puedo... las circunstancias...

—Bueno, ¿y qué?—dijo Rogelia impaciente.

—No me des por ello mas que cinco duritos.

Rogelia sintió un asco profundo y quiso levantarse y perder de vista pronto a aquel sucio personaje, pero se

contuvo. Calculó rápidamente que, en efecto, le sería muy difícil encontrar acomodo alguno desprovista de informes y casi imposible ejecutar los trabajos duros de que había hablado después de los años que los había dejado.

—Está bien—repuso gravemente sacando de la faltriquera un pañolito y de él, donde venían envueltos, los cinco duros—. Tome usted. Cóbrese su trabajo.

Y recalcó la última palabra.

Con semblante contristado el escribano los tomó y los sepultó en el bolsillo de su chaleco.

—Hija, me duele mucho tener que tomarte este dinero.

—No le duela a usted. ¿Cuándo podemos ir a casa de esa señora?

—Ahora mismo si te parece.

La ex cocinera del General, digna esposa del digno don Heliodoro, había entrado y estaba detrás del mostrador siguiendo con mirada curiosa y maligna sonrisa aquella caza de los cinco duros.

Eran estos cinco duros casi el único dinero que le quedaba a la pobre Rogelia, pues no había tomado de su casa mas que lo que había creído necesario para el viaje. Pensó, no obstante, con santa alegría, que ahora era completamente pobre, como Dios la quería para expiar sus años de vituperable opulencia, que tendría que vivir exclusivamente del trabajo de sus manos como en los tiempos de inocencia, inmaculados, en que ganaba el sustento cargando cestos en las minas de Langreo.

Don Heliodoro se había puesto en la cabeza su viejo, grasiento sombrero de copa alta y cuchicheó en el mostrador con su digna esposa. Aunque lo hizo muy disimuladamente, Rogelia advirtió que le entregaba los cinco duros.

—Vamos allá, hija.

Rogelia le siguió y ambos salieron a la calle. Cuando estuvieron en ella y hubieron dado algunos pasos el escribano se detuvo y mirando a la joven gravemente le dijo con acento solemne:

—Vas a entrar, querida, en el templo del arte.

Rogelia le miró sorprendida.

—¿No sabes lo que te quiero decir?

—No señor, no comprendo bien.

Don Heliodoro alzó la cabeza con severo ademán de suficiencia y echando de nuevo a andar exclamó hinchando los carrillos como tenía por costumbre al emitir una sentencia:

—¡Naturalmente! Como no has tenido educación, pobre chica, tienen que escapársete ciertos términos que empleamos las personas instruídas. Te lo explicaré, procurando ponerlo a tu alcance. Quiero decirte que la casa en que vas a servir no es una casa cualquiera, y que los señores que vas a tener no son cualquier cosa... ¿Entiendes bien?

—Sí señor, muy bien.

—Estos señores han recibido una educación brillante y son grandes artistas... Tú no sabrás, claro está, lo que eso significa. Artista quiere decir el que se dedica al arte, esto es, a la música, a la pintura. ¿Entiendes ahora?

—Sí señor, que esos señores son músicos y pintores.

—¡No, mujer, no!—prorrumpió el escribano con impaciencia desdeñosa—. Se llaman pintores y músicos a los que se ganan la vida pintando o tocando un instrumento, y estos señores no necesitan ganarse la vida, porque la tienen ya ganada.

—Vamos, trabajan de balde.

—Tampoco es eso. No trabajan, porque lo que hacen es por gusto y sin que nadie se lo mande.

—¡Qué bonito!

Don Heliodoro la miró con infinita compasión, y calculando que nunca podría hacerse comprender de aquella inteligencia ruda y primitiva dejó de hablar y siguieron en silencio su camino. Pronto llegaron a la casa del comandante Manso. Era una de las mejores de la calle y de tipo andaluz, esto es, de planta baja solamente, con grandes ventanas a la calle y cancela también enrejada por donde se veía un patio entoldado y amueblado con elegancia. Al penetrar en el portal oyeron los sones de un piano, y don Heliodoro, parándose y clavando sus ojos redondos y admirados en su compañera, profirió con entonación triunfal:

—¿Lo ves, chica? ¡Has entrado en el templo del arte!

El templo no era gótico. Lo que se oía en el piano era una polca que los organillos de Madrid tocaban a la sazón en los merenderos. Tiró don Heliodoro del cordón de la campanilla y salió a abrirles una criada fea y trajeada con repugnante desaliño.

—Vicenta, ¿está doña Eloísa?

—¿Pues qué va a hacer? —respondió la doméstica mirando al escribano de un modo que nada tenía de respetuoso.

—Pues aquí viene conmigo la doncella de la cual le he hablado.

La criada fijó sus ojos en Rogelia con seriedad hostil y dijo:

—Pasen ustedes.

El patio se hallaba adornado con plantas y flores, como casi todos en Andalucía. El piano en un rincón vestido con rico mantón de Manila, el suelo tapizado con algunas vistosas alfombritas: sillas y mecedoras esparcidas por su ámbito, que no era muy dilatado.

Al piano, tocando la famosa polca, se hallaba una jo-

ven de tan extremada delgadez que parecía un cirio pascual fijado sobre el taburete. Al penetrar en la estancia don Heliodoro y su acompañante cesó la polca y la joven se volvió hacia ellos. No era fea ni tampoco hermosa; las facciones regulares, los ojos tristes y rodeados de una pronunciada y azulada ojera que le daba aspecto enfermizo.

Don Heliodoro hizo varias genuflexiones en su honor a las cuales la joven no se dignó responder, mirándole a él y a Rogelia con desdeñosa indiferencia.

—¿Su mamá?

La joven hizo un mudo signo con los ojos señalando a un rincón donde una dama vestida con blanca bata de muselina, sentada en una mecedora, leía con un libro en la mano. Esta dama, evidentemente añosa, pero en lucha desigual con el tiempo lo tenía todo pintado, como pronto observó Rogelia; los cabellos, los labios, las mejillas, los ojos. En torno de éstos la interesante ojera que caracterizaba a su hija. Levantó la vista al sentir los pasos del escribano y la convirtió inmediatamente al libro como si nada hubiera visto.

Don Heliodoro con el sombrero en la mano esperó; pero viendo que ni ella ni su hija, que se había vuelto para tocar el piano, daban señales de vida se atrevió a decir:

—Doña Eloísa, aquí le traigo la doncella de que hemos hablado.

La dama levantó de nuevo la cabeza, les miró un instante con ojos distraídos y volviéndose hacia su hija:

—Es una preciosidad, es una divinidad, es sugestiva y emocionante sobre toda ponderación esta novela que estoy leyendo. La niña recogida por caridad en casa de los duques logra atraer las miradas del príncipe Roberto, prometido de la condesita, que es una chica hermosa

pero de un orgullo satánico. La boda se deshace y el príncipe se casa con la pobrecita desvalida y la hace princesa. Me encantan las novelas en que hay una huerfanita que al fin logra casarse con un duque o con un príncipe.

—Pues a mí, mamá—respondió la joven del piano—, las novelas que me seducen son aquellas que pasan en las casas de campo, en esos *chateaux* magníficos rodeados de un extenso parque donde habitan las grandes familias por el verano y que reciben numerosos huéspedes de la nobleza. ¡Oh, la vida de los *chateaux* es bien interesante! Allí nacen y se desarrollan las pasiones más elevadas y aristocráticas, verdaderamente distinguidas. Últimamente he leído la novela que me prestó la señora del coronel donde hay una joven de la aristocracia, hija de los barones de Ledoyen, que se enamora de su padrastro. La baronesa, su mamá, se había casado en segundas nupcias con un hombre guapísimo, el conde de Maldant. Julia se enamora perdidamente de él. ¡Figúrate sus sufrimientos! De un lado el cariño de su madre, el respeto que la debe, y por otro su pasión ardiente, frenética, que la impulsa a declararse a su padrastro. Por fin, no pudiendo soportar tanto dolor, se suicida arrojándose al lago que hay en el parque de su casa. ¡Oh, estos suicidios en el lago tienen para mí un atractivo indecible!

—Todo eso es blando, afeminado, dulzón, pasiones de bombonera—dijo una voz que salía de uno de los rincones del patio. Rogelia, sorprendida, pues no había visto hasta entonces en el patio mas que a las dos damas, volvió la cabeza y percibió a un joven sentado detrás de una de las pilastras con un tablero sobre las rodillas y dibujando. Al pronunciar estas palabras el joven soltó el lápiz, dejó el tablero arrimado a la pared y

avanzó hasta el centro dirigiendo una mirada de curiosidad no exenta de admiración a Rogelia.

Era un chico pálido, desmedrado, giboso, con largas melenas a la moda de los artistas franceses. Su rostro no era desgraciado, las facciones correctas y los ojos negros, grandes y tristes, rodeados de azulada ojera como los de las dos señoras.

—¡Ya se sabe, para ti, León, no hay mas que la Edad Media, batallas, torneos, asaltos de castillos!—profirió la joven con irritado acento.

—Sí, adoro la Edad Media, es cierto. Sólo allí encuentro la virilidad, la energía que ha huído de los tiempos modernos. Donde no hay brío, donde no existe el sentimiento de la fuerza el hombre se convierte en mujer y la mujer es una muñeca. ¿Cómo es posible comparar aquellos héroes de las Cruzadas con sus degenerados descendientes los aristócratas que vosotras admiráis, esos chicos acicalados, raquíticos, que no resistirían el primer bote de lanza?

Don Heliodoro, con el sombrero en la mano escuchaba admirado aquellas razones tan lejanas de su mentalidad de escribano fullero. Rogelia estaba impaciente y le tiró del faldón de la levita para llamarle la atención.

—Doña Eloísa—se atrevió a decir en tono humilde—, esta es la joven que le he recomendado para doncella.

La señora levantó la vista de nuevo hacia ella, la fijó unos segundos y al cabo dijo dirigiéndose a su hija:

—Beatriz, ve a llamar a tu papá.

Pronto acudió el comandante Manso. Era desde luego un hombre mucho más Edad Media que su hijo, de prócer estatura, ancho de hombros, espeso de barba, de cejas y de labios, largo de nariz y con voz de bronce como

Aquiles hijo de Peleo. El único que en la familia no tenía ojeras.

—¿Qué ocurre?—preguntó con voz enérgica.

—Mira, Abelardo, entiéndete con esa chica que viene recomendada para doncella. Ya sabes que a mí me molestan enormemente estos asuntos.

—Lo sé, querida—repuso suavizando su voz heroica el comandante—. Déjame arreglarlo a mí.

Y con gesto de mando, cual si estuviese al frente de su batallón, invitó a don Heliodoro y a Rogelia a que le siguiesen. Entraron en el comedor, que era una pieza amplia y amueblada con elegancia. El comandante se sentó dejando en pie al escribano y a Rogelia y con el mismo tono resuelto y voz de trueno:

—Vamos a ver, ¿de qué se trata?

Don Heliodoro le explicó prolijamente que aquella chica había llegado el mismo día de la Península y que deseaba acomodarse como doncella, que él la conocía desde hacía mucho tiempo por haberla visto en Madrid sirviendo en una casa respetable, que se había casado y al parecer había tenido mala suerte, pues su marido estaba en el presidio por un delito de sangre.

El asunto se arregló pronto, porque Rogelia aceptó sin réplica el salario que el comandante le ofreció. Sólo puso como condición que se le permitiese ir dos veces por semana a ver a su marido. El comandante manifestó que por él no había inconveniente, pero necesitaba consultar el caso con su señora.

—Mi señora—manifestó ahuecando la voz—no puede ocuparse en estos detalles, porque vive en lo alto como las águilas. Pero de todos modos, es preciso consultarla y recibir su aprobación. Alguna vez, aunque pocas, desciende a ocuparse de los asuntos de la casa. A nadie puede extrañarle porque su talento está recono-

cido en todas partes. Mi señora es un genio, ¿verdad, Heliodoro?

—Sí, señor comandante—apuntó éste—. En Ceuta tiene un nombre glorioso: todos saben que escribe versos admirables.

—Escribe versos mejor que Zorrilla y novelas mejor que Pérez Escrich. ¿Usted no conoce los que dedicó a su hermano, que murió en el barco viniendo de Cuba?

—No señor, no los he leído en ningún periódico.

—Es que no se han publicado todavía... pero se publicarán, tengo la promesa del director de *El Heraldo de Ceuta*. Voy a leérselos a ustedes y verán qué inspiración, qué cosa más admirable.

Echó mano a la cartera, sacó de ella un papel con muchos dobleces y ya bastante grasiento, lo desdobló y leyó con voz temblorosa y enfática unos versos tan pedestres y ramplones que Rogelia no los había oído peores hasta entonces. Por eso le fué imposible manifestar su aprobación y quedó tiesa y silenciosa mientras el escribano quiso descoyuntarse aplaudiendo, inflando los carrillos y arqueando las cejas de un modo imponente. Y haciendo después al comandante una leve seña para llamarle la atención sobre la actitud indiferente de Rogelia profirió con acento compasivo:

—Estas cosas, tan admirables, don Abelardo, son para las personas instruídas, no para la pobre gente que no ha recibido educación.

Volvieron al patio, donde la dama blanca seguía leyendo, columpiándose en la mecedora; el espárrago de su hija tocaba el piano y el chico contrahecho había vuelto a dibujar sobre el tablero. El comandante se acercó respetuosamente a su genial señora y le hizo saber en voz baja el resultado de sus gestiones. La dama, sin apartar la vista del libro, replicó:

—Está bien, que se vaya a la cocina.

El comandante comunicó esta orden de la superioridad a la interesada y él mismo la llevó al teatro de sus operaciones.

Estaban en él dos mujeres y un hombre. Una de las mujeres, que era la misma que había abierto la puerta, guisaba al pie del fogón; la otra, mucho más joven, lavaba ropa en un barreño, y el chico, con gorra de cuartel, que indicaba bien su calidad, limpiaba calzado en un rincón.

La lavandera la saludó con amabilidad, la cocinera con displicencia y el asistente quedó petrificado. Poco después pidió permiso para ir a buscar su ropa a la taberna de don Heliodoro y cuando volvió le encomendaron el planchado de unas camisas. Por la noche la señora poetisa la hizo venir a su presencia y le preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

—Rogelia, para servir a la señora.

—Pues bien, Rogelia, usted dormirá abajo, porque lo mismo la señorita que yo podemos necesitar a usted durante la noche. La cocinera que se vaya a dormir al cuarto de la azotea.

Este arreglo hizo pasar instantáneamente la simple hostilidad al estado de guerra. La cocinera, que había dormido siempre en el cuarto de la azotea, al marcharse la doncella, más antigua que ella en la casa, bajó a dormir a su cuarto cerca de los señores. Sin duda se había forjado la ilusión de que allí continuaría. Al saber la orden de la señora se mordió los labios y dirigió a la intrusa una mirada de desafío.

Pasó la noche Rogelia sufriendo con cristiana resignación la penitencia del duro y pobre camastro, y a la mañana, después de haber hecho la limpieza y vestir a la señora, pidió autorización, que le fué concedida, para

ir a comunicar a su marido la nueva situación y domicilio en que se hallaba.

Enderezó sus pasos hacia las fortificaciones, llegó al primer recinto y vió de lejos al grupo de los penados trabajando. Como el día anterior, el viejo cabo de vara se mantenía sentado al pie de la barraca dándose aire con el sucio y deshecho sombrerote de fieltro. Al aproximarse a él Rogelia sonrió de un modo particular: había en aquella sonrisa irónica compasión y cólera al mismo tiempo. Con gesto despreciativo el cabo le señaló el grupo de los penados invitándole a que siguiese y la joven avanzó hacia ellos. Al hacerse cargo de su presencia todos suspendieron el trabajo y la contemplaron con maliciosa y burlona sonrisa. Prontamente se destacó de aquel grupo Máximo y avanzó hacia ella de un modo asaz extraño. Tenía los ojos inyectados, el semblante descompuesto y marchaba vacilante sonriendo de un modo estúpido. Rogelia comprendió en seguida que estaba ebrio.

—¡Ah!... ¿Eres tú, salerosa? —le gritó desde lejos—. Ven aquí, cachito de cielo. No sabes las ganas que tengo de darte un abrazo.

Y en efecto avanzó dando tumbos con los brazos abiertos. Pero deteniéndose repentinamente se volvió hacia sus compañeros.

—Vosotros no sabéis, camaradas, de esta misa ni la media siquiera. Mi mujer es canelita fina, es un terrón de azúcar.

Rogelia quiso retroceder, pero el borracho se le echó encima.

—Ven acá, cachonda, que eres más salada que las pesetas. Dame esa boquita de miel para que yo la chupe; dame esos pechitos más dulces que la guayaba.

Rogelia, horrorizada, trató de desasirse, pero no pudo

ya. Máximo logró abrazarla y le puso su boca asquerosa en las mejillas.

Los penados reían a carcajadas.

—En vuestra vida habéis visto cosa más rica—les gritó el borracho—. Los pechos de esta barbiana son dos claveles, son dos quesitos de nata... ¡Vais a ver, vais a ver!

Y llevó su mano brutal al pecho de la joven para arrancarle el pañuelo que lo cubría. Rogelia se defendió bravamente. Hubo por pocos momentos una lucha feroz y repugnante.

—¡Déjame enseñarlos! ¡Un momento, un momento nada más! Ya los taparás después. ¿No se los has enseñado a tu chulo? ¿Por qué no los has de enseñar a estos buenos chicos?

Los penados celebraron con gritería la hazaña de su compañero.

Rogelia luchaba desesperadamente; mas estaba ya a punto de ser vencida y verse desnuda cuando el cabo de vara saltó de su asiento y de un revés en la cara tumbó al borracho tan largo como era en el suelo.

—¡Basta de escándalo, animal!—gritó enfurecido.

—¡Pero si es su mujer, tío Zenón!—gritaron al mismo tiempo varios de los presos—. El puede hacer lo que quiera, tiene derecho.

—¡Nadie tiene derecho a dar escándalos, granujas! ¡A trabajar prontito o mal rayo me parta si alguno no se acuerda de mí toda su vida!... Tú, Rafael, tú, Navarro, cogerme ese bruto y llevármelo al cuartel, y decirle a Miguel que le refresque los hocicos... ¡A trabajar, gorrinos, y que nadie me abra el pico!

Rogelia estaba pálida como una muerta. El tío Zenón la cogió por un brazo y la llevó hasta la barraca.

—¡Tú te tienes la culpa, mentecata! ¿No sabes que no

se puede dar dinero a esta canalla? ¿No sabes que estos brutos siempre encuentran, a pesar de nuestra vigilancia, quien les proporcione aguardiente?

Rogelia se dejó caer sollozando sobre la piedra donde se sentaba el cabo.

IV

Fué una coincidencia de nombre de naturaleza histórica y literaria la que dió por resultado aquella unión fecunda y por tantos conceptos respetable. Cuando Abelardo Manso era un joven teniente de Infantería y estaba de guarnición en La Habana, fué presentado en una tertulia donde brillaba como astro de primera magnitud Eloísa Pérez. —«¡Abelardo y Eloísa! ¡qué gracioso!»—exclamaron los tertulios. Los dos jóvenes, empujados por el recuerdo de aquellos famosos y antiquísimos amores, se creyeron en la obligación de anudar relaciones amorosas. Y como Eloísa Pérez no tenía un tío canónigo que se opusiera a su unión por medio de una cruenta operación quirúrgica, la consecuencia fué que no muchos meses después se hallasen casados.

Eloísa era huérfana de padre y madre. El tío y tutor con quien vivía, que no era canónigo sino cajero de una fábrica de cigarros y no tenía tampoco las malas tripas del de la primitiva Eloísa, le entregó el caudal que le pertenecía por herencia de sus padres, y el joven matrimonio vivió en La Habana y allí nacieron sus dos hijos León y Beatriz, hasta que Manso ascendió a capitán y vino a la Península. Estuvo de guarnición en varias ciudades, Valladolid, Zaragoza, Sevilla. Ultimamente, al ascender a comandante, fué destinado a Ceuta.

Don Abelardo no tenía semejanza alguna con su homónimo el gran teólogo francés rival de San Bernardo. «Este Abelardo no es de los Abelardos», decía su coronel. Doña Eloísa algo más se parecía a la enamorada monja del *Paracleto* por su afición a escribir largas cartas sentimentales. Al nacer su primer hijo, esta notabilísima señora tuvo la ocurrencia verdaderamente feliz de ponerle por nombre León. Don Abelardo celebró toda su vida aquella idea tan original y delicada. —«¡León manso!—exclamaba ahuecando la voz y poniendo los ojos en blanco—. ¿Verdad que ha sido famosa ocurrencia la de mi señora?»

Pero aquel león a la fuerza tenía que ser manso. Nació menudo, se crió raquítico y cuando llegó a los ocho o diez años se le pronunciaron los homoplatos, poco después el esternón y si no fué un giboso declarado, no hay duda que era un corcovado vergonzante. Acaso el nombre por secreta y misteriosa influencia si no logró vigorizar su cuerpo, introdujo en su espíritu una inclinación irresistible a lo enérgico, lo impetuoso y lo feroz. León Manso vivía con la imaginación en los tiempos medioevales; montaba en caballos briosos que lograba dominar con la presión irresistible de sus rodillas, daba estocadas, sacaba de la silla con botes de lanza a los guerreros más formidables, quebraba los yelmos, saltaba fosos, se descolgaba de las ventanas ojivales por escalas de seda, cazaba jabalíes, cercenaba cabezas, ejecutaba, en fin, todas aquellas operaciones más o menos delicadas con que divertían sus ocios nuestros gloriosos antepasados. La vista de una armadura le extasiaba por más que pudiera pasearse dentro de ella como un ratón; un rapto en medio de la noche después de haber sepultado su daga en la garganta del centinela le producía espasmos de placer. ¡Ah!, esto de los raptos era

realmente su especialidad. Había raptado ya en las altas horas de la noche, degollando previamente al desgraciado centinela, a casi todas las bellezas indígenas y forasteras de la ciudad de Ceuta. Tecleaba el piano, rascaba el violín, pintaba acuarelas que guardaban semejanza increíble con las ensaladas rusas, y escribía en sonoros endecasílabos leyendas aterradoras. Su mamá afirmaba que este siglo no era digno de tal cabeza, que era capaz de todo como el gran Leonardo de Vinci. En efecto, era capaz de todo menos de seguir y concluir una carrera. Varias fueron las que había emprendido sin resultado y a los veinte años sólo tenía el título de bachiller.

Doña Eloísa Pérez tocaba el piano y escribía versos desde sus más tiernos años. No se pintaba mas que a sí misma, pero lo hacia con pincel tan suelto y vigoroso, lograba un colorido tan brillante que emulaba las glorias de la antigua pintura de la escuela veneciana. Odiaba lo rastrero, se jactaba de no poner jamás los pies en la cocina, encomendando a su marido la innoble tarea de tomar la cuenta a la cocinera, y a fuerza de chupar caramelos y leer novelas de Pérez Escrich había llegado a tal grado de languidez que le costaba trabajo pronunciar las erres.

Beatriz era una fina porcelana de Sevres. Si se cayese al suelo seguramente se haría pedazos. No se comprende cómo podía ejercer sus funciones vitales aquella joven tan ligera, sutil y cristalina. Vicenta, la cocinera, afirmaba que era el genio lo que la sostenía. Efectivamente, su genio era a tal punto inflamable y arrebatado que un tubo de plomo lleno de ácido carbónico comprimido no poseería una fuerza más detonante. Cuando se la contradecía caía en convulsión. En casa todo el mundo, hasta su atlético papá, le tenía miedo. Tocaba el piano y cantaba con una voz de gata parida bastante

bien timbrada. Igualmente escribía versos antes de suicidarse en el lago.

El comandante Manso tocaba la guitarra y hacía pitillos. Los hacía a todas horas del día y de la noche, y mientras los hacía con un gran periódico extendido sobre la mesa lleno de tabaco picado los fumaba también. Ningún habitante de Ceuta hacía memoria de haberle visto sin una colilla en la boca. Admiraba a su esposa de un modo incondicional, como su esposa admiraba a su hijo León y éste al Cid Campeador. No era un cantante en el sentido lato de la palabra porque no tenía repertorio, pero había adquirido envidiable celebridad cantando, acompañándose de la guitarra, una canción titulada *El Calesero*. La cantaba lógicamente con voz aguardentosa, porque los caleseros al detenerse en las ventas siempre beben algunas copas y tenía que imitar, mientras la cantaba, el ruido de los cascabeles, el trotar de las mulas, los gritos para arrearlas ¡Arre, Mariscala! ¡Vivo, Generosa!, las coplas, las interjecciones. Por fin terminaba la canción con el rebuzno de un asno, que Manso ejecutaba con tan maravillosa exactitud que lograba confundirse con el mismo animal. En el Casino Militar decían que se podía pasar el Estrecho sólo por el gusto de oír rebuznar al comandante Manso.

Verdaderamente don Heliodoro tenía razón para advertir a Rogelia que iba a entrar en el templo del arte. Empezó a desempeñar las tareas animosamente, con toda la buena voluntad que le inspiraba su fervoroso anhelo de penitencia. A pesar de eso hubo de sufrir pronto no pocos desabrimientos y humillaciones. La vieja poetisa, entregada a las dulces emociones que le proporcionaban las huérfanas desvalidas que al fin se casan con un príncipe, la trataba con un desprecio de sultana. Le comunicaba sus órdenes sin mirarla, cual si te-

miese manchar los ojos. Unicamente cuando Rogelia, por no entender la orden osaba pedir que se la repitiese, la abstraída señora le clavaba una mirada distraída que se convertía en colérica y de nuevo bajaba los ojos, sin dignarse responder a la pregunta. Entonces Rogelia se dirigía al comandante, el cual, conjeturando el deseo de su genial esposa, se lo explicaba.

—No te sorprenda, chica, que mi señora no quiera repetir las órdenes. Las doncellas que la servían en Cuba eran esclavas y al alcance de la mano tenía siempre un latiguito para explicarles su deseo cuando no lo entendían. ¡Yo creo que ahora echa mucho de menos el látigo!—añadía riendo.

Extraña le parecía a Rogelia esta añoranza tratándose de una persona que blasonaba de tan delicada y exquisita sensibilidad. Le ayudaba a vestirse y acicalarse (no a pintarse, porque esta artística tarea no era de su incumbencia) y debía lavarle los pies todos los días y bañarla dos veces por semana. Tales humillantes trabajos no pesaban a Rogelia como pudiera presumirse. Empapada en la vida y pasión de Jesucristo, que leía sin cesar, ávida de sufrir algo por su amor y de hacer penitencia, los aceptaba no sólo con paciencia sino tal vez con alegría. Lo que realmente era superior a sus fuerzas y estuvo a punto de turbar sus santos propósitos fué el genio irascible y el trato grosero de la niña. Esta, impertinente y agria con todo el mundo, lo fué mucho más desde un principio con Rogelia, cuya belleza no podía menos de reconocer, y en el fondo de su alma envidiar. Le dirigía la palabra en tono despreciativo o irónico, y a los pocos días ya no se reprimía para llamarla tonta y estúpida. Muchos esfuerzos, muchas lágrimas, muchas oraciones costaron a la pobre Rogelia el poder sufrir a aquella furiosa harpía.

En cambio su giboso y melenudo hermano le producía inquietud de otra índole, pero más peligrosa. Este joven artista, tan semejante por sus varias aptitudes a Leonardo de Vinci, la miraba con enfadosa insistencia, no apartaba de ella la vista cuando la tenía presente, y a Rogelia le parecía que no la contemplaba con ojos de pintor o de escultor, sino de sátiro. Por eso huía siempre que le era posible de su presencia.

El único que no le inspiraba recelos y no le ocasionaba molestias era el comandante. Fuera de casa la mayor parte de las horas del día, atento cuando estaba en ella a su tarea de hacer pitillos, admirador infatigable de las producciones de su artística familia, era un bruto pacífico que a nadie estorbaba.

En la cocina había de todo. La cocinera no disimulaba su hostilidad, le ponía obstáculos para el cumplimiento de sus tareas: le quitaba las planchas del fuego, le ocultaba la escoba y el plumero con el deseo de que la reprendiesen, y le dirigía miradas escrutadoras haciendo ostensible con cierto fruncimiento de cejas y alargamiento de labios su sospecha de que aquella chicuela no era trigo limpio. ¡Quién sabe de qué chamizo saldría!

El asistente, Gasparuco, entregado con alma, vida y corazón al brillo de las botas, del correaje, de los botones y de las espuelas del comandante, vivía en una región inmarcesible y no le preocupaban los incidentes de este mundo opaco y efímero. Pero había aprendido hacia poco tiempo a escribir, y queriendo dar gallarda muestra de la habilidad adquirida, adornaba las paredes, las puertas, las cubiertas de los libros con inscripciones sabiamente trazadas. Esto le había valido ya no pocos puntapiés y pescozones por parte de su jefe, pero él los recibía con estoica indiferencia, pensando que los

puntapiés en el trasero quizá le ayudasen a redondear la letra y hacerla más clara y elegante.

En cambio la mujer que venía a lavar la ropa, limpiar los suelos y hacer recados le mostró desde el principio decidida simpatía y benevolencia. Se llamaba Baldomera, era viuda, joven todavía, aunque notablemente envejecida por los duros trabajos a que se dedicaba, más quizá por las penas. Su marido, que había fallecido no hacía mucho tiempo, era sargento, le hacía vivir con relativa holgura y la amaba y la mimaba con pasión de padre y amante según afirmaba llorando siempre la cuitada. Poseía una casita en la calle del Matadero, y gracias a este refugio pudo mantenerse independiente, dormir todas las noches en su casa y no entrar a servir como criada, cosa para ella aborrecible.

Se hicieron pronto amigas. Baldomera la llevó una tarde hasta su casita y se la mostró. Era una vivienda reducida, pero tan limpia y arreglada que impresionó a Rogelia muy favorablemente. Y lo que más le complació fué ver colgadas de las paredes muchas estampas de santos y un hermoso crucifijo de talla. Su difunto marido era devotísimo, pertenecía a varias cofradías y la había inscrito a ella en la de la Virgen de la Misericordia. La casa tenía detrás un huertecito que el sargento cultivaba con esmero, sacando legumbres y flores; pero desde su fallecimiento estaba abandonado, pues Baldomera no tenía tiempo ni habilidad para trabajar en él.

Dos o tres veces por semana, según lo estipulado, iba Rogelia a las fortificaciones para ver a su marido. Este, en las primeras visitas se mostró medianamente afable. Sin duda esperó que Rogelia le metiese en la mano nuevamente alguna moneda de plata; mas al ver que ésta no parecía se tornó indiferente y desdeñoso. No le pesó de ello a Rogelia, al contrario, sintió alegría, porque

esta actitud alejaba una reconciliación cuyas consecuencias le hacían estremecerse. Pero de esta misma alegría empezó a sentir remordimiento. Al cabo, no obstante, se dijo: «Yo no estoy aquí por amor sino por deber. En el amor no se manda.» Y pudo quedar tranquila.

Había transcurrido más de un mes cuando a la genial doña Eloísa se le antojó dar un te-concierto en su casa. Tal antojo no tenía solamente una finalidad artística como luego veremos.

Doña Eloísa había decidido que esta fiesta dejase recuerdo imperecedero en la ciudad de Ceuta, tanto por su sabor artístico como por su esplendidez. Era el te inaugural, el heraldo soberbio de todos los tes que en lo sucesivo se dieran en la histórica fortaleza donde hasta entonces nada se sabía de esta clase de solemnidades amenizadas por la aromática planta de la China. Hizo venir de Málaga pastas, confites, fiambres, *champagne* y licores; durante algunos días se ensayaron al piano y al violín algunas piezas del repertorio musical de la familia. Por cierto que en cuanto Rogelia oía cantar a la espiritual Beatriz corría a esconderse a su cuarto y cerraba la puerta. Estas huídas fueron advertidas al fin y causaron no poca risa a la familia.

—La gente ruda—dijo doña Eloísa—es como los perros; la música les hace daño. Veréis cómo esa chica termina por aullar.

Se pasaron invitaciones en la forma ya consagrada en Europa, pero nueva en aquella plaza: «Los señores de Manso tienen el honor de invitar a usted para tomar una taza de te en su compañía el miércoles diez y ocho, a las cinco de la tarde.» Le pusieron una cofia a Rogelia, le pusieron otra a la cocinera, vistieron al asistente con un frac viejo de don Abelardo, ordenaron a Baldomera que no se moviese de la cocina para lavar la va-

jilla y cubiertos, se adornó la casa con nuevas plantas y flores, y lo mismo doña Eloísa que Beatriz vistieron los elegantes trajes que para el efecto habían encargado a Sevilla.

El elemento militar formaba casi la totalidad de los invitados, los unos de categoría superior, otros de inferior al comandante. Éste había invitado también al General, pero se dudaba que asistiese. Las señoras, muy peripuestas con los mejores trapitos, los caballeros de uniforme. Entre éstos el que más llamaba la atención, el más brillante, el tratado con más cariño por los hombres y más agasajado por las damas era el joven teniente de Artillería Bruno Soler. ¿Cómo no? Era un chico de rostro agraciado y arrogante figura, hijo del más rico naviero de Barcelona. La fortuna de su papá era tan colosal que nadie podía calcularla, docenas de barcos, magníficas casas, acciones en todos los Bancos. Se decía que el teniente Soler estaba en Ceuta como castigo por las muchas y graves calaveradas que había hecho hallándose de guarnición en Madrid. Al parecer, no bastándole todavía las grandes cantidades de dinero que su padre le enviaba, pues el viejo Soler, enamorado de su hijo, nunca le había escatimado los recursos, había contraído deudas de mucha consideración, había derrochado una verdadera fortuna en poco tiempo. Su padre hizo que le trasladasen a Ceuta y allí estaba desde hacía pocos meses.

Como es natural, la historia gloriosa de este chico inspiraba respeto a los hombres, pero a las damas las volvía locas de entusiasmo. Además, la conducta y el trato de Bruno Soler contribuían mucho al prestigio y la admiración de que se hallaba rodeado. Era un joven de rara modestia, un militar correcto, respetuoso con sus jefes y afable con sus subordinados. Con las señoras

atento, rendido, lisonjero lo mismo con las jóvenes y bonitas que con las viejas y las feas. ¿A quién podría sorprender que en las casas de Ceuta saliese incesantemente a relación el nombre del teniente Soler?

La inspirada doña Eloísa era de las más fascinadas. El desprecio que profesaba al dinero no trascendía de la esfera romántica donde brillaban las virtudes de las huerfanitas abandonadas o tiranizadas por sus orgullosos parientes. Mas cuando su espíritu descendía de las regiones etéreas del folletín y recobraba su estado normal, aquellas humildes virtudes se hacían opacas y el orgullo de los ricos adquiría brillo inusitado. Por eso concibió la idea ambiciosa de casar a su hija con Bruno Soler, el cual le proporcionaría la más grande opulencia sin necesidad de esperar la intervención providencial que en las novelas por entregas transforma a las pobrecitas huérfanas en duquesas. El te que ahora se celebraba tenía por fin principal acercar uno a otro aquellos dos seres que en la mente de la genial poetisa estaban destinados el uno para el otro.

Hay que confesar que esta idea carecía de originalidad. Entre las mamás de las niñas casaderas era ya conocidísima hasta convertirse en una vulgaridad. Y pudo observarse aquella tarde que había echado profundas raíces en más de un cerebro maduro del sexo femenino. En cuanto el gallardo teniente puso los pies en la artística morada de los señores de Manso fué acometido y sitiado, no por los moros rifeños, sino por un número crecido de nobles cristianas de todas las edades y temperamentos. Se le tiró con bala rasa, se le arrojaron bombas, le mojaron la pólvora, le socavaron las murallas. Sonrisas destructoras, llamadas insinuantes, bromitas lisonjeras, traidoras emboscadas, asaltos, combates singulares, de todo hubo en aquel sitio memorable. «Bruno, tome

usted esta yemita de San Leandro. —Bruno, tráigame los guantes que he dejado olvidados en aquella silla. —Soler, beba usted esta copita a mi salud. —Bruno, ¿un poquito de jamón? —Bruno, sea usted amable, déme aire con el abanico, porque estoy muy sofocada».

Realmente se necesitaba mucha presencia de ánimo y los profundos conocimientos estratégicos que el teniente había adquirido para sostener largo tiempo tan apretado cerco. Avanzó unas veces, retrocedió otras y en suma no hizo mas que sostenerse del mejor modo que pudo a la defensiva hasta que la casualidad le puso en salvo. Cuando los tertulios pasaron al comedor y Rogelia con su cofia blanca rizada y su delantal de peto se presentó a escanciar los vinos y a recoger los platos, el teniente Soler la encontró tan de su gusto que, disimulada o abiertamente, apenas apartó de ella los ojos. No se escaparon aquellas miradas traidoras a la atención vigilante de las sitiadoras. Aquellas armas de mala ley causaron en ellas un efecto tan desastroso que muchas abandonaron el cerco, otras se obstinaron algún tiempo, pero con el secreto convencimiento de su derrota, otras comenzaron a reír histéricamente, algunas hicieron gestos despectivos y sólo unas pocas se resignaron cristianamente. Debe presumirse que donde la negra traición del teniente dió un resultado más pernicioso fué entre las mismas señoras de la hermosa doncella. Tanto la inspirada poetisa como su cristalina hija sintieron que la cólera se les desbordaba del hígado, lanzaron miradas furiosas no sobre el versátil teniente causante del desastre sino sobre la inocente doméstica, se mordieron los labios, cuchichearon un instante y doña Eloísa, en el mismo tono que se dirigía a sus esclavas en las Antillas, le ordenó que se retirase a la cocina, pues no hacía falta ya en el comedor.

Los invitados fueron espléndidamente obsequiados. El te de doña Eloísa, por la profusión y finura de las pastas, confites, fiambres y licores, podía competir con los más aristocráticos de la corte. Corrió el *champagne*. Desgraciadamente también corrió la poesía y la música. La espiritual Beatriz les cantó el rondó de *Lucía,* doña Eloísa recitó, poniendo los ojos en blanco y elevando sus manos crispadas al cielo, media docena de bellas poesías y su melenudo y jorobado hijo les leyó una leyenda del tiempo de Alfonso el Batallador en versos endecasílabos, tan larga que lo mismo al elemento militar que al civil les dejó sin aliento y le hizo sudar como si trabajase en las fortificaciones. Felizmente el comandante Manso, a ruego de algunos compañeros, cantó al fin, acompañándose con la guitarra, su favorita canción del *Calesero*. Fué un verdadero oasis en el desierto para los abatidos tertulios, una fresca brisa que dilató sus pulmones y reanimó su corazón desmayado. ¡Qué alegría despertó el bravo comandante arreando con su ronca voz aguardentosa a las mulas, imitando con la guitarra el trote, haciendo sonar los cascabeles y rebuznando al fin de aquel modo maravilloso que todo el mundo conocía en Ceuta y había pasado ya el Estrecho. Entre vivas y aplausos se le hizo rebuznar tres veces y no rebuznó más porque declaró que tenía la garganta destrozada. Aquel clásico rebuzno tan artístico despertó en la reunión una intensa emoción estética que hizo olvidar las fatigas del rondó, de las elegías y de la leyenda de Alfonso el Batallador.

Mientras el bravo comandante se cubría de gloria en el patio, allá en uno de los rincones de la casa acaecía un suceso de insignificante importancia en apariencia pero que la tuvo grande en el curso de esta verídica historia. El teniente Soler, no sabemos con qué pretexto,

abandonó por unos instantes el patio y pasó cerca de la cocina. A la sazón salía de ella Rogelia, y el gallardo teniente, que no otra cosa buscaba, insinuante y meloso la requebró con frases galantes y no sólo hizo eso sino que se propasó a tocarla la cara con la punta de los dedos. Rogelia rechazó con indignación tal atrevimiento, pero la escena fué presenciada por la cocinera, quien, escandalizada de la «desvergüenza de aquella chica», se la fué a contar a sus señoras así que se hubieron retirado los convidados.

No faltaba más que esta gota para que la bolsa de la hiel estallase. En la mañana del día siguiente Rogelia quedó sorprendida al sentir sobre sí las miradas feroces tanto de la tiple como de la poetisa. Beatriz no le dirigió la palabra mas que una vez para llamarla idiota. Su genial mamá le dió con el pie en la barba mientras se lo lavaba porque no acababa de secárselo. La cocinera le hablaba con maligna sonrisa. Rogelia no acertaba a comprender qué significaba aquello, pero sí vió claramente que, dada la actitud en que se hallaban colocadas sus señoras, no tardaría en saltar de la casa.

Fué más pronto de lo que imaginaba y en forma que no podía sospechar. Aquella misma tarde, cerca ya del oscurecer, al entrar en su dormitorio a quitar el delantal de servicio y arreglarse para servir a la mesa sintió que dos brazos la enlazaban estrechamente por el cuello y unos labios se posaban sobre los suyos. Era el león melenudo y corcovado hijo de la casa. Sorprendida un instante y encolerizada después, le rechazó con la violencia que le inspiraba su indignación y la gran fuerza muscular de que se hallaba dotada. El jorobado artista fué rodando como una pelota y dió con su melenuda cabeza contra el catre de hierro haciéndose una brecha en la frente. Lanzó un grito de dolor. Al ruido de la caí-

da y al grito del herido acudieron presurosas las mujeres, Vicenta, Baldomera, doña Eloísa y Beatriz. Entonces se produjo una escena tan escandalosa como repugnante. Al ver sangre en el rostro del artista, aunque bien entendieron todas lo que había pasado pues se hallaba en el dormitorio de Rogelia, se lanzaron sobre ésta como fieras, babeando de ira la mamá, la niña y la cocinera. ¡Qué imprecaciones! ¡qué insultos! ¡qué desbordada y furiosa cólera! Toda la hiel que tenían almacenada estalló rugiente y encendida como la lava de un volcán. Se arrojaron abofeteándola despiadadamente; todas querían poner la mano al mismo tiempo sobre aquel bello rostro que aborrecían y envidiaban. Fácil le hubiera sido a Rogelia defenderse con sus fuerzas singulares y tal vez hubiera dado buena cuenta de las tres, pero no lo hizo. Se limitó a desasirse como mejor pudo y tomar la puerta. Salió a la calle, donde aquellas gatas rabiosas no osaron perseguirla: comprendieron que el escándalo no perjudicaría a la doncella sino al que lo había provocado.

Al verse fuera y libre, Rogelia, aturdida, sin saber bien lo que hacía se dirigió con paso vacilante a la taberna de don Heliodoro para respirar un poco y refrescar el rostro, que le ardía. Mas antes de llegar sintió unos pasos que corrían detrás de los suyos y oyó una voz:

—¡Rogelia, Rogelia!

Se volvió y vió a Baldomera que jadeante venía hacia ella.

—Toma la llave—le dijo con cierto misterio—. Ve a mi casa y espérame. No tardaré mucho.

Y se volvió seguidamente hacia la de los señores mientras Rogelia se dirigió a la suya. Allí se lavó el rostro inflamado por los golpes, marcado con los dedos

de las harpías. Cuando Baldomera llegó media hora después la encontró tranquila y alegre.

—¡Qué infamia han hecho contigo, querida!—exclamó la simpática viuda cogiéndole las manos—. Demasiado sabían lo que había intentado ese jorobado asqueroso, pero como no te pueden ver se han aprovechado.

—¡Bah!... Eso no vale nada.

—¿Cómo que no vale nada? Es una infamia, es una picardía, pienso decírselo a todo el mundo.

—Nada digas, Baldomera; te lo suplico. Estoy perfectamente tranquila y las perdono de todo corazón. ¿No has leído en tu devocionario que al divino Jesús, nuestro Salvador, le abofetearon en casa de Caifás? Le escupieron en el rostro y después de cubrirle los ojos le abofeteaban diciendo: «Adivina quién te dió.» Pues yo me siento honrada y feliz por haber sufrido la misma afrenta.

Baldomera la miró estupefacta, guardó silencio y no se atrevió a insistir en sus furiosas protestas.

V

Aquella noche las dos amigas durmieron en la misma cama. Baldomera no quiso que Rogelia fuese a buscar posada en otra parte.

—¿Sabes tú, Rogelia?—le dijo cuando se hubieron despertado al día siguiente—. Yo en tu caso no me pondría a servir otra vez. Te puedes ganar muy bien la vida planchando. No hay en todo Ceuta una planchadora que te ponga el pie delante.

—Pero, querida, apenas conozco aquí a nadie. Mientras hallase clientela se pasaría mucho tiempo y yo no puedo sostenerme más que algunos días.

Baldomera quedó pensativa.

—Si tú quisieras—le dijo al cabo tímidamente—podríamos arreglarnos las dos. Yo lavaría la ropa y tú la plancharías. Conozco mucha gente en Ceuta y me será fácil hallar casas que nos den trabajo en cuanto les presente algo planchado por ti... No puedo ni quiero tampoco volver a la del comandante. Esas malditas mujeres se pondrán hechas unas víboras cuando sepan que has dormido en mi casa.

—¡Pues no he de querer!—exclamó aquélla abrazándola—. Satisfecha y agradecidísima... Pero tú no tienes mas que una cama y vas a dormir molesta.

—¡Al contrario!—replicó la viuda besándola—. Para mí es un placer tenerte a mi lado. La soledad por la noche me daba miedo y tristeza.

Aquella misma mañana Baldomera se puso a buscar trabajo, y como había previsto lo halló pronto. En poco tiempo tuvieron las dos amigas más del que necesitaban. A los dos meses ya habían ahorrado algún dinero y Rogelia pudo comprar un catre con su colchón. Baldomera iba a buscar la ropa a las casas; ella era quien la distribuía después de planchada. Con tal motivo debía recorrer las calles, donde su belleza llamaba la atención y despertaba la codicia de los hombres. No solamente los soldados, pero también los oficiales la requebraban y la seguían. Esto le causaba molestia, porque turbaba su vida ejemplar de expiación y penitencia. Por la mañana, antes de ponerse al trabajo, oía misa en la parroquia castrense, que tenía cerca de su casa, comulgaba a menudo y los domingos pasaba casi todo el día en la iglesia.

El que más se obstinaba en seguirla y requebrarla era el teniente Soler por haberla conocido en casa del comandante Manso. Esto iba produciendo en Rogelia no sólo molestia sino sobresalto. Porque este niño mimado, guapo y rico, no acertando a comprender que una pobre doméstica se le resistiese, apretaba el asedio de un modo harto descarado. Varias veces había tratado de pararla en la calle sin lograrlo; la última se propasó a retenerla por un brazo. Rogelia se zafó violentamente dándole tan fuerte empujón que el gallardo teniente se tambaleó y estuvo a punto de caer.

Pero lo echó a risa.

—Niña—le gritó—, con esas fuerzas lo mismo puedes matar moros que cristianos.

Una mañana, cerca ya del mediodía, Rogelia venía de entregar algunas camisas en casa del coronel Cerezo, que las había pedido con urgencia. Al cruzar cerca del Principal oyó el toque agudo del cornetín.

—¿Qué es lo que pasa?—preguntó a una mujer que apresuradamente se dirigía al cuartel.

—Es la hora del rancho—respondió sin detenerse ni mirarla.

Despierta su curiosidad preguntó:

—¿Es que se puede ver eso?

—Sí; no dicen nada.

Rogelia siguió a la mujer y pronto se juntó a ella. Entraron por un enorme y sucio portalón y al instante desembocaron en el gran patio del cuartel, ceñido de un lado por el viejo edificio donde se abrían anchas puertas de arco, por los restantes de alto muro descascarillado y los barracones y dependencias del establecimiento.

En aquel momento salían de sus cubiles los presos y formaban dos filas a lo largo de los muros. Rogelia quedó horrorizada de su aspecto siniestro. Parecían fieras hambrientas escapando de su jaula de hierro.

—Son los castigados y los nuevos—le dijo la mujer con quien se había juntado.

Un minuto después comenzaron a entrar en el patio las brigadas de los que fuera trabajaban y se colocaron en filas igualmente delante de sus compañeros. Rogelia no tardó en reconocer aquella en que trabajaba su marido. Para que éste no la viese se ocultó detrás de un grupo de mujeres que habían acudido portando grandes vasijas de hoja de lata con un pequeño hornillo debajo, donde ardían algunos carbones. No podía reprimir nunca el estremecimiento de repugnancia y aun de horror que aquel hombre le inspiraba y del cual siempre se arrepentía como si fuese un pecado.

Cada preso iba provisto de una cazuela o de un plato de metal. Volvió a sonar la corneta y comenzó la revista. Los cabos leían en alta voz los nombres de los reclusos y éstos respondían con la palabra *presente*. Termi-

nada la revista se abrieron las grandes cajas que contenían el rancho y comenzó la distribución. Se dividían y subdividían las raciones hasta quedar doce en cada vasija. Los cabos se hacían cargo de ellas y los presos formaban círculo en torno. Uno tras otro iban metiendo su cuchara de metal o de madera en el lebrillo y engullendo la menestra.

Fué cuestión solamente de unos minutos. Después se rompieron las filas y algunos de los reclusos se acercaron a las mujeres que llevaban las vasijas humeantes y por una moneda de cobre de dos cuartos tomaron un vaso de café, como así llamaban al brebaje que aquellas vasijas contenían. Eran los ricos, los que trabajaban en las fortificaciones. Durante algunos minutos se permitió la conversación. Sonó pronto el toque de corneta exigiendo el silencio. Los castigados y los nuevos volvieron a sus calabozos. Las brigadas de los trabajadores salieron otra vez formadas para continuar su tarea.

Rogelia llegó a su casa tristemente impresionada. Aquel alimento tan grosero y la forma precipitada de ingerirlo le inspiraba infinita compasión. No pensaba precisamente en su marido sino en todos aquellos desgraciados cuyos rostros doloridos, macilentos, oprimidos, denotaban vivo sufrimiento.

Por la tarde se fué como otras veces, dos o tres por semana, a las fortificaciones del primer recinto, donde seguía trabajando Máximo. Solía pasar allí una hora toda ella en conversación con el viejo cabo de vara, pues con los reclusos sólo se podían cambiar breves palabras. Siempre que iba acostumbraba a comprar en el estanco algunas cajetillas de cigarrillos baratos, los repartía entre los penados y a Máximo le regalaba una entera. A pesar de eso el feroz minero no deponía su actitud desdeñosa, no daba las gracias, apenas se dignaba mirarla,

respondía con pocas y secas palabras a sus afectuosas preguntas. En cambio sus compañeros la iban acogiendo con manifiesta simpatía; su belleza, su dulzura, el regalo de los cigarrillos, ablandaban los duros corazones. Hasta tal punto que un día en que sin duda Máximo la injuriaba en voz baja mientras ella se alejaba, después de repartir los cigarrillos, observó que varios le increparon. Oyó que uno decía:

—¿Sabes lo que te digo, Máximo?, que si tu mujer está aquí trabajando y pasándolo mal es por su gusto y porque es buena, pues con esa cara tan hermosa no le faltaría quien la mantuviera en Madrid como señora.

Pena y consuelo al mismo tiempo le produjeron a Rogelia estas palabras.

Aquella tarde se acercó al cabo de vara y le ofreció una cajetilla entera como a Máximo.

—No, Rogelia—dijo él rechazándola—, muchas gracias, pero no te la tomo. Tú eres una pobre que necesita ganarse la vida trabajando. Dame un cigarro solamente.

—Tómela usted, tío Zenón. No sabe usted el placer que me causa con ello.

Y era cierto. Se sentía atraída hacia aquel viejo de un modo para ella incomprensible. No tenía más remedio que ser un gran criminal, pues sabía que se hallaba desde joven en el presidio. ¿Entonces por qué le inspiraba tan viva simpatía y aun pudiera añadirse afecto? Meditando acerca de ello imaginó que esta atracción tenía por causa la benéfica influencia que ella ejercía sobre aquel hombre, pues había observado que poco a poco se iba reportando en la blasfemia y feas palabras que de vez en cuando se le escapaban de la boca. El rostro de Rogelia se contraía dolorosamente y el viejo al notarlo parecía avergonzado.

—¡Perdona, hija! En este cochino agujero no se aprenden mas que cosas sucias.

Rogelia, acometida de afán catequista como todas las almas donde arde viva la fe:

—Voy a darle, tío Zenón, un librito que le hará mucho bien; le ha de consolar seguramente, endulzará sus penas y le infundirá esperanza.

El viejo sonrió humildemente.

—¿Para qué me ha de servir, hija, si no sé leer? Háblame tú, porque yo creo que eso me hace bien.

Rogelia le miró compasiva. Guardó silencio. Después profirió clavando en el cielo sus ojos con grave expresión de tristeza:

—A usted, tío Zenón, pienso que no le hace tanta falta como a esos infelices que ahí trabajan. Si Dios les tocase en el corazón, si volvieran hacia Él los ojos y pusieran su esperanza en la sangre redentora de Jesucristo, ¡cuán diferente sería su suerte! ¡Cuánto se mitigarían sus sufrimientos!

—No esperes nada de ellos. Es una canalla que sólo a palos y por el miedo se dejan conducir... Pero el más cafre de todos—añadió bajando la voz—ya te lo he dicho, es tu marido. Nadie le puede ver y él no puede ver a nadie.

—Por eso es el más desgraciado. Si pudiese redimirlo, si me fuese dado infundirle un poco de fe y caridad pienso que lo haría a costa de mi sangre... Sin embargo, observo que lleva mucha amistad con ese pobre enano que ustedes llaman *el padre de la criatura.* ¿Por qué le llaman así?

—El mote le viene de su pueblo, allá cerca de Burgos. Se cuenta que cuando se casó y tuvo un hijo, al llevarlo a bautizar, el sacristán, empujando fuera de la iglesia a los chiquillos curiosos que pretendían ver la ceremonia,

también quiso echarle a él. Con mucha seriedad el enano le dijo: «¡Despacio, despacio, que yo soy el padre de la criatura!» Ese enano al parecer tenía dinero y logró casarse con una mujer joven y bonita. Como era de esperar la chica le puso los cuernos. El enano lo supo y una noche la asesinó metiéndole una aguja colchonera por el vientre.

—¡Qué horror!

—La mujer estaba encinta y mató a la madre y a la criatura al mismo tiempo. Le salió cadena perpetua.

Ambos quedaron silenciosos. El cabo dijo al fin apagando la voz:

—Siento decírtelo, Rogelia, pero estoy en fe que si Máximo se ha hecho tan amigo del enano es precisamente porque ha matado a su mujer... Ese bruto te aborrece. Ha dicho que el único sentimiento de su vida es no haberte matado a ti en vez del guardia.

—¡Más valía que lo hubiera hecho!—profirió Rogelia tristemente—, así me habría librado de muchos pecados.

—¡No digas eso, Rogelia! Tú eres una buena chica. Más valía que hubiesen ahorcado a ese bárbaro.

En aquel momento se acercó al cabo un chico de los que trabajaban y le dijo que su carretilla se había roto. Era de corta estatura, menudo, fisonomía aviesa, con ojos que se abrían en ojal como los de los cerdos. Vestía una sucia camisa, el pantalón con desiguales perneras, sostenido por el solo ramal de unos tirantes; sobre la cabeza un casquete que en otro tiempo había sido gorra.

El cabo le dió instrucciones. Cuando se hubo alejado un poco volvió a llamarlo.

—¿Ves este muchacho, Rogelia?—dijo sonriendo maliciosamente—. Míralo bien. Esta buena pieza ha asesinado un hombre por seis reales que le dieron.

El chico se puso furioso.

—No fué por seis reales, tío Zenón, fué por servir a un amigo. Usted hubiera hecho lo mismo.

—¡Quita allá, bruto! Lárgate pronto o te tiro con esta barra a la cabeza.

—Usted sabe la historia de todos ellos, ¿verdad, tío Zenón?—dijo Rogelia.

—De casi todos. Se la cuentan unos a otros y se alaban de sus picardías como si fuesen hazañas.

—¿No están arrepentidos?

—¡Buen arrepentimiento les dé Dios! ¿No te he dicho que es una canalla?

Rogelia meditó un instante.

—Pero al fin—pronunció en voz baja como si hablase consigo misma—no son seres irracionales. Tienen un alma.

—Si la han tenido se les ha escapado hace tiempo.

—¿Quién es aquel joven fino de cara, con el pelo atusado, de modales afeminados, que en este momento amasa la cal y la arena?

—Es un señorito de Madrid, un marica, a quien su padre dejó una fortuna. Se la gastó, no con mujeres sino con hombres. Cuando se quedó en cueros, un caballero que había sido amigo de su padre le hizo su administrador, y ese granuja le pagó su caridad estafándole, falsificando su firma para sacar del Banco cantidades enormes. Tiene para ocho años y no lleva aquí mas que uno. El otro que allí ves a su lado con la nariz aplastada y pelos hasta por los ojos es un bruto como tu marido. Por cuestión de intereses ha asesinado a un hermano. Cometido el crimen, los vecinos de la aldea donde vivía le persiguieron, le cogieron y le amarraron a un árbol. Cuando el juez llegó, cuentan que ese gran salvaje le dijo con la mayor frescura: «Señor juez, estoy amarrado

aquí toda la mañana y tengo mucho que hacer.» Fué condenado al garrote, pero le cogió el indulto del Viernes Santo. Aquel chico guapo que ahora se apoya en el azadón para tomar respiro es otro señorito de Madrid. Tenía una tía rica a quien debía heredar, pero no acababa de morirse, y cansado de esperar la envenenó. Está aquí para toda la vida. Cerca de él, ese sujeto de la blusa azul con nariz de lorito es un monedero falso. Le han salido quince años. ¿No te parece que es demasiado por fabricar unas cuantas piezas de plomo?

—¿Y ese otro pobre hombre tan ancho de hombros que es el único que lleva una cadena sujeta al pie?

—Ese es el famoso Juanillón, de quien habrás oído hablar, ¿no?, pues toda España le conoce de nombre. Es un bandido que durante larga temporada fué el espantajo de la tierra de Córdoba. Con otros tres o cuatro compañeros tuvo en jaque a la guardia civil. Al fin cayó en poder de ella, según dicen, denunciado por una chica a quien había deshonrado y descubrió su guarida. Es hombre de gran valor y de unas fuerzas enormes. El jefe le cree muy peligroso y no le quita los hierros, pero a mí me parece mejor que todos sus compañeros. Jamás me ha dado un disgusto.

Rogelia le miraba con intensa atención. Guardaron ambos silencio prolongado. Una pregunta, una gran curiosidad bullía hacía tiempo en su mente y pugnaba por salir a los labios. Varias veces los había movido y otras tantas quedaron inertes sin pronunciar palabra alguna. Por fin se atrevió a decir ruborizándose:

—¿Y usted, tío Zenón?... Yo no puedo creer que usted sea un criminal.

El presidiario sintió un leve estremecimiento y su rostro oscuro se oscureció mucho más. Tardó algún tiempo en contestar.

—Pues lo soy, Rogelia, lo soy.

—Pues yo no puedo creerlo.

—Pues lo soy, lo soy.

No se miraban a la cara. Sentados ambos el uno al lado del otro, tocándose los hombros, tenían la vista fija en la muralla. El cabo se pasó la mano por la frente con abatimiento.

—Escucha. Yo soy montañés, nacido en un pueblecillo del valle de Pas en la provincia de Santander. Perdí a mi padre cuando tenía catorce años. Mi hermanito Telesforo no tenía mas que dos. Eramos labradores y llevábamos varias fincas en arriendo. Mi madre quería seguir con ellas, pero le fué imposible. Yo era entonces un chico desmedrado y no podía trabajarlas. El amo lo entendió y al fin nos las quitó, y mi pobre madre se vió negra para sacarnos adelante. Se puso a vender fruta, legumbres y manteca en el mercado. Pero teníamos una finquita propia que llamaban el *praduco de doña María*. Era pequeña pero muy señorita, porque estaba en medio del pueblo y nos permitía, casi sin comprar yerba, mantener una vaca de leche. A mí me puso mi madre de aprendiz con un albañil, me desarrollé mucho y empecé pronto a ganar jornal. Pasaron los años. Mi madre enfermó y ya no pudo valerse como antes; pero mi jornal había crecido, y gracias a él pudimos seguir tirando. Como puedes comprender, debiendo mantener a mi madre, que apenas si podía arrastrarse por la casa, y a mi hermanito yo no podía pensar en casarme. Y no pensé en ello durante muchos años. Pero allá cuando ya tenía cerca de treinta entré en relaciones con la doncella de unos señores de Madrid que venían a pasar el verano en una finca cerca de nuestro pueblo. Era una moza bien plantada, una morena con mucha sal, que algo se parecía a ti... aunque tú eres más hermosa. Me enamoré

como un burro. Como yo era ya viejecito no se podía esperar mucho tiempo para casarnos. Mi hermanito no ganaba todavía jornal y mostraba deseos de marcharse a Buenos Aires con un hermano de mi padre que estaba allí bastante bien acomodado. Entonces le dije a mi madre: «Madre, todo podía arreglarse si usted vendiese el *praduco de doña María*. Con ese dinero podría usted equipar a Telesforo y tomarle pasaje para Buenos Aires, podríamos agrandar un poco la casa y usted viviría con nosotros sin pensar nada más que en cuidarse; mi jornal es hoy bastante crecido y lo será pronto más.

»Así era la verdad. Yo había llegado a ser maestro en el oficio, me llamaban con preferencia a los otros albañiles y tenía siempre más trabajo del que necesitaba. Mi madre se resistió; quitarle aquel praduco era arrancarle los ojos de la cara; habia sido de su padre, de su abuelo, de su bisabuelo; se había criado llevando allí la vaca a pacer cuando era niña y enviándome a mí cuando casada; sentía por esta finquita el cariño que se siente por una persona de la familia. Se pasó algún tiempo; yo estaba triste, muy triste: ella me miraba a la cara y también estaba triste. Al fin un día me dijo: «Zenón, haz lo que quieras, vende el praduco, pero no lo des menos de diez y seis mil reales, porque los vale.» Lleno de alegría me fuí corriendo a casa de don Olegario. Me dijeron que estaba en el casino. Has de saber que nuestro pueblo es pequeño, pero tenía dos cafetuchos y en el piso alto de uno de ellos algo que llamaban casino, donde se reunían para leer las gacetas de Madrid y jugar al *tute* los señores de levita, el juez, el promotor fiscal, el hipotecario, los escribanos y algunos tenderos y propietarios. Entre éstos el más rico era don Olegario. Este don Olegario había nacido, como yo, hijo de un labrador, pero cuando tenía quince o diez y seis años llegaron allí

unos ingenieros para hacer la carretera de Santander, le tomaron a su servicio y como le vieron muy avispado y con afición a las cuentas y al dibujo se lo llevaron consigo. Al parecer después de sirviente pasó a ser sobrestante en las obras públicas, luego destajista y por fin contratista de carreteras. Se hizo muy rico, riquísimo. Decían en el pueblo que no todo había sido trigo limpio, que se había entendido con las autoridades y los ingenieros, que se había quedado con el dinero de un socio el cual le descerrajó un tiro sin que le hiriese, que había sido un tirano cruel para los obreros. Todo esto se decía en voz baja y por detrás pues nadie se atrevía en el pueblo a alzarle el gallo. Era lo que llaman allí un cacique: fué alcalde mucho tiempo, y cuando se cansó nombraba él a su gusto los alcaldes; tenía amigos poderosos en Santander y en Madrid; hacía cuanto le daba la gana; no se movía la hoja de un árbol sin su permiso. Cuando llegó al pueblo pasaba de los cuarenta aunque no llegaba a cincuenta; venía casado con una señora andaluza y tenía un rebaño de hijos. Empezó a comprar cuantas fincas se ponían en venta: se hizo pronto el propietario más rico del valle. A la salida del pueblo, en la carretera de Santander, edificó un magnífico *chalet* que bien pudiera llamarse palacio; yo trabajé en él cuando se hizo: tenía coche, caballos y muchos criados. Sabía yo y todo el mundo lo sabía que codiciaba nuestro praduco porque estaba en mitad del pueblo y tocaba con otras fincas suyas. Por eso fui derecho a él para ofrecérselo. Estaba en el casino, como te he dicho, y jugaba a las cartas. Cuando le dijeron que yo quería hablarle se levantó, vino hacia mí y me preguntó qué se me ofrecía. Yo le dije francamente de lo que se trataba. Él de mal humor me respondió: «Mira, Zenón, déjame en paz con tu praduco. Estoy harto de tierra. No pienso emplear

otro céntimo en ella.» «Bueno, don Olegario—le dije—, no hay nada perdido. Venía a ofrecérselo porque está pegado por dos lados con otras fincas suyas.» «¡Todo está pegado en el mundo!», me respondió riendo y volviéndome la espalda.

»Nada me importó su negativa, porque sabía que nuestro praduco estaba vendido en cuanto quisiéramos. Y en efecto, aquella misma noche cuando estábamos cenando llamó a la puerta el tío Rufo del Robledal, vecino del pueblo, que había hecho su dineruco comprando y vendiendo vacas. «Tía Cleofás—dijo dirigiéndose a mi madre—, me han dicho que quiere usted vender el *praduco de doña María*. ¿Cuánto pide usted por él?» «Diez y seis mil reales, ni un cuarto menos», respondió mi madre. «Está usted loca, tía Cleofás, ese praduco no vale siquiera doce mil.» «Si estoy loca me llevarán al manicomio, pero el praduco no saldrá de mi poder si no me dan por él diez y seis mil reales.» Hubo regateo, mi madre se mantuvo firme y el tío Rufo se avino al fin a dar los diez y seis mil reales. «¿Cuándo quiere usted que tiremos la escritura?» «Cuando tú quieras.» «Pues mañana mismo a las diez iremos en casa de don Isidro el escribano y dejaremos arreglado el asunto.»

»Por la mañana fuimos mi madre y yo a la escribanía. Ya estaba allí el tío Rufo. Yo llevaba la hijuela de mi madre para acreditar la propiedad. Se tiró la escritura, pero al hacerlo el tío Rufo dijo a mi madre: «Tía Cleofás, a usted no le importará que en la escritura pongamos cuatro mil reales en vez de los diez y seis mil, porque los derechos de la Hacienda suben mucho. Para usted es lo mismo, porque recibirá los diez y seis mil que ya tiene en su poder aquí don Isidro.» El escribano afirmó que en efecto los tenía y mi madre no tuvo inconveniente en ceder. «Vengan ustedes esta misma tar-

de por el dinero—nos dijo—, pues lo tengo depositado en la caja de caudales del Juzgado.» Como allí estaban los testigos nada malo sospechamos y nos fuimos muy tranquilos a casa. Por la tarde nos presentamos otra vez en la escribanía a recoger el dinero. El escribano con una cara muy larga nos dijo: «Tengo el disgusto de manifestar a ustedes que hace poco se presentó aquí don Olegario Gutiérrez y como propietario de dos fincas colindantes con su praduco interpuso el derecho de tanteo y se quedó con él por los cuatro mil reales que rezan en la escritura. Aquí los tienen ustedes.»

»Yo quedé aturdido. Por el momento no comprendí la traición del tío Rufo, en la cual el escribano tenía también su parte. «—¡Eso no puede ser!»—grité fuera de mí. «—No grites, Zenón, porque aquí no se grita. Don Olegario estaba en su derecho.» Mi madre sufrió un desvanecimiento; hubo necesidad de echarle agua a la cara y traerle tila. El escribano se disculpó diciendo que él no era mas que un funcionario, que nada sabía, que le había sido imposible oponerse. Al fin, casi nos empujó fuera del despacho.

»Ya puedes figurarte, Rogelia, cómo saldríamos mi madre y yo de aquella casa. Estaba nevando y no lo advertimos siquiera. Llegamos a casa cubiertos de nieve. No pudimos cenar: los bocados no querían pasar de la garganta. Mi madre se tumbó sobre la cama y rompió a llorar y gemir. Yo me paseaba como un loco por la cocina blasfemando, tirándome de los pelos. En esto llamó a la puerta mi tío Gregorio, un primo hermano de mi madre. «—¿Qué has hecho, Zenón?—me preguntó todo sofocado—. Don Olegario os ha engañado; se estaba riendo en el casino de la partida que os ha jugado y sus amigachos reían tambien el chiste: me lo acaba de contar Cefero, el escribiente de don Isidro.» «—¡Así es,

tío Gregorio, así es!» «—Tú eres un burro, Zenón. ¿Tú no sabes que don Olegario es un ladrón, que todo lo que tiene ha sido apañado robando, que el tío Rufo del Robledal es otro ladrón y don Isidro el escribano el mayor ladrón de todos? ¿Por qué no te has consultado antes con don Fulgencio el abogado, que es un buen sujeto y te hubiera abierto los ojos y prevenido?» «—Tiene usted razón, tío Gregorio, soy un burro.»

»Se marchó mi tio y yo seguí dando vueltas por la casa, loco, desesperado. Mi madre sobre la cama gemía cada vez más fuerte; mi hermanito Telesforo, abrazado a ella, también lloraba y gemía. Perdí la cabeza. Fuí a mi cuarto, tomé la escopeta, eché una bala dentro y me salí al campo con la cabeza al aire. Todo estaba cubierto de nieve; había lo menos media cuarta. Brincando sobre ella llegué hasta el *chalet* de don Olegario, me encaramé sobre la verja y salté al jardín. El gran comedor, en la planta baja, estaba lleno de luz. Los cristales cerrados, pero una de las contraventanas abierta. Toda la familia estaba cenando; la señora, una hermana de ésta y cinco o seis niños. Don Olegario, con cara de risa, hacía plato a los niños.

»Puse el cañón sobre el cristral y apunté. Apunté mucho tiempo, porque no quería herir a un niño ni a su mujer ni a su cuñada. ¡Quería matarle a él solo, al malvado, al infame que, hinchado de dinero, robaba a una desgraciada viuda, vieja y enferma, lo poco que tenía! ¡Disparé! Le vi caer de bruces sobre la mesa, salté otra vez la verja y corrí a casa...

—¡Tome usted mi mano, tío Zenón!—exclamó impetuosamente Rogelia con lágrimas en los ojos—. El corazón no me engañaba. Es usted mucho más desgraciado que criminal.

El presidiario llevó a los labios aquella mano.

—Gracias, Rogelia, Dios te lo pague. No sabes el bien que me haces con esas palabras.

Después continuó:

—Sobre la nieve cayó una helada y mis pisadas no se borraron. La guardia civil vino por la mañana a buscarme, examinaron la escopeta que yo había dejado descargada sin cuidar de arrancar el pistón, midieron las pisadas, las confrontaron con mis zapatos y me llevaron a la cárcel. Allí con amenazas y con golpes me hicieron confesar. El promotor-fiscal, que era amigo de don Olegario, pidió para mí nada menos que la pena de muerte. En la Audiencia me condenaron a treinta años de presidio. Llevo en Ceuta veintitrés, pero como me han cogido algunos indultos sólo me falta un año para cumplir y quedar libre.

—¿Qué piensa usted hacer, tío Zenón, cuando le hayan dado la libertad?—preguntó Rogelia limpiándose los ojos—. ¿Se irá usted a su tierra?

—¡Nunca! Mi madre ha muerto, poco después de venir yo a Ceuta; mi hermano Telesforo hace tres años en Buenos Aires; mi novia está casada con muchos hijos. ¿Qué voy a hacer allí? Los hijos de don Olegario son todos hombres ya y me harían, como es natural, todo el daño que pudieran. Me quedo en Ceuta. Aquí se me estima más de lo que merezco, y como estoy todavía fuerte fácilmente puedo ganar con mi oficio el pedazo de pan que necesito para vivir.

Rogelia se despidió conmovida por aquella historia dolorosa y pensando en ella se encaminó lentamente hacia su casa. Al cruzar por el paseo de San Amaro próximo a ella se sentó en uno de sus bancos. Gustaba mucho de este jardín público, casi siempre solitario, y con frecuencia se detenía en él para gozar su frescura y sosiego. No es grande y está rodeado por modesta verja

de hierro. Los árboles que predominan son los eucaliptos, pero hay también copudos castaños de Indias, acacias, plantas y flores; y lo que le presta más encanto y amenidad son sus fuentes.

El sol declinaba. En aquel paraje sombrío comenzaban ya a espesarse las sombras. Rogelia pensaba siempre en el tío Zenón. ¡Pobre hombre, pobre hombre!—murmuraba—. ¡Qué desgracia!—Y se puso a orar por él fervorosamente.

Orando se hallaba cuando delante de ella se alzó la silueta de un hombre. Era el teniente Bruno Soler. Rogelia, que le reconoció inmediatamente, se alzó con presteza para irse. El teniente le dijo bromeando:

—No levantes el vuelo, tímida paloma, que no soy un gavilán.

Rogelia, herida en su orgullo de mujer valerosa y fuerte, respondió sentándose de nuevo:

—No soy paloma ni tímida, sino una pobre mujer que le daría las gracias si la dejase tranquila.

—¿Por qué no me dejas tú a mí, preciosa? No puedo ver esos ojos gachones sin sentirme agitado y perlático como si me picase la tarántula. ¿Qué es lo que me has dado, gitana? Estoy envenenado, Rogelia, y desde hace algún tiempo ya no sé lo que hago ni lo que digo.

—Eso último es la pura verdad. No sabe usted lo que se dice, porque si lo supiera no lo diría. Sus palabritas, tan lisonjeras como atrevidas, antes me humillan que me halagan, y en vez de agradecérselas las considero como un ultraje.

—¿Por qué te humillan, hermosa? Yo las digo con todo mi corazón y estoy dispuesto a repetírtelas de rodillas.

—¿No sabe usted que soy una mujer casada?

—¡Bah!—exclamó Soler con un gesto de desprecio—.

Ese matrimonio es un asco. Me han dicho que tu marido es un tío feo y repugnante.

—El ser feo no le priva de su condición de marido. Para nosotros los cristianos (y supongo que usted también lo será), el matrimonio es un sacramento, y quien lo recibe, como él y yo libremente, quedan unidos por un lazo indisoluble.

—Pero además tu marido es un criminal.

—Yo lo sería igualmente si faltase a mis deberes.

—Ese es un crimen que las leyes no castigan y el mundo perdona cuando se ejecuta discretamente—dijo el teniente riendo—. Además, en tu caso se apreciarían algunas circunstancias atenuantes.

—Sí, que mi marido es un tío feo, asqueroso, y usted un joven guapo, rico y elegante, ¿verdad?

El teniente, encogiéndose de hombros:

—No me atrevía a decírtelo..., mejor dicho, no está bien que yo diga eso.

Rogelia permanecía sentada; Soler, frente a ella de pie, la contemplaba sonriente y zalamero.

—Escuche usted, don Bruno. Si todas las mujeres casadas se hiciesen la reflexión que usted quiere que yo me haga, si cuando tropezasen en la vida con un mozo gallardo estableciesen la comparación con su marido y reconociendo la inferioridad se entregasen de repente, ni el matrimonio ni la familia existirían. ¿Para qué tanta ceremonia, para qué ir a la iglesia y llamar padrinos y testigos y echar firmas? Las mujeres y los hombres no tendríamos mas que imitar a los pájaros en el bosque y a los perros en la calle.

—¡Cáspita, niña, qué bien hablas! Me dejas aturrullado. Allá en la isla de Cuba a los negros sabihondos les dicen *morenos catedráticos*. Tú eres también una morenita catedrática.

—Muchas gracias por la comparación.

—Perdona la broma. Hablando en serio te digo que ni aquí ni en Madrid o Barcelona las domésticas hablan el lenguaje que tú empleas. O has estudiado o has nacido con un gran talento. De todos modos eso me hace pensar que tú no estás bien en la triste situación en que ahora te encuentras. Tú no debes ser una pobre criada, tú mereces algo más.

—¿Qué es lo que merezco, don Bruno?—preguntó sonriendo Rogelia.

—Mereces vivir como señora, porque no conozco muchas que puedan compararse contigo ni en la hermosura, ni en la inteligencia, ni en los modales. No valgo nada personalmente, pero soy joven y rico. Puedo proporcionarte casa bonita, joyas, vestidos...

—Sí, vestiría el cuerpo y desnudaría el alma. Mi situación, que a usted le parece tan triste, yo la encuentro soportable, porque vivo dentro de ella con la conciencia tranquila. En la que usted me ofrece no podría tener sosiego, porque el remordimiento agitaría sin cesar mi corazón, turbaría mis ideas y concluiría por hacer que me despreciase a mí misma. ¿Piensa usted que en cambio de esto el mundo me respetaría? Está usted en un error. El lujo y el boato le impondrían un poco de respeto al principio, pero en cuanto se averiguase que este lujo había sido comprado con la honra, me arrojarían lodo a la cara.

Soler la miraba cada vez con mayor sorpresa, con verdadero estupor.

—Eres noble, valerosa, inteligente, Rogelia. Tú misma no sabes adónde podrías llegar si quisieres. Ayer me gustabas, pero hoy te admiro y mañana tal vez te querré hasta la locura. Deja esos vanos respetos, que en la vida sólo sirven para hacernos desgraciados, que el

mundo ignora casi siempre, y cuando los conoce no los estima...

—El mundo no, pero Dios...

El teniente vaciló un instante.

—¡Oh!—exclamó al fin en voz baja—, eso está muy lejos.

—¡Para mí está muy cerca!—repuso Rogelia con exaltación—, y no aspiro en este mundo a otra cosa que a vivir en su presencia.

Después se alzó con viveza y añadió bruscamente:

—Hemos hablado bastante, don Bruno. Ni a usted ni a mí nos conviene ser vistos juntos a estas horas. Quede usted con Dios.

—Adiós, hermosa Rogelia. Yo espero que más tarde o más temprano hemos de ser amigos.

—Amigos lo somos desde ahora. Nunca he rehusado mi amistad a quien me la ha ofrecido sinceramente.

—Es otra clase de amistad, ya lo sabes, la que yo apetezco.

—Esa es imposible.

—Me encantan las cosas imposibles.

Y se alejó riendo mientras Rogelia recorría prontamente la corta distancia que la separaba de su casa, sin que aquella escena dejase huella alguna en su pensamiento ni en su corazón.

VI.

Era domingo. A las tres de la tarde *La Gloria de Ceuta* rebosaba de parroquianos, los unos en pie, los otros sentados a las mesas que el respetable don Heliodoro había lavado con esmero por la mañana, y que no menos esmeradamente frotaba ahora con un paño cada vez que un cliente dejaba caer sobre ellas algunas gotas de vino. Era una reunión abigarrada, compuesta de marineros, soldados, operarios, cargadores del muelle, tal cual tendero judío y un solo moro que ya roncaba borracho debajo de una mesa.

Don Heliodoro, envuelto siempre en su levita bajo la cual asomaba el blanco chaleco de piqué recién lavado y planchado, oprimida la garganta por un formidable muy alto cuello que embarazaba sus movimientos y mucho le molestaba pero contribuía poderosamente a prestarle la dignidad de un magistrado del Tribunal Supremo, paseaba con evidente satisfacción su mirada benévola por el concurso, atento a servir lo que le pedían gritando imperiosamente sus parroquianos. La bizca, de mejor humor, también se deshacía corriendo de un lado a otro con botellas y vasos.

Descubríanse entre aquella multitud algunos reclusos de los que por gracia especial, a la cual se habían hecho acreedores, gozaban de una libertad relativa. Entre éstos se hallaba el tío Zenón, que había logrado en

Ceuta verdadera popularidad. Lo mismo reclusos que marineros y soldados le trataban con afectuosa familiaridad. Su ruda franqueza inspiraba simpatía y su temperamento justiciero le había hecho amigos entre los penados.

Estaba de pie y apuraba lentamente un vaso de vino cuando se le acercó un marinero ya medio borracho.

—Oiga usted, tío Zenón, ¿no dicen que los moros no pueden beber vino?

—Eso parece—respondió el viejo secamente, sin mirarle a la cara.

—¿Entonces, por qué ese que duerme ahí debajo de la mesa la ha pillado tan gorda?

—Porque ese moro tiene intención de hacerse cristiano, y considera que la mejor manera de demostrarlo es emborrachándose de vez en cuando—respondió gravemente el cabo de vara.

El marinero le miró abriendo mucho los ojos sin comprender y se mezcló de nuevo a los grupos. El tío Zenón continuó apurando a pequeños y espaciados sorbos su vaso. Un soldado vino a interpelarle.

—Diga usted, tío Zenón, ¿cuándo se terminan las obras del primer recinto?

—¡Qué se yo, querido! Son los ingenieros los que llevan las riendas de la tartana. Nosotros, los cabos, no tenemos otra obligación que arrear a las bestias.

—Por lo que toca a usted, tío Zenón—repuso riendo el soldado—, eso no es cierto. A ninguno de su brigada le he oído quejarse de usted.

—Porque yo acostumbro a arrear con la voz, no con el látigo.

—¡Y así debe ser, mal rayo! ¿Somos hombres o mulos? El teniente Fernández ayer en la instrucción me ha largado una bofetada que me hizo ver las estrellas del

cielo a las once del día. Pero usted es un hombre, tío Zenón, y el teniente Fernández un cochino, un roío, un cucharón indecente que no tiene principios, ni vergüenza, ni nada.

El tío Zenón, inquieto al oír hablar de aquel modo de un oficial, le volvió la espalda.

El marinero de antes, un poco más borracho, le interpeló de nuevo.

—Tío Zenón, ¿es cierto que el Zancarrón de Mahoma lo tienen encerrado en una caja de acero y está suspendido en el techo de la mezquita por unos imanes?

—Hijo, yo no estuve en la Meca y no lo he visto, pero ese moro que duerme ahí seguramente te lo podrá decir. Pregúntaselo.

—¿Cómo se llama?

—Yusef.

El marinero prontamente fué a tirar de las piernas al moro sin conseguir despertarlo. Pero tanto tiró de él que lo arrastró fuera de la mesa y con la terquedad del borracho lo zarandeó en tal forma que al fin logró que se despertase. El moro se puso en pie vacilante, aturdido sin saber dónde estaba, mirándole con ojos extraviados.

—Oye tú, Yusef, ¿es cierto que al Zancarrón de Mahoma lo tenéis encerrado en una caja de acero y suspendido al techo de la mezquita por unos imanes?

El moro le miró todavía unos instantes, y por toda respuesta con la mano cerrada le aplicó un terrible puñetazo en la cara.

Gran confusión, gritos espantosos y blasfemias del marinero, que soltaba chorros de sangre por la nariz y sacó de la blusa un cuchillo intentando acometer al moro. Todos se le echaron encima sujetándole y desarmándole. La bizca logró llevarlo al patinillo para lavarle la cara.

En un instante quedó aquello sosegado. El moro pidió otro vaso de vino y después de beberlo de un trago salió tambaleándose. Antes de dar muchos pasos cayó a tierra y quedó tendido en medio de la calle con gran risa y algazara de los que le habían seguido con la vista.

En aquel momento entró en la taberna el teniente Soler. Como iba en traje de paisano no se advirtió su presencia. Sin embargo, un soldado lo reconoció, se lo dijo a un compañero, éste a otro, y los pocos soldados que allí había se fueron deslizando fuera uno tras otro.

Cuando el respetable don Heliodoro vió al teniente se dirigió a él solícito, rendido, inclinándose cual si se tratase de un personaje. Y haciéndole un signo de inteligencia le condujo hasta el más lejano rincón de la taberna donde se hallaban sentados a una mesa varios marineros. Don Heliodoro le habló a uno al oído y todos se levantaron respetuosamente dejando libre la mesa, a la cual se sentaron el teniente y el venerable tabernero.

El tío Zenón había seguido con los ojos aquella maniobra sin gran curiosidad y ya se disponía a salir cuando vió entrar a Baldomera, la amiga y compañera de Rogelia, a quien conocía mucho de vista. Le chocó su presencia en aquel sitio y aguardó.

Baldomera se dirigió desde luego a la bizca, habló con ella unos instantes y ésta le señaló el sitio donde se hallaban su marido y el teniente Soler. Baldomera se acercó a la mesa. Don Heliodoro al verla se levantó con presteza y mostrándole rara consideración la invitó a sentarse.

El tío Zenón viéndoles conferenciar con aparente reserva, despierta su curiosidad y vagamente inquieto se fué aproximando con disimulo situándose en pie cerca de la mesa, lo más cerca que le fué posible, y se puso

a charlar, afectando animación, con un recluso. Sabía que Rogelia vivía en compañía de aquella mujer; sabía que don Heliodoro era un bribón y de vista conocía al teniente Soler, del cual había oído decir que era un joven imensamente rico y calavera. Bastaba esto para que aquella conferencia le inspirase sospechas y su pensamiento volase hasta Rogelia, por la cual sentía ya verdadero afecto. Puso el oído y logró percibir algunas palabras sueltas: oyó el nombre de Rogelia y observó que don Heliodoro hablaba con viveza dirigiéndose a la viuda como si tratase de persuadirla y que ésta, silenciosa y con la cabeza baja, se iba poniendo pálida. Varias veces había hecho signos negativos. Don Heliodoro se esforzaba cada vez más y al esforzarse alzó un poco la voz. Oyó el tío Zenón repetidamente la palabra *puerta*. El teniente Soler, que guardaba silencio y parecía distraído, dijo al fin con voz clara, imperiosa: «La puerta, nada más que la puerta.» Y con gran sorpresa del cabo sacó del bolsillo un pequeño paquete cilíndrico y lo puso en manos de Baldomera, que después de vacilar un poco lo tomó y lo metió rápidamente en su faltriquera. Don Heliodoro dejó de perorar, el teniente Soler se alzó del asiento y con marcada displicencia, sin dirigirles un saludo, se salió de la taberna con premura, cual si escapase de un lugar mal oliente. Don Heliodoro continuó todavía algún tiempo hablando en voz baja con la viuda, cuyo semblante se oscurecía por momentos. Al fin también ésta se marchó.

El tío Zenón no dudó que el paquetito cilíndrico contenía piezas de oro y adquirió igualmente la certidumbre de que allí se había urdido una intriga contra Rogelia.

Era necesario prevenirla. ¿Dónde hallarla en aquella hora? Se acordó entonces que preguntándole una vez lo

que se hacía por la tarde los domingos le había dicho que solía pasarla en la iglesia. El tío Zenón no sabía en qué iglesia, pero instintivamente encaminó los pasos a la parroquia castrense, que era la más cercana a la casa donde Rogelia alojaba. Empujó la puerta. En aquella hora no había dentro mas que unas cuantas mujerucas que rezaban el Via-Crucis dirigidas por un sacerdote. El tío Zenón examinó atentamente aquel grupo, pero no halló a su amiga. A paso lento dió una vuelta por el templo. Allá en un oscuro rincón delante del altar de la Virgen vió una mujer que rezaba con el rosario en la mano. Inmediatamente la reconoció. Se acercó silenciosamente a ella y le tocó en el hombro. Rogelia se volvió con gran viveza y su rostro expresó el mayor asombro.

—¿Qué ocurre, tío Zenón?—preguntó asustada.

El cabo, en voz baja, metiéndole la boca por el oido, le respondió.

—Necesito hablarte en seguida. Haz el favor de salir un momento.

Echó a andar hacia la puerta. Rogelia le siguió. Cuando estuvieron fuera del templo el tío Zenón le expuso rápidamente lo que acababa de presenciar.

Rogelia quedó estupefacta. No podía dudar de la traición, porque una conferencia de Baldomera con el teniente Soler era inexplicable de otro modo. Sin miedo alguno, pero con tristeza profunda murmuró:

—¡Vaya por Dios! ¡Una mujer que parecía tan buena!

El tío Zenón dijo sentenciosamente:

—Rogelia, todos somos buenos hasta que dejamos de serlo.

—¡Cierto! Todos nos hallamos cercados por la tentación y deberíamos orar y velar para no caer en ella.

—Bueno. Ya estás advertida, chiquita—profirió el viejo con su habitual brusquedad—. Queda con Dios, pero

si alguien te atropella que cuente conmigo. Me queda poca vida y me es igual dejarla en el hospital que en la horca.

Rogelia, conmovida, le apretó la mano.

—Gracias, tío Zenón. No tendrá usted necesidad de cometer tan gran pecado. Dios me protegerá como me ha protegido hasta ahora.

—Así sea.

Y se alejó. Rogelia entró de nuevo en el templo murmurando: «¡Qué desgraciada! ¡qué desgraciada!»

Hincada de rodillas oró fervorosamente por la traidora. Después, confiando en Dios y segura de sí misma, marchó a su casa sin temor alguno.

Baldomera estaba ya en ella. Rogelia la saludó con la afectuosa familiaridad de siempre. En la actitud de su compañera observó inmediatamente algo extraño que confirmaba plenamente la historia del tío Zenón. Estaba la viuda inquieta, como asustada, hablaba poco y huía su mirada, procuraba mantenerse alejada, permaneciendo constantemente en la cocina, y si Rogelia entraba allí se salía con cualquier pretexto al patinillo. Cuando llegó la hora de cenar manifestó que no tenía apetito: después de servir a su amiga se fué a la salita contigua.

Rogelia con el rabillo del ojo la observaba atentamente, espiaba sus pasos. Cuando terminó de cenar se vino con ella a la sala, tomó un libro y se puso a leer a la luz del quinqué de petróleo. La viuda daba vueltas de la cocina a la sala como una golondrina aturdida: no era posible comprender por qué se movía de aquella extraña manera. Por fin se dirigió a la puerta de la calle y abrió el cerrojo para salir. Rogelia, que fingiendo leer no la perdía de vista, se levantó de un salto, se precipitó sobre ella, la cogió con fuerza de la mano y mirándola fijamente le preguntó:

—¿Dónde vas, Baldomera?

La viuda se turbó. Una ola de sangre le subió al rostro. Apenas pudo balbucir:

—Voy a pagar cinco reales que debo en la tienda de Marcelino.

—No es cierto. La tienda de Marcelino ya no está abierta a estas horas. Vas a manchar tu conciencia con un negro y escandaloso pecado. Vas a vender por un puñado de oro la honra de una desgraciada que ningún mal te ha hecho, de una amiga, casi de una hermana, que contigo comparte el trabajo y el pan. ¡Vas a seguir los pasos del traidor Judas para juntarte después con él en el infierno!

Baldomera, aterrada, imaginando que su amiga había tenido una comunicación celestial cayó de rodillas.

—¡Perdón! ¡perdón!

Rogelia, con exaltación y gesto de iluminada le gritó:

—¡No me lo pidas a mí, que soy una miserable criatura digna de ser pisoteada! Pídeselo a ese Mártir Divino, en cuya frente has querido clavar una espina más.

Y sujetándole las manos la arrastró con fuerza hasta los pies del Crucifijo.

—¡Perdón, perdón!—volvió a exclamar la viuda, ahogada por los sollozos.

Rogelia se dejó caer también de rodillas y en alta voz con fervoroso acento:

—¡Señor!, por la sangre inocente que has derramado en el ara de la cruz, perdona a esta desdichada, perdóname a mí, perdónanos a todos, porque todos necesitamos de tu perdón.

Hubo un silencio prolongado. Baldomera sollozaba. Rogelia, sin ocuparse de ella, fija en el Crucificado su ardiente mirada, oraba sin mover los labios.

En aquel momento se oyeron unos discretos golpeci-

tos en la puerta de la calle. Ambas levantaron la cabeza sorprendidas y pusieron el oído. Un instante después se repitieron los golpes. Entonces Baldomera se alzó vivamente, fué derecha a la cómoda donde guardaba la ropa, abrió el cajón superior y de él sacó el paquetito cilíndrico que le había entregado el teniente Soler. Luego fué a la ventana enrejada que había al lado de la puerta y se acercó.

—¿Eres tú, Rogelia?—se oyó preguntar suavemente fuera.

—No soy Rogelia, soy Baldomera. Tome usted ese dinero que me está quemando las manos. Pida perdón a Dios como yo se lo pido por la maldad que íbamos a cometer.

Tiró el paquetito fuera y cerró la ventana.

Rogelia, que se había puesto en pie, la abrazó y la besó con efusión repetidas veces.

—¡Bien por ti, Baldomera, bien por ti! El Señor te ha tendido su mano protectora. Nunca más volverás a caer en la tentación. Jesús está contigo.

Siguieron largo tiempo abrazadas. Pero Rogelia levantó vivamente la cabeza.

—¿No oyes?

—¿Qué? ¿Vuelve ese sinvergüenza?—preguntó Baldomera cuyos ojos llamearon de furor.

—No; es el palmoteo de los ángeles que allá en el Cielo aplauden lo que acabas de hacer—respondió sonriendo Rogelia.

—¡Oh, por Dios, no me avergüences!—exclamó la viuda, dejando caer la frente sobre el pecho de su amiga.

VII

A partir de aquella noche la amistad de las dos mujeres se hizo más estrecha. Baldomera se esforzaba por que su compañera olvidase la traición, la atendía, la mimaba, la obedecía. Al día siguiente del suceso fué a confesarse y desde entonces comenzó a llevar la misma vida devota, pasando en la iglesia los momentos que les dejaba libres el trabajo. Rogelia no sólo perdonaba y olvidaba la traición sino que se hallaba profundamente satisfecha, observaba con entusiasmo el arrepentimiento de su amiga y con ardiente celo la empujaba por el camino de la devoción repitiendo en su interior como San Agustín: ¡Feliz culpa!

Habían transcurrido cinco meses desde que llegara a Ceuta. Inverosímil y absurdo sería el imaginar que durante este tiempo no había sufrido momentos de desfallecimiento, que el recuerdo de su dicha pasada, la imagen de su hijo y la del hombre que tanto amaba no se ofreciesen a su espíritu y le llenasen de congoja. Horas terribles en que el alma brama dentro del pecho con sordos mugidos de volcán en erupción y termina por vomitar la lava de las lágrimas que escalda las mejillas. Pero supo vencerlos con su voluntad indomable y su fe casi sobrenatural. De cada una de estas crisis salía más fuerte y animosa como el acero que una y otra vez entra en el fuego para templarse. Y volvía a dormir su piado-

so sueño de amor divino, de esperanza y celestial alegría.

Cierta mañana trabajando en su casa recibió la visita de un ordenanza del Penal. El señor Director le enviaba a decir que se presentase inmediatamente en su despacho. Más sorpresa que inquietud le produjo este aviso. Como nada tenía que reprocharse y su pensamiento se hallaba fijo en el Cielo, las cosas de la tierra le iban siendo cada día más indiferentes. Quien mucho se asustó fué Baldomera, la cual mientras su amiga se preparaba a partir no cesaba de hacer conjeturas mezcladas de tristes sospechas. ¿Habrían ido con algún cuento al Director? ¿Máximo habría cometido un nuevo delito? ¿La obligarían a salir de Ceuta? Rogelia tranquilamente salió de casa y dirigió sus pasos al Penal.

Los sórdidos ordenanzas que charlaban en el antedespacho no la recibieron con la indiferencia desdeñosa de la vez primera, la trataron con respetuosa consideración. Esto hizo sospechar a Rogelia que el asunto no era peligroso o que por lo menos el Director no estaba encolerizado contra ella. No le hicieron esperar mucho tiempo. El esbirro que había entrado para anunciarla salió al instante invitándola a pasar.

El Director se hallaba sentado detrás de su mesa-escritorio. Levantó la cabeza y sus ojos duros y penetrantes se fijaron en ella con larga mirada investigadora. Después rápidamente, como si le molestase lo que tenía que decirle:

—Vamos a ver, chica. Aquí hay un dinero que el Subsecretario de la Guerra me encarga te entregue. Son dos mil pesetas que han venido en letra a mi nombre. Ya están cobradas. Aquí las tienes. Firma este recibo.

Al mismo tiempo desenvolvió dos paquetitos de monedas de oro y le presentó un papel. Rogelia, sin manifestar sorpresa alguna respondió con toda calma:

—Señor Director, yo no puedo tomar ese dinero, porque no me pertenece. Nadie me debe nada.

El Director la miró sorprendido.

—Pero desde el momento en que me ordenan te lo entregue...

—Es que yo no puedo, ni debo, ni quiero aceptar regalos.

Hubo un silencio. El Director la miró largamente, pero sus ojos perdieron la dureza acostumbrada.

—¿Entonces, qué quieres que hagamos con este dinero?

—Que lo devuelva usted a la persona que se lo haya enviado.

—Es el Subsecretario de la Guerra.

—Pues al Subsecretario de la Guerra.

El Director seguía mirándola atentamente y sus ojos iban perdiendo cada vez más la fiera expresión que los caracterizaba.

—Está bien, joven—dijo al cabo con dulzura—, puesto que usted así lo desea lo devolveremos. Puede usted retirarse.

—Muchas gracias, señor Director, que usted lo pase bien.

Ballester la siguió con la mirada hasta que hubo traspuesto la puerta y en aquella mirada había una mezcla de sorpresa y de simpatía. Los ordenanzas de la antesala se levantaron de sus asientos cual si fuese una señora y uno de ellos fué a abrirle la puerta. Estaban enterados sin duda del asunto que allí la traía.

Una vez en la calle Rogelia se detuvo llevándose el pañuelo a los ojos, de donde brotaban algunas lágrimas. No dudó que aquel dinero procedía de Vilches. ¡Qué trabajo le había costado reprimir su emoción delante del Director! Antes de entrar en su casa quiso serenarse:

se detuvo un instante en el jardin de San Amaro. Baldomera la esperaba anhelante devorada por la curiosidad. No juzgó, sin embargo, conveniente enterarla y le dijo que el Director la había llamado para darle noticias de su familia.

Después de almorzar, como era martes, uno de los dias en que acostumbraba ir al primer recinto, hacia allá se dirigió más triste y preocupada que otras veces. Al acercarse al grupo de los trabajadores, el tío Zenón, según su costumbre, le salió al encuentro. Pero observó, no sin sorpresa, que los penados, que generalmente no hacían caso de ella, esta vez suspendieron el trabajo e iniciaron un movimiento de aproximación mirándola con ojos de curiosidad.

—Ya sabemos que eres rica, Rogelia—le dijo el cabo con ostensible alegría.

—¿Qué es lo que usted sabe, tío Zenón?—replicó Rogelia separándose de él para acercarse a Máximo que venía hacia ella sonriente, almibarado.

—¿Con que has recibido dos mil pesetas?—le preguntó, relamiéndose como un gato que viera una sardina.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Todo el mundo lo sabe aquí.

—Pues todo el mundo está equivocado. Es cierto que me han girado ese dinero, pero es igualmente cierto que lo he devuelto sin tocarlo.

—¿Que lo has devuelto?—exclamó el minero; y su voz salió ronca como el bramido de una fiera.

—Sí, lo he devuelto—replicó ella con orgullosa firmeza, mirándole a la cara.

Por los ojos del presidiario cruzó un relámpago siniestro, brillaron como los de un tigre y dando un salto cayó sobre Rogelia volcándola del primer golpe que le asestó en la cabeza. Antes que el tío Zenón pudiera

arrojarse sobre él tuvo tiempo el malvado a patearla. El cabo de vara con un grito de rabia le echó la mano al cuello y seguramente le hubiera estrangulado si los penados no se lo hubieran arrancado.

La pobre Rogelia yacía exánime en el suelo. El tío Zenón acudió en su auxilio, pero no logró que recobrase el conocimiento. Entonces dispuso apresuradamente que se hiciesen unas parihuelas, extendió sobre ellas las chaquetas de varios penados y la suya propia, y acomodó a la joven haciéndola transportar cuidadosamente a la Casa de Misericordia. Él mismo fué acompañándola hasta allá y no se separó sino cuando la vió instalada en una cama y hubo recobrado el conocimiento.

El médico de guardia apreció una costilla rota y fuerte conmoción cerebral. Baldomera, a quien se avisó inmediatamente, acudió presurosa hecha un mar de lágrimas y la prodigó tiernos consuelos, pidiendo encarecidamente a las monjas que la permitiesen quedar allí para cuidarla. No fué posible: el reglamento de la Casa no lo permitía.

Rogelia fué cuidada con todo esmero. Las hermanas de San Vicente, prendadas de su dulzura y edificadas por su piedad, la distinguieron con particulares y excepcionales atenciones. Con frecuencia venían y rodeaban su lecho atraídas y asombradas de su discreción. Porque Rogelia, distraída sin duda, se abandonó en aquellos días, no ocultando, como había hecho hasta entonces, lo que valía y lo que sabía. Y tanto la estimaron que prolongaron más de lo necesario su estancia en el hospital, rogando al médico que no la diese de alta.

A los veinte días estaba ya curada. No obstante, permaneció en aquella santa casa veintiséis. Durante su estancia Baldomera la visitaba en los días señalados y

la acompañaba todo el tiempo que el reglamento le permitía. El tío Zenón no dejaba un solo día de venir a la puerta a preguntar por ella: algunas veces le traía un puñado de flores.

Hubiera sido feliz en compañía de aquellas religiosas, recibiendo tales pruebas de afecto y estimación. Mas ¡ay!, durante su convalecencia fué dolorosamente tentada. La imagen de su hijo y la de Fernando no dejaban un instante de ofrecerse ante sus ojos. Le acometió una congoja mortal. Por más esfuerzos que hacía para alejar la tentación, por más oraciones que inventaba le era imposible recobrar la tranquilidad que la había acompañado hasta entonces en el terrible sacrificio que había llevado a cabo. Si exteriormente su ardiente devoción parecía la misma, allá en el fondo del alma el frío comenzaba a paralizarla. Venían a su memoria incesantemente las alegrías de su vida pasada, las caricias de su hijo, el amor de su idolatrado Fernando, el tibio y dulce calor de su hogar, la estimación y el afecto que le rodeaban: sonaba en sus oídos el gorjeo adorable de aquel niño pedazo de sus entrañas, las palabras amorosas de aquel hombre tierno y noble que tanto la había elevado; los mil incidentes de su vida doméstica surgían ante sus ojos como la visión de un paraíso perdido. Y su vida presente se le apareció como un espantoso infierno. ¿Lo había merecido? Una duda impía comenzó a turbar su alma y llenarla de amargura. Los esfuerzos que hacía para apartarla de su mente la dejaban aniquilada.

El día señalado para su salida del hospital, Baldomera vino a acompañarla. Ésta no pudo menos de observar la profunda tristeza que oscurecía sus ojos. Había perdido sus ademanes vivos y resueltos, la palabra siempre graciosa, el humor jovial y tranquilo que tanto hechizaban a la viuda.

—Rogelia, estás muy triste. ¿Te sientes todavía mal?

Confesó que se hallaba un poco débil, pero que esto pasaría pronto.

No pasó sin embargo en aquel día, ni en el otro, ni en el otro. A los cuatro o cinco manifestó que iba de nuevo a visitar a su marido. Baldomera, indignada, trató por todos los medios de disuadirla.

—¿Después de la gran infamia que contigo ha hecho vas a ver a ese malvado? ¡No, Rogelia, no vayas!

—Es mi deber, es mi deber—profirió con voz apagada y bajando la cabeza la desdichada.

—No es tu deber. Bastante has hecho ya. Dios no pide imposibles.

—Pero esto es posible, Baldomera. Cumpliré mi deber hasta el fin, suceda lo que suceda—replicó dulcemente.

No lloraba, pero su voz estaba cargada de lágrimas. Baldomera la abrazó y con vivas instancias volvió a conjurarla para que no fuese.

No pudo lograrlo. Salió de casa y a paso lento se dirigió al primer recinto. Parecía un reo que llevan al suplicio. Varias veces se detuvo y estuvo a punto de volverse. Sólo por un gran esfuerzo de su voluntad heroica lograba seguir caminando. Triste se hallaba su alma hasta la muerte. El tedio se convertía en espanto y horror.

Al cruzar por delante de la catedral no pudo más y entró en ella. Era ya cerca del mediodía. Se habían concluído todas las misas. El templo se hallaba en aquella hora solitario. Cerca de la puerta había un gran crucifijo y a sus pies se arrojó llorando:

—¡Señor, dame fuerzas o llévame ya de este mundo, porque no puedo más!—Y entre sollozos que le rompían el pecho, repetía la infeliz: —¡No puedo más, no puedo más!

Mas he aquí que al levantar una vez los ojos al Cristo vió con espanto que los de éste se movían y se fijaban en ella dulces y compasivos.

Espantada y arrebatada a la vez abrió los brazos exclamando:

—¡Habla, Señor!

El Cristo habló:

«*Hija mía, han concluído tus penas. Perdonados están tus pecados.*»

La voz del Salvador sonó como una música solemne.

Rogelia cayó al suelo desvanecida. Pocos minutos después el sacristán, dando una vuelta por el templo para cerrarlo, la halló tendida sin conocimiento. Asustado, creyéndola muerta, llamó a gritos a un sacerdote que aún continuaba en la sacristía. Entre ambos pudieron transportarla a ella. Le rociaron con agua la cara y pusieron en sus labios algunas gotas de vino. Recobró al fin el sentido. Pero fué para caer en un llanto copioso, interminable, acompañado de suspiros y sollozos. El sacerdote, sorprendido, sospechando un milagro le preguntó con vivo interés:

—¿Qué te pasa, hija mía? ¿Has visto algo?

Rogelia no pudo contestar: seguía sollozando cada vez más fuertemente.

—¿Has visto algo, hija mía, has visto algo?—repitió el sacerdote anhelante.

El mismo silencio.

—Si has visto, habla. Tienes el deber de hablar.

—En este momento no me es posible, padre... Déjenme ahora. Ya hablaré más tarde.

La dejaron al fin recobrarse, y cuando estuvo tranquila, limpiandose las lágrimas, salió del templo.

Al poner el pie en la calle sintió alzarse de su corazón una alegría inmensa. —¡Voy a morir!—se dijo. Y esta certidumbre, que las palabras del Crucificado habían introducido en su alma, le causaba tal gozo que temió caer de nuevo al suelo.

—¡Voy a morir, voy a morir!—se repetía mientras caminaba a saltos hasta el primer recinto. Era un placer celestial, era un vértigo: le parecía tener alas en los pies; no veía el suelo; miraba solamente al cielo.

Al fin llegó a las fortificaciones. Allá a lo lejos percibió el grupo de los penados. Corrió hacia ellos con increíble ligereza. El tio Zenón le salió al encuentro. Cuando la tuvo cerca le dijo con el semblante resplandeciente de alegría:

—Hija mía, han concluido tus penas.

Rogelia quedó clavada al suelo. Eran las mismas palabras que desde la cruz había pronunciado el Salvador.

—¿Cómo sabe usted que voy a morir?—preguntó balbuceando.

—¿Morir tú?... ¡No pienses en eso! El que ha muerto es el bribón de tu marido.

Rogelia se puso densamente pálida. El corazón quería saltársele del pecho.

—Sí—prosiguió el cabo—. Se ha ahorcado en el calabozo. Porque, ¿sabes tú?, cuando el señor Director tuvo conocimiento de la maldad que había hecho contigo le envió al calabozo. Esta noche hizo un nudo corredizo con el cinto de cuero de su pantalón y se colgó de uno de los barrotes del ventano.

Rogelia tardó unos momentos en poder hablar.

—¿Le han enterrado ya?—preguntó.

—No; está en el depósito.

—¿Se le puede ver?

—¡Pues ya lo creo! El señor Director me ha ordenado que hiciese por ti todo lo que fuese posible. ¡Uf!, no sabes cómo te estima el Director. Dice que eres una excelente muchacha que ha tenido la desgracia de enamorarse de un bandido.

¡Enamorarse! Rogelia sintió toda la mentira y amargura de aquella palabra.

Después de dar algunas instrucciones a los trabajadores, el tío Zenón la invitó a acompañarle hasta el Principal, donde se hallaba el depósito. Mientras caminaban le hizo saber los pormenores del suceso. Hilario, el vigilante, mirando de madrugada por el postiguillo del calabozo le había visto colgado. Corrió a dar parte: vino el jefe y vino el médico que aseguró, después de examinar el cadáver, que se había ahorcado no hacía muchas horas.

—Yo pienso, niña—añadió el cabo con maligna sonrisa—, que tu marido había tomado el gusto de la horca, porque el día en que quiso matarte si no me lo arrancan pronto de las manos queda bien despachado. De todos modos, ¿sabes tú?, no hubiera durado mucho. Desde hacía una temporada tú habrás visto que se iba poniendo amarillo como un limón. Debía de tener espachurrado el hígado. ¡Era mucha la bilis de ese hombre!... Yo no sé, chiquita, lo que tú le sentirás, pero ni en la brigada ni en todo el cuartel lo ha sentido nadie... Esta mañana me decía Hilario: —El diablo son las mujeres, Zenón. No hay un Dios que las entienda. ¡Mira tú que enamorarse una chica tan reteguapa de ese orangután!...

Rogelia guardaba silencio, un silencio obstinado y sombrío. El tío Zenón, impresionado, dejó al fin de hablar.

El depósito de cadáveres en el Principal era una gran

cueva esclarecida solamente por un estrecho ventano. El tío Zenón la abrió con la llave que el vigilante, ya advertido, le entregó. Al entrar sintieron el vaho de la humedad y una tufarada pestilente. Se detuvieron un instante para acostumbrar los ojos a la oscuridad. En medio de la cueva, sobre una mesa construída con tablas mal adheridas apoyadas en dos toscos caballetes, se hallaba el cadáver del presidiario.

Rogelia retrocedió horrorizada. Era un verdadero monstruo que inspiraba miedo; el vientre hinchado, la faz entumecida y amoratada, los ojos, que ninguna mano piadosa había cuidado de cerrar, querían salir de las órbitas con expresión aterradora.

Después de dar algunos pasos atrás, Rogelia se llevó la mano al pecho y murmuró alzando los ojos al cielo:

—¡Jesús mío, asísteme una vez más! —Luego avanzó resueltamente, cerró los ojos del monstruo y le besó en la frente, diciendo en alta voz:

—Que Dios te perdone como me ha perdonado a mí.

Cayó de rodillas sobre las húmedas losas y oró en silencio. El tío Zenón la contemplaba estupefacto. Cuando se levantó se acercó a ella y le dijo con voz temblorosa:

—Tú, te irás de Ceuta, ¿verdad?

—Sí, tío Zenón, me iré lo más pronto que pueda; hoy mismo si fuese posible.

Por los ojos del viejo pasó una nube de tristeza. Guardó silencio unos instantes y dijo al fin dejándose caer de rodillas:

—Antes que te vayas quiero que me bendigas.

Rogelia se puso roja como una amapola.

—¡No, tío Zenón, no haga usted eso! Yo no soy mas que una miserable pecadora.

—Si has sido una pecadora, ahora eres una santa.

¡Bendiceme!—repitió con su bronca voz imperiosa el cabo.

Entonces Rogelia avanzó y le puso una mano sobre la cabeza.

—Pues bien, tío Zenón, que Dios le bendiga como yo le bendigo. Que la Virgen del Carmen le proteja ahora y en la hora de su muerte.

Y llevándose la mano al cuello, se quitó el escapulario que llevaba y se lo colgó.

Corrió hacia la puerta. Antes de trasponerla se volvió. El viejo presidiario, aún de rodillas, besaba fervorosamente el escapulario.

Rogelia levantó el brazo, señaló con el dedo al Cielo y salió de la cueva.

VIII

La misma nube de tristeza que había cruzado por los ojos del tío Zenón oscureció los de Baldomera al recibir la noticia. Un momento brillaron con alegría, pero inmediatamente expresaron vivo dolor.

—Tú no te quedarás en Ceuta, ¿verdad, Rogelia?

—Pienso marcharme en seguida.

Guardaron silencio. La viuda, para ocultar su emoción, se puso a trajinar por la casa. Rogelia observó que se llevaba el pañuelo a los ojos. Se acercó a ella y la besó.

—Separarme de ti es el único disgusto que me causa el salir de Ceuta, pero muy pronto tendrás noticias mías... y acaso algo más.

Baldomera la miró con ojos de reproche.

—Sí, ya sé que tú no eres lo que deseas parecer, que pronto serás una señora. Pero yo no quiero dinero, ¿sabes? A quien quiero es a ti, ¡nada más que a ti!

Rogelia volvió a besarla con efusión.

—¡Qué buena eres, Baldomera!

La viuda se puso roja.

—¡No me avergüences, Rogelia! Yo he sido bien mala.

—Tú has sido mala un instante, pero yo lo he sido algunos años. Dios nos ha tenido de su mano, nos protege y nos seguirá protegiendo.

Quedó pensativa y tomándole las manos mirando por encima de su cabeza al vacío añadió:

—¡Quién sabe!... Acaso nos veamos pronto, no aquí sino en Madrid. Pídeselo a la Virgen del Carmen.

Para irse no tenía bastante dinero. Determinó vender los objetos que le pertenecían, la cama, las ropas, un armarito. Baldomera no lo consintió; unió su corto peculio al de su amiga y resultó dinero sobrado para el viaje. En cambio Rogelia no quiso llevarse nada; todo se lo dejó a su amiga; resolvió partir de Ceuta sólo con lo puesto.

Fueron al muelle. El vapor-correo salía al día siguiente. Baldomera le preparó merienda. Un cestito con ella y el libro de la *Imitación de Cristo* por Tomás Kempis era su único equipaje.

La despedida fué muy tierna. Baldomera lloraba a hilo y no se hartaba de besar a su amiga. Esta, con los ojos húmedos también y sonriendo, le repetía al oído:

—¡Quién sabe, Baldomera! Pídeselo a la Virgen del Carmen.

El vapor arrancó del muelle. Rogelia, en pie sobre cubierta, agitaba su pañuelo. Baldomera se lo llevaba a los ojos y luego lo agitaba también. Y así estuvieron hasta que se perdieron de vista.

El tiempo era triste y lluvioso: estábamos en el corazón del invierno. Del cielo encapotado caía una lluvia fina que, empujada por el viento, azotaba la cara. Los viajeros se apresuraron a meterse bajo cubierta. Rogelia hizo lo mismo, pero fué la última. Dirigió una larga mirada a Ceuta, indiferente y tranquila, como se mira al instrumento con que hemos ejecutado una obra después de concluída, y se refugió en un rincón del navío.

El cielo se hallaba encapotado, pero dentro de su alma brillaba otro puro y límpido donde no corría una sola nube ni un soplo de viento lo agitaba. Marchaba hacia la felicidad como había marchado hacia el dolor,

firme, tranquila, en brazos de la Divina Providencia como un niño en los de su madre. Ni siquiera se sintió contrariada cuando al llegar a Martos un desprendimiento de tierra detuvo el tren por espacio de nueve horas. Debía llegar a Madrid a las ocho de la mañana y llegó a las seis de la tarde.

Corría el mes de enero: era ya la hora del oscurecer. El tiempo estaba tan triste y sucio como en Algeciras. Saltó del tren y no quiso tomar coche: se sentía con ánimos para llegar a pie hasta su casa: por otra parte temía que al llegar a ella en coche no pudiese pasar inadvertida del portero como deseaba. Además sabía que Vilches, después de la consulta de tres a seis, se quedaba siempre en casa una hora estudiando. Tenía, pues, la seguridad de hallarle en ella. No imaginó que pudiera estar ausente de Madrid o enfermo, ni que hubiera acaecido alguna triste novedad. Marchaba, en la inocencia de su corazón, enteramente confiada.

En la calle de Atocha le cogió la lluvia y se vió necesitada a refugiarse en un portal. En cuanto cesó un poco emprendió de nuevo su camino. Otra vez volvió a llover y otra vez volvió a guarecerse. Así llegó hasta delante de su casa. Entró en el portal de enfrente y miró. Los balcones del piso bajo estaban cerrados: solamente en uno de ellos había una raya de luz. Era el despacho de Fernando. Sus ojos se clavaron en esta rendija con amoroso anhelo: se sintió enternecida. Un paso más y caería en los brazos de aquel hombre que tanto amaba, que había sido su dicha, su alegría, su única ilusión en este mundo.

Pero de repente vió cruzar por esta rendija una sombra femenina y sintió un golpe en el corazón, al cual fluyó toda su sangre. ¿Cómo no se le había ocurrido? Fernando pudo haberse casado o hallarse próximo a ca-

sarse. ¿Cómo había sido bastante necia para no imaginar siquiera lo que en realidad era tan verosímil? Se llamó estúpida repetidas veces y se sintió desfallecer. Mas, como siempre, pidió fuerzas a Dios para soportar aquel nuevo y horrible dolor y poner el cuello a la cuchilla si lo que había imaginado se confirmaba. Rápidamente trazó su plan.

Cuando iba a dar un paso hacia su casa vió salir de ella a Etiennete, la niñera francesa de su hijo; la vió detenerse un instante a la puerta, extender la mano para cerciorarse de que llovía, abrir el paraguas y alejarse.

Resueltamente entró en el portal. No estando en casa Etiennete, ni Remigio, el criado que abría la puerta a los clientes, quien después de la consulta salía casi siempre a evacuar los encargos de su señor, tenía casi la seguridad de no ser reconocida por la demás servidumbre. Al pasar por delante del barbudo portero, que se hallaba sentado leyendo un periódico, se echó el pañuelo sobre los ojos y preguntó disfrazando la voz por el doctor Vilches. El portero le dirigió una rápida mirada y señaló desdeñosamente con el dedo la puerta del piso bajo, sin dignarse responder. Rogelia tiró del timbre metálico. Una doncellita, coquetamente vestida, salió a abrirle. No la conocía.

—¿El doctor Vilches?

La doncellita la miró de arriba abajo.

—Ya ha concluído la consulta.

—Es un caso muy urgente. Me envía la señora marquesa del Olmo, que se ha puesto enferma repentinamente. Si el doctor no está en casa tenga la bondad de avisar a la señora, porque hay que llamarle donde quiera que esté.

—Aquí no hay señora—pronunció secamente la doncellita.

Rogelia, embargada por la emoción, se llevó la mano al pecho.

Juzgando la doncella que esto era signo de grave disgusto se apresuró a añadir:

—El doctor está en casa. Si es un caso urgente le avisaré.

—Sí, sí, muy urgente, avísele usted.

La doméstica se fué y no tardó en aparecer.

—Pase usted.

Rogelia la siguió hasta el despacho. La doncella abrió la puerta, y dijo en voz alta:

—Señor doctor, aquí está la chica que viene de parte de la señora marquesa del Olmo.

El despacho estaba medio esclarecido solamente por un quinqué con pantalla verde sobre la mesa de escribir. El doctor leía a la luz de este quinqué.

Cuando Rogelia advirtió que se cerraba la puerta tras ella avanzó un paso y dijo:

—Señor doctor, ¿da usted su permiso?

Vilches saltó del asiento.

—¡Esa voz!

Después con rápido ademán arrancó la pantalla del quinqué y avanzó. Rogelia arrancó a su vez el pañuelo que cubría su cabeza.

—¿Eres tú, Rogelia mía, eres tú?—exclamó abriendo los brazos y estrechándola fuertemente contra su pecho.

—Yo soy.

Quedaron abrazados largo tiempo sin pronunciar otra palabra.

Vilches lloraba con la cabeza apoyada sobre el pecho de su adorada. Esta sonreía dulcemente besándole con la ternura con que se besa a un niño. Al fin el doctor alzó la frente y preguntó anhelante:

—¿Para siempre?

—Para siempre—respondió ella con firmeza.

—¿Hasta la muerte?

—Hasta después de la muerte.

Vilches la estrechó con más fuerza. Al cabo de un instante en voz baja y temblorosa le preguntó:

—¿Ha muerto?

—Se ha suicidado.

Rechinó los dientes murmurando:

—¡Tenía prisa de caer en el infierno ese bandido!

—¡Silencio, Fernando!—dijo ella tapándole la boca—. Respetemos los altos designios de Dios. Tú y yo también hemos pecado... ¿Dónde está Joselín?

—En casa de Fuentes, jugando con Luisito. No tardará en venir, porque he enviado a Etiennete hace un momento a buscarle.

—La he visto salir... ¿Qué le has dicho el día que yo me fuí?

—Le he dicho que te habías ido al Cielo y que no tardarías en volver. A los pocos días me preguntó: —¿Papá, cuándo viene mamá del Cielo? Yo me eché a llorar y el niño no volvió a preguntarme ya más... Pero tú no puedes presentarte delante de él con ese disfraz—añadió mirando su pobre ropa con ojos coléricos. Ven a vestirte.

Y la empujó suavemente hacia la alcoba.

—Antes, Fernando, dame algo que comer, porque estoy desfallecida. Ayer noche, creyendo que llegaría a las ocho de la mañana, di el resto de mi merienda a un pobre hombre que la miraba con ojos ansiosos. Hace, pues, cerca de veinticuatro horas que no probé alimento.

—¡Qué estás diciendo!—exclamó él furioso.

Y corriendo abrió la puerta, fué al comedor y no tardó en presentarse con una bandeja llena de comestibles, jamón en dulce, mermeladas, queso, frutas.

Rogelia se puso a comer con avidez. Él la miraba con los ojos húmedos, sin soltarle una mano.

—¡Ea!, ya estoy repuesta—dijo ella alegremente, alzándose de la silla—. Voy a cambiar de traje.

Detrás de la alcoba estaba el guardarropa. No pudo menos de observar con sorpresa y emoción que Vilches conservaba toda la suya esmeradamente cuidada.

—Mira—dijo él levantando el lienzo que lo cubría—, este es el traje que tenías puesto el día en que te has ido. Todas las noches, antes de acostarme, entraba aquí para besarlo.

Rogelia le abrazó conmovida.

—Date prisa, porque el niño puede volver de un momento a otro.

Rápidamente se despojó del vestido de percal, se quitó los burdos zapatos y se vistió aquel otro elegante, calzando sus pies con las ricas pantuflas. Apenas había terminado sonó el timbre de la puerta. Vilches salió de la alcoba, dejando dentro y cerrada a Rogelia.

Se oyó la charla del niño, que penetró impetuosamente en el despacho de su padre, cubriéndole de caricias. Después quiso salir como hacía siempre, pero Vilches le retuvo.

—Aguarda un poco, Joselín, vas a ver algo que te gustará mucho.

Abrió la puerta de la alcoba y apareció sonriendo Rogelia.

El niño, estupefacto, con los ojos muy abiertos extendió los brazos hacia ella murmurando con su vocecita ronca:

—¡Mamá!

Rogelia dió un salto de pantera y cayó sobre él estrujándole, devorándole a besos. Joselín, sin quejarse aunque le hacía daño, se los devolvía.

Vilches con el pañuelo en los ojos lloraba en silencio, No se oía en la estancia mas que el repiqueteo de la lluvia en los cristales y el rumor de los besos de la madre augusta.

El niño le echó los brazos al cuello y le dijo al oído:

—Mamá, yo no quiero que vuelvas más al Cielo.

FIN

TRADUCCIONES DE PALACIO VALDÉS

Marta y María.

Traducida al francés, por Mme. Devismes de Saint-Maurice.—Publicada en *Le Monde Moderne*.

Traducida al inglés, por Mr. Haskell Dole.—Un tomo.—New-York.

Traducida al ruso, por M. Pawlosky.—Publicada en el *Diario de San Petersburgo*.

Traducida al sueco, por A. Hillman.—Un tomo.—Estocolmo.

Traducida al tchèque, por O. S. Vetti.—Un tomo.—Praga.

El idilio de un enfermo.

Traducida al francés, por M. Albert Savine.—Publicada en *Les Heures du Salon et de l'Atelier*.

Traducida al tchèque, por M. A. Pikhart.—Un tomo.—Praga.

Aguas fuertes.

Traducidas y publicadas la mayor parte de estas novelitas por *La Independencia Belga*, *El Diario de Ginebra*, *El Correo de Hannover*, *Hlas Národa*, *Lumir* y otros periódicos y revistas.

Edición española con introducción y notas en inglés para el estudio del español en Inglaterra y Estados Unidos, por W. T. Faulkner.—Un tomo.—New-York.

José.

Traducida al francés, por Mlle. Sara Oquendo.—Publicada en la *Revue de la Mode*.—París.

Traducida al inglés, por C. Smith.—Un tomo.—New-York.

Traducida al alemán y publicada en *Furs Haus*.—Berlín.

Traducida al holandés, por M. Hora Adema, y publicada en *Het Nienws van den Dag*.—Amsterdam.

Traducida al sueco, por A. Hillman.—Un tomo.—Estocolmo.

Traducida al tchèque, por A. Pikhart.—Un tomo.—Praga.

Traducida al portugués, por Cunha e Costa.—Publicada en *Revista da Semana*.—Río de Janeiro.

Traducida al danés, por Oskar V. Andersen.—Un tomo.—Copenhague y Cristianía.

Edición española con prefacio y notas en inglés para el estudio del español en Inglaterra y Estados Unidos, por el profesor Mr. Davidson.—Un tomo.—New-York.—London.

Riverita.

Traducida al francés, por M. Julien Lugol.—Publicada en la *Revue Internationale*.

Maximina.

Traducida al inglés, por Mr. Haskell Dole.—Un tomo.—New-York.

El cuarto Poder.

Traducida al francés, por B. d'Etroyat.—Publicada en *Le Temps*.—París.

Traducida al inglés, por Miss Rachel Challice.—Un tomo.—New-York.—London.

Traducida al holandés, por M. Hora Adema.—Un tomo.—Amsterdam.

La Hermana San Sulpicio.

Traducida al francés, por Mme. Huc, con prefacio de Emile Faguet, de la Academie Française.—Un tomo.—París.

Traducida al inglés, por Mr. Haskell Dole.—Un tomo.—New-York.

Traducida al holandés y publicada en *El Correo de Rotterdam*.

Traducida al sueco, por A. Hillman.—Un tomo.—Estocolmo.

Traducida al ruso, por Mme. Karminvi.—Un tomo.—San Petersburgo.

Traducida al italiano, por Angelo Norsa.—Un tomo.—Milán.

Edición española con notas en inglés y vocabulario para el estudio del español en Inglaterra y E. U. A., por el profesor J. M. Pittaro.—Un tomo.—Boston.

La espuma.

Traducida al inglés, por Clara Bell.—Un tomo.—London.

La Fe.

Traducida al francés, por M. Jules Laborde.—Un tomo.—París.

Traducida al inglés, por I. Hapgood.—Un tomo.—New-York.

Traducida al alemán, por Albert Cronan.—Un tomo.—Leipzig.

El maestrante.

Traducida al francés, por J. Gaure, con estudio preliminar de M. Bordes.—Un tomo.—París.

Traducida al inglés, por Miss Challice.—Un tomo.—London.

El origen del pensamiento.

Traducida al francés, por M. Dax Delime.—Publicada en la *Revue Britannique*.

Traducida al inglés, por I. Hapgood.—Publicada en *The Cosmopolitan*, con ilustraciones de Cabrinety.

Los majos de Cádiz.

Traducida al francés, por M. A. Glorget.—Publicada en el *Journal des Debats*.

Traducida al holandés, por Mary Hora Adema.—Un tomo.—Amsterdam.

La alegría del capitán Ribot.

Traducida al francés, por C. Du Val Asselin.—Un tomo.—París.

Traducida al inglés, por Minna C. Smith.—Un tomo.—New-York.

Traducida al holandés, por A. Fokker.—Un tomo.—Amsterdam.

Traducida al italiano, por Angelo Norsa.—Publicada en *Il Sécolo XIX*.—Génova.

Edición española con notas en inglés y vocabulario para el estudio del español, por los profesores Morrison y Churchman.—Un tomo.—New-York.—London.

Tristán.

Traducida al inglés, por Jane B. Reid.—Un tomo.—Boston.

Papeles del Doctor Angélico.

Traducidos al alemán, por Mr. Franz Hartman.—Un tomo.

ENCUADERNACIONES
NICOLAS
S. SEGUNDO, 35 - AVILA